

A movie poster for 'Despertar al Dragón' featuring Stephanie Hamel. The background is a close-up of her face with striking green eyes. She is wearing a dark, short-sleeved top. Her right arm is extended, holding a small, golden dragon figurine. The background behind her is a soft-focus image of a sailboat on the water. The title 'Despertar al Dragón' is written in a stylized, red, cursive font at the bottom. The name 'STEPHANIE HAMMEL' is printed in a green, serif font at the top.

STEPHANIE HAMMEL

喚醒
巨龍

Despertar
al Dragón



STÉPHANIEHAMEL

Despertar al dragón

©Diseño de portada: Landslide Cover

©Fotografías: José A. Rdguez López/PaulWhitton

©Stéphanie ArderiusHamel, 2010

Primera edición en este formato: Marzo2012

Título original*Proyecto Nanotec*

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste mecánico, electrónico, por fotocopia o por otros métodos, así como la distribución de ejemplares de la obra mediante alquiler o préstamo público sin el permiso previo y por escrito del titular del "Copyright". La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal).

ISBN:978-1-4716-3901-2

ASIN: B007MAZQDM

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mis incondicionales por dejarme invertir tiempo en esta aventura. No hubiese sido posible sin el apoyo de Jose, Joël y Nadine. Muchas gracias por los buenos y valiosos consejos de todos los lectores y correctores que han contribuido a mejorar la obra; Juan Manuel Infante, Rosana Rodríguez, Mari Lo Infante, Alicia Callado, Silvia Güemes, Diana Peinado, Emilio Nieves, M^a del Mar Carmona, Jose María Gómez, Oscar Burgos, Alfredo Torres, M^a del Mar Rodríguez, Patricia Rodríguez, Isabel Sánchez, Javier López, Raúl Mula, Adrian Ortega y Javier Rojas. Un especial agradecimiento a mi padre Jorge y a mi cuñado Rai por sus consejos y correcciones en todo lo referente a la náutica. Gracias a mi madre Jeannine por ser mi correctora más objetiva y a mi hermana Véronique por ser como es; a ella le dedico esta novela.

A todos los que no menciono y sabéis que habéis contribuido en algo, os doy las gracias.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o están usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, acontecimientos o establecimientos comerciales es pura coincidencia.

Para Véronique...

1

Mediterráneo

Mar Adriático - primavera

En la actualidad

La luz especial del cielo gris plomizo, confería al ambiente un aspecto irreal. La mar furiosa no daba tregua y la embarcación, a pesar de sus “en apariencia seguros” diez metros de eslora, amedrentaba sin cuartel al timonel. Ante todo, sentía un profundo respeto por la mar, ya fuese un océano o un mar menor. De hecho, los que se confiaban terminaban pagando caras las excursiones mal planificadas. Un golpe de mar escoró de forma peligrosa el velero y a punto estuvo de no lograr enderezar el barco. Maniobró con rapidez, sólo contaba consigo mismo y únicamente podía confiar en su pericia. El ruido seco, parecido al de un disparo que súbitamente sintió más que escuchó, le advirtió que el obenque se partía... iba a perder la voladura y corría peligro de quedarse sin mástil. Reaccionó con rapidez, largó la escota a tiempo de que la vela no tumbara el mástil y pudo recuperar el gobierno de la nave. Aún así, su situación no mejoraba demasiado. Optimista por naturaleza, se daba por satisfecho al navegar por una zona muy frecuentada, si naufragaba se encontraba a pocas millas de la costa italiana o del litoral croata y algún barco se toparía con él. Acumulaba muchos días de navegación desde que partió diez días atrás de *Saint-Malo* en la costa bretona y hasta ese momento, su periplo transcurrió sin incidencias. Sin embargo, no contaba con rendirse sin luchar. Este no era su primer viaje en solitario y tampoco su primera tormenta.

El cansancio hacía mella, llevaba unas diez horas aguantando el envite de los elementos y eso agotaba a cualquiera. Hasta el momento, pudo disfrutar de algunos breves intervalos de sueño antes de que comenzase la tormenta pero, ahora, necesitaba descanso y no veía el momento de poder echar una cabezada. A pesar de que iba bien protegido, la cara recibía el azote del viento y el agua. El hambre castigaba su estómago y sus brazos exigían clemencia aunque la oportunidad de soltar el timón aún se iba a retrasar. Una nueva ola amenazó con volcar la embarcación, el agua inundaba la bañera a intervalos y los imbornales desalojaban el agua a duras penas.

Transcurrieron los minutos y las horas, empezaba a desesperar cuando por fin comenzó a amainar, el viento se hizo menos fuerte y las olas le parecieron más pequeñas. Observó el rumbo. Iba bien, si los cálculos eran correctos en cuánto se disipasen un poco las nubes divisaría la costa italiana y también la croata. Faltaban unas tres horas para la puesta de sol y la opacidad de las nubes daba poco paso a la luz que el astro todavía proyectaba. Pese a gozar con la experiencia, deseó llegar pronto a Venecia. Allí le esperaba su amigo Fabricio. Él se quedaría con el barco para disfrutar otros quince días de vacaciones y después llevarlo de vuelta a Bretaña. Su idea del asueto, lejos de ser como la de la mayoría de la gente, implicaba siempre un cambio de actividad y navegar, le proporcionaba la desconexión mental que el cuerpo le pedía. Hacerlo en solitario se consideraba entre su círculo de amistades un reto al alcance de pocos, requería una cuidada preparación y una excelente forma física. Por otra parte, el barco precisaba de muchos ajustes y cambios para que lo maniobrara un único patrón.

Se le cerraban los ojos, fijó la rueda del timón y terminó por recostarse en el banco de la bañera. El peto junto con la chaqueta tres cuartos de Gill OS1, lo protegían del agua y el frío pero, el asiento apenas mullido resultaba poco confortable. Con todo, en cuanto su cabeza encontró apoyo, un peso insostenible le obligó a dejar caer los párpados.

Tao, ajeno a todo y hundido en un sueño pesado, no vio como su embarcación se encontraba más cerca de lo esperado de un islote rocoso. Si no despertaba a tiempo, con seguridad chocaría con alguna de las rocas situadas al pie del faro de *Palagruza*, a medio camino entre la costa italiana y la croata. Se hallaba muy a su pesar en un dormitar profundo, carente de pesadillas, en el que no cabían ni tan siquiera sueños. La larga cabellera de pelo negro y lacio escapó de su refugio, mojándose esparcida por la espalda.

Navegaba con el foque desplegado, la mayor plegada y la driza de la botavara bien sujeta. A pesar de que el viento disminuyó su intensidad, el velero rompía las aguas a una velocidad que rondaba los cinco nudos y con una derrota que al no ser corregida lo alejaba sin remedio de la ruta trazada.

El agua cayendo sobre su rostro ya no le causaba ningún efecto. Si no hubiese sido porque estaba atado por un cabo de seguridad a su barco, cualquier ola fuerte lo hubiese arrastrado de la cubierta.

La tormenta liberaba mucho aparato eléctrico y los rayos caían a su alrededor sin que fuese consciente de los riesgos que corría. Lo más sensato hubiese sido arriar el foque, algo que posiblemente hubiese hecho de ver lo que se avecinaba.... o tal vez no. Apreciaba la adrenalina hasta puntos insospechados, se sentía vivo cuando esta corría por sus venas. Debido a ello, los deportes de riesgo siempre formaron parte de su existencia, incluso de su trabajo. Se podía decir que trabajaba realmente en lo que le gustaba. Logró con fortuna aunar trabajo y placer, algo que muchos intentaban conseguir a lo largo de la vida sin éxito.

Sus rasgados ojos orientales, parpadearon de pronto, el ruido de una sirena le hizo despertar sobresaltado. Le parecieron pocos minutos de sueño pero, al incorporarse y ver lo cerca que quedaban las rocas, el corazón le dio un vuelco. La bocina provenía de una embarcación de salvamento. *Me habrán visto desde la costa o desde otro barco y alguien habrá pensado que puedo tener dificultades*. Desde el navío le hicieron señas de que se aproximaban por estribor.

Tao arrió el foque con rapidez y gobernó de tal modo que se situó a estribor del otro navío. Un tripulante de la embarcación de salvamento le hizo señas, parecía preguntarle si disponía de radio. Comprendió que de otro modo no se entenderían, el ruido ensordecedor de la tormenta no iba a ponerlo fácil. Arrancó el motor infra borda del velero para poder aproximarse con mayor control al otro barco y prevenir así una colisión. Dejó el timón amarrado y se dirigió al puesto de radio, antes de hablar se fijó en el nombre que había pintado en el lateral del barco.

-Del *Ocean Blue*, para el *Porto di Mare*, me reciben, cambio - anunció en inglés, a pesar de llevar enarbolado el pabellón francés.

No se equivocó, desde el otro barco le contestaron también en inglés.

-Adelante, *Ocean Blue* ¿Sabe que se encuentra en una zona peligrosa?, cambio - Gruño una voz ronca. A Tao le pareció que su padre lo reprendía.

-Sí... desde luego, la tormenta me sorprendió cuando ya estaba en alta mar ¿Creen que puedo llegar a algún lugar que me sirva de refugio?, cambio.

-Afirmativo, le vamos a guiar a una zona próxima en donde podrá fondear en una cala segura y protegida, daremos la vuelta a *Palagruza*, cambio- explicó la voz ronca, en apariencia poco proclive a admitir réplica.

Mantuvieron una pequeña conversación donde quedó claro que estaban poco dispuestos a dejarle a su libre albedrío. Dedujo con acierto que con total seguridad se negarían alegando estar poco dispuestos a tener que volver en su busca en cuanto naufragase. Tao se sentía demasiado cansado para discutir y la perspectiva de soltar el ancla en un lugar seguro en donde poder dormir a pierna suelta, aunque lo llevaran de la mano, terminó por decidirle. Ya estaban muy cerca del acantilado.

-Del *Porto di Mare* para *Ocean Blue*, ¿Me recibe?, cambio- volvió a tronar la voz.

-Adelante, *Porto di Mare*, le recibo, cambio- contestó Tao.

-Le voy a enviar un tripulante, facilitará sus maniobras ¿Le parece bien? Cambio- le anunció con firmeza el hombre.

Tao se quedó pensativo un momento, no le apetecía mucho que un desconocido subiese a su barco pero, reconocía que eso le facilitaría mucho la tarea, el no conocía esa costa pero sabía que los fondos llenos de trampas abundaban. Por otro lado, para que alguien embarcase a bordo de su velero habría que maniobrar los barcos muy cerca el uno del otro y dadas las circunstancias sería arriesgado.

-Recibido, me acercaré todo lo que pueda por estribor después de largar las defensas ¿Podrán saltar a la cubierta de proa con un cabo? Cambio- quiso saber Tao.

-Sí, no se preocupe, usted haga la maniobra, cambio- le dijo el hombre con un tono tranquilizador.

Las defensas, no eran otra cosa que los globos de goma cilíndricos o redondos que se colgaban por fuera del barco y que permitían que una embarcación se acercase a otra minimizando un posible roce o un eventual choque. Tao, que seguía amarrado, caminó con agilidad por la cubierta de estribor largando las susodichas por la borda. Volvió rápidamente a su posición al timón.

El patrón del *Porto di Mare* se sorprendió al ver una larga melena negra y lacia ondeando al viento, fijó la vista lo mejor que pudo; obviamente, no era una mujer, se trataba de un hombre, alto y físicamente muy bien dotado moviéndose por su barco con una extraordinaria soltura. Posiblemente no fuese imprescindible para ese hombre un tripulante de apoyo, sin embargo, ya se lo había ofrecido y ahora no iba a echarse atrás. El patrón se volvió hacia su candidata al salto.

-¿Podrás hacerlo, Chloé?, no quiero que te arriesgues si no te sientes segura- comentó algo inquieto.

Chloé sonrió, le hizo gracia que el patrón se preocupase. Aún albergaba dudas sobre sus competencias. Ella, ninguna. Saltar sobre un barco desde otro se le antojaba, más bien, divertido. Se enfundó con rapidez el traje de neopreno, si caía al agua prefería pasar el menor frío posible. Se recogió la larga cabellera ondulada y rubia para que no le estorbase dirigiéndose decidida a la cubierta principal. La pluma situada a estribor, servía normalmente para subir y bajar fardos o cargas de todo tipo, el palo horizontal se separaba lo suficiente de la borda del barco para que ella se descolgase

sin obstáculos. El *Porto di Mare*, considerada como una embarcación de las más grandes destinada en exclusiva al salvamento, contaba con una eslora que rondaba los cincuenta metros y un puntal -la altura del buque- que situaba la cubierta principal, a unos cuatro o cinco metros del *Ocean Blue*. Calzada con unos patucos antideslizantes que la ayudarían a mantener el equilibrio al posarse sobre la cubierta del velero, se preparó para el salto.

Tao hizo abarload su velero todo lo que pudo a la amura del buque. Sorprendido al ver la silueta perfilada en lo alto de la barandilla, claramente una mujer, procuró no mostrarse impaciente por verla saltar, ella, demostró ser valiente. Antes de poder decir algo, la mujer se sujetó con fuerza al cabo.

Sin pensarlo, abanicó el puntal saltando con una facilidad pasmosa y se dejó deslizar hasta que plantó los pies con firmeza sobre la cubierta del *Ocean Blue*. Chloé no llevaba nada en la cabeza, de modo que las gotas de lluvia tardaron muy poco en empapar su cabeza. Circuló por la estrecha cubierta del velero con agilidad hasta que se reunió con el timonel. Le tendió la mano sonriente.

-Mi nombre es Chloé, le ayudaré con la maniobra, hay que dar la vuelta al islote para ponerse a cubierto, allí, una cala le dará protección- lo dijo todo, casi gritando. El viento era muy fuerte y el ruido atronador. Se expresaba en francés, ella y su patrón observaron el pabellón que exhibía el velero y en parte, se había ofrecido voluntariamente por ese motivo. Llevaba mucho tiempo entre italianos y la posibilidad de comunicarse en su propio idioma para echar una mano a un compatriota, tentó su curiosidad y el deseo de un poco de charla.

Tao la miró admirado y le dedicó una flamante sonrisa.

-Me llamo Tao- contestó él estrechando su mano.

Sin mediar más palabras, pusieron manos a la obra para conducir el velero a lugar seguro. El patrón del *Porto di Mare* observaba como se afanaban en las maniobras, cuando una llamada de radio llamó su atención y apartó la vista de la embarcación.

Tanto Tao como Chloé resultaban ser experimentados marinos y entre los dos no tuvieron dificultad para conducir el velero al nordeste del islote de *Palagruza*, allí la ensenada de aguas más tranquilas los protegería de los envites del mar. El Adriático podía ser tan traicionero como el que más y las olas que antes parecían trocarse por unas más pequeñas nuevamente se engrosaban. Chloé, se sorprendió un poco al ver que el *Porto di Mare* cambiaba su rumbo alejándose de ellos. Supuso que el patrón quería distanciarse de la zona por lo peligroso de los fondos rocosos pero, cuando comenzaban a acercarse a su destino, se percató de que el buque cada vez se alejaba más.

-¿Puedo usar su radio?-le pidió algo inquieta.

-Naturalmente- asintió Tao comprendiendo su preocupación. Debía hacerle poca gracia que la dejaran en el barco de un desconocido y se marchasen.

Acercándose al punto donde se ubicaba la radio, cogió el intercomunicador con decisión.

-Aquí Chloé desde el *Ocean Blue* para el *Porto di Mare*, ¿Me reciben?, cambio- Tao no la conocía lo suficiente como para percibir un leve tono de angustia en su voz.

-Adelante Chloé, te recibo, cambio- contestó el patrón.

-¿Puedo saber qué estáis haciendo? ¿En qué momento pensáis venir por mí? cambio- exclamó Chloé dejando entrever su irritación.

-Hemos recibido una llamada de socorro de un barco que se hunde con quince pasajeros a bordo, están a pocas millas y vamos al rescate. Volveremos por ti, no te preocupes. Cambio - Chloé, no supo qué contestar, entendía la toma de decisión del patrón, las prioridades debían respetarse, aunque no le gustase. Formaba parte de sus obligaciones como tripulante. Miró de soslayo al hombre, mantenía firme la rueda del timón, se preguntaba si sería una persona de fiar cuando sus ojos se encontraron. La dulzura de la mirada que le dirigió, provocó una extraña corriente entre ambos. Algo que le atravesó el cuerpo fugazmente. Incluso por un instante, sintió calor, a pesar del frío que comenzaba atenazar sus músculos. Se relajó, algo le decía que no había nada que temer.

Al llegar a la cala, maniobraron el *Ocean Blue* para situar la proa en dirección a la pared de rocas y la popa a la contra del viento. Tao, largó el ancla de popa mientras Chloé buscaba un cabo lo bastante largo, lo encontró en uno de los cofres que el barco escondía bajo la cubierta de proa. Anudó uno de los extremos del cabo a una de las bitas de amarre y con la otra parte anudada a la cintura se lanzó al agua. Tao la vio saltar antes de poder abrir la boca, comprendió enseguida lo que pretendía. Para asegurar la embarcación, un punto de amarre en tierra siempre venía bien. Le preocupaba la pared de roca que tenían delante, no iba a ser fácil escalarla para atar el cabo a una roca. Terminó de aferrar la vela y se dirigió a la proa para observar a Chloé, nadaba rompiendo las olas con elasticidad y soltura. Unos doce metros los separaban de las rocas, pero con el cabo tenso, la distancia se acortaría. De ese modo, el velero quedaría anclado entre dos puntos de amarre opuestos.

Chloé llegó a las rocas y comenzó a trepar en dirección al saliente que observó sería el más adecuado para el amarre. No tuvo dificultades, lo fijó con fuerza empleando un nudo marino que facilitaría después soltarlo. En cuanto terminó, se tomó un respiro aprovechando la forma de una roca para reposar. El ruido algo más flojo, presagiaba el final de la tormenta. El sol se ponía al otro lado del islote y cada vez disponían de menos luz. Observó con deleite el paisaje sobrecogedor, la mar, fuera de la ensenada seguía enfurecida, pensó en aquellos que ahora estaban en apuros y concluyó que no era un buen día para navegar. Tao la observaba desde el *Ocean Blue*, le pareció una mujer extraña, se había quedado mirando al horizonte, ensimismada. Le intrigo esa mirada que penetraba la lejanía. Sintió curiosidad por lo que estaría pensando. De forma inesperada, Chloé sintió frío y se lanzó nuevamente de cabeza al agua, comenzó a nadar hacia el barco. Llevaba cuatro brazadas cuando, bruscamente, un calambre en la pierna derecha le provocó un grito ahogado. Dejó de avanzar y se dobló formando un ovillo con el cuerpo intentando invertir con sus manos la contracción del músculo al tiempo que se hundía.

Vio cómo desaparecía bruscamente la cabeza bajo el agua y le sobró tiempo para desvestirse y lanzarse de cabeza. En pocos segundos llegó al punto donde se encontraba ella, se sumergió y enseguida la alcanzó. La cogió bajo los brazos y la arrastró hasta conseguir salir con ella a la superficie. Chloé no tragó agua, simplemente contuvo la respiración mientras intentaba relajar el gemelo, se sorprendió al sentir el abrazo de Tao pero al mismo tiempo sintió alivio.

-Relájate, yo te llevo- le susurró Tao al oído. Chloé lo intentaba aunque el dolor de la pierna limitaba sus intentos.

Tenía una expresión de dolor que le preocupó. Ella se dejó llevar mientras trataba de relajarse. Al llegar al escalón de popa, Tao se izó con agilidad sin soltarla. Apenas tuvo apoyo, la alzó hasta la cubierta para dejarla sentada. Ella se mordía los labios para evitar soltar un grito.

-Gracias- murmuró con los dientes apretados. Tao, no habló, sus manos cogieron la pierna y con suavidad, la estiró completamente. Con los dedos buscó los puntos que sabía relajarían el músculo y los tendones. Sin hacerle daño y con mucho tacto, presionó la punta de su pie flexionándolo hacia la rodilla, consiguiendo así la extensión del gemelo. Chloé, relajó su expresión, echó la cabeza hacia atrás, el dolor se disipaba.

-Muchas gracias, ya se me pasa, hacía mucho tiempo que no me ocurría -Tao, simplemente la miraba. Esa mujer de exuberante belleza lo dejaba sin palabras. Hasta ese momento no se había percatado de lo corto que se quedaba cualquier otro calificativo.

Chloé, lo observaba extrañada, el silencio de él la sorprendía, por otra parte, las ropas que se había quitado desvelaban un cuerpo que cortaba la respiración. De hecho... le costaba respirar, sin saber explicar muy bien porqué. Sintió como su pulso se aceleraba, algo en ella reaccionaba ante ese hombre. La sensación de encontrarse ante una fiera salvaje, le provocaba un cosquilleo en el estómago. El no era consciente de su aspecto, pero para ella, la larga cabellera negra, su mirada felina y sus movimientos pausados se le antojaban de otro mundo. La lluvia cesó, la luna llena que ahora asomaba lo iluminaba con timidez. Tao alzó la mano, para dirigirla con lentitud hasta el rostro de ella, con suavidad recorrió con su mano la mejilla. Ella... dejó de respirar.

-Me alegra que estés bien- le dijo con una leve sonrisa.

Chloé se recobró-*¿Qué diablos me ocurre?*- pensó agitada. Algo nerviosa, sintió frío. Tao, reaccionó con rapidez, no pretendía asustarla y aún menos que se sintiese incómoda. Alcanzó una gran toalla y se la puso sobre los hombros.

-Perdóname - le dijo con franqueza- he sido un mal anfitrión, debes estar muerta de frío. Tengo ropa seca en el camarote, te sacaré algunas cosas y podrás pasar a cambiarte ¿Quieres?- Su tono de voz cálido y tranquilizador resultaba convincente, afirmó sus intenciones con una abierta y espléndida sonrisa que terminó por calmar el corazón desbocado de Chloé.

Entró el primero en el camarote y conectó la luz que facilitaban los acumuladores del barco, sin ser muy espacioso disponía de lo esencial. Se cambió con rapidez, localizó unos pantalones vaqueros, un suéter gris marengo, sus náuticos y terminó recogiendo el pelo con una coleta. Buscó para ella algo que le pudiese estar bien, unos pantalones pesqueros de algodón crema con cinturilla de goma, una camiseta y un jersey azul marino. Para los pies, carecía de calzado de su talla, salvo unos gruesos calcetines de algodón azul. Los dejó junto con todo lo demás sobre la mesa para que tuviese la opción de ponérselos. Cuando salió a la cubierta, Chloé se peleaba con el traje de buceo.

-¿Me dejas ayudarte?- preguntó solícito. Sin esperar su autorización, directamente, prestó sus manos para tirar del prenda. Entre los dos, Chloé logró zafarse del neopreno y en bañador, entró en el camarote para cambiarse. Desnudó su cuerpo del todo y después de secarse con la toalla, se puso la ropa que encontró

dispuesta sobre la mesa. Por supuesto, le quedaba grande pero, al menos, estaba seca. Mejor protegida del frío y la humedad pensó por un momento en el hombre que la acompañaba. No parecía del todo oriental, debía ser mestizo, para empezar era alto y fornido, mucho más que la media asiática, por otro lado... sus rasgos *son una mezcla europea y oriental... una combinación exótica... muy atractiva*, se dijo turbada por los derroteros que tomaban sus razonamientos.

Tao percibía la química que, en segundos, se estableció entre ellos. Nunca le había ocurrido nada parecido, se sentía atraído por esa desconocida. Pensó en sus amigos que le tachaban de frío y distante con las mujeres.... en estos momentos sentía muchas cosas... todas, muy lejanas del frío, más bien, intuía el rumor de un volcán en su interior. Contenerlo sería una dura prueba. Sintió una debilidad desconocida en las piernas, se notaba raro.

-Dudo que vuelvan por mí hasta mañana por la mañana- anunció Chloé, desde la cabina.

-No te preocupes por eso, yo no tengo intención de moverme, esperaremos lo que haga falta o, si es necesario, te llevaré al puerto más cercano que te venga bien.

Chloé salía del camarote, enrollándose la toalla en la cabeza para secarse el pelo.

-Pues.... es una suerte que no te venga mal tenerme aquí. De otro modo, no sabría dónde ir. En este islote la civilización se circunscribe a un faro- declaró divertida.

-Nunca me atrevería a abandonar a alguien que ha tenido la amabilidad y el arrojo de echarme una mano en un momento de apuro- contestó él muy serio.

Chloé lo miró de pronto con los ojos muy abiertos- *¡¡Dios... que guapo es!! ¿Por qué diablos tiene una voz tan profunda? Me siento extraña* - sacudió la cabeza atónita.... Tao se aproximó de pronto, más de lo esperado, le sacaba una cabeza de modo que ella tuvo que alzar la vista para mirarle a los ojos. *Deseo ...* si su intuición no la engañaba, se trataba de deseo... esos ojos negros no podían confundirla, reconocía el mismo deseo que ella sentía crepitar en su vientre. Se sintió desfallecer. Él pasó un brazo por su cintura y la atrajo hacia sí, con la otra mano enlazó su cuello. Nadaban juntos, cada uno en los ojos del otro. Chloé sentía cómo su aliento se aproximaba a sus labios. No se movió, se dejó llevar. Tenía que dejarse llevar, su cuerpo se lo exigía y su instinto bloqueaba las otras órdenes que el cerebro emitía en desordenadas ráfagas. Encerró su razón en una habitación sin puertas ni ventanas, sólo quería sentir, sentirle a él. Tao, la besó. Primero acarició sus labios con los suyos, después se fundieron en un abrazo de pasión... Tao, no entendía nada, Chloé tampoco... tampoco hacía falta. Eran dos fieras y las dos estaban sueltas, no encontraban motivos para enjaular nada. Sin saber muy bien cuáles eran las causas que les llevaban a ese deseo irrefrenable del uno por el otro, dejaron de pensar. Chloé acariciaba, cada vez con más audacia, el cuerpo de ese desconocido que le ofrecía una fuerza y pasión visceral, envuelta en una ternura que no conocía. Él, ebrio de placer, dejó que todos sus sentidos explotaran a la vez, percibía su olor, su frescura, con una nitidez asombrosa. La piel... tersa, suave, cálida. Sus pechos, firmes, hermosos. Se arrodilló ante ella para enlazarla con sus poderosos brazos y besar su vientre. Chloé pensó que no podría sostenerse por más tiempo en pie. Sintió que perdía el equilibrio pero Tao la levantó en sus brazos. Camino con ella por la cubierta y por el lateral del barco sin soltarla hasta que llegaron a la proa. La parte más plana y amplia contaba con unas colchonetas que permitían a cuatro personas tumbarse cómodamente. Dejándose caer de rodillas con ella entre

los brazos, la depositó con dulzura y la desnudó. Se quedó sin aire en los pulmones al ver el cuerpo que se ofrecía ante él, el instinto salvaje que la poseía asomó en su mirada, Chloé lo desnudó a su vez con movimientos lentos y pausados, la luna iluminaba sus cuerpos agitados y temblorosos mientras se unían en un abrazo animal repleto de emociones desconocidas. Tao, la hizo suya, se movía en su interior casi con rabia, una onda de electricidad los sacudía a ambos en movimientos acompasados que los llevó en el más exquisito deleite, al éxtasis. Un estallido sordo de sus sentidos les hizo caer el uno en los brazos del otro. Sus cuerpos enlazados y sudorosos relucían relajados, ahora, agotados por el esfuerzo.

Se quedaron un rato inmóviles, Chloé miraba la bóveda estrellada. El verano aún no se había presentado y la temperatura sin ser muy fría tampoco era cálida. Tao reaccionó el primero, se levantó para tirar de Chloé con energía.

-Preciosa... no nos podemos quedar aquí o cogemos una pulmonía, vamos dentro ¿No tienes hambre?- le preguntó atento.

-Ahora que lo dices, la verdad es que sí .

-Bien... te propongo unos espagueti carbonara ¿Te apetece?

-¡Me encanta la pasta!

Recogieron sus ropas entre los dos y a continuación se instalaron en el salón-cocina del velero. Con naturalidad, Tao comenzó a preparar la cena; puso el agua a hervir y cogió de los muebles lo necesario para poner la mesa. Chloé lo miraba, mientras se preguntaba cómo había sucedido... ella no era así, nunca hizo nada parecido, jamás se había acostado con un desconocido, se sentía avergonzada. Tao sospechaba todo lo que ahora pasaba por la cabeza de Chloé, intuía una lucha en su fuero interno...

-Chloé- comenzó-para mí, también es la primera vez que ocurre, no acostumbro a ser así... -Quería reconfortarla, pero le costaba encontrar las palabras.

Chloé se sorprendió. Acaso era transparente para que él fuese capaz de ver tan lejos en los pensamientos de ella. Lo miró a los ojos. Tao se sentó al otro lado de la mesa y cogió sus manos entre las suyas.

-No tenemos que decir nada, ha sucedido sin que los dos hiciéramos nada por evitarlo. Lo siento si ahora estás incómoda- alegó Tao.

-No sé ni cuál es tu apellido, ni dónde vives, ni a que te dedicas.....- Lo dijo con un cierto tono de angustia- y no sé qué pensar de mi misma... no me arrepiento, quise hacerlo... es sólo...

-... Que no te reconoces- afirmó pensativo. Chloé sonrió, le hacían gracia sus dotes de adivino.

-¿Tú no piensas lo mismo?- indagó curiosa.

-Todo tiene solución... me llamo Tao Pasteur, soy adoptado, mis padres adoptivos me dieron su apellido y una educación occidental. Nací en Pekín o Beijing, como prefieras, mi madre biológica era china, al parecer, mi padre caucásico. Por lo visto, mi nacimiento deshonró a mi madre que decidió darme en adopción. Al menos, esto fue lo que me contaron mis padres franceses. Ellos trataron de conseguir toda la información que pudieron porque pensaron que seguramente algún día preguntaría. Lo

cierto es que, finalmente pregunté por curiosidad. Con todo, tengo claro que mis padres son Charles y Joséphine Pasteur. Vivo en el *Mont Saint Michelin* la baja Normandía cerca de mis padres que viven en *Saint-Malo*.

El agua comenzó a hervir y Tao interrumpió su relato para poner la pasta en la olla. Chloé lo escuchaba asombrada, tenía la sensación de estar comenzando la construcción de una casa por el tejado.

-¿A qué te dedicas?- preguntó interesada.

-Soy ingeniero naval pero, más que construir barcos, me dedico a diseñarlos, después los mando construir- contestó con franqueza.

-Y... ¿Qué se te ha perdido en el Adriático?- indagó sonriente.

-Estoy de vacaciones- afirmó divertido.

-Deduzco que no las buscas tranquilas- dedujo ella sagaz aunque guardó silencio. Debía reconocer que ella misma las buscaba moviditas.

-Tu turno...- soltó enarcando una ceja y señalándola con el dedo índice.

-Me llamo Chloé Carnot, soy de Antibes ¿Sabes dónde es?

-Naturalmente... cerca de Niza- exclamó irónico.

-Siempre he vivido en Antibes, pero viajo mucho y paso muchas temporadas en otros países soy médica y trabajo con Médicos sin Fronteras.

-¿Qué haces a bordo de una embarcación de salvamento en el Adriático?- indagó curioso.

-Estoy de vacaciones- no pudieron evitar, la carcajada que siguió a su declaración.

-Espero que tengas hambre, creo que he preparado pasta para un regimiento- Tao se levantó para escurrir la pasta y en una sartén preparó los taquitos de panceta, cebolla, champiñones y nata para la salsa. Cuando lo tuvo todo listo, mezcló los ingredientes con la pasta y sirvió los platos. El estómago de Tao rugía y hasta que no hubo tomado el primer bocado no logró aplacarlo. Chloé por su parte dio buena cuenta de su plato. Como buena deportista, necesitaba energía, de modo que comió sin remilgos.

-¿Este barco lo has diseñado tú?

Tao, alzó la vista y lo recorrió con la mirada, se sentía conforme con su trabajo aunque siempre exigía más de sí mismo.

-Sí, este es mío. Es un modelo que pruebo para regatas ¿Sabes que necesita un buen velero para ser más rápido?

-Pues la verdad es que no lo sé..... si es más grande ¿Corre más?- indagó interesada.

-Pues no, la velocidad no tiene que ver con el tamaño. Lo único que puede hacer que vaya más rápido es su diseño, cada eslora tiene una velocidad límite. Este velero mide diez metros y su velocidad límite puede ser de ocho nudos, sin embargo, si se

logra con el diseño de la coca y la potencia del velamen que el barco planee, entonces se puede conseguir más velocidad. Así se ganan las regatas.

-Con planear, te refieres a que no toque el agua.

-Me refiero a que el roce con el agua sea el mínimo posible.

Chloé lo miraba admirada ¿Algo de todo esto habría intuido cuándo se sintió atraída por él? -Pues no. Siendo realista, ha sido una atracción estrictamente física, si hubiese sido un patán, sentiría lo mismo. Al menos, fue lo que prefirió pensar. Era tarde y se le cerraban los ojos, Tao observó el gesto de cansancio y recogió la mesa con rapidez.

-Ven - le dijo tendiéndole la mano. La llevó hasta el camarote que se situaba en proa. Una gran cama como un trapecio se amoldaba a la forma de la proa, con una claraboya en el techo, se veía grande y comfortable.

Tao se desnudó mientras ella lo miraba, sus movimientos sosegados la atraían, no lograba apartar la vista de su cuerpo divinamente cincelado. Tao se giró hacia ella y le levantó el jersey y la camiseta descubriendo sus pechos turgentes. Chloé pasó sus brazos alrededor del cuello de Tao y tumbándose terminaron de desnudarse para volver a hacer el amor. Chloé, totalmente desinhibida, osada como nunca, alcanzó cotas de placer jamás logradas. Tao, acabó por rodear el cuerpo de Chloé con sus brazos. Quedaron los dos de costado, derrotados y relajados. Besó el cuello de Chloé una vez más antes de abandonarse a un sueño reparador.

La llamada de la radio despertó a Chloé de un sueño profundo. Amanecía. Sacó los pies de la cama despacio y se levantó con precaución para no despertar a Tao. Él seguía profundamente dormido. Cerró con suavidad la puerta del camarote tras de sí.

-Adelante para *Ocean Blue*, le recibo. Cambio- anunció Chloé pulsando el interfono procurando no alzar la voz.

-Lo siento querida pero, no hemos podido venir antes. Estamos aproximadamente a una milla del *Ocean Blue*, ¿Nos ves? Cambio- Chloé asomó la cabeza por la escotilla de popa para ver el buque.

-Afirmativo, esperadme ahí, llegaré a nado. Cambio y corto- una milla no era nada, sería un paseo llegar nadando. Tao seguía durmiendo, ella debía marcharse... despedirse sería muy complicado, de modo que, decidió no hacerlo. Nunca antes experimentó nada ni remotamente parecido a aquello... pero había tomado una decisión. Se vistió a toda prisa con su bañador y el traje de neopreno. Antes de lanzarse al agua, anotó su teléfono en un papel y lo dejó sobre la mesa del salón. Justo un instante antes de la zambullida, un pálpito estuvo a punto de detenerla, sin embargo, pudo la razón. Terminó por lanzarse sin provocar salpicaduras.

La mar, totalmente en calma, le permitió nadar sin dificultad hasta el buque. Le lanzaron una escalerilla de cuerda por la que trepó con agilidad y saltó a la cubierta principal. Sólo entonces volvió la vista al *Ocean Blue*. Tao la observaba desde la popa de subarco consu largo pelo ondeando al viento, llevaba el torso descubierto, tan sólo un ancho pantalón pesquero negro le cubría. Chloé, se quedó en la cubierta mientras el *Porto di Mare* viraba y se alejaba mar adentro. No se hicieron ningún gesto, únicamente se miraban, sabiendo que se veían.

Tao imaginaba de cerca sus hermosos ojos verdes y un escalofrío recorrió su espalda mientras observaba como el barco se alejaba.

2

República Popular China.

Beijing - primavera

Incluso con poco equipaje, siempre resultaba una lata cuando en los trasbordos de una terminal a otra, tocaba cargar con todo. Por desgracia para Véronique el término “poco equipaje” quedaba exentode su vocabulario. Por eso ahora, con la lengua fuera y rendida, decidió dejarse caer en uno de los bancos del aeropuerto. La flamante terminal tres del Aeropuerto Internacional de Beijing Capital de más de un millónde metros cuadrados se inauguró para los juegos olímpicos y el arquitecto Inglés que la diseñó, se inspiró en un dragón. Una auténtica belleza en la que podía ser fácil perderse. Le dio un puntapié a la maleta, llevaba una hora esperando que viniesen a buscarla y todavía no había aparecido la persona que esperaba. No conocía a nadie en ese país extraño exceptuando a su actual novio Thibaud y no sabía si le iba a durar mucho como tardase mucho más en aparecer. Liarse la manta a la cabeza fue un impulso impropio de su carácter que aún la dejaba perpleja. Se atrevió contra todo pronóstico con este viaje porque a pesar de que no hacía mucho que salía con Thibaud, siempre procuraba serle fiel a su corazón y a su instinto. Lo conoció en unas vacaciones a bordo de un barco que recorría los fiordos Noruegos y enseguida congeniaron. Cuando Thibaud le explicó que trabajaba para una empresa china de Pekín, ella no dudó en expresar lo mucho que deseaba conocer ese país. Como profesora en la universidad de Niza, arqueóloga de profesión, se autoproclamaba apasionada de la historia del arte. A pesar de no haber puesto un pie hasta la fecha en China, conocía y admiraba la cultura milenaria. Además, respetaba profundamente sus usos y costumbres que tan bien conocía a través de sus numerosos estudios. Su tesis doctoral versó sobre los guerreros de Xi'an, para ella, tan importantes como las pirámides egipcias. Incluso decidió aventurarse con el idioma pero, reconocía que era muy difícil para ella, aunque no desesperaba. Si su teléfono móvil hubiese funcionado en China, habría llamado a Thibaud para saber a qué se debía el retraso. No le quedaba otra que ser paciente.

La cabeza rubia de Thibaud, destacaba entre todas las demás, avanzaba entre la gente con paso firme en su dirección, quien lo conocía hubiese sabido reconocer que tenía prisa. El rostro de Véronique se iluminó, tuvo que reconocer que su hombre además de atractivo, imponía. Inconscientemente, la gente se apartaba a su paso. Llegó hasta ella y la mirada de angustia que reflejaba su rostro, la enterneció... *tampoco es para tanto*. Parecía enojado por llegar tarde.

Los motivos de Thibaud, eran otros. De hecho, le vino bien que Véronique pensase eso, todo resultaba muy complicado y explicárselo en unos minutos... imposible. La abrazó con cariño y le propinó un beso que le supo a poco.

-Te he echado de menos- declaró sincero- siento el retraso, unos pequeños imprevistos de última hora y el tráfico de Pekín que es terrible... - trató de justificar abrazándola.

Decidió no tenérselo en cuenta, tampoco fue tan terrible mirar durante una hora a la gente pasando a su alrededor.

-Conforme.... te perdono si me llevas a un lugar en donde pueda ducharme y

dormir una buena siesta.

Thibaud se negaba a admitir que la presencia de Véronique en ese preciso instante de su vida suponía un verdadero inconveniente aunque, en ese preciso instante le asaltaban dudas, no por sus sentimientos hacia ella, esos los tenía claros. Se avecinaban problemas... y de los serios. Le preocupaba su seguridad, la de Véronique. Viendo lo alegre y contenta que se mostraba comprendió que era demasiado tarde para enviarla de vuelta, ahora que estaban juntos, haría todo lo posible para ponérselo fácil y que disfrutase las vacaciones.

Sin poder evitarlo, sus pensamientos giraban en torno a todo lo sucedido esa misma mañana en las oficinas de la Beijing Technology Co. Ltd. cuando todo cambió. Su trabajo como director del programa de nano ciencia de dicha empresa, consistía en conducir la investigación y desarrollo de la nanotecnología en su aplicación sobre materiales para la industria. Concretamente, se trataba de manipular la materia a escala atómica para la obtención de nuevos componentes. Para eso, Thibaud era uno de los mejores. El proyecto actual se llamaba simplemente "NANOTECH". Un nombre muy simple para un gran proyecto....

Esa mañana, su tranquila vida realizó un giro inesperado... una pirueta desagradable. Consciente de que la investigación se consideraba revolucionaria y que los logros iban a alborotar la industria... no alcanzó a imaginar que las consecuencias pudiesen ser catastróficas a tan corto plazo. Lejos de ser un necio, tenía muy presente el significado y alcance de sus investigaciones, por ello tomó sus precauciones con toda la información que manejaba. A pesar de todo, se produjo una falla en la seguridad a un nivel que él no controlaba directamente. Aún desconocía quién pudo ser el autor del robo y quizás nunca lo averiguase, pero la gravedad del asunto le asustaba. El hallazgo aún no estaba patentado y el que lo anunciase como suyo se cubriría de oro y gloria, la empresa podía perder millones y seguro que al igual que él, no estaban dispuestos a permitirlo. El espionaje industrial seguía a la orden del día, sobre todo en su campo y las medidas de seguridad de su empresa se consideraban punteras, todos conocían el calibre de lo que se cocía en los laboratorios.

Las cavilaciones no le dejaban centrarse en Véronique y si no lo hacía sumaría problemas a su caótico día, su novia, además de lista gozaba de un temperamento fuera de lo común... una fiera cuando se lo proponía. Una sonrisa un poco forzada le iluminó el semblante.

-Te gustará la casa, verás como enseguida te puedes relajar, daremos un pequeño rodeo para pasar por el parque *Yuyuantan*, los cerezos en flor te van a gustar, es un espectáculo digno de verse-le explicó Thibaud, mientras la conducía a las puertas de la terminal.

-Allí es dónde se hace el festival *Sukara* ¿Verdad?- indagó interesada.

-Eso es.... veo que no estás tan desorientada- contestó satisfecho.

Thibaud, consiguió que un taxi les esperase en el acceso principal de la terminal. El chofer cargó el equipaje con celeridad al tiempo que se acomodaban en el interior del vehículo de un color rojo muy llamativo. En Pekín circulaban taxis de todos los colores pero los rojos se consideraban los más seguros por ser los oficiales. Apenas iniciaron la marcha, ella quedó impresionada por la densidad del tráfico, no recordaba haber visto en su vida tanta gente junta y menos aún tantos vehículos diferentes transitando por el mismo sitio. Abundaban las bicicletas y los carros arrastrados por

bicicletas que se movían entre coches, autobuses, camiones, motos, furgonetas, todos mezclados en un peligroso concierto... sin director de orquesta. No parecía que hubiese normas de tráfico y si las había, un elevado número de usuarios se las saltaba con total seguridad. A pesar de todo, lograron pasar por el parque de los cerezos en flor y llegaron a buen puerto. Thibaud contaba con una casa de alquiler en una zona residencial en la que también abundaban los comercios y restaurantes. La fachada, adornada con la clásica mampostería pitada en rojo, un color que en China era sinónimo de alegría y los característicos farolillos rojos que colgaban del levadizo de la vivienda, le conferían un aspecto antiguo que apreciaba especialmente. Véronique observó en la decoración un reiterado gusto por lo tradicional, incluso en las construcciones modernas muchas casas lucían esos farolillos.

-¿Por qué tantos faroles?- indagó curiosa.

-Son por el Festival de los Faroles- le explicó Thibaud.

-¡Ah!, naturalmente, lo había olvidado, es justo después del Año Nuevo Chino ¿Verdad?... y además eso ha sido hace poco ¿No?

-Eso es... has acertado en todo- concedió contento al ver su entusiasmo.

Antes de entrar en la casa Thibaud se descalzó y Véronique lo imitó con gusto. Justo en el hall otro tipo de calzado para la casa esperaba a ser usado por los que entraban. Thibaud, llevó las maletas hasta el dormitorio. La preocupación lo corroía por dentro, necesitaba ponerse en contacto con Roland de inmediato. Se pasó la mano por la cabeza en un gesto de ansiedad.

-¡Menos mal!..... ¡Por fin una ducha!- exclamó, Véronique con un entusiasmo a toda prueba.

-Es tuya- le dijo Thibaud apartándose con un gesto teatral para dejarla pasar- tengo que ocuparme de unos asuntos, te dejo descansando, haz una buena siesta. Nos vemos esta tarde ¿Te parece?

-Si no hay más remedio... hasta luego- le dio un beso cariñoso y se metió en el cuarto de baño.

**

Thibaud, cogió su moto, una Honda Transalp de 650cc, no necesitaba nada más potente para ir al trabajo y volver. La primera llamada a Roland no tuvo éxito y las siguientes no dieron mejores resultados de modo que iría a su casa. Mientras hacía el recorrido, por su mente seguían pasando los últimos acontecimientos del día.

Esa mañana acudió más temprano de lo acostumbrado contando con que después debía hacerle hueco a Véronique para recogerla. Todo le pareció normal hasta que tuvo que entrar a la sala de archivos del laboratorio. Se sentó ante el ordenador y buscó los datos del trabajo. Al principio pensó en una avería de la computadora, después, tuvo que rendirse a la evidencia, los archivos no estaban, ni rastro del trabajo. Hizo varias comprobaciones y pudo ver que lo único que reflejaba el ordenador era que él mismo extrajo esos archivos durante la noche, concretamente a las 03:17.... sin embargo, él sabía que eso no era posible, a esa hora, dormía plácidamente. Por tanto, alguien tenía que haberle suplantado.... algo imposible, impensable... no veía cómo lo habían podido hacer. La esperanza que albergaba quería convencerlo de que se trataba de un fallo informático... *sólo hay que encontrar la avería y repararla* - se dijo

para sí tratando de calmarse.

Lo intentó, les había dicho a todos que el ordenador sufría una avería y que trabajaba en la reparación. Nadie discutió, por suerte se había ganado hacia tiempo la confianza de su equipo. Transcurrieron dos horas hasta que se percató de la ausencia de Roland, lo esperaba esa mañana, físico como él, solía ser muy puntual. En otras circunstancias alarmarse hubiese sido un absurdo pero, en vista de lo ocurrido, intentó ponerse en contacto con él, sin éxito. Cuando casi daban las diez de la mañana, tuvo que desentenderse del asunto sin más remedio para ir en busca de Véronique.

Aparcó la moto en frente de la casa de su colega, al otro lado de la calle. Al igual que él, vivía solo. La comunidad de franceses afincada en la ciudad contaba con pocos miembros además de estar bastante dispersa. Salvo por su relación laboral, la vida social le atraía lo justo y los contactos con otros solían producirse en ocasiones especiales. Llamó a la puerta, sin éxito. Intentó vislumbrar algo a través de los cristales de las ventanas pero no acertaba a ver absolutamente nada. Debía estar en casa, otra opción no le cuadraba. Observó el balcón del piso superior, una enredadera de gruesas ramas seguro que le permitiría trepar sin demasiadas dificultades. Decidió no pensarlo demasiado y con agilidad se encaramó hasta el balcón. Un gran ventanal abierto fue lo primero que vio al saltar. No encontrar razones para ser discreto y comenzó a llamar abiertamente a Roland. El ventanal pertenecía al dormitorio y nada más entrar, percibió que algo no iba bien, los muebles y objetos revueltos dejaban poco espacio a la imaginación, paseó sus ojos por la estancia hasta que dio con su amigo que yacía boca arriba en el suelo y al otro lado de la cama

-¡Roland!- exclamó con voz trémula.

Se arrodilló junto a él apreciando en seguida que ya no podría hacer nada por él. Casi seguro llevaba bastantes horas muerto, trató de levantarle un brazo pero el *rigor mortis* ya se había instalado en el cuerpo. Observó los ojos abiertos y sin vida que miraban al vacío, la fija expresión de sorpresa del semblante de Roland le chocó. Hizo un esfuerzo para recobrar de la impresión y luego posó sus ojos en la mancha de sangre que asomaba en el suelo por detrás del cuerpo, giró a su amigo y pudo ver una herida en la espalda.

-¿Quién puede haber hecho esto?- se preguntó abatido... la ansiedad se apoderó de él. No entendía nada, Roland siempre fue un hombre poco ostentoso, más bien parco y en esencial práctico. Dudaba que nadie pudiese interesarse por sus escasas posesiones entrando a robar sin un objetivo concreto y si lo habían hecho, con seguridad se habían llevado un chasco pero, acabar con su vida.... por nada. Respiró hondo procurando calmarse, se fijó mejor en lo que le rodeaba, sin duda el escenario de una trifulca, su amigo opuso resistencia eso seguro pero, si el móvil era un robo... los cajones seguían cerrados al igual que los armarios, daba la sensación de que el objetivo podía ser simplemente él. Sin lo de esta mañana ni se lo hubiese planteado como una posibilidad le habría parecido un delirio pero, con la desaparición de los datos en el ordenador, ya no sabía qué pensar.... toda posibilidad merecía ser tenida en cuenta. No pudo evitar ponerse nervioso y comenzó a sudar agobiado.

El timbre de la puerta comenzó a sonar. Se asomó con sigilo por el balcón, unos hombres con el característico uniforme de la policía parecían querer mantener una conversación con Roland. Thibaud trató de pensar con rapidez, su corazón le latía desbocado ¿Qué pensarían si lo encontraban en el escenario de un crimen? Tenía que haber sido él quien llamase a la policía... ahora no sabía qué hacer ¿Quizás alguien lo vio subir al balcón y llamó a la policía?... intentó despejar su mente. La rigidez del

cuerpo ayudaría a exonerarlo de un crimen en esos veinte minutos que llevaba en la casa de Roland pero, por otro lado.... carecía de coartada para la noche y en el laboratorio, el ordenador lo acusaba de ser el causante de la desaparición de los datos. No le gustaba nada el cariz que tomaba el asunto. Miró con angustia todo lo que le rodeaba. *Lo primero es lo primero... buscar por dónde escapar*, salió del dormitorio, un pasillo lo condujo a la parte trasera de la casa. Encontró una ventana que se abría a una terraza, sin pensarlo más, se encaramó con agilidad y saltó.

La policía en ese momento lograba forzar la puerta y accedía a la vivienda. Thibaud aceleró los gestos, pasó de una terraza a otra alejándose lo más rápido posible de la casa de Roland, la escasa dificultad de la maniobra al estar las casas muy juntas le facilitó saltar de una a otra, casi, un juego de niños. Enseguida encontró por donde bajar y agarrándose a un desagüe con pericia, consiguió llegar al suelo sin incidencias. Dio la vuelta a la manzana con tranquilidad para volver junto a su moto. En el cofre de la moto guardaba el casco y hasta que no lo llevase puesto no se sentiría seguro, su cabellera rubia lo señalaba como un faro en la costa.

Un grupo de curiosos se agolpaba frente a la casa. Pensó que por suerte su motocicleta aparcada al otro lado de la calle, quedaba oculta a la mirada de la patrulla. Una pareja de agentes hacía guardia ante la puerta de la vivienda. Se acercó hasta la Transalp del modo más natural posible y sin dirigirla una sola mirada a otro lugar que no fuese su moto. Abrió el cofre y se enfundó el casco. Respiró aliviado. Esperó a que un camión que avanzaba por la calle pasase por su lado para arrancar la moto y avanzar unos metros, oculto junto a él.

3

Normandía, Francia

Mont Saint Michel – primavera

Fabricio lo esperaba en Venecia, tal y como estaba previsto. Después de que Chloé se marchase, Tao sintió un profundo vacío. Entendió en parte la negativa a una despedida, sus vidas parecían estar muy alejadas la una de la otra. Retomó la navegación sin demasiadas dificultades, la tormenta dejó paso a un viento propicio que le permitió navegar sin contratiempos hasta Venecia. Su destino se situaba al norte de la ciudad, un embarcadero deportivo llamado *sacca della Misericordia*. Al llegar, Fabricio le hizo señas desde el mismo punto de amarre que visitó dos años atrás. Lucía un sol espléndido y Tao se paseaba por la cubierta en bañador. En el momento de atracar, Fabricio saltó desde el muelle a la cubierta del *Ocean Blue*, cogió un cabo y lo amarró a una bita sólo entonces, con una gran sonrisa, se dirigió hasta donde se encontraba Tao para saludarlo efusivamente. Otro hombre y dos mujeres se encontraban en el muelle rodeados de provisiones para un montón de días.

-Parece que llego justo a tiempo- exclamó Tao jovial.

-En efecto, admiro tu puntualidad querido amigo- le respondió Fabricio asestándole un fuerte abrazo- Tenemos todo listo, las provisiones y el equipaje ¿Qué tal tiempo has tenido?

-En el último tramo.... regular, me sorprendió una tormenta en alta mar y tuve que hacer una reparación de fortuna del obenque de babor. Tendréis que repararlo bien antes de salir- advirtió.

-No te preocupes por eso, ya me hago cargo ¿Te vas a marchar enseguida?- inquirió viendo como Tao recogía con rapidez toda la ropa.

-La verdad es que estoy deseando dormiren una cama de verdad y descansar un poco. Además, tengo que buscar un vuelo. Si no te importa, prefiero no retrasarme más- le explicó.

-De acuerdo, por mí no hay problema.

Saludó a los amigos de Fabricio y después de unas cuantas indicaciones sobre el *Ocean Blue*, con tan sólo una mochila a su espalda, Tao se despidió para dirigirse al Aeropuerto Internacional Marco Polo de Venecia.

No le costó trabajo encontrar un vuelo a París y después, un tren a Rennes y por fin, un autobús al Mont Saint Michel. Para cuando el autobús con pocos pasajeros, llegó a su destino, ya era de noche. Se apeó con paso cansino del transporte. Faltaban un par de semanas para que diese comienzo la temporada alta y por suerte, la ciudad aún no estaba atestada de gente.

Adoraba la magia del Mont Saint Michel. Enteramente medieval, se consagró la primera iglesia en el año 709 y en el año 966, por demanda del Duque de Normandía, se instalaron los monjes benedictinos en el lugar. La Abadía fue creciendo con el paso de los siglos ampliándose poco a poco, por fin, esa roca aislada en medio de la bahía se convirtió en una pequeña ciudad fortificada. Al pie de la abadía, una pequeña aldea

se desarrolló al sureste del monte. Después, los monjes tuvieron que marcharse. Con la revolución francesa y el imperio, la abadía se convirtió en prisión y no fue hasta bien entrado el siglo XIX que se acometieron obras de restauración que le devolvieron su esplendor. Antiguamente, en el momento de las mareas todo el monte quedaba totalmente rodeado por agua ya que se encontraba situado en una lengua de tierra que se adentraba en la bahía. En la actualidad, se había construido una carretera un tanto elevada sobre el nivel del mar que prácticamente impedía el aislamiento total de la pequeña ciudadela. Aunque, en según qué meses, esa carretera era lo único que unía el monte al continente.

Penetró en la aldea casi arrastrando los pies. Desde esa misma mañana en que había arribado a Venecia, viajó sin descanso y la noche anterior durmió a intervalos de veinte minutos cada tres horas. Declararse agotado le pareció lo más justo. La casa que habitaba se situaba en mitad del monte, muy cerca de *Les Terrases Poulard*; un hotelito con encanto. Disfrutaba desde hacía unos años de una antigua casa de piedra del siglo XV de dos pisos y con grandes ventanales orientados a la bahía.

La parte principal de la vivienda se ubicaba en la planta baja, sólo contaba con dos dormitorios, cocina, salón y dos cuartos de baño, más que suficiente para un hombre soltero. El piso superior con las paredes enteramente de piedra y el suelo de tarima de roble, era una superficie enteramente diáfana y sin muebles. Cuando abrió la puerta de su casa, fue el primer lugar que quiso visitar. Subió por la estrecha escalera hasta la sala vacía, soltó su mochila en el suelo y abrió los ventanales. Inmediatamente el aroma del mar llenó sus pulmones. La luna iluminaba el pueblo y la sala. Paseó los ojos por la estancia que tanto apreciaba, varios tipos de espadas, lanzas y bastones se hallaban fijados a una de las paredes. En una de las esquinas, un saco de boxeo pendía del techo, otra pared disponía de una variada panoplia de armas de combate. Procuró relajarse y lo hizo como tantas veces tumbándose en el mismo suelo. Por una de las ventanas gozaba de la visión de la luna en todo su esplendor, apoyó la cabeza en la mochila y al poco, se quedó dormido.

El frío amanecer le despertó, el sol aún no había hecho acto de presencia y Tao se desnudó. Se ajustó unos pantalones negros que bajaban un poco más abajo de las rodillas, ciñó una faja en torno a la cintura y colocó una media anudada con cintas por encima de los gemelos, terminó por calzar unas zapatillas de lona negra que cubrían el empeine. Cuando acabó de vestirse se situó en el centro de la sala, hizo una profunda inspiración y juntó las palmas de las manos a la altura del esternón. Como si tuviese a un imaginario espectador ante él, se inclinó a modo de saludo. De inmediato, comenzó una serie de movimientos. Un ignorante de las artes marciales no hubiese sabido indicar que era lo que realmente trabajaba Tao. Para él, simplemente se trataba de su modo de vida. Sus padres insistieron con acierto en que no perdiese las raíces y el contacto con la cultura del país que lo vio nacer. Con apenas cinco años, le pusieron en contacto con un monje Taoísta que le inició en la disciplina del Kung fu y su filosofía. Dicho monje, vivía en el Mont Saint Michelen donde encontró refugio con la comunidad cristiana que allí permanecía desde 1966. Ese fue el año en que se volvió a instalar la vida religiosa en la abadía. Los hermanos y hermanas de las fraternidades monásticas no eran contrarios a la presencia de un monje del templo de Shaolín, muy al contrario lo acogían como uno más.

Tao, creció por tanto adiestrado por la disciplina que le impuso Kuan Lee Chao, disciplina a la que se plegó con admiración y respeto. Según Lee había mucho equilibrio en Tao, le enseñó los principios espirituales que formaban parte del kung fu interior y que implicaban los cinco elementos de la concepción Taoísta de la energía

universal, el Yin, la energía creadora positiva y el Yang, la energía expansiva negativa. Los cinco elementos; el aire, el fuego, la tierra, el agua y la madera, le mostró que tenían diferentes formas de manifestarse en el ser humano y le enseñó cómo debía conducir esas diferentes energías con los movimientos del Kung fu. La fuerza interior del hombre se concentraba y fluía por el cuerpo, a esto se llamaba Chi. Tao desarrolló cualidades físicas como la fuerza, la velocidad, la continuidad, la forma, la armonía y la posición de piernas, todas enmarcadas en los cinco elementos. Aprendió los cinco estilos de Kung fu exterior e incluso técnicas de combate o estilos más modernos como el Sandan, una mezcla de Kung fu y Kick Boxing Chino.

Primero, se movió despacio, como si quisiese transformar con su cuerpo el espacio que lo rodeaba, dejó que su cuerpo se cargase de fuerza y energía. Sus movimientos se fueron haciendo más y más veloces, proyectaba su Chi. Los músculos se contraían y se relajaban en una danza armónica sin música, sin ruido, tan sólo su respiración. Ejecutó una serie de saltos perfectos, lanzaba patadas al viento con una precisión exquisita. Se apropió de uno de los bastones de la pared y se ejercitó con él haciéndolo voltear sobre su cabeza, tras su espalda y bajo sus piernas, en una lucha imaginaria con el peor de los enemigos. Repitió todos los movimientos con otras armas, lanzó cuchillos con una precisión asombrosa contra la única pared recubierta de madera en un lateral de la sala y terminó golpeando con pies y puños el saco que colgaba del techo. En todo ese tiempo, su concentración llegó al máximo bloqueando el acceso de aquellos pensamientos que querían invadir la intimidad de su refugio. En cierto modo, se refugiaba en el Kung fu, aunque le costase admitirlo, lo hacía siempre que no deseaba enfrentarse a otras cosas y hasta la fecha, siempre lo había conseguido.

Dejó de golpear el saco y la imagen de Chloé vino a imponerse, la veía con sus magníficos ojos verdes con esa soberbia sonrisa encantadora. Volvió a lanzar un puñetazo al saco que lo hizo temblar más de lo acostumbrado. Estaba rendido, todo fue en vano, se abrazó al saco.... *¿Cómo es posible sentirse tan hueco por dentro?*

Después de una ducha rápida decidió que necesitaba ver a Lee, el anciano siempre le daba buenos consejos.

4

Italia

Bari – primavera

El *Porto di Mare*, quedó amarrado al muelle y Chloé se despidió de todos sus compañeros, fue una grata experiencia trabajar con todos ellos. La vida a bordo de un buque fue una experiencia interesante y aunque no se veía con muchas ganas de repetirlo de nuevo debía reconocer que aprendió mucho. Para empezar, las relaciones humanas en un lugar tan exiguo, le hicieron ejercitar unas dotes diplomáticas que desconocía de sí misma. Se presentaron conflictos entre unos y otros pero, finalmente todo se resolvió en aras del bien común.

Su próximo destino requería cierta preparación, debía ponerse en contacto con la organización aunque sabía que esta vez le tocaba España. Chloé formaba parte del personal de médicos sin fronteras que trabajó en Bolivia con anterioridad. En concreto, en la lucha por la erradicación de la enfermedad de Chagas. Todo lo que aprendió en aquel lugar, le sería ahora de mucha utilidad.

El parásito que provocaba esa enfermedad endémica en casi todo el continente latinoamericano, se extendía ahora a otros continentes con el movimiento de las poblaciones. España era uno de los destinos predilectos de personas provenientes de América latina y muchos de los afectados ni tan siquiera habían sido diagnosticados en su país de origen por la falta de medios. Ahora la península empezaba a ser el lugar de Europa donde más casos se registraban. Un equipo de médicos sin fronteras trabajaba con inmigrantes con dificultades de acceso a los sistemas sanitarios. La mayoría, por miedo a ser deportados u otros problemas, rehusaban acceder al sistema público sanitario.

Tuvo un escalofrío al recordar por un momento cómo funcionaba la Enfermedad de Chagas y los estragos que causaba. Provocada por el *Tripanosoma Cruzi*, se transmitía mayoritariamente por un tipo de chinche presente en casi toda América. Las chinches provocaban picaduras y la persona que descubría una picadura solía rascarse, desgraciadamente, las chinches suelen dejar excrementos que contienen el *Tripanosoma Cruzi* allí donde se han alimentado. Al rascarse el sujeto la herida, el parásito aprovecha para penetrar al torrente sanguíneo. Lo peor es que el infectado, en la mayoría de casos, lo ignora hasta que es demasiado tarde. Algunos podían tener síntomas leves sin importancia, pero otros, hasta que no pasaban diez o quince años no se daban cuenta de los estragos irreversibles en órganos como el corazón, intestinos o sistema nervioso. Muchos morían sin conocer el motivo. Sin embargo, Chloé ahora sabía que si se cogía a tiempo, la enfermedad, tenía un buen pronóstico. En consecuencia, resultaba vital diagnosticarla en su comienzo. Había trabajado en la detección del parásito y ahora lo conocía muy bien. Lo cierto era que tenía ganas de volver al ataque.

El patrón del *Porto di Mare* estrechó con fuerza la mano de Chloé.

-Me alegro de haberte conocido, ha sido un placer trabajar contigo- afirmó.

-También lo ha sido para mí- aseguró ella con franqueza, devolviéndole el apretón de manos.

Chloé recogió su bolsa de ropa del suelo y salió del puerto para localizar un taxi, iría a un hotel de Bari o de los alrededores hasta que pudiese organizar su próximo viaje. En una ocasión estuvo en uno de *Monopoli* que le gustó mucho, un hotelito con encanto situado en la costa, antiguamente había sido una piscifactoría y ahora lo habían transformado en hotel. Pidió al taxista que la llevase hasta ese lugar.

5

República Popular China

Beijing

Conducía la Transalp, con toda la destreza de la que se veía capaz. La densidad de tráfico era tal que, se podía decir que Thibaud se jugaba el tipo. Si bien no pensaba en ello, intentaba calcular cuáles eran sus opciones. Ponerse en contacto con Zhang Wei, el presidente de la empresa, resultaba fundamental. Deseaba ponerle al tanto de lo ocurrido antes de que la situación se complicase más de la cuenta, esperaba con eso ayudar a esclarecer los hechos. Ya habían transcurrido varias horas desde que descubrió el robo y por el momento suponía que nadie más estaba al tanto de lo sucedido. La muerte de Roland no tardaría en llegar a oídos de los responsables de la empresa, investigarían sin duda su trabajo y acto seguido a él. Eso no le dejaba mucho tiempo. *Mejor será, llamarlo*, sacó el móvil del bolsillo. Gesto absurdo teniendo en cuenta que llevaba puesto un casco.

Bruscamente un coche cambió de dirección sin señalar la maniobra, Thibaud trató de esquivarlo pero iba demasiado rápido y en la mano derecha sostenía el móvil. La moto golpeó con tal fuerza que Thibaud sintió cómo se quebraba antes de salir despedido por los aires. Pasó por encima del coche que se había cruzado y su cuerpo atravesó una de las ventanillas de otro vehículo que circulaba en paralelo. El choque fue brutal, Thibaud perdió el sentido al instante y quedó inerte en la banqueta trasera de un destartado automóvil. El móvil se estrelló contra el pavimento rompiéndose en pedazos.

De inmediato, se produjo un colapso en el tráfico aún mayor, las personas afectadas por la posición de los vehículos implicados, incapaces de continuar la marcha, se apearon para aproximarse al herido. El conductor del coche donde aterrizó Thibaud, un hombre mayor, se giró con estupor para ver aquello que ocupaba su banqueta trasera. Sólo pudo ver que debía tratarse de un hombre, dado el tamaño. En ese momento pensaba en lo poco oportuna que fue su decisión de salir de casa.

Con toda la agilidad que le permitían sus setenta y cinco años se bajó del coche para acercarse al herido. El hombre lo desconocía todo de los primeros auxilios pero a pesar de ello consideraba un deber prestar auxilio como fuese. Se disponía a retirarle el casco cuando uno de los peatones que se aproximó al accidente, detuvo su gesto.

-No debe quitárselo, es peligroso, le puede provocar una lesión aún más grave- afirmó con aplomo un joven muchacho que intrigado por lo sucedido pensó que tal vez pudiese ayudar - soy estudiante de medicina- aclaró viendo el rostro escéptico del otro.

Se arremolinaban más personas junto a los coches, un guardia urbano no tardó en presentarse para organizar el tráfico centrándose en hacer circular todos los coches que se agolpaban en el lugar del accidente.

El estudiante de medicina le tomó el pulso, lo percibió débil pero al menos, aún tenía pulso, palpó sus extremidades y pudo constatar que a pesar del fuerte impacto, la fortuna estaba de su lado, no presentaba fracturas aunque serían convenientes otras pruebas para descartar lesiones internas. Una ambulancia llegó al lugar del accidente y dos sanitarios se bajaron para atender al herido.

Thibaud, sintió como le movían, lo iban a levantar para trasladarlo a una camilla cuando reaccionó. Se incorporó bruscamente y salió del coche por su propio pie, tambaleándose.

-No debe usted levantarse- le dijo el joven estudiante, tratando de sujetarlo para que no cayera al suelo- tiene que dejar que le lleven al hospital.

-No... no, no puedo, tengo que marcharme, me esperan y tengo que ir a mi empresa- explicó Thibaud, se giró buscando con la mirada su medio de transporte, dio la vuelta al coche por encima del cual había saltado y al ver el estado de la moto, el mareo aumentó- levantó su mano para tocarse la cabeza y al toparse con el casco hizo amago de retirarlo. Nuevamente, la mano del estudiante detuvo el gesto con firmeza y se limitó a levantarle la visera. Sorprendido por la actitud del muchacho aceptó la sugerencia sin protestar.

-¿Tiene usted su documentación?- pidió un guardia a sus espaldas. Se giró para ubicarlo con la visión limitada por el casco integral.

-Si - dijo Thibaud, sacando los papeles del bolsillo de la chaqueta- ha sido el coche, se ha cruzado sin señalizar y no he podido evitarlo -mientras hablaba, todos los vehículos implicados se apartaban a un lado de la calle

-Usted circulaba rápido- afirmó el agente.

Thibaud no intentó contradecirlo, le costaba trabajo mantenerse en pie. Todos a su alrededor se percataron de que era extranjero a pesar de no verle bien la cara. Sabía defenderse en chino, ya llevaba suficientes años en el país y además gozaba de un envidiable talento natural para los idiomas.

Exceptuando su moto que no podría volver a utilizar por el momento, al poco, todos los coches se retiraron del lugar. Incluso la ambulancia, que lo hizo a regañadientes. Todo pareció volver a la normalidad. La moto quedó aparcada en un lateral de la calle a la espera de la grúa y Thibaud se dejó caer en un banco todavía aturdido. Llevaba una gruesa chaqueta negra de motorista que por suerte amortiguó buena parte del impacto de sus hombros al atravesar la ventanilla del coche. Notó su mano derecha más húmeda y caliente que la izquierda pero, no prestó atención.

Llegó la grúa y un hombre se bajó para observar la moto.

-¿Es su moto?- le preguntó a Thibaud, viendo que era la única persona junto a la moto con un casco en la cabeza.

-Sí, es la mía, hay que llevarla al taller- afirmó. Después de darle las instrucciones para que llevase la moto a su taller habitual, un poco como un autómatas que repite la lección de memoria, volvió a sentarse en el banco.

El joven estudiante de medicina se mantuvo cerca de Thibaud, intuía que ese hombre no se encontraba bien. Pensaba estar en lo cierto, las personas de la ambulancia respetaron la decisión de Thibaud de no querer recibir asistencia sanitaria pero, en realidad, se marcharon preocupados ante la determinación del extranjero.

-Mi nombre es Kuo Sien, ahora no tengo nada que hacer y si quiere le puedo acompañar. Decía usted que tenía que ir a su empresa...- Thibaud, buscó con los ojos al muchacho, no se había dado cuenta de que lo tenía detrás. Intentaba establecerse antes de ponerse en movimiento pero se sentía raro.

-Creo que será mejor que regrese a mi casa antes de pasar por la empresa, mi novia me espera y si me retraso mucho, se extrañará- le explicó Thibaud, le parecía simpático que ese chico se interesase por él.

-¿Dónde vive? - indagó con interés el muchacho.

-En Malian Avenue Cun, dieciocho- contestó Thibaud. En ese momento no se paró a pensar en lo oportuno o no de facilitar su dirección a un extraño.

De pronto Thibaud, sintió calor y decidió quitarse el casco, al doblar su brazo derecho un dolor agudo le provocó un grito.

-Parece que tiene una herida- dijo Sien, acercándose para cogerle el brazo- le ayudaré a quitarse la chaqueta- Le retiró el guante de la mano derecha percatándose que estaba empapado en sangre, comenzó a gotear sobre los vaqueros.

Hasta ese momento Thibaud fue poco consciente de lo que ocurría a su alrededor. Lejos de ser un hombre aprensivo, la visión de la sangre tan sólo le hizo tomar conciencia de su estado, se sintió desfallecer. Sien, reaccionó enseguida cogiendo a Thibaud por su brazo sano y pasándolo sobre sus hombros lo levantó del banco con una fuerza que no aparentaba. En la calle, logró parar un taxi con una facilidad digna de elogio por lo eficaz.

Por un instante, Thibaud apreció en su justa medida la suerte de Sien al localizar un taxi de inmediato porque, apenas estuvo sentado en la banqueta, se desmayó en sus brazos.

Lo llevaron al Hospital Lize, unos sanitarios lo tumbaron en una camilla y después de unos puntos en el brazo, le quitaron el casco con sumo cuidado. Mientras estuvo inconsciente lo dejaron en una sala de observación con más personas, las camas se mantenían aisladas por biombos de tela blanca y la temperatura agradable comparada con la del exterior invitaba a quedarse. Sien decidió permanecer junto al extranjero. Lo hizo sin un motivo específico, de hecho, pudo decidir marcharse apenas llegaron al hospital pero fue la única persona que mostró interés por él y no le parecía honesto dejarlo a su suerte.

Cuándo Thibaud despertó, Sien estaba a su lado.

-Si ya se encuentra mejor, quizás me pueda dar el teléfono de su novia para que la llame y le informe que está usted aquí- inquirió Sien solícito.

Thibaud pestañeó. Bruscamente, todos los acontecimientos del día pasaron por su mente a toda velocidad, recordó el motivo de sus prisas y aquello que provocó la colisión. Al mirar su bíceps y descubrir el vendaje que lo protegía regresaron las imágenes vividas del accidente.

-¿Tengo algo en la cabeza?- preguntó levemente preocupado.

-No, ha tenido usted suerte.... y sobre todo un buen casco - aseguró Sien sonriente.

Thibaud no esperó más, se levantó de la camilla y levemente mareado, se colocó la chaqueta.

-¿Qué hora es?

-Ya son las tres de la tarde- le informó el muchacho- pero no le conviene levantarse, es mejor que repose.

-No puedo, tengo que marcharme enseguida, tengo cosas importantes que hacer- explicó procurando mantener la calma- muchas gracias por todo, ha sido un detalle por tu parte traerme aquí.

-No hay de que, me alegro de conocerte. Te deseo suerte en tus asuntos- respondió Sien comprensivo y ya tuteándole- si necesitas ayuda en otra ocasión, puedes llamarme a este teléfono- le tendió una tarjeta a Thibaud. El la guardó en un bolsillo de la chaqueta por respeto aunque sabía que las probabilidades de encontrarse de nuevo con el chico eran más bien remotas.

-Gracias- le dijo Thibaud, con sinceridad.

Salieron los dos del hospital y llamaron un taxi.

6

Normandía.

Mont Saint Michel- La abadía.

Subir hasta la abadía desde su casa, significaba un pequeño paseo de diez minutos. Durante el trayecto, se detuvo varias veces observando la muralla y terminó por encaramarse en un punto del muro que permitía una vista fantástica de la bahía. Después de cinco minutos de deleite visual, se dirigió a la puerta principal de acceso al templo que ya se encontraba abierta. El padre Cristian, nada más verle llegar, le abrazó con cariño.

-Mijoven amigo ¿Qué tal te fue la travesía?- se interesó alegre.

-Una experiencia, de las que no se olvidan. Vengo a ver a Lee - contestó devolviendo el abrazo.

-Lo encontrarás meditando en el jardín, se alegrará mucho de verte - aseguró Cristian.

Se encaminó al jardín, sabía que Cristian se refería al patio interior, un lugar especial muy apreciado por todos los visitantes. Rodeado por unos espléndidos pórticos de piedra, se respiraba una paz exclusiva en el lugar. A esas horas, los escasos visitantes de la ciudadela aún se entretenían en la visita previa a la aldea. Lee disfrutaba ocupándose de los parterres de flores que ahora comenzaban a florecer. Tal y como Cristian le dijo, halló a Lee sentado con las piernas cruzadas sobre el césped. Tao se mantuvo unos metros por detrás de él bajo los pórticos, no quería perturbarla meditación.

-Me alegra que estés de vuelta- declaró Lee, sorprendiendo como siempre a su pupilo. Lee sonrió para sus adentros, a esas horas, sólo podía tratarse de su joven discípulo y no le costaba ningún trabajo reconocer sus pasos.

-No quería molestarte maestro- Se acercó respetuoso, juntó sus manos frente al pecho e inclinó el busto ante Lee, este se levantó y le devolvió el saludo.

-¿Qué te trae tan temprano por aquí? ¿Aún no has retomado el trabajo?

-No, aún no, sólo quería hablar contigo- Lee escudriñó la mirada del joven, algo en sus gestos y su modo de actuar le indicó que las cosas no estaban como de costumbre.

-Algo ha cambiado en ti durante este viaje- concluyó con firmeza- ¿Has conocido a alguien?

Tao suspiró, consciente de que nadie como Lee lo conocía tan bien.

-“El momento elegido por el azar, vale siempre más que el elegido por uno mismo”, es un proverbio que no debes olvidar, el azar te ha conducido a esa persona, tenlo en cuenta - afirmó el anciano.

-No sé si volveré a verla y sin embargo, ocupa todos mis pensamientos.... no logro pensar en otra cosa - explicó Tao, sin poder evitar que su tono de voz dejara ver

todo lo que su corazón sentía. Lee, percibió la angustia de su joven amigo.

-Decía Confucio; "Quién pretenda una sabiduría y felicidad constantes, deberá acomodarse a frecuentes cambios", tendrás que pensar dónde puede estar tu felicidad y decidirte para ir en su busca, sólo hay un precepto que puede guiar la acción de toda una vida yes... amar, no lo olvides joven Tao - Lee cogió sus manos entre las suyas, con intención de transmitirle afecto. Tao percibió la energía y dejó que fluyera por su cuerpo- ahora.... hagamos Tai Chi Chuan, ayudará a despejar tu mente.

En ese momento, Tao se descalzó, se quitó la camiseta y dejó su torso al descubierto, la musculatura seca, lisa, se definía con cada gesto.

Unieron su conciencia a los movimientos que sus cuerpos ejecutaban. Los ejercicios buscaban perfeccionar la flexibilidad del cuerpo, continuidad, suavidad y firmeza, todo ello con una lentitud pasmosa y grácil.

Cristian los observaba desde uno de los accesos al patio, a él también le gustaba practicar Tai Chi Chuan. Aprendió mucho de su amigo Lee. Se sentía contento y satisfecho por su presencia, era un hombre que en casi treinta años aportó mucho a su pequeña comunidad y a pesar de tener creencias religiosas distintas, no chocaban en lo esencial. También estaba impresionado con Tao, ese muchacho se había convertido en un hombre de provecho, sólo le faltaba encontrar pareja para equilibrar del todo su vida. Cristian dejó que siguiesen ejercitándose y se retiró a la cocina, su estómago le recordó que aún no había catado desayuno alguno.

7

República Popular China

Beijing

El taxi se detuvo frente a la casa de Thibaud. Llegó solo porque a pesar de que le propuso a Sien compartir el taxi, el muchacho se negó prefiriendo coger un autobús. Debía reconocer que fue de gran ayuda encontrarse con el chico. No hubiese sido agradable desplomarse en la calle él solo, tal vez nadie hubiese mostrado interés por ayudarlo y se hubiese encontrado en serias dificultades por su tozudez al negarse al traslado sanitario. Cavilando con todo ello, se dirigió a toda prisa al interior de la vivienda.

-¡Véronique, ya estoy en casa!- exclamó al franquear la puerta.

Nadie contestó, por un instante Thibaud se alarmó, recorrió las habitaciones rápidamente. Encontró a Véronique en cama y durmiendo a pierna suelta, relajó los hombros. Se acercó hasta ella y sentándose a su lado buscó el cuello para propinarle un tierno beso. Olía de maravilla, pensó disfrutando el aroma. Ella despertó en cuanto sintió el roce.

-Ummm, hola mi amor ¿Dónde estabas? Has tardado mucho- dijo enlazando a Thibaud con sus brazos. Él le devolvió el abrazo con cariño.

-Tenemos que hablar- empezó Thibaud.

-¿Tiene que ser ahora?... pero... si acabo de llegar..... yo prefiero hacer otras cosas, tanto hablar me secará la garganta y se me ocurre una actividad muy sanaroneaba como una gata y con sus largas piernas esbeltas lo atrapó atrayéndolo hacia ella. Thibaud, deseaba dejarse llevar pero la gravedad de los acontecimientos se lo impedía.

-No, cariño... escucha... es algo.....- no pudo terminar la frase, unos golpes en la puerta los sobresaltó a los dos.

Thibaud, saltó como un resorte fuera de la cama.

-Vístete, rápido- soltó alarmado.

-¿Qué ocurre?- exclamó Véronique realmente asustada.

Thibaud no respondió, se acercó a la mirilla para ver de quien se trataba, el inconfundible uniforme de un agente de policía confirmó sus sospechas.

-Es la policía- se giró para tratar de explicar la situación a Véronique pero, en ese momento, los golpes se hicieron más potentes. Ya no estaban llamando a la puerta, la iban a romper para acceder. Sin tiempo de nada más, un golpe seco terminó por reventar la cerradura y abrir la puerta por completo. Cuatro hombres armados se precipitaron en el interior de la vivienda.

-¿Thibaud Carnot?- preguntó el más alto de los hombres con un aspecto muy amenazador. Thibaud, trató de relajarse, en realidad él no había hecho nada y no tenía nada que temer.

-Sí, soy yo ¿Qué ocurre?- preguntó a sabiendas de lo que le iban a decir.

-Queda usted detenido por robo y por el asesinato de Roland Mercier- la acusación cayó como una losa y dejó a Thibaud, sin palabras. Véronique terminando de ajustarse la chaqueta y preocupada por las voces hizo acto de presencia sin hacer ruido. Acercándose al grupo de hombres, los sorprendió a su pesar. Al verla, reaccionaron amenazándola con brusquedad mientras le apuntaban con un arma y le gritaban que se tumbase en el suelo.

El susto fue mayúsculo. Véronique no entendía nada y comenzó a temblar como una hoja agitada por un vendaval.

-Te está diciendo que te tumbes en el suelo. Obedece- le instó Thibaud con firmeza. No se lo hizo decir dos veces y se tumbó mientras el hombre la cacheaba.

-Se equivocan- le dijo Thibaud al de mayor graduación- no tengo nada que reprocharme- afirmó.

El hombre le miró sin decir nada mientras otro lo esposaba.

-¿Deme su documentación?- le pidió el agente a Véronique. Thibaud le tradujo lo que quería y ella buscó sus documentos en el bolso que por fortuna localizó a dos pasos. Los mostró al agente con un gesto de irritación que no pasó desapercibido. El hombre los estudió y le devolvió la documentación.

-No tenemos orden de detención contra usted- dijo mirando a Véronique- Sin embargo, señorita Arignac, le agradecería que nos acompañase a la comisaría para que aclaremos su situación.

Véronique no entendió nada de lo que le dijo pero, el tono del hombre, parecía amable y esto la tranquilizó un poco. Thibaud, le tradujo y ella asintió con la cabeza, por el momento, todo lo que la mantuviese junto a Thibaud, era mejor opción para ella. Los llevaron fuera de la casa.

-No te preocupes Véronique, en el momento en que me dejen explicarlo ocurrido todo volverá a la normalidad y nos soltarán- trató de aclararle en voz baja mientras los subían a un coche patrulla.

-Sí... pero ¿Qué ocurre?- indagó algo nerviosa- obviamente debe tratarse de un error- declaró inquieta.

-Esta mañana he descubierto un robo en el ordenador de mi empresa. Lo han hecho utilizando mis claves. Claves que sólo conozco yo... en teoría- explicó procurando parecer tranquilo.

-Entonces, te han robado a ti ¿Habías dejado las contraseñas apuntadas en algún lugar?- quiso saber Véronique.

-Precisamente... no. Ha debido ser un hacker, un experto informático que ha sabido saltarse todas las barreras. No sé cómo lo ha hecho pero lo ha dejado todo de tal modo que, el rastreo apunta a que he sido yo quién entró en el ordenador- continuó en voz baja y con un timbre de voz tenso, no podía evitar dejar traslucir su preocupación e impotencia.

Véronique lo miraba asombrada, le costaba creer que esto le estuviese ocurriendo a ella. Lo último que le apetecía era tener un problema de justicia con el

gobierno Chino. Como extranjeros, no desconocía que tenían sus derechos pero, también sabía que Thibaud tendría que demostrar su inocencia y si lo encerraban... la cuestión de cómo se las ingeniaría ella sola para ayudarle, planteaba un inquietante dilema.

-¿Hay alguien a quien podamos llamar para que te ayude?- preguntó calibrando todas las opciones posibles.

Thibaud, pensaba en Roland, hubiese sido el más indicado para echarle una mano. Por desgracia estaba muerto y lo peor... casi seguro, asesinado por el mismo que quería incriminarle. Para evitar asustar a Véronique más de la cuenta, optó por callarse de momento que había encontrado a su colega muerto. Por suerte, ella no entendió ninguna de las acusaciones esgrimidas por el agente de policía.

-Tengo que hablar con el presidente de la compañía, él tiene que ayudarme a aclarar este asunto- afirmó Thibaud.

Véronique deseaba que no se equivocase.

La comisaría era un edificio en dos alturas en apariencia nuevo y moderno. De color gris, las únicas notas de color, en su mayoría rojas, las lucían los carteles, la caligrafía y la decoración del marco de entrada de la puerta principal. No era muy diferente de cualquier edificio occidental, excepto por esos detalles que para Véronique resultaban exóticos. Entraron en un parking subterráneo y desde ahí accedieron a las dependencias. Fueron pasando por distintas salas hasta que llegaron a una en la que les permitieron sentarse y a Thibaud le quitaron las esposas. Se frotó las muñecas con alivio.

Zhang Wei, entró en la sala acompañado por uno de los agentes. Thibaud, no pudo disimular su sorpresa al ver al presidente de la compañía. Wei se mostraba serio y sostuvo la mirada de Thibaud antes de sentarse frente a ellos.

-¿Qué ha hecho con la información que ha robado y por qué ha matado a Roland?- declaró sin más preámbulos.

-Se equivoca- afirmó Thibaud- yo no he robado nada y tampoco he matado a Roland.

-Toda la información del proyecto ha desaparecido y usted ha sido el que ha retirado los datos del ordenador, ya se ha comprobado- afirmó Wei con un tono acusador. Thibaud entendía su nerviosismo, saber lo que estaba en juego no ayudaba pero, con todo, debía convencerle de su error. Tomo aire, le convenía mostrarse tranquilo.

El inspector Wu Tsei, decidió permitir el careo entre el extranjero y el presidente de la compañía. Aún no tenía demasiado claro todo lo sucedido pero algunas cosas no le cuadraban y ese encuentro podría aclarar un poco el asunto. Observaba la escena desde la parte de atrás del cristal de la sala de interrogatorios en dónde Thibaud y su inesperada acompañante miraban a Zhang Wei. Se fijó en lo incómoda que parecía Véronique, sus colegas ya habían comprobado que aterrizó en *Beijing* esa misma mañana. Eso la disculpaba en parte de todo lo ocurrido pero, aún deseaba aclarar los motivos de su visita. Decidió que no sería bueno para ella presenciar el careo y el posterior interrogatorio. Ordenó a uno de sus agentes que la sacasen de la sala y la llevasen a su despacho para ofrecerle un té.

-No te preocupes- le explicó Thibaud cuándo le hicieron señas a Véronique de que debía seguir a un agente- te van a llevar a otro despacho, no pasa nada- empleó un tono tranquilo y se concentró en seguir así de relajado.

Véronique siguió al policía y cuándo vio que le servían un té, se relajó mucho más, la estaban tratando bien y eso atenuaba, al menos en parte, el miedo y la incertidumbre.

-Déjeme explicarle todo lo que ha ocurrido Wei- pidió Thibaud- los hechos no han sucedido como parece- Zhang Wei, miró inquisitivo al joven físico, le costaba creer en su culpabilidad, sin embargo, todo lo acusaba.

-Adelante- aceptó Wei asintiendo.

-Esta mañana, nada más acceder al ordenador del laboratorio descubrí el robo, intenté averiguar algo en ese momento pero, no disponía de tiempo, sólo pude constatar que el ordenador indicaba que yo había retirado los archivos a las 03:17.

-Eso también lo hemos visto nosotros- afirmó Wei.

Thibaud se encogió de hombros.

-Sí, pero yo a esa hora dormía en mi casa. Al ver lo ocurrido decidí que tenía que preguntarle a Roland, no quería alarmar a nadie si no había motivo. Pero... antes de todo necesitaba recoger a Véronique en el aeropuerto, no habla chino, no conoce a nadie y no podía dejarla sola. Después de recogerla y dejarla en casa, fui en busca de Roland. Allí... lo encontré muerto en su casa.

-¿Por qué no llamó entonces a la policía?- soltó Wei, alzando la voz.

-Reconozco que me asusté, pensé que lo mejor era hablar primero con usted, me dirigía a su casa cuando tuve un accidente con la moto- declaró Thibaud.

-No sabía nada- dijo Wei escéptico.

-No podía saberlo, ha sucedido hace cuatro horas. Lo pueden comprobar. La grúa retiró la moto y a mí me atendieron en el hospital Lize- Thibaud, se remangó y mostró el vendaje de su brazo.

-Bien... tuvo un accidente pero, pudo ser porque huía- argumentó Wei.

-Yo no tengo motivos para huir- se irritó Thibaud- no sé quién ha robado los datos del proyecto y tampoco sé cómo lo han hecho. No sé por qué han matado a Roland... aunque, sí que puedo afirmar que yo no he sido, no tengo motivos, me gusta mi trabajo y no quiero marcharme de aquí- afirmó contundente mirando a los ojos de Wei.

El inspector Wu Tsei escuchaba la declaración de Thibaud con atención, pese a que hubiese sido más cómodo haber detenido a un ladrón y asesino en tiempo record, debía reconocer que resultaba creíble. Los motivos no estaban claros... también podía ser que alguien le hubiese ofrecido dinero y eso podía ser suficiente motivación. Sin embargo, no tenía sentido recibir la visita de su novia en ese preciso momento. Por otro lado, resultaba demasiado evidente que él era el ladrón.

Eso hacía sospechar a Tsei, o era muy mal ladrón o le habían tendido una trampa. El físico no tenía precisamente aspecto de tonto.

Por su parte, Thibaud pensaba en cual podría ser la persona de su entorno con capacidad para burlar la seguridad de la compañía. Cada vez más, se daba cuenta de que para demostrar su inocencia iba a ser imprescindible encontrar a los culpables y algo le decía que no sería necesario buscar demasiado lejos.

-Su novia podrá marcharse, aunque por el momento no queremos que salga del país. Usted sigue detenido mientras que la investigación no aclare mejor la situación- le anunció Tsei entrando en ese momento en la sala.

-Están cometiendo un error- saltó Thibaud indignado- no les va a servir de nada tenerme encerrado, el verdadero ladrón y asesino de Roland sigue suelto.

-Es posible pero, mientras esté aquí, usted me ayudará a encontrar a ese posible ladrón y asesino- le explicó Tsei. Thibaud, le miró sorprendido: *Dónde se ha visto que un detenido intervenga en una investigación?* Thibaud desconocía que Tsei era conocido entre los suyos por sus métodos poco ortodoxos y por desconfiado, muy eficaces.

-Está bien.... podría ayudarle y lo haré con gusto, soy el primer interesado en averiguar qué ha ocurrido pero, no puedo dejar a Véronique sola, no sabrá defenderse, no habla su idioma y no conoce Pekín- argumentó Thibaud, intentando ganar tiempo.

Wei asintió, admitió como buena la idea de que Thibaud colaborase. Si lo hacía tal vez no fuese culpable después de todo y quizás, si él no estaba implicado, tal y como en el fondo suponía, podría ayudar a encontrar los culpables. Lo más importante ahora consistía en localizar los datos robados y recuperarlos. Encontrar al asesino de Roland lo consideraba su responsabilidad, de otro modo ¿Con qué cara podría enfrentarse a sus familiares para informarles que su hijo fue asesinado mientras trabajaba para él?

Se disponían a salir de la sala cuando un estruendo, obligó a los presentes a echarse al suelo de forma instintiva, todos los cristales a su alrededor estallaron en mil pedazos. Empezaron a escuchar disparos. Thibaud, localizó los gritos de Véronique cerca de donde se encontraba y con los oídos sordos no lo pensó dos veces y corrió al lugar del que provenían. Al cruzar el pasillo vislumbró entre el humo que de pronto lo envolvía todo, a dos hombres encapuchados disparando a todo el que se movía dentro del despacho contiguo a la sala de interrogatorios. Iba a entrar en el despacho donde esperaba encontrar a Véronique cuando Wei le agarró por el hombro.

-¿Sabe quiénes son?- dijo con tono acusador.

-No diga estupideces - se ofuscó Thibaud- ¿Cómo lo voy a saber?- Tsei se unió a ellos y los empujó sin miramientos al despacho donde segundos antes Véronique tomaba un té. Ahogó un grito en su garganta al verles entrar y agacharse junto a ella.

-Vienen buscándole a usted- afirmó Tsei- he visto como uno de ellos sostiene una foto suya.

Thibaud se quedó blanco, eso únicamente podía significar una cosa.

-Deben saber que usted tiene una copia de todo el trabajo, si lo eliminan ya no quedarán más- afirmó Wei.

-¿Cómo sabe usted eso?- dijo Thibaud con la boca abierta. Wei lo miró circunspecto.

-No creerá que no sé lo que hacen mis empleados- le dijo, sin perder de vista la puerta.

-Entonces usted sabía que yo no robe los archivos- exclamó Thibaud.

-Pero no estaba seguro, necesitaba comprobarlo-explicó Wei en voz baja.

-Hay que salir de aquí- soltó Tsei- me temo que no se detendrán a hacer preguntas.... por allí- señaló una ventana. Véronique lo miró con los ojos como platos, no había entendido nada pero el gesto era inequívoco.

Se escucharon nuevamente disparos, otra explosión les obligó a taparse los oídos y lanzarse de nuevo al suelo. Thibaud saltó sobre Véronique y la levantó del suelo, la ventana por la que debían saltar ya carecía de cristales. *Estamos en un primero pero son por lo menos tres o cuatro metros de altura* observó Véronique al asomarse, sintió pánico y dificultades para tragar saliva. Thibaud, buscó con los ojos un punto por el que descolgarse. Uno de los hombres encapuchados se asomó al despacho, al ver a Thibaud dio un grito, iba a disparar cuando Tsei apuntó con su pistola reglamentaria y disparó. El hombre cayó con un ruido sordo pero escucharon los pasos de más hombres corriendo en su dirección.

-¡Rápido, huyan!- gritó Tsei- procuraré retrasarles.

Thibaud saltó el primero para así poder recoger a Véronique, lo hizo después de impulsarse desde un saliente, tocó el suelo después de un salto considerable y un aterrizaje doloroso. Wei la ayudó a descolgarse por la pared sujetándola por las manos. Cuando los pies de ella tocaron las manos de Thibaud, Wei iba a soltarla y en ese preciso instante, una bala le alcanzó por la espalda. Véronique lo miró a los ojos observando con estupor como la vida se esfumaba de su mirada, se soltó bruscamente y Thibaud la atrapó como pudo, su brazo herido se resintió y cayeron los dos al suelo. Se levantaron a toda prisa ligeramente magullados y salieron corriendo en dirección a la gente que se agolpaba observando a una distancia prudente el asalto que sufría la comisaría.

Véronique sintió como si todo lo que ocurría a su alrededor fuese irreal. Miró de soslayo a Thibaud y al observar la cabeza rubia destacando entre todas las demás, una lucecita de alarma saltó en su cerebro. Se desató el pañuelo azul marino que llevaba alrededor del cuello y se lo tendió a Thibaud, él la miró atónito.

-Póntelo en la cabeza, es un pañuelo pirata, los hombres también se lo ponen - le dijo con firmeza- y deja de correr- añadió entre dientes. Si seguían corriendo, estaba segura de que los verían a una legua.

8

Italia, Bari.

Primavera

Desde el dormitorio gozaba de unas magníficas vistas al mar, se respiraba paz y serenidad, esos días de verdadero descanso, la estaban dejando nueva. Pasaba el día retozando en la cama, paseando por la playa, disfrutando del paisaje y el sol. Una auténtica delicia. Únicamente una imagen agitaba su descanso, una imagen que no lograba apartar de la mente, cuando menos se lo esperaba, se colaba en su cabeza y ahí lo tenía, en todo su esplendor, lo recordaba de pie en la cubierta del barco en bañador, con su pelo negro y lacio ondeando al viento. Con una presencia imponente. Se encontraba tumbada en la cama intentando leer un libro y el protagonista no mostraba los rasgos que el autor describía, *¡Son los de él!* Con rabia, lanzó el libro por los aires. Cogió un cojín de plumón, hundió su cabeza en él y soltó un grito colérico. Acto seguido, el cojín también recorrió la estancia con un vuelo incierto que le llevó a chocar con un jarrón decorativo. El estruendo del jarrón al romperse, puso a Tao en la cabeza de Chloé con aquella sonrisa que la derritió en lo más profundo de su ser.

-¿Cómo es posible?, soy idiota... o ¿Qué?- se dijo pronunciando las palabras en alta voz, irritada consigo misma. *No volveré a ver a ese hombre, es imposible, tenemos vidas muy diferentes y trabajamos en lugares muy alejados el uno del otro.*

No pudo reprimir un profundo suspiro, procuraba descansar, aprovechar esos días de vacaciones pero, por momentos, una melancolía desconocida y que nunca le tocó sufrir, la dejaba terriblemente abatida. Le convenía poner un término a esos días de reposo, se dijo que su nuevo destino colmaría sus expectativas y dejaría de pensar en él. Se levantó para cerrar la ventana, la belleza del atardecer detuvo su gesto. El teléfono comenzó a sonar.

-¡Allô!- respondió con un tono alegre.

-*Salut ma chérie, c'est moi, Thibaud* - contestó un tanto serio, para como él acostumbraba a ser. Chloé presintió de inmediato que algo no iba bien.

-Hola cariño, ¿Cómo estás? ¿Va todo bien?- indagó Chloé tensa.

-No, precisamente....

-¡No me asustes!- exclamó ella buscando apoyo y dejando caer sus posaderas en la cama- ¿Qué es lo que pasa?- le apremió.

-Tengo problemas, han robado en mi empresa y han asesinado a Roland, no puedo darte más detalles ni puedo hablar más tiempo. Véronique y yo estamos atrapados en *Beijing*, no podremos salir sin ayuda. Necesito que vengas con dinero para organizar una forma de salir. No tardes por favor ¿Podrás?

-No te preocupes ¿Dónde tengo que buscaros y cómo?- quiso saber, sin hacer más preguntas.

-Nos vemos en la puerta sur de La Ciudad Prohibida, a las cinco de la tarde del próximo lunes, si no estás volveré el martes y el miércoles.

-Allí estaré, tened cuidado y cuidaros mucho- le dijo angustiada.

Cuándo colgó, su corazón latía desahogado, el miedo le hizo apretar los puños. China...su hermano vivía allí desde hacía unos años pero, ella no estuvo jamás, ni sabía nada de ese país ¿Cómo se las arreglaría? Tenía apenas una semana para organizarse y viajar. Era poco tiempo para un viaje tan lejos.... sólo el visado, podía tardar varios días en tramitarse por lo que había escuchado decir a Thibaud alguna vez.

Llevar dinero, no suponía un problema aunque se imaginaba que su hermano se refería a llevar Yuanes en efectivo. Eso también implicaba solicitarlos en el banco y un tiempo de demora. Una idea trotaba en su cabeza, intentaba descartarla por descabellada.

-No sabes ni cómo localizarle, fuiste tan tonta que tan sólo le diste tu teléfono.... pero ¿Qué te creías? ¿Que caería rendido a tus pies y te llamaría enseguida, aduciendo no poder vivir sin ti? Te vendrá bien la lección de humildad...él no te necesita- se decía mortificándose por su estupidez.

-Un momento - se percató-no eres tan tonta....él dijo que vivía en el Mont Saint Michel, si vive allí, no hay un pueblo más pequeño... no es una aldea... pero casi, además, Tao no pasa desapercibido y lo deben conocer - pensó tratando de convencerse. Su brillante idea consistía en localizarle y pedirle que fuese con ella a China-no querrá jamás y perderás un tiempo precioso.... ¿Por qué querría ir contigo a China? no tiene motivos... posiblemente piense que lo mejor es mantenerse alejado de ti, ni tan siquiera fuiste capaz de despedirte de una forma normal.....

El escaso tiempo de que disponía precipitó la decisión. Reunió todas sus pertenencias y bajó a la recepción del hotel.

Con una férrea determinación, su corazón le decía que debía intentarlo. De modo que lo haría... iría, trataría de encontrarlo ysi finalmente no iba con ella....se lo tendría merecido.

Pidió un taxi. Consciente de que le costaría un dineral que la llevaran al aeropuerto situado a unos once kilómetroscerca dePalese, a pesar de todo,resultaba el más próximo y su mejor opción. Prefería pagar antes que esperar un autobús. Cogería el primer vuelo con destino a cualquier ciudad principal de Europa, desde allí, podría buscar un vuelo a París.... si no lo encontraba al primer intento. Después, no tendría más remedio que coger un tren o también podría alquilar un coche.... le gustó más esa opción.

Tuvo suerte, porque encontró un vuelo directo a París. El único inconveniente fue tener que esperar hasta las doce de la noche para cogerlo. Una vez que su vuelo tomó tierra en París, no tuvo dificultad para encontrar un coche de alquiler en el mismo aeropuerto, sin embargo, conducir hasta el Mont Saint Michel muerta de sueño, si la puso a prueba. Chloé no acostumbraba a trasnochar e incluso en los campamentos de países remotos lograba respetar sus horas de sueño. Necesitaba un mínimo de horas para ser eficiente.

Condujo con cuidado haciendo acopio de valor para las casi cuatro horas de camino que le quedaban. Realizó el itinerario pasando por Le Havre lo que le trajo memorables recuerdos. Recordó que su bisabuela vivió casi toda su vida en esa ciudad, murió a la edad de ciento tres años y la recordaba como una anciana encantadora. Sonrió al revivir su imagen en la mente. Conectó la radio y abrió un poco

la ventanilla, el frío la mantendría despierta.

Daban las cinco y media de la madrugada cuando llegó. Aún era de noche y la carretera que llevaba al pueblo se terminaba en el parking. Después, tocaba entrar a pie en la ciudadela. Tan temprano, dudaba que pudiese encontrar a alguien despierto y menos que ese alguien se dignase a informarla una desconocida del paradero de uno de sus vecinos.

9

Normandía.

Le Mont Saint Michel

Algo le despertó, el sobresalto lo incorporó de la cama, no supo lo que fue. Intentó aguzar el oído, pero si algo había en las noches de su pueblo era silencio. Justamente.... eso era, algo rompió el silencio. Se levantó con su habitual sigilo pese a vivir solo y subió al piso superior para abrir uno de los ventanales, sólo algunas farolas iluminaban la noche. Desde donde se encontraba divisaba parte del aparcamiento, vio cómo las luces de un coche que acababa de llegar se apagaban. Debía tratarse del huésped de alguno de los hoteles de la ciudadela. Desvelado del todo a su pesar, se sentó en el ancho alfeizar de la ventana apoyando la espalda en un lado de la ventana. Flexionó las rodillas y con agilidad apuntó los pies en el lado contrario. De esa guisa atravesado, reclinó su cabeza hacia atrás y miró el cielo, aún se veían estrellas aunque el día no tardaría en despuntar.

Escuchó al rato la respiración cansada de la persona que subía las escaleras cargando algo, *seguramente el equipaje*. Era probable que pasase al lado de su casa si seguía las indicaciones de *Les Terrases Poulardes*. No se equivocó, pasaba a proximidad cuando algo en la silueta de esa mujer, porque era una mujer, le provocó un redoble del corazón. De un salto estuvo en cuclillas y cual gato en su elemento, se descolgó desde la ventana hasta el suelo. Se encontraba descalzo y la única prenda que cubría su anatomía consistía en un suave pantalón negro de pijama. No hizo ningún ruido.

Ella se detuvo a resoplar soltando irritada su bolsa de viaje, *menuda subidita*, tendría que pasar la noche o más bien la mañana... en algún hotel, lo había decidido después de haber dejado el coche aparcado. En cuanto hubiese dormido unas horas buscaría a Tao. Esperaba que tuviesen habitaciones disponibles, de otro modo estaba dispuesta a dormir sobre su bolsa de viaje. Rendida, ya no quería dar un paso más. Se agachaba para recoger su bolsa del suelo, cuando otra mano la levantó en su lugar.

-Yo te la llevo- dijo con voz suave.

Chloé, no se asustó. *Increíble.... pero si, es él.... en todo su esplendor. Lo dejé en bañador y lo vuelvo a ver con poco más, este hombre... ¿Desconoce lo que es la ropa o lo hace por mí? No seas tonta, no podía saber que vendrías* - le dirigió una sonrisa.

-Hola Tao- le saludó tratando de contener su entusiasmo. De hecho, no se movió- siento haber sido tan fría la última vez que nos vimos.

-No fuiste precisamente fría- contestó él devolviéndole la sonrisa. Chloé se ruborizó pero, estaba muy oscuro y contó con que él no lo percibiese.

-Quiero decir.... en la despedida- arguyó bajando la cabeza.

-En eso.... fuiste despiadada- declaró sin perder la sonrisa.

-Lo siento, pensé que sería lo mejor, no creía que volviésemos a vernos nunca- argumentó un poco incómoda.

-No hay nada que explicar- declaró él zanjando el tema- ¿Qué te trae por aquí?- ella lo miró a los ojos, una sombra de angustia los nublaba y él se dio cuenta.

-Es largo de contar y estoy rendida, pensaba buscar un hotel y hablar mañana si te encontraba- explicó con franqueza.

-No será necesario, ven conmigo- dijo con determinación. La llevó hasta la puerta de la casa, situada a escasos cinco metros de donde se encontraban. Tao depositó la bolsa en el suelo, ella lo miró extrañada.

-Espérame aquí, voy a abrir desde dentro- dio un salto y se encaramó por la pared hasta que llegó a la ventana por la que había saltado. Chloé observó admirada la facilidad y agilidad con la que escalaba.

Abrió la puerta y cogió el equipaje para dejarla pasar. Chloé se sorprendió por el gusto sobrio y elegante de la decoración en un ambiente medieval. Se trataba de una casa muy acogedora. Los párpados le pesaban como losas. Tao, percibiendo su agotamiento la llevó sin miramientos hasta el dormitorio. Una cama muy grande y desecha no dejaba lugar a dudas de a quién pertenecía el dormitorio. Chloé no se sorprendió. Hubiese sido absurdo dormir en otro sitio. Con tranquilidad y sin esperar otra insinuación, se descalzó, se quitó los pantalones, el sujetador... se dejó la braguita y la camiseta. Con sumo placer, en absoluto fingido, deslizó su cuerpo bajo el cálido edredón de plumas. Pudo sentir el calor, eso significaba que estuvo metido en la cama poco tiempo antes de verla.

-¿Estabas durmiendo?- declaró asombrada- ¿Qué fue lo que te despertó?- Tao enmudeció mientras observaba con deleite cómo se desnudaba y entraba en la cama con naturalidad. No le iba a mentir.

-Has sido tú.

Lo miró atónita, Tao se metió en la cama junto a ella. Chloé se acurrucó contra él dejando descansar su cabeza sobre su pecho musculado y suave, exento de vello. Él pasó su brazo tras su espalda en un tierno abrazo. Ya podía relajarse, estaba junto a él, todo estaba bien. Cerraron los ojos casi a la vez y se quedaron profundamente dormidos.

10

República Popular China.

Beijing

Caminaron durante muchas horas alejándose cuanto pudieron de la comisaría. Trataron de ubicarse en lugares concurridos. Buscaban zonas comerciales abarrotadas en donde poder camuflarse con más facilidad entre la gente. Thibaud tuvo la oportunidad de llamar a su hermana desde la primera cabina que encontró pero, siguieron andando. Atravesaron un Hutong muy concurrido observando distraídos la mercancía turística. Véronique harta de andar sólo quería descansar. A ella le hubiese gustado disfrutar del paseo, cada vez quedaban menos Hutong, esos antiguos barrios con casitas muy pegadas las unas a las otras tendían a desaparecer para favorecer la expansión de la gran ciudad.

-¡No pienso dar un paso más!- exclamó con rabia soltando la mano de Thibaud que tiraba de ella desde hacía un rato- ¿Quién me manda querer hacer un viaje a China para que ahora me maten? ¡Dime!- gritó- ¿Quién diablos me manda?- estaba fuera de sí. Thibaud, no se alteró y trató de calmarla.

-No te preocupes, saldremos de esta, ya lo verás- le dijo con tono conciliador.

-¡Estás demasiado tranquilo!... pero ¡Yo no puedo estar tranquila!, ¡No tenemos documentación!... además.... ¡Nos quieren matar!... ¡Tengo hambre, estoy cansada, no quiero andar!... ¡Aaaah!... pero tú... no pasa nada, estás tranquiliiiiiiii! ¿Para qué alterarte? ¡Total!... debes estar acostumbrado.... Seguro que ya te ha pasado y has preferido ocultármelo- soltó de sopetón sin poder contenerse. Estaba casi desgañitándose y ahora no estaban siendo especialmente discretos.

Thibaud, la cogió por el brazo y la arrastró con escasa delicadeza al interior de un pequeño parque lleno de vegetación exuberante y no demasiado concurrido.

-¡Quieres calmarte!, ¡No digas bobadas!- levantó la voz y eso terminó por calmarla. De todos modos, Véronique había soltado vapor y ya respiraba mejor, lo miraba con los ojos como platos. Thibaud, escudriñaba su rostro.... adoraba ese carácter, le encantaba verla enfadada, su pelo pelirrojo caía en ondas hasta la mitad de su espalda y sus ojos verdes brillando... parecía una auténtica leona, una fiera espléndida e indomable. Había reaccionado con mucha valentía durante el tiroteo y eso resultó una sorpresa. Se conocían desde hacía poco tiempo pero, hasta ahora, todo lo que intuía que había en ella y que poco a poco iba descubriendo, lo dejaba impresionado. Cogió sus manos entre las suyas, se las besó y segundos después se abrazaban.

-Tranquila cariño, vamos a sentarnos en un banco y vamos a descansar, buscaré algo para comer y comeremos en este parque ¿De acuerdo?- Volvió a besarle los labios.

-Está bien- dijo más tranquila-me sentaré en ese banco y esperaré que vuelvas.

Thibaud, se alejó en busca de un restaurante de comida rápida. Estaban en una zona turística y por lo tanto muchos extranjeros de diferentes etnias paseaban por la calle. Tuvo la certeza de no llamar tanto la atención si se quitaba el pañuelo de la

cabeza. Encontró lo que buscaba a poca distancia. Llevaba suficientes yuanes en el bolsillo, para tres o cuatro comidas más de ese estilo, no para más. Iban a tener que sobrevivir de incógnito como mínimo una semana. Aproximarse a cualquiera de sus colegas implicaría delatarse, si lo buscaban a él ya debían conocer su círculo social o, si no lo conocían, no tardarían en hacerlo. Rebuscó por los bolsillos de la chaqueta, en uno muy pequeño encontró lo que todos andaban buscando, el pen drive que contenía toda la información del nuevo material. Una copia de seguridad de todo el trabajo, sólo él disponía de una. Desde el principio le pareció poco seguro confiar toda la información a un único ordenador. Ahora, los hechos le daban la razón convirtiendo a ese pequeño aparatito en algo muy valioso. Tenía claro que debía devolvérselo a la empresa. El único problema consistía en que obviamente, en la empresa había un traidor. Por otra parte, Wei fue el único además de Roland en quién había depositado su confianza y ahora estaban muertos los dos. Convenía descubrir quién o quienes habían cometido el robo, con toda seguridad se trataba de un grupo poderoso y había que intentar impedir que usasen la información robada. De otro de los bolsillos sacó la tarjeta del joven Sien, por un momento dudó si llamarle, pero bien mirado, no tenían otra opción. Volvió a guardarse la tarjeta y se acercó al mostrador para pedir dos menús para llevar.

No dejaba de observar a la gente que pasaba, los observaba con atención buscando algo anormal, estaba un poco tocada por todos los acontecimientos de la tarde, el sol empezaba a caer y pronto sería de noche, debían buscar un hotel o un sitio para pasar la noche y sin documentación, lo veía difícil. En toda su vida, jamás durmió una sola noche al raso y hacerlo en un país extraño, se le antojaba muy cuesta arriba. Buscó con la mirada a Thibaud, no debería tardar mucho más. Al poco, lo vio aproximándose, llevaba un paquete en las manos y se le hizo la boca agua con sólo imaginarlo que habría.

-¡Ya estoy aquí!- exclamó alegre. Daba la sensación de que iban a disfrutar de un simple picnic de domingo, en cualquier parque conocido. Véronique sonrió radiante, no podía evitar dejarse llevar por su entusiasmo contagioso, a pesar de no encontrar demasiados motivos para la risa- Tenemos, cerdo agridulce, pato a la pekinesa, rollitos de primavera, agua y helado de chocolate. El chocolate es excelente para prevenir los estados depresivos y levanta la moral.... he pensado en ti- soltó burlón.

Véro, no reprimió la carcajada, se lo tenía merecido por el numerito de histeria.

-Pues, no esperemos más, al ataque- exclamó cogiendo todo el paquete de las manos de Thibaud y sacándolo todo para colocarlo sobre el banco. Los únicos cubiertos eran los palillos, Véronique los cogió y enarcó una ceja mirando a Thibaud con cara de pocos amigos.

-¿Qué querías?- exclamó él- te recuerdo que estamos en Chiiiiina-Véro, hizo una mueca y soltó otra carcajada, cogió los palillos y comenzó a comer. Tal vez el hambre mejorara su habilidad pero, lo cierto es que no tardó demasiado en hacerse con el manejo del exótico cubierto.

-Está mañana tuve un accidente de moto- le soltó Thibaud mientras comían. Ella casi se atragantó.

-¿Qué dices? Pero....obviamente no te ha ocurrido nada- dijo, haciendo un repaso ocular del cuerpo de Thibaud.

-No, un simple rasguño sin importancia pero, lo interesante es que conocí a un

joven estudiante de medicina que me dejó su teléfono y me ofreció su ayuda si por un casual la precisaba. He pensado que podríamos llamarle desde una cabina. Quizás nos preste auxilio en cuanto le expliquemos lo ocurrido-argumentó Thibaud.

-Pues... creo que no tenemos demasiadas opciones, voto por intentarlo- asintió Véronique.

Recogieron los restos de la cena y buscaron una papelería para tirar los desperdicios. Encontraron una cabina a poca distancia del parque y Thibaud volvió a sacar la tarjeta de Sien del bolsillo.

Véronique se quedó sentada en otro banco de la calle mientras Thibaud telefoneaba, la puesta de sol resultó magnífica y las luces de la noche de Beijing, soberbias. Un grupo de jóvenes chinas con faldas muy cortas pasó por su lado, actuaban como cualquier grupo de quinceañeras occidentales, riendo y gastando bromas según avanzaban. Envidió su desparpajo e inocencia, aquellos tiempos de estudiante sin responsabilidades...

Thibaud regresó al poco con una amplia sonrisa.

-Le he explicado donde estamos, ha dicho que tardará una media hora. No le he contado todo lo ocurrido, únicamente que necesitamos su ayuda. Ya te dije que era muy amable- declaró contentó de haber encontrado una solución para sus problemas.

Esperaron cuarenta minutos, que pasaron volando. Thibaud distinguió a Sien acercándose a la tienda frente a la que habían quedado, antes de que él los viese. Sien sonrió al verle y le tendió la mano. Thibaud se la estrechó con fuerza, después, le presentó a Véronique.

-Me alegra conocerla, tiene un compañero muy valiente y decidido- dijo Sien en inglés, alabando a Thibaud.

-Sien, tenemos que hablar- comenzó Thibaud- vamos a sentarnos en alguna cafetería- le instó. Estaban cerca de una y entraron los tres para sentarse en torno a una pequeña mesa metálica.

-Perdóneme Véronique, pero voy a hablar con Sien y no vas a entender nada, le voy a contar todo lo ocurrido y luego le preguntaré si puede ayudarnos- se disculpó un poco incómodo. Ella le sonrió.

-No te preocupes, adelante- le instó.

-Sien, trabajo en la Beijing Thecnology Co. Ltd., soy físico y dirijo el programa de nano ciencia de la compañía. Lo que te voy a decir es confidencial y te rogaría que no lo repitieses- Sien asintió con la cabeza- Esta mañana descubrí que habían entrado en el ordenador principal en donde se ubica toda la información del proyecto en el que trabajo. Todos los datos fueron extraídos de forma fraudulenta y acto seguido la información se eliminó de los servidores y discos duros que la contenían. Lo que han robado, es fruto del trabajo de muchos años - el muchacho abrió los ojos asimilando la información- lo peor fue constatar que el ordenador había registrado que quién retiró los datos era yo mismo, lo cual, te pido que creas, es falso- Sien asintió despacio con la cabeza- Intenté localizar a mi colega en el proyecto, Roland, al no contestar por teléfono, decidí acudir a su casa. Lo encontré muerto...lo han asesinado- Sien se puso visiblemente nervioso, Thibaud continuó- cuando tuve el accidente acababa de salir de su casa y conducía rápido para tratar de localizar lo antes posible a Wei, el presidente

de la compañía- Sien frunció el ceño, el nombre le decía algo- como bien sabes ,no llegué a verle y mi teléfono lo perdí en el accidente. En cuanto nos separamos, me reuní con Véronique y allí, en mi casa, nos detuvieron para llevarnos a la comisaría.

En ese momento, en la televisión de la cafetería emitían las noticias. En primer plano mostraban una imagen de la comisaría rodeada de varios camiones de extinción de incendios y tropas de asalto. La locutora explicaba que el asalto a la comisaría se produjo durante la tarde, anunciaba que se contaban más de cincuenta heridos y al menos veinte fallecidos. Se desconocían las causas del ataque y se había abierto una investigación. Thibaud y Véronique dejaron la vista fija en la televisión y Sien tuvo que hacer lo mismo, al ver la mirada de sus nuevos amigos comprendió que habían estado allí, esa era la comisaría en donde estuvieron.

-Fue por mí- le explicó enseguida Thibaud- ese grupo de asalto iba por mí, tenían una foto mía y pretendían eliminarme.

-¿Por qué?- quiso saber Sien- si tú no robaste nada...no tiene sentido- dedujo con lógica.

-Saben, no sé cómo, qué tengo una copia de todo- alegó Thibaud- justo antes del asalto me caree en la comisaría con Wei, él sabía que yo tenía esa copia y si él lo sabía, es posible que lo supiesen más personas. Wei comprendió que yo no tenía nada que ver con el robo. Cuando el inspector Tsei, constató que venían por mí, tanto Wei como Tsei, nos ayudaron a salir de la comisaría. Por desgracia Wei murió en el intento y Tsei, no sabemos si sigue vivo- ahora recordaba Sien dónde había escuchado el nombre, ya lo habían mencionado en las noticias- Nosotros debemos permanecer ocultos por el momento, nadie sabe dónde estamos y lo que tengo en mis manos es demasiado valioso, matarán por conseguirlo, quieren la exclusiva de lo que han robado.

-Hay que detenerles- se exaltó Sien dejándose llevar por la indignación.

-Eso, por el momento va a ser difícil, aunque si Tsei sigue vivo creo que habrá que intentar ponerse en contacto con él, hay que dejar pasar unos días. Si no estuviese seguro de que nadie puede vincularme contigo no te lo pediría pero, tampoco tengo otra opción ¿Puedes ocultarnos?- preguntó Thibaud abiertamente.

-Por supuesto- contestó Sien sin dudarle- Tengo una casa de alquiler para mí sólo, soy un afortunado hijo único, con la suerte de tener unos padres con negocios prósperos en Shanghái. Pocos estudiantes de Pekín pueden decir lo mismo, será un honor teneros en mi casa- afirmó decidido.

-Muchas gracias- respondió Thibaud con franqueza.

Véronique sintió que todo había salido bien, esa noche dormiría en una cama y le estaría eternamente agradecida a ese muchacho.

11

Provincia de Shandong

Qingdao

Li Jintao, se mostraba preocupado, la ineptitud de sus hombres al no lograr abatir al francés, le sacaba de quicio. La operación había durado muchos años para que ahora se estropease. Lo peor era que lo perdieron de vista en una de las ciudades de China que contaba con más extranjeros por metro cuadrado y por eso, iba a ser difícil dar con él. Aunque, no imposible, sería necesario visitar su casa y allí seguramente hallarían algún rastro de todos sus movimientos en *Beijing*. Además podrían localizar a todos sus amigos o conocidos. Sin duda, en algún momento se vería en la necesidad de tener que pedir ayuda si quería pasar desapercibido y eso le pasaría factura.

Uno de sus hombres pidió acceder a su despacho.

-Pase- le autorizó Jintao.

-Honorable Jintao- comenzó el otro al entrar- he enviado un grupo de hombres al domicilio del francés. Tengo que informarle que de nuestro grupo de asalto de quince hombres, han regresado seis de la comisaría- le informó impertérrito.

-Han luchado con honor y sabremos recompensar sus familias- contestó Jintao- quiero que el grupo especial de los seis se prepare. En cuanto se localice a nuestro hombre, los enviaremos tras él.

El hombre se retiró después de agachar la cabeza a modo de breve saludo. La gimnasia facial de su jefe siempre lo dejaba impresionado trataba de mostrarse impasible pero ese hombre no dejaba a nadie de su entorno indiferente.

Al poco de haberse retirado su esbirro, Li Jintao se acomodó en su sofá, apreciaba los gustos occidentales y en su casa abundaban las decoraciones al modo occidental, sin embargo carecía de refinamiento. Cualquier avezado en la materia lo hubiese tachado de ostentoso, aparecían elementos orientales que se entremezclaban con otros dignos de cualquier bazar de mal gusto. Tenía, no obstante, el mérito de ser un hombre que supo sacarle partido a la mala fortuna. Siendo niño conoció el hambre pero, una habilidad innata para los negocios, le ayudó a levantar el imperio que ahora poseía. En China, como en todos los países, había ricos y pobres, sólo que este millonario, no era de los que declaraba impuestos. Sus negocios más lucrativos se consideraban los más turbios e ilegales. De hecho, Jintao tenía el dudoso honor de ser considerado uno de los mayores delincuentes que China había conocido. Vivía oculto en la sombra y sus actividades legales figuraban impolutas haciendo imposible que se le relacionase con sus actividades delictivas que siempre supo gestionar desde el anonimato.

Llevaba años investigando los distintos mercados y después de la compra-venta de órganos, la nano ciencia, resultó todo un descubrimiento. Logró posicionarse en el mercado negro del espionaje industrial y actualmente se proclamaba cabecilla de toda la red asiática.

El nuevo material diseñado por el equipo de ese francés supondría una nueva revolución de la industria y su precio actual en el mercado tenía un valor elevadísimo.

No le importaba vendérselo a otra potencia extranjera, no importaba si habían sido los suyos los que habían logrado el éxito. Jintao, conocía muy bien la ley de la oferta y la demanda, era imbatible en ese juego y movería las fichas a su favor haciendo las trampas que fuesen necesarias para lograr sus objetivos.

No obstante, para que el valor de lo sustraído fuese auténtico, nadie más debía poder desarrollarlo. Cogió una foto de Thibaud para observarlo con detenimiento. Si hubiese sabido lo que le esperaba en China, seguramente se lo hubiese pensado antes de acomodarse, pensó con sorna al tiempo que quemaba la foto de Thibaud con la llama de una vela.

12

Normandía

Mont Saint Michel

Escuchaba con atención el relato de Chloé, comprendía su angustia y antes de que terminase de hablar tuvo claro lo que debía hacer. Seguían tumbados en la cama, apenas Chloé abrió los ojos, la urgencia de todo lo que le ocurría, la instó a hablar y desahogarse.

-Hay que solicitar los visados hoy mismo-afirmó Tao- de otro modo podemos llegar tarde- argumentó con decisión.

Chloé se quedó de piedra, estuvo escuchándola en silencio mientras le explicaba lo ocurrido y no hizo ni una sola pregunta, únicamente tomaba la decisión de acompañarla porqué se lo pedía, sin más... era increíble.

-¿No tienes dudas?, es sorprendente... en realidad nos conocemos muy poco y no te importanzarte a la aventura de venir a China con una completa desconocida- le soltó ella atónita. Tao sonrió... esa sonrisa....

-Para empezar, China para mí, no es ninguna novedad y has tenido razón al pensar que yo podría ayudarte, conozco a gente allí que nos ayudará y ayudarán a tu hermano y su novia. Soy la persona más indicada, porque estoy dispuesto a acompañarte y puedo hacerlo. Y no eres una completa desconocida, porque sé en qué postura te gusta dormir sé que es lo que te estremece- paseó un dedo por su ombligo haciéndole ver a qué se refería, los pechos de Chloé la traicionaron, Tao la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos. Dieron rienda suelta a sus instintos más básicos. Sentían como si estuviesen despertando de un letargo demasiado largo, no hacía tantos días que se perdieron de vista pero, les había parecido una eternidad. Bebieron el uno del otro, hasta que saciaron su sed.

Tao fue el primero en levantarse, faltaban pocos minutos para que dieran las doce de la mañana. Se sentó en el ordenador para comenzar a tramitar el visado por internet, el despacho de su padre en París podría hacer las primeras gestiones hasta que ellos llegasen.

Se enfundó un pantalón de chándal gris, una camiseta blanca y unas deportivas. Sentándose junto a Chloé que aún retozaba en la cama, deslizó su mano por la espesa cabellera. Estaba preciosa con supelo ondulado y rubio, magnífico. Chloé abrió los ojos y sonrió al verle.

-Hola guapo- los ojos de Chloé se iluminaron.

-He comenzado a tramitarlos visados pero, antes de irnos, quiero que conozcas a alguien- soltó con un cierto aire de intriga que provocó una sonrisa de ella.

Chloé se vistió con rapidez. Salieron juntos en dirección a la abadía, encontraron las callejuelas de la ciudadela animadas por los turistas. La calle principal que recorría toda la aldea cerca de la muralla mostraba todos los comercios abiertos.

-¿Te gustan los mejillones? - indagó Tao cuando pasaban por delante de uno de los restaurantes que los cocinaba.

-Me encantan, tengo entendido que las ostras y mejillones que se comen aquí, tienen muy buena reputación- contestó ella admirando el aspecto del plato que servían en una mesa. Era mediodía, la hora a la que comenzaban a servirse los almuerzos.

-Si quieres, después te llevo a uno de los restaurantes que cocina unos mejillones dignos del mejor recuerdo- declaró- Otro plato típico es la tortilla de *lamère Poulard*. Una simple tortilla que nació de la necesidad de cocinar un plato con rapidez, para los peregrinos. El truco de su sabor está en la cantidad de mantequilla que se emplea para la elaboración- le explicó Tao.

-Me encantará probarla- aseguró Chloé entusiasmada con la idea.

Llegaron a la puerta de acceso a la abadía, ella lo seguía de cerca. Franquearon varios portones y Tao atravesó uno de los accesos prohibidos a los visitantes ajenos a la abadía. Enseguida se toparon con uno de los monjes de la congregación. El monje conocía muy bien a Tao y supo que venía en busca de Lee, no reconoció a la joven que lo acompañaba pero supuso que se trataba de una amiga.

-Está en el refectorio- Le dijo a Tao, sin esperar a que este preguntase. Tao sonrió y asintió con la cabeza.

Lee meditaba, hacía ya varias horas que se había ejercitado en el patio como cada mañana y al no ver aparecer a su joven discípulo presintió que algo ocurría. Por ello, no se extrañó al verle acompañado de una hermosa joven. No sabía nada de ella pero, le bastó observarla un instante, sintió que Tao había escogido bien, un halo de fuerza positiva la rodeaba. Se acercó a los dos y cogió las manos de ella entre las suyas. Acto seguido cogió las de Tao y las unió con las de ella, posando sus manos sobre las de ellos, cerró los ojos. El refectorio era otra de las salas de la abadía que disfrutaba de una luz especial, los enormes ventanales góticos con vistas a la bahía, dejaban penetrar el sol a raudales. Todas las paredes y el suelo de piedra repleta de grandes mesas y bancos de madera, daban a la sala un aspecto solemne, a pesar de la austeridad. Los tres permanecieron en el centro de la estancia durante un instante que a Chloé le pareció largo, el silencio persistió. Al poco, se convirtió en un momento especial, cerró los ojos dejándose llevar por la energía que sintió fluir entre ellos. El anciano, por fin abrió los ojos para mirar fijamente a Tao.

-Ella necesita que la ayudes- le dijo. Tao asintió con seriedad en su mirada- será peligroso- afirmó- tendrás que emplear toda tu fuerza, ten cuidado- apretó con fuerza su mano. Lo dijo todo en Chino para no asustar a Chloé, Tao lo sabía y también le contestó en Chino.

-Su hermano tiene problemas, le acusan de un robo que no ha cometido, está en una situación comprometida junto con su novia. He decidido acompañar a Chloé- explicó Tao.

-Bien ¿Vais a Beijing?- quiso saber Lee.

-Sí, es donde están- contestó Tao.

-Ve a ver a Ling Chu, él te ayudará ¿Te acuerdas de dónde vive?

-Desde luego. Muchas gracias Lee- contestó Tao.

-Recuerda- le dijo Lee muy serio- "La gentileza vence a la fuerza, los peces deben dejarse en el estanque profundo y las armas afiladas deben permanecer donde nadie pueda verlas" llevas un dragón dormido en tu interior, déjalo dormir cuanto

puedas- el anciano reunió sus manos frente a su pecho y se inclinó a modo de saludo hacia Chloé y después hacia Tao, los dos le devolvieron el saludo.

Al salir de la abadía, Chloé se notó extraña, tuvo la sensación de haberse encontrado con alguien muy especial. Tao cogió su mano.

-Lee ha sido mi maestro prácticamente toda mi vida, casi todo lo que sé, se lo debo a él- explicó Tao.

-He sentido como te quiere, tú también eres importante para él- contestó ella. Tao sonrió.

-Me alegra que te hayas dado cuenta- respondió Tao- que te parece si comemos- declaró cambiando de tema. Chloé asintió.

Comieron lo prometido, en uno de los restaurantes que disponía de una terraza con vistas a la bahía. Las flores de variados colores adornaban los balcones y las ventanas de las casas. Las contraventanas de madera, las casas de piedra y el empedrado de los suelos, proporcionaban al entorno, un aspecto de autenticidad que la decoración de los rincones más discretos no contravenía. Chloé apreciaba en su justa medida la sensación de hacer una visita al pasado siglo XIV o XV.

-Debemos ir a París hoy mismo, habrá que presentarse mañana en la embajada de China para terminar con los trámites del visado, después tendremos que conseguir un vuelo y planificar el viaje ¿Estás de acuerdo?- preguntó Tao.

-Sí, por mí no hay inconveniente, pero... Tao, tú tienes un trabajo y ya has pasado tus vacaciones en el Adriático ¿No tendrás problemas si desapareces ahora?- le preguntó preocupada, no quería ser la causa de su despido.

-No te preocupes, la empresa es mía, no tengo jefes y tengo la suerte de poder organizar mi trabajo como quiero. Únicamente tendré que poner un poco de orden entre el personal y planificar un poco el trabajo de los demás para que tengan tareas establecidas durante mi ausencia- argumentó Tao.

-Quería decirte que tampoco quiero que todo esto suponga un gasto extra para ti. Por supuesto, yo me haré cargo de todos los gastos de desplazamiento, comidas y alojamiento que precisemos.

-No será necesario, para mí no va a suponer un gasto, ni mucho menos excesivo y prefiero que conserves todo tu dinero para lo que pueda necesitar tu hermano, supongo que venido el caso, si viniese de mí no lo aceptaría con tanta facilidad-arguyó Tao.

-Pero... no puedo aceptarlo Tao... es demasiado- dijo Chloé negando con la cabeza y sintiéndose un poco agobiada, abusar de la generosidad de Tao no estaba en sus planes.

-Por favor, no discutamos- la silenció Tao- debemos preparar las maletas, bueno... al menos yo debo preparar algunas cosas, creo que una vez en París deberíamos quedarnos allí hasta que encontremos un vuelo.

-¿Cuánto crees que tardará el visado?

-Voy a pedir a un amigo que me envíe una carta de invitación, pagando los suplementos necesarios lo podemos conseguir en cuatro días, si todo va bien- contestó

Tao- pero hay que estar allí mañana para mostrar las fotos de identidad y rellenar unos formularios.

-¿No hay que enseñar los billetes de avión o una reserva de hotel?- preguntó Chloé- creo que escuché algo de eso a mi hermano hace ya algún tiempo- arguyó ella.

-Sí, tienes razón el billete habrá que obtenerlo pero, el hotel no será necesario con la invitación. No obstante, en esta ocasión voy a preguntar si es posible que cojamos el billete en cuanto tengamos el visado, por si se adelanta o se retrasa, no quisiera coger un billete para dentro de cuatro días y no poder usarlo por no tener visado- explicó.

-¿Crees de verdad que lo podríamos conseguir en tan poco tiempo? si eso fuese así, llegaríamos a China mucho antes de lo previsto ¿Qué haríamos hasta que nos encontremos con mi hermano?- preguntó Chloé.

-Le haría una visita a un amigo, él también puede ayudar, conoce muy bien el país- explicó Tao.

-Conforme, me parece bien, de todos modos tampoco me podría poner en contacto con Thibaud. No sé cómo se las va a arreglar. De hecho, espero que haya podido hacer algo, cuando hablé con él, lo noté muy angustiado.

-Por lo que me has contado, tu hermano parece un tipo resuelto, si hasta el momento en que te llamó, logró evitar todos los peligros que implicaba su situación. Estoy seguro de que sabrá aguantar hasta que lleguemos- afirmó Tao.

-Espero que tengas razón- contestó Chloé con una sombra de preocupación en los ojos.

13

Provincia de Shandong

Qingdao

Sus hombres estuvieron en casa de Carnot y lograron obtener una información valiosa. Al parecer, el francés sufrió un accidente de moto el mismo día de su detención. Rebuscaron en su buzón de correos y descubrieron que a su domicilio había llegado una notificación del taller de motos en donde le indicaban que estaría reparada en quince días y le instaban a ponerse en contacto con el taller.

Jintao cogió una manzana del cesto de frutas y la mordió con ansia. Decidido a rebajar los kilos que le sobraban, procuraba disminuir la ingesta de grasas. Se miró en uno de los espejos del despacho observando su enorme panza. Demasiado grueso para su gusto.

Localizaron el taller pero, sus hombres informaron que el dueño no sabía nada de su cliente desde el día que envió la moto. Jintao, ordenó entonces que investigasen en los hospitales. En el Hospital Lize, les constaba haberlo atendido, al parecer, unos puntos y dejaron que se marchase. Según pudieron averiguar, lo acompañaba un joven estudiante de medicina que la enfermera de turno recordaba muy bien, porque justamente, hablaron de ello. Lo único que recordaba del estudiante, era el nombre de pila, Sien.

Li Jintao, se regocijaba. A pesar de que sería difícil encontrarle, no sería imposible, el excelente personal de que disponía seguramente daría con el chico. Si este había ayudado a Carnot a esconderse, lo hallarían.

Bien podía ser ese el motivo de que hasta el momento no lo hubiesen encontrado. Dar con alguien que formase parte de su pasado, no era imposible, de hecho, investigaron todas sus amistades sin excepción aunque sin éxito hasta la fecha. Sin embargo, sería mucho más difícil localizarle si encontraba refugio con alguien recientemente conocido. Por todo ello, Jintao dedujo que la fortuna estaba de su parte.

Ahora, más contento, veía más posibilidades de resolver su problema, encontraría a Carnot, lo eliminarían y ya no existirían pegas para dar salida a su producto. Sólo faltaba el escollo de la universidad pero, no debían ser demasiados los estudiantes de medicina que se llamasen Sien. Localizar a ese Carnot, les estaba llevando más tiempo del previsto y retrasaba sus planes, lo cual, le costaba dinero. Nada que él no pudiese asumir pero, se convertía en una cuestión de honor, él siempre hacía bien su trabajo y nunca había fallado una operación de ese calibre. No estaba dispuesto a comenzar ahora por culpa de un físico listillo que tuvo la brillante idea de hacer una copia de seguridad no autorizada de la mercancía.

Jintao, conocido en el mundo del hampa por su falta de escrúpulos y su crueldad sin límites, pensaba hacer honor a su nombre.

Volvió a coger otra manzana del cesto, normalmente la fruta acompañaba a las comidas en la cocina China y no se tomaba como un postre pero, Jintao había adoptado algunas costumbres occidentales como comer entre horas o comer dulces que encargaba preparar a su cocinera. Miró la manzana de nuevo y la volvió a soltar en el cesto, ahora le apetecía algo dulce.

14

China

Aeropuerto Internacional de Beijing Capital

El viaje fue agotador porque dormiren un avión siempre resultaba difícil a pesar de viajar en primera clase, por suerte, lograron llegar antes de lo previsto. Los trámites salieron a pedir de boca, los visados estuvieron listos el viernes y el mismo viernes por la tarde cogieron el avión con destino a Pekín en un vuelo directo.

La estancia en París fue breve pero intensa. Hicieron los preparativos del viaje entre los dos, Chloé pudo comprar yuanes y Tao por su parte también compró una cierta cantidad. De todos modos, los dos contaban con varias tarjetas válidas para extraer dinero en cualquiera de los bancos de *Beijing*. Decidieron optar por no llevar maletas, cada uno se preparó un bolso de un tamaño apto para la cabina del avión y acordaron que comprarían ropa en China si resultaba necesario. Se alojaron en *le Hôtel Lotti*, situado entre *la Place Vendôme* y *le Jardin de Tuileries*, un hotel que aunaba lujo y refinamiento en un ambiente encantador.

Utilizaron el coche de alquiler de Chloé para el viaje a París y una vez allí, priorizaron las gestiones del visado. Después, compraron el vuelo el mismo día que lo consiguieron. Una vez realizaron todos los trámites que concernían el viaje, se dedicaron tiempo mutuo, Chloé anhelaba conocer mejor a Tao y para él la situación era similar. Pasearon por París, hicieron una visita al *Louvre* e incluso se acercaron a *Versailles*. Recorrieron los Campos Elíseos unas cuantas veces y cenaron en el restaurante de *la Tour Eiffel*. Disfrutaron dos días enteros. Chloé descubrió que coincidían en muchas cosas, les gustaban los mismos platos, la misma música, el mismo cine, los mismos libros, los mismos intereses, aficiones y deportes. ¿Era posible que dos almas gemelas se hubiesen encontrado en una noche de tormenta en el Adriático? Tao, tenía esa sensación. Se mostraban entusiasmados con la relación que nacía entre ambos, a pesar de todas las dificultades que ahora iban a afrontar, e incluso, los posibles peligros. Apartaron todo aquello de sus pensamientos de mutuo acuerdo. Algo de lo que no carecían ninguno de los dos era de optimismo, preferían ver la parte positiva de la vida antes que lo negativo. Chloé sabía que su hermano también era así y esperaba que eso le ayudase a superar cualquier contratiempo.

Chloé quedó impresionada con el aeropuerto de *Beijing*, moderno y colosal fueron los primeros adjetivos que acudieron a su mente. Después de todo, China dejaba ver que se convertía en una poderosa potencia en auge.

El vuelo se prolongó durante más de diez horas. Aterrizaron a las diez de la mañana del sábado y aún disponían de dos días y medio hasta la cita con Thibaud. Chloé pensaba que si supiese dónde buscar, tal vez pudiese intentar localizar a su hermano. Pensó en ponerse en contacto con algún conocido de Thibaud por si la ayudaban pero, Tao le hizo cambiar de idea.

-Si tu hermano no tuviese ningún problema con sus conocidos o colegas estaría con alguno de ellos ahora. Seguramente sea peligroso para él. Debemos tener paciencia, nos reuniremos con él en el momento previsto- argumentó Tao.

Chloé asintió sin oponerse demasiado. Desde que salieron, demostró ser el

perfecto aliado, conocedor de las costumbres del pueblo Chino sabía cómo debían actuar para pasar desapercibidos, además parecía tener un olfato especial para las cosas que convenía o no convenía hacer. No tuvieron que esperar a recoger maletas y apenas salieron del avión y pasaron el control de aduanas, se dirigieron a la salida de la terminal para coger un taxi. Tao le dio una dirección al chofer y se alejaron del aeropuerto.

El trayecto duró cerca de hora y media, salieron de la zona más urbana de Pekín y tomaron una de las carreteras que llevaba a la periferia de la ciudad. La mayoría de casas no alcanzaban los tres pisos, Chloé quedó impresionada por la densidad de población que observaba en cualquier parte. Únicamente cuando salieron de la capital se relajó un poco, demasiada gente la agobiaba un poco, en una ocasión tuvo una sensación parecida en Sao Paulo, años atrás. No obstante, sólo era cuestión de tiempo, al poco, ella se aclimataba con éxito. Tao no sufría por verse rodeado por mucha gente, se sentía cómodo en China, admiraba la tierra que lo vio nacer y siempre hubo un lazo invisible que lo atraía.

Tao, previno por teléfono a Ling Chu del vuelo que habían tomado, el monje tenía casi la misma edad que Lee y al igual que él pertenecía al templo de Shaolín. Habían pasado al menos seis años desde que no se veían, en sus últimas vacaciones no tuvo ocasión de visitarlo y dado que sentía mucho afecto por él, tenía verdaderas ganas de verlo.

Cuando el taxi se detuvo, el anciano, envuelto en el clásico hábito naranja de los monjes les esperaba en la puerta para recibirles. Con una gran sonrisa abrazó a Tao y a Chloé, los hizo pasar a la casa que no era otra cosa que una residencia adyacente al templo. Sin perder tiempo se dejaron llevar a unas habitaciones, una para Tao y otra para Chloé. Tanto el uno como la otra aceptaron la distribución sin la más mínima protesta. Se trataba de habitaciones austeras, paredes blancas, camas con estructura de hierro, colchones... - Chloé puso la mano sobre el suyo- incómodos, un armario con baldas y un banco. La única luz penetraba por una ventana situada a media altura, por otra parte, una bombilla pendía del techo como único apoyo. Dejaron su bolsa sobre las camas y acompañaron a Ling Chu hasta la cantina, en donde el resto de monjes les esperaban. Los había de todas las edades, niños, adolescentes y no tan adolescentes, otros ya eran adultos. Todos vestían por igual y lucían un cráneo rasurado por entero. Les recibieron efusivamente, abrazando a Tao y saludando con mucha amabilidad a Chloé. Uno de los adultos de la edad de Tao, se acercó a él y le dio un apretón de manos que.... Chloé pensó que si lo hubiese recibido ella, se hubiese quedado sin mano.

Tao le explicó que se trataba de su compañero de juegos de infancia, habían sido rivales en muchos combates. Cuando Tao mencionó la palabra combate, Chloé imaginó que se refería a juegos de niños. No lo entendió hasta después del almuerzo que les ofrecieron.

Un grupo de niños se acercó a Tao pidiéndole algo que Chloé no entendió, Tao se hizo el remolón y gastó algunas bromas a los niños. De pronto un grupo de siete u ocho niños junto con tres o cuatro adolescentes, tiraron de Tao hasta levantarlo del banco en que se hallaba y lo llevaron casi en volandas hasta el patio.

Los siguió, divertido por la actitud del grupo. En el centro del patio se alzaba lo que parecía un cuadrilátero de boxeo pero, sin cuerdas. Un ring o un tatami sobre una tarima, fue lo que le pareció identificar. Chloé no estaba muy segura pero, advirtió enseguida que esa no era una zona de juego, sino más bien de combate, en el más

estricto de los términos.

Los chicos le quitaron la chaqueta y la camiseta a Tao, lo sentaron en un banco, lo descalzaron y lo empujaron al tatami. El largo pelo negro y lacio de Tao caía como una cascada por sus hombros hasta casi la mitad de su espalda. La musculatura de su cuerpo era un espectáculo aunque el hombre que subió a situarse junto a Tao no tenía nada que envidiarle, si no era, porque no había ni un solo pelo en su cabeza.

Se sonreían el uno al otro. Chloé no estaba segura de que el modo en que se observaban fuese del todo amistoso. Se situaron el uno frente al otro, estiraron los brazos frente a ellos, enlazaron los dedos de sus manos de un modo extraño y se saludaron. Lo que siguió fue demasiado rápido para que Chloé acertara a ver el detalle de cada movimiento, comenzaron a lanzarse patadas y golpes el uno al otro, Tao esquivaba los golpes con una agilidad y elasticidad que no había visto jamás en un hombre. En una ocasión dio una voltereta por encima de su contrincante, aterrizó por detrás de él y logró girar su cadera a tiempo de lanzar una patada trasera que golpeó la espalda del otro. Chloé se percató de que daban golpes comedidos, ninguno de los dos sufrió daños pero, supuso que si alguno de ellos hubiese dado uno de esos golpes con una fuerza real, con seguridad, hubiese herido al otro. Llevaban un rato luchando cuando uno de los chicos incorporó dos bastones.

Cada uno cogió su bastón y comenzaron una serie de golpes en serie que entrañaban una dificultad tal, que incluso los estudiantes no sabían si algún día alcanzarían a dominar. Tao, movía el bastón como si fuese uno más de sus brazos, una prolongación de su cuerpo, por momentos flexible y por momentos duro como el hierro. Terminaron la exhibición en empate y se saludaron amistosamente. Los dos, se veían ligeramente acalorados pero, prácticamente respiraban igual que antes. Chloé constató la buena forma física de Tao en cuanto lo conoció y siempre dedujo que practicaba algún tipo de deporte de forma asidua aunque nunca lo imaginó con tal dominio de las artes marciales. Contemplaba absorta los ojos de Tao, y él, sonrió al verla con una dulzura que le provocó un escalofrío de placer que no recordaba hasta la fecha.

El viejo Ling Chu, no perdió detalle del intercambio de miradas de sus jóvenes invitados, ya deducía que había algo entre ellos, sin embargo, no se percató de la fuerza de dichos lazos hasta ese momento. Sonrió pensando en lo bueno que era eso para ambos.

-Id a dar un paseo hasta que sea la hora de cenar- lanzó Chu, de súbito- puedes llevarla al parque que hay al otro lado del mercado- le dijo a Tao.

-Como quieras maestro- asintió Tao saludándole.

Tao, le explicó a Chloé las palabras del anciano y ella aceptó la sugerencia con gusto, salieron los dos, cogidos de la mano bajo la atenta mirada del grupo de monjes.

15

Beijing

Universidad de Tsinghua

Le quedaban unas prácticas en el First Hospital, y no quería llegar tarde de modo que apretó el paso mientras repasaba mentalmente lo que estuvo estudiando durante buena parte de la noche. Sien no se percató del hombre que caminaba unos pasos por detrás de él.

Había salido de su casa, contento por su buena acción. Llevaba unos días conviviendo con la pareja y resultaron ser encantadores. Estaba absolutamente convencido de la inocencia de Thibaud y sólo pensaba en el modo en que podría ayudarles mejor. Él sabía que a pesar de que su casa se podía catalogar de acogedora y además les pudo ofrecer una habitación para ellos solos, se sentían un poco como presas enjauladas. Prefirieron no salir bajo ningún concepto hasta la próxima cita con la hermana de Thibaud y la estancia se estaba haciendo un poco pesada, sobre todo para Véronique.

Para Sien no existían los fines de semana, estudiar medicina era lo más sacrificado que había hecho en su vida. Seguro de su elección, deseaba que sus padres estuviesen orgullosos de él y por el momento los resultados de su cuarto año de carrera cumplían con las metas que se había marcado. Pasar un domingo de prácticas, no era lo que más le apetecía en ese momento pero, sabía que la vida de médico supondría no tener horarios y pensaba que más le valía irse acostumbrando.

Thibaud y Véronique, nuevamente solos, comenzaban a echar de menos a Sien cada vez que se iba ya que siempre les contaba cosas de China que desconocían. Incluso Thibaud, que se comportó como un ratón de biblioteca desde que vivía en *Beijing* relacionándose poco y saliendo aún menos, no sabía demasiadas cosas de la vida íntima de los chinos. Desde que se instalaron en casa de Sien, se comportaron con mucha cautela, no querían ser vistos por ningún vecino y de hecho la noche que llegaron tuvieron suerte de no cruzarse con nadie. Ahora, no se asomaban a las ventanas y sólo miraban con cuidado de no ser advertidos, procuraban no hacer ruido cuando Sien no estaba y tampoco usaban uno de los baños que estaba en contacto con otra casa, para no levantar sospechas. Extremaban precauciones porque, ante todo, no querían comprometer al joven estudiante. Thibaud pensaba que una vez lograsen contactar con Chloé, todo sería más fácil. Contarían con dinero en efectivo y podrían alojarse en algún lugar de alquiler o un hostel que se conformase con la documentación de alguno de ellos y no la de todos. Después, se pondrían en contacto con la embajada francesa. Si todo iba bien deberían ayudarles a arreglar sus asuntos.

Eran cerca de las diez de la noche cuando Sien regresó, tampoco en esta ocasión observó nada anormal. Otro hombre distinto al de la mañana, se quedó vigilando desde el otro lado de la calle, todos sus movimientos.

-Hola Sien, me alegra verte- le saludó Thibaud.

-Espero que halláis pasado un buen día.

-Tienes una casa muy acogedora y agradable, te aseguro que hemos estado a gusto- respondió Thibaud- mañana seguramente no nos veamos, tú te marcharás

temprano y nosotros, antes de que regreses, nos habremos ido.

-No... yo puedo volver antes, quiero despedirme de vosotros, vendré a comer, si no tenéis inconveniente- arguyó Sien, que en realidad pretendía disfrutar más tiempo de la compañía de sus nuevos amigos. Thibaud no vio motivo para disgustarle, después de todo, si quería despedirse de sus invitados, estaba en su derecho.

Cenaron los tres juntos, Thibaud fue el cocinero capaz de sacarle partido a la despensa de Sien. Véronique asumió que no tenía muchas ocurrencias dado que no sabía con qué cocinar. Al indagar en la despensa no dio con ninguno de los ingredientes básicos que ella conocía y los que encontró, ni siquiera los pudo identificar. Todos los paquetes mostraban rótulos en Chino y algunas cosas, a pesar de haber abierto el paquete para olerlo y tratar de averiguar qué podía ser, fue incapaz de determinar el contenido. Thibaud, reconoció estar mejor entrenado que ella en las artes culinarias chinas y preparó una cena que agradó a todos los comensales.

-Me gustaría acompañaros mañana para el encuentro con tu hermana- dijo Sien.

-Prefiero que no- le respondió Thibaud con suavidad. No quería dañar sus sentimientos- verás, puede ser peligroso, no creo que sepan dónde estamos porque nadie nos ha visto y además si hubiese sido así ya habrían venido por nosotros pero, no puedo descartar que alguien nos reconozca en cuánto salgamos y no quiero que te pongas en peligro, ya has hecho bastante- argumentó Thibaud- por otro lado si no están, ten por seguro que por la noche estaremos de vuelta- terminó sonriente, aunque en su fuero interno esperaba que eso no ocurriese.

Asintió, entendía los argumentos de Thibaud y no forzaría la situación.

Cuándo al día siguiente regresó de la universidad comieron nuevamente juntos y se despidieron con cariño en la puerta de la casa. Ni Sien ni los demás se percataron de la vigilancia del hombre que, desde el otro lado de la calle, observaba la escena. Aquel se regocijaba por su perseverancia, su intuición no le había fallado y ahora le valdría una sustanciosa recompensa por su trabajo bien hecho, Li Jintao sabía premiar a los suyos. La pareja de extranjeros se marchó caminando para alejarse de la casa del joven estudiante. El hombre de Jintao, fue inteligente y observador porque la forma en que se despedían le indicaba que posiblemente no regresasen por lo que optó por seguirles de inmediato, mientras, con su móvil informaba de los pasos que iban dando a sus secuaces.

Thibaud y Véronique, encontraron un taxi y partieron en dirección a la ciudad prohibida.

Tuvieron una relativa suerte con el tráfico y en algo más de media hora llegaron a los cinco puentes de acceso a la ciudad prohibida. Al otro lado de la gran avenida que contaba con seis carriles para cada sentido de la circulación se encontraba la plaza de *Tian An Men*, Chloé quedó impresionada por las dimensiones. El monumento en honor a los héroes del pueblo con una inscripción de *Mao Zedong*, se erguía en el centro de la plaza, pero lo que más llamó su atención fue la entrada a la ciudad prohibida. De nuevo se imponía el rojo, las paredes rojas, un rojo apagado, algo oscuro y cercano al burdeos. Consideró llamativos los puentes de acceso a las cinco puertas, la central más grande que las otras cuatro. Los puentes de piedra sobre el foso lleno de agua, lucían algunas tallas con extravagantes formas similares a dragones y a cada lado de los puentes, dos leones soberbios custodiando el acceso, impactantes. Los tejados del edificio que coronaba la puerta de acceso, ricamente decorados, dejaban

dominar el amarillo o el dorado y bajo las tejas, asomaban detalles en verde o azul. No podía dejar de admirar la belleza de los edificios, estaba tan absorta en su entorno que no se percataba en absoluto de las personas que pasaban por su lado, seguía a Thibaud de forma mecánica casi sin darse cuenta.

-¿Cuánto cuesta entrar?- preguntó excitada por la posibilidad de visitar en algún momento la ciudad.

-Sí recuerdo bien, son unos sesenta yuanes- le dijo Thibaud divertido por su entusiasmo.

Véronique se dijo a sí misma que haría lo posible por no marcharse de allí sin haberla visitado primero.

Thibaud escudriñaba subrepticamente a todos los que pasaban por el lugar, simulaba prestar atención al monumento pero, con la cabeza puesta en localizar a su hermana. De pronto la vio acercarse por la plaza, llevaba unos vaqueros y una chaqueta entallada. Contrariamente a lo que había imaginado no estaba sola, la acompañaba un hombre que no conocía. Obviamente debía ser chino, aunque no de la estatura media. Sin duda, un tipo alto de, en torno al metro ochenta y cinco, llevaba unos pantalones oscuros y anchos de un tejido que parecía algodón y una camiseta de manga larga pegada al cuerpo, la ancha bandolera de un pequeño bolso cruzaba su pecho. A medida que se iban acercando, Thibaud se fijaba más en el hombre, el rostro asiático no dejaba lugar a dudas. Era difícil determinar la edad pero por la mirada y la forma de moverse lo situaba en la treintena, la larga cabellera negra lo descuadró un tanto. Quizás los ojos rasgados parecían más grandes, físicamente un mestizo, lejos de ser menudo como la mayoría de asiáticos, delgado eso sí pero, desde luego, musculado... con más masa muscular que la media asiática. No se percataba de ello pero el examen resultaba de lo más concienzudo y sólo por el hecho de que su hermana agarraba el brazo de ese hombre.... de un modo que le hizo pensar que tal vez hubiese algo entre ellos.... no sabía si le gustaba la idea....

Chloé, de pronto lo vio. Cambió el semblante y Tao sintió en el apretón del brazo que lo había localizado. Cruzaron uno de los puentes para acercarse hasta ellos. Tao cogió la mano de Chloé y a su vez observó a Thibaud mientras se acercaban, se veía un hombre atlético y alto como él. Su cabellera rubia de pelo corto pero lacio, con un flequillo que caía levemente sobre su ojo derecho, le daba un aire juvenil a la par que atractivo, si no fuese porque su hermana le dijo que era apenas un año mayor que él, no le hubiese adjudicado en absoluto sus treinta y cuatro años. Por otro lado aparentaba ser un hombre seguro de sí mismo, no había ni una sombra de timidez en toda su persona. De pronto, en el momento en que Chloé se iba a lanzar a los brazos de su hermano, Tao observó los movimientos de un hombre que se acercaba unos pasos por detrás de Thibaud, sólo fue un segundo pero, lo suficiente para que la hoja de metal brillara y Tao la reconociese.

Todo sucedió muy deprisa y para casi todos fue como si ocurriese a cámara lenta, Tao saltó. Se proyectó hacia delante a la vez que frenó el impulso de Chloé hacia su hermano. El salto fue espectacular, dio una voltereta en el aire prácticamente a la vertical y su mano derecha desvió la del asesino en el momento en el que este lanzaba una estocada que pretendía ser mortal para Thibaud. Al terminar de girar, Tao se encontró por detrás del asesino. Thibaud reaccionó girándose con sorpresa, no entendía lo ocurrido, por otra parte no se produjo ningún ruido, todo había sido silencioso y las chicas se quedaron mudas.

En el momento en que los pies de Tao tocaron el suelo comenzó el combate, el asesino intentó recuperarse para lanzar otra estocada ya que aún no había soltado el puñal pero, Tao ya no se limitó a apartarlo, lanzó una serie de golpes destinados a paralizar al atacante, uno de ellos, acertó de lleno en el lateral del cuello cortando el riego al cerebro de forma momentánea, hizo que el hombre doblara las rodillas y se desplomara en el suelo inconsciente.

Véronique y Chloé se acercaron la una a la otra instintivamente. Thibaud, seguía en el mismo lugar, no se había inmutado pero analizaba lo ocurrido, al ver la mano del atacante con un puñal se dio cuenta de que el conocido de Chloé acababa de salvarle la vida.

La gente que se encontraba alrededor se mostraba sorprendida por lo sucedido pero nadie dio señales de alarma, todo había sucedido con demasiada rapidez. Sin embargo, uno de los guardas del acceso principal al monumento, al ver el hombre en el suelo comenzó a acercarse a ellos. Tao intentó disimular, cogió a Thibaud de un brazo y a Véronique que agarraba con fuerza la mano de Chloé. Empezó a caminar hacia la avenida para cruzar a la plaza de *Tian An Men* como si ese hombre en el suelo no tuviese nada que ver con ellos.

El tiempo amenazaba lluvia desde por la mañana, de hecho chispeó varias veces a lo largo del día a pesar de lo cual ninguno de los cuatro estaba preparado para el aguacero que de pronto se desencadenó. Comenzó a llover con mucha fuerza y para Tao fue la justificación perfecta para salir corriendo.

-Rápido, corred, hay que cruzar y salir de aquí- soltó Tao.

Thibaud, se extrañó al escucharle hablar en francés, no se lo esperaba, tuvo que reconocer que por varios motivos era lo mejor que podían hacer. Sortearon los coches como pudieron y alcanzaron la plaza. Continuaron la carrera al igual que mucha gente que corría por la calle tratando de huir del agua.

Tao, al alejarse del hombre, se percató de que otros dos se acercaban a examinarle y los miraban con furia. Dos coches que circulaban por la avenida pararon en seco frente a los puentes y seis hombres se bajaron a toda prisa. Los dos que permanecían con el que había quedado inconsciente, comenzaron a señalar con aspavientos en su dirección. Los seis hombres se lanzaron a la carrera. Tao no perdió el tiempo.

-Tenemos que correr más, vienen por nosotros- lanzó Tao. Thibaud giró la cabeza y al ver los que corrían hacia ellos los agarró a ellas, cada una de un brazo y aceleraron la huida. Véronique dio gracias mentalmente por llevar sus botas de montaña.

Cuando llegaron a la altura del mausoleo de Mao situado en el centro de la plaza, se desviaron a la izquierda para volver a cruzar la avenida que daba la vuelta a la plaza. Tao quería alcanzar el coche que dejaron aparcado unas calles más atrás. Al ver la velocidad de los perseguidores, cayó en la cuenta de que no tardarían en alcanzarles. Se acercó a Chloé manteniendo la carrera y le puso la llave del coche en la mano, ella lo miró asustada sin dejar de correr.

-¿Qué haces?- exclamó

-¿Recuerdas dónde hemos aparcado?- le gritó mientras pasaban entre los coches y continuaban corriendo en dirección a un jardín situado bajo una zona

arbolada en el lateral de la calle.

-Si- contestó ella asustada por lo que se imaginaba que diría.

-Seguid, yo los retendré, coged el coche y volved por la avenida para recogerme- declaró en un tono que no admitía réplica al tiempo que se detenía en el jardín cerca del callejón. Thibaud, lanzó una mirada de preocupación a Tao y paró en seco junto a él. No iba a dejarle enfrentarse solo a esos hombres mientras él salía corriendo

-No, ve con ellas, no las dejes solas.

-Tú no podrás sólo contra seis y aunque no tengo armas sé sacudir con los puños- arguyó Thibaud. Tao dedujo que debía darle argumentos de más peso para convencerlo.

-Esos tipos llevan armas seguro y luchan de un modo que hay que saber combatir¿Sabes KungFu?

-No.

-Corre, corre tras ellas y luego recogedme- Le apremió viendo que los otros cruzaban la calle. Thibaud entendió a su pesar que tenía razón, desde luego él, sin armas no se veía capaz de retener a nadie. Le hizo caso y salió corriendo tras ellas, era bueno con los puños pero a la carrera no tenía rival, desapareció antes de que los atacantes pudiesen ver por dónde se había colado.

Los dos primeros llegaron a la altura de Tao y al verlo quieto en medio del césped se separaron cada uno a un lado. Tao, empapado, se concentró en su respiración, la larga cabellera se apelmazaba como finos cordones goteando agua, la camiseta se adhería a su cuerpo. Flexionó las rodillas y reunió energía en sus manos en un movimiento de brazos que por un momento envolvió su cuerpo para luego abrirse y plantar cara a los atacantes. Estos reconocieron en Tao los gestos de la grulla que se preparaba. Los hombres sacaron sendas espadas *Miao Dao* de debajo de sus trajes, sin impresionarse lo más mínimo, Tao levantó la solapa de su bolso. Desplegó con suavidad una fina cadena en cuyo extremo, una afilada cuchilla curva comenzó a girar como un molino.

Cuando el primero proyectó una estocada, tan sólo surcó el aire, por el contrario, Tao lanzó su cadena y con un corte preciso, hirió tan profundamente el brazo que sostenía la espada que el hombre tuvo que soltarla. La cadena de Tao, tenía un grosor inferior a un dedo meñique pero era muy resistente. El resto de hombres que llegaron, se colocaron alrededor de Tao, la situación se puso seria, dos tenían bastón, tres, espada. Tao comenzó a girar de forma vertiginosa, saltando por encima de unos, pasando por debajo de otros, lanzando la cadena que en un giro enrollaba sobre su brazo y como un resorte volvía alanzar. Caía tal tromba de agua que la cortina natural que se formó alrededor del grupo que luchaba, unida al hecho de estar en una zona poco transitada, ayudó para que nadie pareciera fijarse en ellos. La cabellera de Tao, se agitaba alrededor de su cabeza como si fuese una manguera a presión enfurecida que nadie sostenía. Arrancó uno de los bastones de las manos de uno de ellos, una vez lo hubo desarmado, le alcanzó con un golpe en el pecho que lo derrumbó. Recibió varios golpes que le dejaron aturdido, una patada en el pecho lo dejó por un instante sin respiración pero logró reponerse para continuar. Otro, intentó golpearlo por detrás con una espada, Tao lo sintió a tiempo de desviarse del trayecto del arma letal. Apoyándose en uno de sus atacantes, lanzó los pies girando sobre otros dos que cayeron inconscientes. Al tocar el suelo de nuevo, uno de los que quedó tras él,

logró alcanzar su espalda con el filo de la espada. Tao sintió el corte pero se concentró en mantener hermético su cuerpo, su nivel de concentración y tensión era tal que la sangre apenas fluyó. Por una habilidad al alcance de pocos y difícil de explicar, lograba que su corazón apenas bombease sangre. A pesar de la fuerza que desplegaba, cada movimiento quedaba absolutamente comedido empleando la energía justa para el efecto deseado. Volvió a saltar a tiempo de evitar una nueva estocada, golpeo a uno de los dos que quedaban en un punto del cuerpo que no lo dejó inconsciente, pero lo paralizó.

Quedaba tan sólo uno cuando el coche entró en la avenida y se detuvo a la altura del mausoleo. Tao, se zafó del último ataque para salir a la carrera tras el coche. El asesino fue rápido y reaccionó a tiempo aunque no pudo alcanzar a Tao que se lanzó al interior del coche a la velocidad del rayo. Para no perderlos de vista, el mercenario, saltó sobre la moto de un pobre hombre que circulaba con dificultad bajo la lluvia. Después de tirarlo al suelo, cogió la moto y partió a la carrera tras el coche.

-¡Por Dios!, Tao, no puedo creer lo que has hecho- exclamó Chloé viendo como Tao corría hacia el coche en solitario después de haber tumbado a todos los que vieron en el suelo del jardín.

Sólo tenían ojos para Tao y no vieron al único que quedó, que consiguió hacerse con la moto para seguirles.

Tao se dejó caer en el asiento trasero junto a Chloé, Thibaud conducía y Véronique se sentaba junto a él.

-¿Conoces el monasterio de *Tangzhe*, al oeste de *Beijing*?- preguntó Tao a Thibaud.

-Está en dirección a las montañas ¿No?- quiso confirmar Thibaud.

-Si.... -Tao trató de respirar, ahora acusaba la fatiga- eso es- reclinó la cabeza sobre el respaldo, estaba empapado y agotado, cerró los ojos.

Chloé no se atrevió a molestarlo entendiendole que debía estar rendido.

Les habían prestado el coche en el monasterio, se trataba de un vehículo grande de una marca que no conocía, del tipo todoterreno... además de confortable, parecía disponer de todos los extras. Apenas transcurrió una media hora cuando Véronique comenzó a moverse inquieta.

-¿Qué haremos ahora?

-Yo pensaba buscar un hostel o algo parecido con el dinero que ha traído Chloé aunque es mejor idea aceptar la sugerencia de Tao, si él conoce un lugar seguro siempre será mejor- Thibaud miró por el retrovisor en dirección a Tao, al ver que no se movía se preocupó.

-¿Tao?- le llamó, pero él no respondió.

Entonces Chloé, se fijó mejor en la cara de Tao, tenía la tez pálida, resultaba difícil percibirlo con el moreno de su piel. De inmediato se giró hacia él para tocarle la cara. No reaccionó. Le tomó el pulso en la carótida, lo encontró débil y en cuánto quiso levantarlo un párpado, Tao frunció el ceño reaccionando.

-¿Ya hemos llegado? - inquirió con lentitud parecía algo aturdido, se quiso

mover y una mueca de dolor contra su rostro.

-¿Te encuentras bien, Tao? ¿Qué te duele?- exclamó, al ver el gesto de dolor. Tao mantenía la espalda apoyada contra el respaldo del coche y no quería moverse.

-Uno de los hombres me tocó en la espalda- anunció con suavidad.

-Tetocó.... ¿Qué quieres decir con "te tocó"? ¿Te hirió?- exclamó asustada- ¿Con qué? ¿Tenían armas?- ella no había visto las espadas.

-No te asustes, debe ser un rasguño- afirmó Tao, no demasiado convencido, el no sentía que fuese un rasguño pero no deseaba alarmar a nadie.

-Tao, quiero que te tumbes boca abajo en la banqueta y me dejes ver tu espalda- le ordenó Chloé señalando con el dedo índice al tiempo que se colocaba en cuclillas entre los asientos. El tono firme y tranquilo que empleó no dejaba opción a negativa alguna. El vehículo era lo suficientemente amplio y no estaba incómoda. Tao la miró, pensó en que ella era médica y no podía estar en mejores manos. Con algo de dificultad, se tumbó tal y como Chloé le pidió.

Apenas se despegó del respaldo, Chloé advirtió que el respaldo quedaba empapado de sangre con una mancha oscura y larga como su espalda. Toda la espalda de Tao estaba ensangrentada. Sin embargo Chloé, no dijo palabra alguna. Se limitó a despegar con suavidad la camiseta de Tao. Un profundo corte, alejado de la columna unos quince centímetros recorría su espalda desde el hombro izquierdo hasta, más o menos la mitad del dorsal ancho. La herida podía tener unos cuarenta y cinco centímetros de largo y la profundidad del corte era de un poco más de un centímetro. Sin embargo, únicamente estaban afectados los músculos.

-Hay una herida larga y profunda, que requiere puntos- le dijo en un tono calmado. Como la herida no paraba de sangrar, Chloé terminó de quitarle la camiseta y la utilizó para presionar la herida. Él cerró los ojos, el intenso dolor le nublabla la vista. Chloé se preocupó por la sangre derramada, *es mucha, el respaldo está totalmente encharcado y parte del asiento también*. Necesitaba con urgencia un gotero con suero.

-Thibaud, hay que llevarle a un hospital, no me gusta nada la herida- argumentó Chloé. Se quitó la chaqueta y la puso bajo la cabeza de Tao.

-¡No!.... -exclamó Tao- si vamos... darán con nosotros.... No podemos, hay que llegar al monasterio allí nos ayudarán, Ling Chu ya avisó que iríamos y nos están esperando.

-¿Por qué ese monasterio y no el de Ling Chu?- preguntó Chloé.

-Está en la montaña y mejor guarecido, si alguien quiere penetrar lo tendrá más difícil, es una fortaleza- aclaró Tao, cada vez más mareado- al llegar, hay que preguntar por Wen Shaoqi- cerró los ojos y se quedó callado.

Chloé lo observó mejor y trató de hacerlo reaccionar, pero sin éxito.

-Se ha desmayado- le anunció a los demás.

-Seguramente es por la pérdida de sangre, Chloé no te preocupes, mira por detrás si ves algo con lo que tápale- intentó tranquilizar a su hermana, la conocía bien y sabía que estaba sufriendo por él. De hecho no recordaba haberla visto nunca tan preocupada por alguien. Ella se asomó al maletero después de mover la tapa que lo

cubría todo, lo único que acertó a reconocer fueron varias espadas y otras armas que no reconoció. Dedujo que Tao se armó de forma conveniente en el monasterio de Ling Chu.

-¡No veo nada que sirva y no quiero dejar de presionar!- exclamó Chloé nerviosa.

-No te preocupes, Chloé, ponle mi chaqueta por encima- contestó Véronique intentando calmarla, se quitó la chaqueta y se la pasó.

No era precisamente esencial cubrirlo con algo, de hecho Thibaud conectó la calefacción del coche y al poco la temperatura subió convirtiéndose en agradable. El chaparrón refrescó el ambiente pero sobre todo, estaban calados hasta los huesos, el que más, Tao. Para Chloé, fue una manera de dejar escapar la tensión, era consciente de que ese hombre que conocía desde hacía tan poco, acababa de jugarse la vida enfrentándose a unos locos que querían asesinar a su hermano... *y lo ha hecho por ti, que no te quepa la menor duda*. Intentó recogerle el pelo que le caía desordenado por la cara, buscó una de sus gomas en el bolsillo de su pantalón y le anudó la cabellera en una coleta. Uno de los brazos de Tao caía inerte por fuera del asiento y sin soltar la camiseta que presionaba la herida, con la mano libre le tomó el pulso que seguía débil aunque regular.

Tardaron casi dos horas en llegar al monasterio, Thibaud recordaba una visita en una escapada de fin de semana y no tuvo dificultad para encontrarlo, solía tener buena memoria para los enclaves. Era justo lo que dijo Tao, una fortaleza natural en lo alto de una colina de muy difícil acceso y con un muro digno del mejor castillo. Un gran portón abierto daba paso a un patio no demasiado grande rodeado de edificios. Thibaud aparcó en el interior del patio.

16

Oeste de Beijing

Monasterio de Tangzhe

Estuvo siguiendo el coche y pensó que los perdería en cuanto se quedase sin gasolina, la fortuna estaba de su parte y tuvo la suerte de robar una moto con el depósito lleno, además no iban muy rápido y pudo seguirlos con tranquilidad, al ver la dirección que tomaban dedujo con acierto que irían al monasterio y no se equivocó, los monjes seguramente les podrían prestar refugio, aunque eso no le importaría a su jefe. Cuando estuvo seguro de que paraban allí, dio media vuelta con la moto para buscar una cabina desde donde poder llamar, se arrepentía un poco tarde de no haber cogido un móvil. El lugar quedaba bastante alejado de toda civilización. La moto hizo un ruido extraño y el motor se paró, esta vez el depósito estaba seco, sin gasolina, maldijo y despotricó todo lo que se le ocurrió pero todo fue inútil, no arrancó. Ahora no le quedaba otra que empujar hasta una gasolinera o un teléfono. Había recorrido muchos kilómetros desde que recordaba el paso por la última y llovía, tanto, que parecía que el cielo había decidido vaciarse. Alzó los ojos con un profundo enojo y siguió empujando.

Thibaud se bajó del coche y pasó a la parte trasera para tratar de espabilar a Tao.

-Ten cuidado- le dijo Chloé, apartándose para dejar paso a su hermano- esta inconsciente.

Thibaud, le dio unas palmadas en la cara a Tao para que reaccionase sin resultado.

-Está bien, lo voy a sacar de aquí- lo giró para ponerlo boca arriba, puso uno de los brazos de Tao sobre sus hombros y tiró de él, con un poco de esfuerzo logró sacarlo del coche. Chloé lo esperaba para ayudarlo en cuanto lo tuvo fuera, puso el otro brazo de Tao sobre sus hombros y avanzaron hacia la puerta principal del monasterio llevándolo a rastras. Véronique volvió a coger la camiseta y su chaqueta empapada en sangre para presionar de nuevo la espalda de Tao.

Así, entre los tres llevaron a Tao hasta la aldaba que usaron para llamar con fuerza. Al poco un monje asomó la cabeza, al ver la cabeza de Tao colgando sobre su pecho salió corriendo llamando a voz en grito.

Al instante, otro monje les abrió la puerta de par en par.

-¿Wen Shaoqi?- Preguntó Thibaud.

-Yo soy el que buscáis- asintió el monje- y este hombre que traéis, es Tao Pasteur- afirmó- ¿Qué ha ocurrido?

-Nos ha salvado la vida pero lo han herido, necesita atención médica- dijo Thibaud, con tono de preocupación.

-Seguidme- dijo el monje con firmeza.

Thibaud, decidió cambiar la postura.

-Suéltalo Chloé, lo voy a coger mejor- afirmó. Se agachó de pronto para poner la cintura de Tao a la altura de su hombro, cargó a Tao sobre él, de ese modo la espalda de Tao, sufría menos tensión y la cabeza recibía más riego al estar hacia abajo, con su brazo derecho, sostenía las piernas de Tao.

Asíle resultaba más fácil y menos pesado transportarlo. Resultaba preocupante que Tao no despertase. El monje los llevó a una sala con aspecto de enfermería, un mueble con puertas de cristal contenía diversos fármacos. En el centro, una camilla elevada sirvió para tumbarlo. Thibaud lo depositó con sumo cuidado, entre los cuatro dejaron a Tao boca abajo. Chloé volvió a examinar la herida, todavía penetraba algo de luz por una ventana. Shaoqi aproximó una lámpara de pie de potente bombilla para facilitar la tarea.

-Thibaud, explícale al monje que soy médica y que necesito suero, antiséptico, antibióticos, hilo de sutura, aguja, gasas y esparadrapo- soltó Chloé con determinación.

Thibaud tradujo todo lo que dijo su hermana y el hombre comenzó a rebuscar en los armarios. Estaban muy bien equipados porque contaban con prácticamente de todo, menos antibiótico.

Chloé le puso una vía a Tao y abrió el gotero para que el suero penetrara en la vena. Encontró una pila de mármol con un antiguo grifo de latón en la que se lavó concienzudamente frotándose las manos con jabón y un cepillo, no dispondría de guantes estériles. Terminó restregando las manos con el antiséptico.

-Por favor Véronique, necesito que me abras la bolsita que contiene la aguja y la del hilo pero, debes tener cuidado de no tocar nada del interior- le pidió. Véronique asintió y se dispuso a hacer lo que le pedía.

-Thibaud, puedes preguntar si tienen algún tipo de anestesia, no quisiera que se despertase justo cuando estoy cosiendo- Thibaud, tradujo lo que dijo su hermana y el hombre asintió con la cabeza- dice que lo puede mantener sin dolor con agujas de acupuntura. No lo dormirá pero no sentirá nada y si sigue como está, no despertará por el dolor.

-Adelante- pidió Chloé, sabía lo eficaz que podía ser la medicina tradicional china.

El monje desplegó una bolsa que contenía todas las agujas. Comenzó a aplicarlas en los puntos que consideraba necesarios. Tao, no se movió en ningún momento, limpió y desinfectó concienzudamente la herida y pudo comenzar a coser. El corte era tan profundo que precisó de puntos internos y externos, aplicó todos los que consideró oportunos, al no tener un tiempo establecido como solía ocurrir con las anestésicas inducidas químicamente, se tomó el tiempo necesario para cerrar la herida del modo más pulcro y estético que pudo. Cuando terminó, prácticamente no se distinguía la cicatriz.

-Dígale a Chloé que tengo un ungüento para la cicatriz que evitará la infección y ayudará a cicatrizar la herida, después podrá poner el apósito por encima- explicó el monje.

Thibaud, le tradujo a Chloé y ella pidió que le dieran el producto para poder aplicarlo. Shaoqi, le tendió el bote a Chloé y ella con una confianza absoluta extendió con los dedos la pasta peguntosa sobre la herida. Terminó tapándolo todo con unas gasas que fijó a la espalda con esparadrapo.

-Ahora debemos despertarlo- apuntó Chloé.

Shaoqi, retiró las agujas del cuerpo, Chloé le acariciaba la cabeza.

-Vamos...- le susurró con dulzura al oído- ahora tienes que despertar.

Beijing

Comisaría central del Distrito Chengfu

Todo quedó completamente destrozado después del ataque. Incluso tuvieron que trasladarse provisionalmente a otra comisaría para continuar con la investigación. Wu Tsei no salía de su asombro cada vez más impresionado con lo ocurrido, investigaron a todos y cada uno de los atacantes muertos y no lograban dar con el jefe de la organización. Todos eran o habían sido delincuentes conocidos, la mayoría matones profesionales, muy bien cotizados por los cabecillas habituales, pero Tsei no daba con la mano negra que movía los hilos. Por supuesto, tenía sus sospechas pero, como siempre en estos casos era necesario mucho más que eso para meter a alguien entre rejas.

Había decidido centrarse en Thibaud, le ayudó a huir y con eso, estaba seguro de que al menos por el momento, pudo salvarle la vida. Por otra parte, desconocía lo que podrían tardar en localizarle, esperaba que fuese mucho tiempo ya que eso le daría a él más posibilidades de maniobra. Investigó la vida de Thibaud y descubrió que contaba con una hermana. Quedó aún más impresionado al averiguar que hacía tan sólo dos días que había aterrizado en Beijing.

Eso le permitió atar cabos, la hermana no viajaba sola y el nombre del acompañante no le dijo nada pero la carta de invitación que les había permitido obtener el visado era de un monje que se encontraba en Beijing.

Logró localizar la dirección y decidió que debía hacerle una visita con la certeza de que si encontraba a la hermana de Thibaud y a su acompañante, daría también con ellos. Resultaba fundamental recuperar los datos de Thibaud. Desde las más altas esferas le presionaban sin cesar ya ahora sabía que aquello que estaba en juego era un producto que debía patentarse por China y no podían permitir que cayera en otras manos. Con el honor de su gobierno en las manos, no podía fallar, por ello se mostró dispuesto a poner todo el empeño necesario. Algo le decía que Thibaud, únicamente tenía buenas intenciones, para eso, siempre disfrutó de un sexto sentido infalible. Deseaba que el francés y sus amigos no sufrieran daño alguno pero, para conseguirlo, mejor sería encontrarlos lo antes posible.

No tardó mucho en encontrar el monasterio de Ling Chu y cuando se entrevistó con él, parecía haberse desencadenado un auténtico diluvio.

Ling Chu, habló largo y tendido con el inspector, aprovechó para hablarle de Tao y Chloé, advirtió que ese hombre no quería ningún mal para Tao sino bien al contrario, pretendía ayudar, por eso colaboró con él y le explicó todo cuanto sabía. La llamada angustiada del hermano de Chloé, la decisión de Tao de ayudarles, y el destino de Tao en el monasterio de la montaña si lograban encontrarse los cuatro.

Tsei agradeció a Chu la confianza que depositó en él y le aseguró que haría todo lo posible para que todos saliesen bien parados.

Era de noche cuando regresaba a la comisaría para hacer los preparativos e ir en su busca. Conducía lentamente a causa de la lluvia cuando reparó que la cantidad de agua que caía no era la normal. Pensó en la zona en la que se hallaba el monasterio y

recordó que por aquel lugar transcurría un río que solía desbordarse.

Oeste de Beijing

Monasterio de Tangzhe

El monje le dio a Chloé una barrita de humeante incienso y pidió a Thibaud que dejasen a la doctora a solas con Tao, mientras, se ofreció a acompañarles a sus alojamientos, después vendrían por él. Thibaud y Véronique accedieron y siguieron al monje. Chloé le retiró el gotero, fueron dos litros de suero, no había más.

Paseó el humo de la barrita de incienso por la nariz de Tao. Tal y como suponía, la respiración de Tao se hizo más fuerte. Frunció el ceño y comenzó a pestañear, ella se agachó para estar a la altura de sus ojos. Un suspiro de alivio se escapó de sus labios al ver como lograba acomodar la vista. Tao esbozó una sonrisa que ella le devolvió.

-He logrado reparar los daños- le dijo satisfecha de su trabajo.

-Gracias- respondió él con sincero agradecimiento.

-¿Crees que puedes intentar incorporarte?- le preguntó algo dubitativa.

-Creo... que si- respondió Tao, no demasiado seguro. Iba a girarse sobre la espalda cuando ella frenó el impulso

-Espera. Estás boca abajo en una camilla lo suficientemente alta. Simplemente flexiona despacio la cintura y baja las piernas a este lado de la camilla mientras, apóyate con tus manos para levantar el tronco lo más recto posible ¿Podrás?- Chloé se había situado a un lado de la camilla para ayudarle en la maniobra, no quería que por un falso movimiento los puntos saltasen.

-Si... - Tao dejó caer las piernas. En cuanto tocó el suelo se puso en pie, no tuvo necesidad de apoyarse con las manos. Sentía la espalda tirante y apenas estuvo en pie, un ligero mareo se instaló en su cabeza- no dijiste nada de que estábamos en un barco - soltó bromeando- Chloé reaccionó de inmediato.

-Apóyate en mí, vamos a caminar un poco, creo que si salimos nos encontraremos con Shaoqi y nos llevará al lugar en el que pretende alojarnos.

Chloé no se equivocaba, apenas salieron de la enfermería y caminaron unos pocos pasos, llegó Shaoqi.

-¿Qué tal te encuentras amigo mío?- le dijo en un tono alegre cogiendo una de las manos de Tao entre las suyas.

-Podría estar mejor pero, no me quejo, ha sido como tenía que ser- declaró Tao sonriente a pesar de su palidez.

-Debes descansar, el sueño te ayudará a reponer fuerzas, te llevaré junto a tus otros amigos.

Caminaron por varios pasillos hasta una zona en donde todo eran dormitorios. Estaban muy bien arreglados, entraron en una habitación con una gran cama de

matrimoniodotada de un soberbio cabecero de madera. Una estufa de leña caldeaba la estancia. La cama contaba con unas sábanas blancas y un edredón mullido muy acogedor. Al sentarse en la cama Tao se percató que apreciaría dormiren el colchón de látex.

-Muchas gracias Shaoqi ¿Te ha contado Thibaud lo que nos ha traído hasta aquí?- Tao se giró para recostarse en los mullidoscojines, apenas su espalda se apoyó no pudo reprimiruna mueca de dolor.

-Sería mejor que durmieses boca abajo- lesugirióChloé.

-Sí, lo sé, después me daré la vuelta, tranquila-le prometió

-Más o menos- contestó Shaoqi- lo importante es que necesitáis refugio. Aquí lo tendréis el tiempo que sea necesario, para empezar el que necesites para reponerte.

Thibaud y Véronique escucharon la llegada deTao y entraron en el dormitorio.

-¿Cómo estás Tao?- le preguntó Thibaud acercándose a la cabecera de lacama y tendiéndole la mano, se cogieron los antebrazos.

-Bien, muchas gracias por traernos a todos, sin ti, Véronique y Chloé habrían tenido verdaderas dificultades para llegar- afirmó Tao con franqueza.

-¡Pero qué dices! - exclamó Véronique efusivamente- si no fuese por ti, estaríamos todos muertos. Gracias a típor habernos salvado la vida, de verdad, muchas gracias - Véronique estaba tan sinceramente emocionada que decidió sentarse al borde de la cama y abrazar a Tao, para después plantarle dos sonoros besos en cada mejilla. Tao, también la abrazó y le devolvió los besos divertidopor las emociones efusivas de Véronique. Tao, advertía como Véro no estaba dispuesta a controlar dichos sentimientos, sino todo lo contrario, los dejaría fluir. Intuyó que era una mujer pasional, en absoluto sujeta por convencionalismos, un verdadero espíritu libre. La admiró por ello. Thibaud conocía por suerte a una hermosa flor y deseó que supiese cuidarla para no dejar que se marchitase jamás.

-No hay de qué- respondió Tao- esos hombres estaban bien entrenados, eran asesinos a sueldo y querían tu piel- afirmó mirando a Thibaud.

-Lo sé- contestó Thibaud- yo también te doy las gracias, a esta hora sería cadáver si mi hermana no hubiese tenido la brillante idea de pedirte que vinieses. Sin alguien con tus habilidades, enfrentarnos a gente adiestrada para matar nos costaba la vida, sin ninguna duda- afirmó con franqueza.

-Entonces, debo entender qué no ves con malos ojos mi relación con tu hermana- indagó divertido Tao, saltando sobre la ocasión como un león.

Thibaud, enarcó una ceja y lanzó una mirada inquisidora a Tao, acto seguido, no pudo reprimiruna carcajada.

-No veo con malos ojos tu relación con Chloé, de hecho, tenéis mi bendiciónpero, a pesar de lo bien que luchas, te advierto que Chloé es una auténtica tigresa cuando se lo propone. Te has ganado mi amistad y por ello, te advierto....- Chloé alcanzó un cojín y veloz como un rayo acertó de lleno en la cabeza de Thibaud.

-¡Ves!... ¡Te lo dije!- se carcajeó Thibaud. Tao se unió a él pero, le dolía más reírse y respiró profundamente para calmar la risa.

Se sentaron todos sobre la cama alrededor de Tao, exceptuando Shaoqi que permaneció en pie, feliz al ver la camaradería que reinaba en el grupo.

Tao, convertido en un hombre, seguía siendo honesto, franco, amante, bondadoso y un dragón... no sólo no perdió ninguna de las cualidades que admiraba sino que el paso de los años las mejoraba. Le vinieron a la mente recuerdos de la niñez compartida. Siendo Tao un niño de apenas ocho años aprendían a luchar juntos y Shaoqi, pocos años mayor que él, supo enseñarle que aprendería mucho de él y no se equivocó.

Véronique, contenta de seguir viva, decidió disfrutar de la inesperada estancia en el monasterio. Sintiéndose segura, observó con deleite las paredes pintadas de rojo y las decoraciones de madera repujada, todo ello en un lugar de gruesos muros de piedra que le daban un aspecto de solidez al conjunto, algo que anímicamente andaba buscando. Tao acertó de pleno y se lo agradecía. Nunca había pasado tanto miedo como esa tarde cuando corrían junto al mausoleo de Mao. Puso los ojos en Thibaud, tan guapo como siempre y... tranquilo a pesar de que obviamente alguien puso un precio a su cabeza.

Uno de los monjes entró sofocado en el dormitorio.

-¡Maestro! ¡Una crecida, es una crecida!, hay que hacer algo ¡La gente del pueblo!- el pobre monje casi no podía articular palabra por la excitación.

-¿Qué ocurre? - preguntó Chloé asustada.

-Es una riada- aclaró enseguida Tao haciendo amago de levantarse.

-¿Dónde crees que vas?- saltó Chloé con cara de fiera.

-Hay que ayudar- afirmó Tao sin titubeos.

-Tienes razón y nosotros lo haremos. Tú, no- aseguró Chloé con unos ojos que lanzaban llamas. A pesar de la insistencia de Chloé, él se mostraba dispuesto a un esfuerzo. Shaoqi asintió, la mujer actuaba sabiamente impidiendo que Tao se moviese.

-Descansa aquí- le ordenó Thibaud con firmeza - no pude luchar a tu lado pero esto sí puedo hacerlo- declaró sosteniendo la mirada de Tao que terminó por relajarse -nosotros ayudaremos a la gente. Los iremos subiendo al templo a medida que podamos ir alejándonos del peligro - afirmó Thibaud al tiempo que se alzaba decidido. Le costaba reconocerlo pero, tenían razón, no sería de mucha utilidad en su estado.

En efecto, el templo se situaba en una colina privilegiada alejado de todo peligro, al pie de dicha colina se asentaba el pequeño pueblo. Una carretera y un río eran lo único que atravesaba el pueblo pero, si el río crecía, las casas carecían de protección. El pueblo se situaba al final de un valle de colinas muy elevadas y escarpadas, motivo por el cual se desarrolló en los fértiles bancales de la vega. Una vez inundada la zona no habría modo de salir o acceder al lugar.

Thibaud arrancó el coche, Chloé, Véronique y Shaoqi lo acompañaban. El resto de monjes corrían con cuerdas, picos y palas. Thibaud se paró junto a un grupo de ellos.

-¡Subid! - les gritó.

Abrieron el maletero, el primero de los hombres viendo las armas, se limitó a

taparlas con la manta que localizó en un rincón para no hacerse daño. Lanzaron las herramientas al fondo y se sentaron junto al montón todos los que lograron acomodarse. Con el portón trasero abierto, Thibaud volvió a arrancar para bajar a toda prisa la carretera que distaba del pueblo unos tres kilómetros de curvas sinuosas.

Tras el corto recorrido se vio forzado a detener el coche, perdió el habla. La carretera se veía bruscamente interrumpida por un torrente de agua de tal magnitud, que por un momento pensó que era imposible que alguien hubiese sobrevivido. Sin embargo, sin perderla esperanza de encontrar a gente con vida bajaron todos del coche.

Lo peor, la falta de luz y el ruido. La oscuridad casi total y la lluvia junto con el estruendo del torrente dejaban pocas opciones. Uno de los monjes sacó un potente foco que enchufó al mechero del coche. Thibaud por su parte, aproximó el coche hasta en mismo filo del agua para encender las luces largas. Quería que quién las viese supiese dónde encontrar ayuda.

Chloé, muy impresionada por el río, no lograba distinguir absolutamente nada pero, recordó que a su paso por el pueblo los habitantes le parecieron numerosos para ser un pueblo tan pequeño, de todas las edades, incluso recordó a una niña jugando con un cerdito negro que le llamó la atención. Deseó que hubiese sobrevivido. Se acercó todo lo que pudo al torrente y de pronto sintió como un brazo la rodeaba por la cintura. Thibaud no estaba dispuesto a permitir que su adorada hermanita se arriesgase más de lo necesario.

-Retírate, cariño. Estás demasiado cerca y es peligroso- le dijo con suavidad al oído.

-Es horrible Thibaud. No veo absolutamente nada- todos los que tenían algo de luz intentaban ver algo sin éxito. Shaoqi se acercó a ellos.

-La situación va a mejorar- afirmó con tranquilidad. Thibaud tradujo las palabras.

-Lo dice porque no puede empeorar- aseguró Véronique sarcástica.

Súbitamente la luz mejoró y diez minutos después entendieron que la luz de la luna llena iba a ser su salvación. A medida que la luna subía la lluvia moderó su intensidad. Empezaron a ver mejor.

Se distinguían algunos tejados de casas.

-¡Hay gente!, ¡Hay gente en los tejados!- exclamó Véronique. Pudieron ver gestos con los brazos aunque no podían oírles por el ruido del torrente.

Thibaud, detectó que varios árboles seguían en pie. Si utilizaban los árboles, podrían llegar a la gente. Pero para eso, tocaba mojarse, sin más remedio.

-Chloé, los árboles, hay que hacer una tirolina entre ellos- afirmó Thibaud, ella enseguida entendió la idea. Tenían que aprovechar una curva del torrente... si subían por tierra lo suficiente, quien saltase al agua podría dejarse llevar por el agua hasta el primer árbol. Para alcanzar los siguientes, se vería forzado a nadar algo más pero, podía ser factible. Necesitarían mucha cuerda.

Asumiendo con naturalidad que él lo haría, Thibaud comenzó a atarse una cuerda de las que había podido encontrar, alrededor del cuerpo y entre las piernas, a modo de arnés. Chloé buscó un árbol de los situados al borde, lo bastante próximo al agua como para que fuese fácil acceder y usarlo de ancla. Caminaron un poco por el

borde del torrente hasta que encontraron lo que andaban buscando. Shaoqi, viendo sus intenciones llamó a varios monjes con el propósito de prestar toda la ayuda posible, sin duda, la iniciativa podía dar resultado. Thibaud se quitó las botas y la chaqueta en donde guardaba el pen drive con los datos del proyecto y se la tendió a Véronique. Conservó el resto de la ropa, a falta de un traje de neopreno, le convenía retener el máximo de calorías posible.

-Póntela y no la sueltes, te mantendrá seca- le dio un beso en la boca y después de comprobar la firmeza de las cuerdas, sin pensar demasiado, saltó al agua.

-Tiene que ser rápido, el agua está muy fría- afirmó Shaoqi. Chloé sostenía la cuerda con furia junto a los demás. Lo sabía, sabía el peligro que corría Thibaud y eso la puso nerviosa.

Thibaud, era un excelente nadador y eso le sirvió para mantenerse a flote, tal y como estaba previsto la corriente lo llevó hasta el primer árbol. Un árbol enorme, de al menos quince o veinte metros de altura con gruesas ramas perfectas para ajustar la tirolina. Thibaud, se agarró a una de las ramas que tocaba el agua empleándose a fondo para que la corriente no lo arrastrara, con todos sus músculos trabajando con ahínco, avanzó mano a mano por la rama hasta que alcanzó el tronco principal y pudo encaramarse.

Desde el otro lado de la orilla, todos se exaltaron con vítores al ver el éxito de Thibaud, su iniciativa era lo único que por el momento daba una esperanza a los que desde los tejados aguantaban la respiración observando la maniobra impotentes.

Ató con fuerza y con nudos marinos la cuerda. En el otro lado hicieron lo mismo. Llevaba suficiente cuerda para llegar al siguiente punto pero necesitaba más. Iba a pedir ayuda cuando uno de los monjes con varias cuerdas cruzadas alrededor de su cuerpo comenzó a avanzar por la que acababan de tensar. Thibaud lo esperó y cuando estuvo junto a él se ayudaron mutuamente para pasar al siguiente árbol.

Fue una ardua tarea, sobre todo complicada. Cuando Thibaud llegó al primer tejado, ya estaba agotado. A punto estuvo de dejarse llevar por la corriente pero mientras se aproximaba, pudo ver las caras esperanzadas de los que miraban y eso le dio aliento para continuar, levantó un brazo y dos hombres se lo sujetaron con fuerza sacándolo del agua a rastras. Thibaud se dejó caer, tratando de recuperar el aliento, helado, ya prácticamente no sentía las extremidades. Tumbado sobre el tejado, empapado y tiritando muerto de frío, una niña se acercó a él y le cogió la mano. Lloraba desconsolada. Verla le hizo reaccionar.

-No te preocupes pequeña- le dijo con ternura acariciando su rostro- saldremos de aquí. Sacando fuerzas de donde no pensaba que tuviese, se sacudió la cabeza y se incorporó.

-Hay que buscar un punto en el que fijar la cuerda- afirmó buscando con los ojos el lugar idóneo. La chimenea de ladrillo parecía en apariencia la mejor opción.

Lanoche fue muy dura, pero al amanecer, pudieron constatar que habían rescatado con éxito a todas las personas que encontraron en los tejados. Cuando la luz del día penetró en el valle apreciaron en su justa medida el alcance de los daños. Sin duda el lugar se declararía zona catastrófica pero se dieron por satisfechos, todos los que sobrevivieron a la riada se encontraban a salvo. Thibaud era el último y el único que aún no había puesto los pies en la orilla en toda la noche. Los monjes subieron a todos los afectados hasta el templo, tan sólo quedaron de ellos junto Chloé y Véronique a

la espera de Thibaud. El último trayecto parecía el peor, no sabía cómo pudo resistir hasta ese momento, se sujetaba con fuerza a la cuerda que lo conducía hasta el árbol de la orilla pero, ya no sentía las manos. Véronique al otro lado de la orilla se percató del estado de Thibaud.

-Ya no puede más- le dijo a Chloé, nerviosa viendo que Thibaud, detenía su avance en mitad del recorrido.

-No le ocurrirá nada- afirmó Chloé- lo tenemos sujeto.

El cuerpo de Thibaud, temblaba, intentó avanzar pero las manos le fallaron, cayó al agua inerte, desmayado antes de tocarla. Los monjes que sostenían la cuerda junto con Chloé y Véro redoblaron esfuerzos para tirar del cuerpo que se hundió de inmediato por la fuerza de la corriente. Chloé rezaba para que no se enganchara en algún sitio. A Véronique le parecieron los minutos más eternos de su vida, al poco la cabeza rubia pero llena de fango de Thibaud emergió. Entre todos terminaron de arrastrarlo fuera del agua. Los dos monjes lo cogieron en volandas para llevarlo hasta la carretera y lo depositaron con sumo cuidado sobre el asfalto.

Thibaud... inconsciente, tampoco respiraba.

-No tiene pulso- dijo Chloé alarmada. Sin perder tiempo, descubrió el pecho de su hermano. La coloración azul de la piel y las mucosas confirmaba la cianosis. Aprovechando la inclinación del suelo, movió el cuerpo para ponerle las piernas en alto y la cabeza más baja. Si echaba al agua que había tragado eso facilitaría que no volviese a tragarla. Véronique cayó de rodillas junto a él y le cogió la mano.

Había dejado de llover. El tiempo pareció detenerse.

Chloé despejó las vías respiratorias, echó hacia atrás la cabeza de su hermano e insufló cinco veces aire en sus pulmones, el pecho de Thibaud se levantó, pero aún no encontraba pulso, Chloé comenzó un infatigable masaje cardíaco, alternaba las pulsiones insuflándole aire por la boca. Después de cinco interminables minutos Thibaud, reaccionó, comenzó a toser regurgitando el agua tragada. Véronique dejó que las lágrimas contenidas escapasen de sus ojos y cogió la cabeza de Thibaud en su regazo, lloraba de alegría sin poder contenerse.

-¿Han... salido... todos?- preguntó desorientado. Chloé, sonrió y besó con ternura la mejilla de su hermano.

-No vuelvas a darme un susto como este- le regañó- todos los que encontramos vivos han salido gracias a ti.

El coche que regresaba de subir el último grupo de supervivientes aparcó junto a ellos y entre todos ayudaron a trasladar a Thibaud de regreso al monasterio.

Beijing

Comisaría central del Distrito Chengfu

A Tsei no le faltaba razón, la tormenta lejos de ser como las habituales le obligó a dejar de lado su visita al Monasterio de Tangzhe situado al oeste de Beijing. Toda la zona quedó devastada por el desbordamiento de varios ríos y tardarían días en poder acercarse. Sólo le tranquilizaba pensar que aquel lugar podía ser el mejor para guarecerse, nadie podría llegar y nadie podría marcharse. No perdía nada por esperar unos días, el trabajo con los afectados apuntaba demoras, casi seguro serían necesarias semanas para volver a funcionar con normalidad. Incluso el ejército movilizó tropas de inmediato para prestar ayuda a los damnificados.

A continuación de la lluvia torrencial se desató durante varios días un vendaval que dificultó aún más las tareas de rescate, si había zonas a las que habrían podido llegar en helicóptero, tuvieron que descartarlo. Ante las dificultades, el pueblo chino, manifestaba una capacidad de trabajo excepcional, demostraban ser muy solidarios los unos con los otros y aunaban esfuerzos. El inspector Tsei, no fue menos, se remangó como los demás para sacar a la gente atrapada por el agua y el fango de los lugares difíciles.

Una de las presas a punto estuvo de reventar, los aliviaderos se mantuvieron abiertos por necesidad de disminuir la presión, inundando así, muchas más zonas de las previstas. Los hospitales redoblaron esfuerzos para atender a todos los heridos. Las poblaciones aisladas, con verdaderas dificultades para acceder a un plan de ayuda mínimo pusieron en jaque a todos. El gobierno ordenó que se lanzasen víveres desde aviones que sobrevolaban la zona de vientos huracanados, a los lugares más afectados.

Desde la comisaría de Tsei como en todas las otras comisarías, se coordinaban medios y ayuda. Procuraban ser, ante todo, eficaces. Priorizaban el envío de recursos en función de la gravedad y organizaban la reubicación de aquellos que fueron desalojados de sus viviendas destruidas. Acomodaron estadios y polideportivos para que los afectados tuviesen un techo y un lugar donde dormir y comer. Obviamente la vida de todas esas personas se consideraba más importantes que el destino de un grupo de extranjeros sanos y portadores de un invento.... por muy revolucionario que este fuese.

De modo que Tsei, con la conciencia tranquila, apartó de su mente toda la investigación del proyecto robado y se centró en su trabajo.

20

Oeste de Beijing

Monasterio de Tangzhe

La noche de interminable lucha provocó estragos entre los rescatadores agotados, rendidos, arrastraban los pies como almas en pena. Al llegar al monasterio, Véronique acompañó a Thibaud a su dormitorio. Él sólo pensaba en dormir y cuando llegó a la cama, dejarse caer y dormirse sucedió sin que fuese consciente de ello. Se durmió tan rápido que no se percató siquiera de que le desnudaban para acostarle. Véronique también acusaba el cansancio y al acomodarse junto a Thibaud se contagió con gusto de un sueño profundo.

Chloé, entró con el máximo sigilo en su dormitorio. Tao dormía boca abajo, se aproximó para tomarle el pulso, lo encontró un poco rápido, le palpó la piel de la frente, unas décimas de fiebre hacían acto de presencia pero, lo consideró normal. Al menos, él pudo descansar. Respiró aliviada, aún seguían vivos y además lograron ayudar a muchos. Se sentía orgullosa de Thibaud, su hermano se había comportado como un auténtico héroe.

No tenía intención de acostarse, muchos iban a necesitar su ayuda. Quería asegurarse de que nadie caía enfermo y sabía que algunos heridos precisaban de su intervención de modo que no espero a que la llamasen. Se reunió con Shaoqi, las colchonetas desperdigadas por todo el monasterio, ocupaban los pasillos, las habitaciones y las salas. Chloé observó que los únicos dormitorios que respetaron y en los que nadie había entrado eran justamente los suyos. Shaoqi, quería mostrar así su agradecimiento. Los extranjeros habían ayudado mucho y concretamente Thibaud, rescató él solo a más de sesenta personas, mayores y niños. De hecho, todos hablaban de ellos.

Chloé no sabía qué decían pero, los gestos amables traducían las palabras, le cogían la mano, le decían cosas incomprensibles y ella interpretaba los ojos, las mímicas. Se limitaba a sonreír, tratando de responder con el mismo lenguaje corporal de sincero afecto. Aquellos que estaban heridos se situaron cerca de la enfermería. Sobre la camilla en la que antes cosió a Tao, encontró a un joven de unos quince años que lloraba en silencio. Chloé se aproximó para observarle con atención, sufría una fractura cerrada de la tibia que mantenía el pie en una postura del todo anormal. Con un gesto que imitaba a las agujas que se pinchaban en el cuerpo pidió a Shaoqi que le suprimiese la sensibilidad. El monje, comprendiendo enseguida, aplicó las agujas al muchacho y ella le enderezó el hueso para después entablillararlo.

La única que no descansó en absoluto fue Chloé, como médica, su conciencia le impedía reposar en una situación así, primero tenía que hacer todo lo posible por los demás. Trabajó junto a los afectados todo el día, uno de los monjes le dio algo de comer, llevando la comida a su boca, mientras terminaba de ponerle puntos por una brecha en la cabeza a un hombre que rondaba los cincuenta. Tan concentrada estaba que, cuando un cuerpo cálido y suave se pegó a su espalda tardó unos segundos en reaccionar. Tao rodeó con sus brazos la delgada cintura.

-Ahora, es tu turno de descanso- le susurró con suavidad al oído- Chloé terminaba el último punto, cortó el hilo y con un gesto indicó al hombre que podía irse.

Este le dio las gracias y ella asintió con la cabeza. Ya no quedaba nadie en la enfermería y Chloé dejó caer su cabeza hacia atrás contra el pecho de Tao.

-Me tienes preocupada- anunció con tono malicioso- no acostumbras a ponerte camisetas y... pasearte así.... - palpó con las manos del revés el pecho magníficamente esculpido y firme de Tao- me va a traer problemas, no quiero que ninguna otra te mire, soy muy celosa- confesó con una lascivasonrisa.

Tao la giró hacia él, atrajo su cuerpo con fuerza hasta sentir sus formas amoldándose a él. Deslizó una de sus manos por el costado de Chloé hasta llegar a las firmes nalgas, se aferró a ella, gozando sin pudor de la perfección de sus curvas. Chloé inhaló el perfume del cuerpo de Tao, el roce de su piel suave contra su mejilla resultaba delicioso, irresistible. Él, agachó la cabeza y con una mano levantó la barbilla de Chloé buscando los labios. Se besaron con pasión. Las imágenes de todo lo sucedido acudían a la mente de Chloé y sin poder reprimirse buscó un abrazo como un naufrago buscaría una balsa. Tao lo percibió y trató de reconfortarla lo mejor que pudo. Ella se sentía segura entre los fuertes brazos de Tao y él consideraba que tenía entre sus manos la más hermosa y delicada de todas las flores. Se prometió cuidarla con todo el amor y dulzura que era capaz de ofrecer.

-Ya has atendido a todos- susurró Tao al oído de Chloé- ahora vas a venir conmigo- afirmó cogiéndola por los hombros y llevándola hacia la puerta. No pensaba negarse, rendida, tan sólo deseaba dormir y descansar. Dejó que Tao la acompañase hasta el dormitorio.

Desde el día anterior por la tarde momento en que le curaron la herida de la espalda, había estado durmiendo a pierna suelta. Se sorprendió al ver a toda la gente en el monasterio, hasta que recordó que él estuvo fuera de juego. No pudo ver a Thibaud y Véronique porque dormían en la habitación contigua a la suya pero, se preocupó al saber por Shaoqi que Chloé no accedía a descansar y le pidió que la llevase a dormir. Por Shaoqi supo de las acciones de Thibaud y todo lo que hizo por salvar la vida de muchos de los allí presentes. Lejos de sorprenderse, se reafirmaba en la opinión que se hizo de Thibaud. Desde el primer momento percibió la misma fuerza que sentía en su hermana. Ahora, Chloé era la que necesitaba descansar.

-¿Ya no tienes fiebre?-preguntó ella palpando su frente- esta mañana tenías algo de fiebre.

-Me encuentro perfectamente, únicamente siento la espalda un poco acartonada pero, casi no hay dolor. Has hecho un trabajo magnífico- aseveró él, sentándola en el borde de la cama y quitándole la camiseta. La tumbó para que se recostase sobre los cojines y la desnudó por completo. Chloé degustó el instante, estaba tan cansada que de no estar él hubiese dormido vestida. Ocurrió en cuanto sintió el tibio edredón que vino a cubrirla, cerró los ojos y se perdió en la tranquila oscuridad de la noche.

Tao la dejó para reunirse con Shaoqi, este, al verlo descalzo y con tan sólo un pantalón le pidió que lo acompañase. Le ofreció una camisa de cuello chino, con la clásica abotonadura de corchetes de hilo y unas zapatillas de lona a su medida.

-Tengo ropa en el dormitorio, en realidad no es necesario- alegó Tao.

-No importa, utiliza esta- dijo Shaoqi con firmeza.

Tao iba a ponerse la camisa cuando su amigo le retuvo.

-Espera, antes déjame ver la herida. Quiero volver a ponerte el ungüento, parece que ha funcionado muy bien. Es lo que mejor puede prevenir que se infecte ya que no te pusimos antibiótico- Tao asintió con la cabeza y se giró para permitir que Shaoqi levantase el apósito. Tao apretó los dientes mientras que Shaoqi retiraba el esparadrapo.

-¿Cómo lo ves?- preguntó Tao curioso.

-Es sorprendente, está cicatrizando muy bien, no te muevas- aplicó el producto por toda la herida- espérame aquí un momento, voy a ir por gasas limpias y esparadrapo- Tao asintió con la cabeza.

Se sentó en una silla mientras esperaba que Shaoqi regresase. Por un momento pensó en los hombres contra los que se había enfrentado el día anterior, sin duda, gente especializada en matar. Él tuvo suerte de salir vivo pero, Thibaud no hubiese tenido ninguna oportunidad de haber estado solo.

Shaoqi regresó con las gasas y le volvió a poner un apósito.

-Chloé te ha cosido realmente bien, creo que no tendrás ni tan siquiera una cicatriz, o será tan fina que será imperceptible- aseguró Shaoqi impresionado. Tao sonrió sintiéndose orgulloso de ella.

-He tenido suerte de conocerla - musitó.

-¿Fue realmente así? ¿Un encuentro fortuito?- quiso saber Shaoqi.

-Exactamente así- Recordó que sólo unas semanas habían transcurrido desde que se conocieron. Le vinieron imágenes de la tormenta en el Adriático- por cierto, Shaoqi ¿Cuál es la situación?- quiso saber - ¿Tenéis alimentos para tanta gente?, dime qué puedo hacer y lo haré- se ofreció.

-Te lo agradezco ¿Entiendes de radios?- indagó Shaoqi- tenemos una vieja radio y podría servir si la hacemos funcionar para informarnos de nuestra situación, ningún teléfono funciona porque se han cortado todas las comunicaciones de la zona. No creo ni que pudiese venir un helicóptero porque el viento es ahora demasiado fuerte. Sin embargo, la antena que tenemos es potente, si logras hacerla funcionar, tal vez podríamos informarnos que tenemos a ochenta civiles evacuados de una zona catastrófica y sólo tenemos víveres para un día más.

-Lo puedo intentar- prometió, la situación no era nada alentadora, le convenía poner todas sus facultades a trabajar- todo dependerá de las piezas que le puedan faltar a la radio- aclaró.

Shaoqi lo llevó de inmediato al puesto de radio y Tao se puso manos a la obra.

Daban las doce de la noche cuando logró establecer comunicación con un puesto de comandancia de la policía.

-Aquí monasterio de Tangzhe, ¿Me reciben?- preguntó Tao por enésima vez cambiando de canal.

-Comandancia de Wujiacural habla, adelante- contestó una voz alta y clara.

Todos los que estaban alrededor de Tao, seis monjes que se empeñaron en ayudarlo aunque sólo fuese por medio de apoyo psicológico, saltaron de alegría y

profirieron toda clase de vítores. Tao intentó calmarlos haciendo gestos para que bajaran la voz.

-Buenas noches comandancia de Wujiacun, le recibo alto y claro.

-Adelante monasterio de Tangzhe ¿Tienen problemas?- dijo la voz al otro lado.

-De monasterio de Tangzhe para comandancia. Hemos rescatado a ochenta civiles y sólo tenemos víveres hasta mañana.

-Tenemos las coordenadas del monasterio, se las facilitaremos al avión de suministro. Se están largando alimentos a las zonas a las que no podemos llegar, tendrán que estar pendientes mañana a las diez horas. ¿Han recibido?- preguntó el hombre.

-Recibido, estaremos pendientes, muchas gracias.

Se corrió la voz de que las autoridades ya conocían su situación, todos sabían que eso significaba que no tardarían en recibir ayuda. Definitivamente, iban a pasar una noche mucho más relajada.

Tao, regresó al dormitorio. Chloé dormía profundamente y la vela que Tao encendió no la molestó en absoluto. Se desnudó y se deslizó bajo el edredón con suavidad para no despertarla, se arrimó a ella y con todo el cuidado del mundo la cogió entre sus brazos. Finalmente, él también cedió al sueño y dejó que su cuerpo se relajase junto a ella.

Dormían enlazados el uno junto al otro cuando alguien llamó a la puerta con insistencia. Tao parpadeó, un poco de luz se filtraba a través de la contraventana cerrada del dormitorio. Ya era de día.

-¿Quién es?- preguntó Tao sin moverse de la cama.

-Soy Véronique, ¿Puedo pasar?- preguntó tímidamente.

-Claro, adelante- Chloé a su lado, comenzó a estirarse- ¿Qué ocurre?- preguntó sorprendido al ver su cara de preocupación.

-Es Thibaud, creo que tiene fiebre- dijo Véronique.

Chloé pegó un bote en la cama y se incorporó bruscamente.

-¡Joder!- exclamó con indignación- ¿Es que no vamos a estar todos bien en algún momento?- saltó de la cama y cómo una exhalación corrió en busca de su hermano.

En cuánto Chloé entró en el dormitorio se dio cuenta de que Véronique no se equivocaba. Thibaud ardía y respiraba con dificultad. Carecía de estetoscopio aunque tal vez hubiese alguno en la enfermería.

-¿Thibaud?- le llamó- ¿Me escuchas?- insistió.

Él giró la cabeza hacia ella con dificultad.

-No... no me encuentro bien.... lo siento...- trató de explicar.

Estaba tapado hasta los hombros con el edredón, Chloé se lo retiró del todo, había que bajarle la temperatura. Thibaud gimió y comenzó a temblar. Véronique y Tao

entraron para sentarse junto a Thibaud.

-¿Qué puedo hacer Chloé?- preguntó Tao.

-Averigua si Shaoqi tiene un estetoscopio, necesito confirmarlo pero, me temo que puede ser una neumonía por aspiración. Ayer tragó agua del torrente y tuve que reanimarlo, tuvo una parada cardio-respiratoria. Es fácil que el agua sucia le haya provocado una neumonía- explicó.

-Voy enseguida- apuntó, levantándose al tiempo para ir en busca de Shaoqi.

Lo encontró en el patio del monasterio. Al explicarle lo que ocurría lo acompañó rápidamente a la enfermería y le dio el estetoscopio.

-Sí tiene una neumonía habrá que buscar el modo de que lo saquéis de aquí, no tenemos las hierbas apropiadas y no hay antibióticos- expuso Shaoqi con tranquilidad. Tao asintió, buscarían la forma de llevarlo a un hospital si era necesario.

Volvió junto a Chloé, Thibaud cubierto con un simple bóxer, temblaba y sufría espasmos. Tao dedujo que la naturaleza estaba de su parte, debía ser un tipo duro, al menos físicamente mostraba un aspecto impecable. Aunque ahora estuviese debilitado, debería ser capaz de aguantar lo suficiente hasta que encontrasen los medios.

Chloé auscultó el pecho y la espalda de su hermano y su mirada se ensombreció. Thibaud estaba cianótico y escuchó crepitaciones en los pulmones, podía tener un síndrome de dificultad respiratoria. Tao se percató del miedo de Chloé, ella conocía perfectamente con qué medios contaba el monasterio y cuál era la situación actual. Tao se levantó para ir en busca de agua y paños. Regresó con todo y entre los tres los aplicaron por el cuerpo de Thibaud.

Thibaud quería hacer un ovillo con su cuerpo y quiso ponerse de costado pero, se lo impidieron.

-No, Thibaud, mantén el cuerpo estirado, si te calientas sobre ti mismo la temperatura no bajará- afirmó Chloé con firmeza. Tao puso una mano sobre el hombro de Thibaud. Véronique las tenía sobre los tobillos

Shaoqi, entró en el dormitorio y abrió la contraventana dando paso a la luz del día.

-¿Cómo está?- quiso saber- muchas personas le deben la vida a este hombre y cuando todos han sabido que está enfermo me han pedido que me informe- explicó.

Chloé no se anduvo por las ramas.

-Tiene una neumonía doble y un posible síndrome de dificultad respiratoria, está muy grave, debemos evacuarlo de inmediato y llevarlo a un hospital- se giró mirando a Tao con los ojos cargados de lágrimas.

-Lo vamos a sacar de aquí- afirmó Tao levantándose- esta tarde estaremos en un hospital, te lo prometo- aseguró categórico.

-¿Cómo?- preguntó Chloé, un poco escéptica.

-Este pueblo está instalado junto a un río, estoy seguro de que alguien tiene una barca. El problema será hacerse con una en buenas condiciones pero, una vez que la tengamos, sólo habrá que navegar el torrente hasta que llegemos a una zona

habitada y en mejores condiciones- explicó.

Véronique lo miraba con los ojos como platos-*este tío, está loco* .

-Estaríamos arriesgando la vida de Thibaud- afirmó Chloé, no demasiado convencida.

-Si se queda, tiene menos posibilidades- aseguró Tao- y tú y yo- aclaró mirando a Chloé- sabremos gobernar cualquier cosa que flote y lo sabes.

-Yo no estoy tan segura de lo que afirmáis- saltó Véronique realmente asustada por la perspectiva.

Thibaud, escuchó todo lo que decían y sabiendo como apuntaba la situación, estaba con Tao, lo único que le preocupaba era que, una vez estuviese en un hospital de nuevo sería un blanco perfecto. Le costaba concentrarse porque sentía que la fiebre lo llevaba al delirio, levantó la mano para llamar la atención de los presentes. Tao se percató de ello y cogió su mano, Thibaud cerró los dedos.

-Estoy....-empezó a toser y Chloé le colocó almohadones tras la espalda....contigo Tao, lo único que debemos tener en cuenta es que en un hospital... vendrán por mí. De modo que, me dejáis allí y os marcháis ¿De acuerdo?

-No permitiré que te ocurra nada- Tao apretó con fuerza su mano, Thibaud intentó devolverle el apretón pero no tuvo la fuerza, apenas una leve presión. Thibaud consideraba a Tao como un amigo, aunque fuese tan reciente, sentía un sincero afecto por él. Algo mutuo que también compartía Tao a pesar de que realmente, se conocían desde hacía unas horas.

-Sé dónde encontrar una barca- declaró Shaoqi, los demás lo miraron esperanzados- esta mañana cuando bajamos a observar el nivel del río pude ver una atada a un árbol, la riada no se la llevó porque la tenían en tierra alejada de la orilla y amarrada en alto, si sigue ahí, podría servir. El único inconveniente es que está en la otra orilla-explicó.

-Si siguen estando las cuerdas que colgó Thibaud, deberíamos poder cruzar para ir tirando de la barca hasta nuestra orilla-dedujo Chloé.

-Yo lo haré- soltó Tao.

-No, tú no puedes, todavía no estás bien- aseguró Chloé.

-Sí que estoy bien, lo haré yo- dijo con firmeza - si hay cuerdas, no tocaré el agua en ningún momento y simplemente engancharé la barca y tiraré de ella- se levantó decidido. Ella comprendió que esta vez no lo convencería.

-Véronique, por favor, quédate con Thibaud, yo acompañaré a Tao - Véronique asintió. Después de ver que Thibaud estaba decidido a intentarlo, a ella no le quedaba otra opción que apoyarlo. Al fin y al cabo, solía ser una mujer que tomaba el toro por los cuernos, en esta ocasión, no pensaba ser menos.

Utilizando el mismo coche en el que llegaron y acompañados por Shaoqi y otros dos monjes, hicieron el recorrido desde el monasterio al torrente en cinco minutos. La situación no había cambiado demasiado, el agua apenas bajó de nivel, si bien, muchos menos objetos y restos de vegetación flotaban por la superficie, el agua arrastró la mayoría y ahora todo era el líquido elemento del color del barro. Tao quedó

impresionado al ver la cantidad de cuerdas que Thibaud logró tensar de un sitio a otro. Gracias a los árboles se podía cruzar hasta la otra orilla. Observó la barca y estuvo seguro de que serviría. Si hubiese sido una embarcación de madera habría tenido sus dudas, pero al tratarse de una lancha neumática y aparentemente en buen estado, reforzó la confianza en su plan. De haber contado con un motor, con seguridad el día anterior la hubiesen aprovechado para salvar vidas, al carecer de el únicamente resultaba útil para descender el torrente. Rodaba los tres metros de eslora, más que suficiente para cuatro personas. Se cruzó unas cuerdas por el pecho y comenzó a trepar hasta la primera tirolina. Lo hizo sin esperar a que Chloé le atase una cuerda de seguridad y ella se alteró.

-¡Tao!, espera. Si te caes no hay seguridad- le gritó con una nota de histeria contenida en la voz.

-Tranquila- le dijo él- no tengo intención de caerme- siguió avanzando con una agilidad asombrosa.

De hecho Tao, logró pasar al otro lado del río con una facilidad pasmosa, no se mojó en ningún momento y tampoco dio muestras de debilidad, la sutura de su espalda soportaba la tensión. Alcanzó la barca y la ató con su propia cuerda, ahora tendría que regresar tirando de la embarcación. Se ató la cuerda alrededor del cuerpo y se encaramó a la primera tirolina. La barca tiraba mucho de él, pero aguantó bien, llegó al primer árbol sin incidentes. El último árbol supuso el mayor esfuerzo. En el último instante, las manos húmedas se resbalaron y se quedó colgando por las piernas hábilmente enlazadas a la cuerda. Chloé no pudo evitar soltar un grito, sin embargo, Tao se repuso, volvió a sujetarse con las dos manos y terminó el recorrido. Cuando por fin llegó al árbol, Chloé suspiró con alivio. Los monjes ayudaron a sacar la balsa del agua y sin arrastrarla la depositaron sobre el asfalto. Tao terminó de soltarse la cuerda y en cuanto tocó el suelo, Chloé saltó a su cuello.

-¡No vuelvas a asustarme así! pensé que te caías- le gritó irritada. Tao sonrió.

-¿Me hubieses echado de menos?- dijo irónico- ¿Es acaso esto, una demostración de amor?- preguntó con un verdadero interés por la respuesta. Chloé se quedó callada y lo miró con los ojos muy abiertos.... No habían hablado de amor... eso todavía no lo habían mencionado.... era demasiado pronto para hablar de ese sentimiento ella, no estaba segura...

-¡No sé si es amor! - exclamó con franqueza- de verdad.... no sé qué pensar.... no lo sé- se estaba haciendo un lío...es sólo que, por un instante imaginé que caías al agua y ...- lo miró a los ojos- era insoportable.

-A mí me vale- afirmó Tao besándola.

Por un instante sólo estaban ellos. Los monjes a pocos metros que sonreían al verlos, no existían.

-Vamos, hay que ir por Thibaud y Véronique, debemos llevar a tu hermano a un hospital, cuanto antes.

-Estoy de acuerdo- asintió Chloé.

Lo encontraron peor, ahora deliraba, para evitar que el agua si lo salpicaba agravase su estado, lo envolvieron en mantas procurando aislarlo lo mejor posible. Subiéndolo al coche entre cuatro hombres, bajaron de nuevo hasta la lancha. La

neumática disponía de dos remos, quisieron pensar que sería suficiente para maniobrar, de todas formas no contaban con nada más. Véronique observó la embarcación con espíritu crítico-*Carecemos de chalecos o de cualquier otra medida de seguridad, de modo que, no podemos volcar, no podemos pinchar y sobre todo... no podemos hundirnos* - reflexionó con una lógica aplastante.

Pusieron la lancha en el agua y mientras que dos monjes la arrimaban a la orilla, uno por popa y otro por la proa, entre Shaoqi y Tao metieron a Thibaud en el centro de la embarcación. Véronique saltó enseguida y cogió la cabeza de Thibaud en su regazo, sentándose en la popa. El equipaje consistía en las dos bolsas de viaje de Tao y Chloé pero además, Shaoqi preparó un petate con las armas que sin duda Ling Chu dejó en el maletero para Tao, recuperó el bolso que contenía la daga curva con la cadena y también lo colocó junto al resto. Tao, con una inclinación de la cabeza le agradeció el gesto. Lo encajaron todo a cada lado de Véronique. Ella se abrigó con la chaqueta de motero de Thibaud, él le había pedido que no la soltase y no se la quitaría de encima bajo ningún concepto.

La cariñosa despedida de Shaoqi les encogió el corazón, no sabían si habría ocasión para verle de nuevo y Chloé se acercó para coger sus manos entre las suyas.

-Muchas gracias por todo- agradeció inclinando la cabeza. Véronique hizo lo mismo desde la barca. Tao tradujo las palabras y Shaoqi sonrió.

-Yo debo daros las gracias a los cuatro, sin Thibaud y Véronique no hubiese sido posible salvar la vida de tantas personas, sin Chloé ninguno habría recibido atención médica y sin Tao, no habríamos recibido esta mañana los víveres. Habéis hecho más por nosotros que a la inversa. Os deseo éxito en vuestros asuntos. Tao, debes pensar que; "Hasta las torres más altas empiezan en el suelo" lo conseguiréis - afirmó.

Tao y Chloé saltaron al interior de la balsa y cogieron cada uno un remo, los monjes soltaron la balsa y comenzaron el descenso. La fuerte corriente daba pocas opciones y se limitaron a dejarse llevar río abajo. Maniobraron con eficacia para esquivar algunos obstáculos y el viaje inicial no fue demasiado malo. Thibaud se agitaba entre los brazos de Véronique, no respiraba bien y el hecho de que el descenso fuese muy rápido en cierto modo aliviaba a Chloé. Sentían que el tiempo corría en su contra, necesitaban tardar lo menos posible. Todavía no era mediodía cuando iniciaron el descenso y si se daban prisa, con suerte en dos o tres horas podrían estar en un hospital. El viento, muy fuerte, dificultaba mantener la estabilidad de la lancha. Thibaud iba más protegido que ninguno y Véronique no lo llevaba demasiado mal con la chaqueta de motero pero para Chloé y Tao, era otra cosa. Ellos no llevaban ropa de abrigo y no tardaron en tener las manos heladas. Pasaron por lo que se suponía debían ser zonas habitadas aunque sólo pudieron distinguir algunos tejados a punto de desplomarse del todo. Con frecuencia en esos valles el agua de los ríos siempre solía ser muy escasa, incluso en algunos sitios, inexistente. Shaoqi le explicó a Tao que en las montañas hacía días que llovía de forma torrencial. Los ríos se transformaron con rapidez en pequeños torrentes el día antes de que llegasen, sin embargo, las últimas horas previas a la riada fueron decisivas. Cayeron en ocho horas, más litros que en todo un año de lluvias. No había cuenca que soportase tanta precipitación.

El caudal se hizo más importante a la salida del valle. Llegaban a un punto en el que confluían más torrentes, la embarcación tomó más velocidad y Chloé y Tao tuvieron que emplearse a fondo para no zozobrar. Cuando lograron estabilizarse de nuevo, el aliviose hizo patente entre todos, habían pasado lo peor.

-Ya falta menos- anunció Tao- Ahora, en cuanto encontremos una zona habitada nos detendremos para pedir ayuda.

No tuvieron que esperar mucho, el agua llegó a campo abierto y al dejar de estar definido el cauce y no poder contener toda el agua, pronto vieron como se ensanchaba la superficie del agua a medida que se perdía por los campos inundándolo todo. Llegaron a *Longquanzhen*, en ese punto Tao recordaba una presa y a continuación un estrechamiento del río, pero sólo pudieron ver algunos tejados. Les convenía bajarse por la orilla de babor en el lado en que se situaba Pekín y al poco, tuvieron que comenzar a remar para avanzar. Despacio, se fueron alejando del centro de la corriente, pasaron sobre carreteras y bordearon casas inundadas hasta la mitad de su altura. Cuando pensaban que no quedaba nadie en la zona, vieron un grupo de personas trabajando con maquinaria pesada cerca de la orilla y llamaron con gestos su atención. Véronique se entusiasmó.

-¡Mirad!, allí hay gente- exclamó eufórica viendo el cielo abierto.

Chloé y Thibaud, remaron con ahínco. El grupo de hombres tardó un instante en percatarse de que una embarcación se acercaba pero, en cuanto la vieron, pararon el trabajo y unos seis hombres se aproximaron a la orilla.

-Tenemos una persona enferma- gritó Tao- necesitamos una ambulancia -pidió con urgencia- uno de los hombres, sin pedir más datos corrió a uno de los vehículos para pedir ayuda de inmediato- Tao saltó a tierra con el cabo de proa en la mano y tiró de la barca hasta encallarla en tierra.

Enseguida los cinco hombres que quedaban cogieron la barca por las asas al efecto y la arrastraron bien adentro con las chicas y con Thibaud aún en la lancha.

-Por esta zona ya no queda nadie, todo el mundo ha sido evacuado, sólo estamos las cuadrillas intentando contener el agua para que no haga más daño- explicó uno de los hombres- pero no se preocupen, una ambulancia podrá llegar enseguida, ¿Que le ocurre al extranjero?- preguntó el hombre viendo la mala cara de Thibaud.

-Tragó agua, después de sacar unas sesenta personas de los tejados de sus casas, estuvo a punto de ahogarse y ahora tiene una neumonía doble- explicó Tao. Sabía que contar lo que Thibaud hizo por la gente los motivaría a prestar la mejor ayuda posible. El hombre miró con admiración a Thibaud y ayudó a Tao a sacarlo de la barca. Véronique recogió con Chloé las mantas y bolsas que quedaron en el fondo de la barca y siguieron a los hombres hasta un banco. El lugar, con aspecto de avenida peatonal destinada al paseo, contaba con bancos cada cincuenta metros y las casas más cercanas se situaban a unos doscientos metros. La carretera asfaltada comenzaba a pocos metros de donde estaban ellos en la zona acerada. Tumbaron a Thibaud abrigándolo bien con las mantas. A los pocos minutos llegó una ambulancia. Se ocuparon de trasladar a Thibaud de inmediato, era lo suficientemente grande para que cupiesen los cuatro detrás y el enfermero se sentó junto al conductor dejándolos todos juntos.

Thibaud abrió los ojos en el momento en que se cerró la puerta de la ambulancia y arrancó.

-Tao...- llamó débilmente, Tao acercó el oído a su boca- me van.... a encontrar.... llévatelas...- acertó a decir.

-Eso no va a pasar- aseguró Tao- no tienes documentación y las circunstancias nos van a facilitar justificarlo, todo el mundo entenderá que perdiste la documentación en la riada. Diremos que te llamas Alain Jourdan y explicaremos que en cuanto te repongas acudiremos a la embajada para arreglar los papeles. Nadie te negará asistencia médica por unos papeles y al no estar registrado con tu nombre real nadie te encontrará, habrá tiempo para que te repongas- afirmó Tao, convencido.

Véronique y Chloé tomaron nota del nuevo nombre de Thibaud, consideraron fundamental tener un especial cuidado para no llamarlo de otro modo.

Thibaud, más tranquilo con las palabras de Tao, se relajó un tanto, admitió que podría funcionar. Sin poder detener el curso de sus pensamientos que de nuevo se centraban en toda la trama que amenazaba sus vidas, recordó que convenía intentar hablar con el inspector, esta situación tenía que terminar.

-Hay... un inspector de policía... estuvo en el asalto de la comisaría... se llama Wu Tsei- declaró Thibaud con voz queda y agarrándose al brazo de Tao- nos ayudó a escapar... si sigue vivo... nos podría ayudar- afirmó.

-De acuerdo- le contestó Tao- intentaré encontrarle, te lo prometo. Tú céntrate en seguir vivo- apuntó sosteniendo su mirada.

Thibaud, asintió con la cabeza y cerró los ojos. Ya no podía más.

Los llevaron al hospital de Wan Jie, situado al este de Beijing, parecía ser el menos saturado. Lo admitieron sin ninguna clase de impedimento, la explicación ofrecida por los amigos no provocó sospechas e ingresaron de inmediato al enfermo en la unidad de cuidados intensivos. El médico que se ocupó del caso quiso conocer todo lo ocurrido y Tao relató las hazañas de Thibaud al tiempo que tradujo todas las conclusiones de Chloé al respecto de la neumonía. Las pruebas confirmaron que se trataba en efecto de una neumonía por aspiración. Observaban a Thibaud luchando por su vida desde el otro lado de una cristallera cuando el médico se unió a ellos.

-Está muy afectado, lo hemos tenido que conectar al respirador para suministrar altas dosis de oxígeno mientras tratamos la infección subyacente pero, creo que lo hemos cogido a tiempo- le explicó a Tao- si consigue pasar esta noche, tendrá muchas posibilidades de superar la enfermedad- aseguró con el semblante serio. Tao asintió y tradujo lo comunicado por el médico. Las dos se abrazaron.

-¿Podemos estar con él?- inquirió Tao.

-Pueden permanecer aquí, detrás del cristal pero, no se puede estar junto a él. Por el momento es imposible, no sería bueno para su salud- alegó contundente.

Disponían de una sala de espera bien equipada, las butacas eran todas reclinables y podrían estar bastante cómodos.

-¿Qué os parece si vamos a comer algo?- sugirió Tao.

-Yo prefiero quedarme si no os importa- declaró Véronique abatida.

-Si quieres te traeremos algo de comer ¿Qué te apetece?- preguntó Chloé.

-La verdad es que no tengo demasiada hambre- adujo ella, acentuando sin querer su cara demacrada.

-Pero, tienes que hacer un esfuerzo- insistió Tao tratando de convencerla- si te apetece podemos buscar una hamburguesería, quizás lo prefieras a la comida china ¿Qué opinas?

Véro hizo una mueca, se encontraba en verdad muy desganada y cansada.

-Bueno, me da igual, cualquier cosa me vendrá bien- accedió por fin.

Encontraron una hamburguesería en las inmediaciones del hospital y encargaron suficiente comida para todos.

-Estoy pensando en los que persiguen a tu hermano, deberíamos intentar localizar al inspector Tsei, tal y como ha sugerido Thibaud. Me gustaría encontrar el modo de atrapar al auténtico ladrón, eso exculparía a tu hermano de inmediato y restituiríasu credibilidad-argumentó Tao.

-Eso sería muy peligroso, Tao. Se tiene que encargar la policía, que para eso están- se negó Chloé.

Tao asintió con la cabeza pero, ya había tomado una decisión al respecto. Optó por no preocupar a Chloé de momento. Consideraba un error perder la oportunidadde arreglar las cosas, ahora era un buen momento, en principio,contaban con un refugio seguro. Las chicas y Thibaud, no se moverían del hospital en unos días y eso le daría a él libertad de acción. Su primer paso sería localizar a Wu Tsei después, seguiría su instinto.

21

Provincia de Shandong

Qingdao

El hombre de Li Jintao, escapó a la riada por los pelos. Abandonó la moto para salvar la vida y fue una decisión que no lamentó. Tuvo la suerte de encontrar otro vehículo pocas horas después que le permitió regresar a Pekín. Decidió informar a Jintao por teléfono de todo lo ocurrido, no estaría contento al saber que Carnot había logrado escapar pero, por otra parte se calmaría al saber que lo tenía localizado.

No se equivocó demasiado. Jintao explotó al saber que había huido y se tranquilizó al enterarse de que sabían dónde se encontraba, sin embargo, quiso saber que fue lo que falló la primera vez.

-Un demonio le ayudó- explicó el hombre- luchaba como un maestro y nos dejó fuera de combate él solo.

-Da igual quién sea, no nos podemos permitir fallar y no quiero más excusas, tendrás nuevos hombres pero no quiero más fracasos o lo pagarás con tu vida- advirtió Jintao siseando.

-Habrá que esperar unos días- respondió su hombre- ya he averiguado que es imposible acceder a la zona, pero ellos tampoco podrán salir, están atrapados y no escaparán- afirmó.

-No te equivoques o tendrás que lamentarlo- le amenazó Jintao.

El hombre tragó saliva y sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca. Reconoció el inconfundible tono de voz de una seria amenaza, el jefe hablaba en serio, carecía de escrúpulos y sabía que eliminarlo podía ser tan fácil para Jintao como pisar una hormiga.

Apenas colgó la llamada, Jintao necesitó de un instante para recomponerse, le hervía la sangre, no le preocupaba en demasía que Carnot hubiese logrado ayuda, él tenía suficientes hombres en su nómina para borrar del mapa a cualquiera que se atravesase a enfrentarse a él. Sin embargo, le fastidiaba tener que retrasar la entrega del producto.

Acercándose a su escritorio, sacó la cajita que contenía todos los datos robados. Podía parecer extraño que algo tan pequeño valiese tantos millones, resultaba inaudito. Desde luego, fue una excelente elección invertir en esos negocios de futuro. Aunque la prostitución y las drogas seguían moviendo sumas importantes del negocio, la tecnología y el espionaje industrial funcionaban con el viento en la popa. No estaba dispuesto a jugársela y pondría en juego el as de su manga, ya lo había decidido. Uno de sus soldados más despiadados con el que sólo contaba para cosas muy concretas, se pondría a trabajar en paralelo al otro grupo. De ese modo se aseguraría el éxito, si un equipo fallaba, él terminaría el trabajo.

De pronto una niña de apenas cuatro años entró corriendo en su despacho.

-¡Papá, papá!..... Nan Té me persigue- exclamó la chiquilla corriendo a refugiarse en los brazos de su padre.

-No te preocupes cariño mío- respondió Jintao divertido cogiéndola en brazos,

no permitiré que te haga ningún daño.

El ama de cría entró saludando con mucho respeto a su señor.

-Perdone señor, la niña estaba jugando con su sobrino y le ha gastado una broma a la pequeña- explicó nerviosa, por haber tenido que entrar al despacho que consideraba sagrado.

-Qué no se repita, no quiero que mi hija se asuste por nada ¿Queda claro? - declaró con voz tronante.

El ama de cría se inclinó con respeto, un sudor frío se apoderó de su nuca. Asintió en silencio. Aquella niña, la hija de Jintao, recibía una educación sin la madre. Ella murió en circunstancias extrañas cuando la niña contaba unos meses. El ama sabía de los negocios de su señor porque, no era ni sorda ni ciega y si no hubiese necesitado el dinero para comer o no hubiese sentido pena por la niña, hubiese desaparecido tiempo atrás. Cogió a la niña de los brazos de Jintao y salió del despacho apresuradamente.

-No debes tener miedo pequeña- le dijo con cariño el ama de cría- sabes que siempre tienes al tigre contigo y que te protege - le señaló un bordado de su camisa, la niña sonrió. La pequeña siempre llevaba un tigre bordado en alguna parte de su ropa. Tradicionalmente los niños siempre llevaban un tigre o unos zapatos con la forma de la cabeza del tigre. Durante la festividad del año nuevo chino, se tenía la creencia de que los protegía de todo mal, representando el amor y la esperanza. El ama, decidió que a la pequeña le convenía tener la compañía de un tigre, siempre.

Beijing

Comisaría central del Distrito Chengfu

Observaba el edificio desde fuera, antes hizo una llamada a la central de policía para preguntar por él y asegurarse de poder localizarlo. No tuvo dificultades y le orientaron indicándole dónde encontrarlo. Accedió a las dependencias sin hacerse notar, después de observar los departamentos con interés y naturalidad, entró en uno de los despachos para preguntar por el inspector Wu Tsei.

-¿Para qué quiere verlo?- le preguntó el agente.

-Es por un asunto de su interés- contestó Tao sin querer dar más detalles.

El agente lo miró con mala cara, no le hacía gracia que no le diera toda la información pero, aun así cogió el teléfono y marcó una extensión.

-Señor, un hombre quiere verle- anunció.

-¿Cuál es su nombre?- le preguntó el agente a Tao.

-Mi nombre es Tao- contestó simplemente.

El agente se lo dijo a Tsei.

-Dile que espere ahí- le dijo Tsei al agente- y que no se marche, tengo que hablar con él, no lo pierda de vista- añadió Tsei. El agente colgó intrigado, ese hombre parecía importante para el inspector, lo percibió muy excitado, lo que resultaba bastante extraño en el inspector Wu.

-Ha dicho que ahora viene, siéntese no va a tardar mucho- le dijo el agente. Tao prefirió quedarse en pie, sólo espero dos minutos, enseguida vio llegar a un hombre acalorado, rondaría los cincuenta y era una cabeza más bajo que él. La respiración agitada delataba la carrera. Le tendió la mano.

-Supongo que usted es Tao Pasteur - quiso confirmar Wu Tsei al tiempo que le estrechaba la mano.

Tao se sorprendió al ver que el investigador sabía quién era él.

-No se extrañe- le aclaró al ver la cara de Tao- hemos investigado mucho y no tardamos en averiguar que la señorita Carnot aterrizó con usted en Beijing. Por su carta de invitación, conocí a Ling Chu que me habló muy bien de usted ¿Cómo ha podido salir del monasterio de Tangzhe? ¿Siguen allí los demás? -indagó Tsei.

-No, salimos todos, Thibaud necesitaba atención médica urgente y lo hemos llevado a un hospital- Tao habló en voz baja, prefería ser discreto. Tsei asintió y lo llevó a un despacho en donde nadie les molestaría, le ofreció asiento.

Tao explicó lo ocurrido desde el encuentro con Thibaud y Véronique. Se reservó lo ocurrido frente a la Ciudad Prohibida. Tsei se impresionó por los actos de Thibaud durante la riada y por el modo en que lograron escapar del lugar.

-¿Conoce usted los detalles del trabajo del señor Carnot?- quiso saber Tsei.

-Sé que conserva una copia de toda la información y eso es lo que quieren esos asesinos, tiene lógica, deben querer la exclusiva de lo que han robado ¿Sabe quién puede ser la cabeza pensante?- preguntó a su vez Tao.

Wu Tsei sonrió, le gustaba ese Tao, se veía un hombre inteligente e intrépido, LingChu no le había mentido.

-No le puedo decir nada, hay obviamente una investigación, se sospecha de algunas personas pero por el momento, nada concluyente, desde luego, estamos en ello- explicó Tsei.

-¿Qué pasa con Thibaud? Saben que no ha sido él ¿Lo van a proteger? Por lo que sé, no está claro quién lo traicionó y puede haber un topo en la empresa, él no quiere devolver la información a quién no corresponde- afirmó Tao.

Tsei se quedó pensativo por un momento, en eso llevaba razón Tao. La información del proyecto había sido robada pero, el único motivo por el que seguramente aún no había sido vendida, se debía casi seguro a la existencia de la copia que poseía Thibaud. Protegerlo iba a ser muy complicado, si existía un topo en la empresa en cuánto Thibaud estuviese en manos de la policía, informaría a sus superiores, estos lo dirían a la empresa y con total seguridad volvería a estar al descubierto. La mejor opción seguía siendo el hospital.

-Es mejor que siga donde está, no quiero saber dónde es ¿Está grave?- quiso saber. Tao asintió con la cabeza- espero que se recupere, sería una lástima que una persona tan inteligente muriese.

-Deme una pista- pidió Tao con una nueva perspectiva sobre el detective, decidió que podía fiarse de él y se arriesgó a darle más información- yo encontraré al verdadero ladrón- afirmó con una seguridad en sí mismo que dejó pasmado a Tsei- procuraré informarle de lo que haga, sé que tuvieron que encontrar un cadáver junto a la plaza de Tian An Men, yo liquidé uno de sus hombres y si han investigado, tienen que saber algo. Por ejemplo ¿Para quién solía trabajar? esos tipos eran profesionales- afirmó Tao sin inmutarse.

Al principio, Tsei no relacionó las dos cosas porque no encontró motivo para ello, un asesinato de esas características en Beijing no resultaba tan extraño pero, ahora entendía mejor lo ocurrido.

-Ese hombre iba por Carnot- murmuró Tsei.

-No un hombre- dijo Tao- eran siete- a seis los dejé fuera de combate pero podían huir, uno estoy seguro de que murió. Existía la posibilidad de que la policía lo encontrase, por eso lo he mencionado.

-¿Debo entender que actuó en defensa propia? - inquirió tratando de ajustarse a derecho pese a lo excepcional del asunto.

-En la mía y la de los demás.

-Entiendo.

Así fue, recibieron el aviso y se procedió al levantamiento del cadáver, unas personas hablaron de un posible combate pero, nadie vio nada con claridad a causa de

la lluvia. Tsei miró con renovada admiración a Tao. Pensó que un hombre así, no tendría que preocuparse demasiado por su seguridad personal. Se decidió, él tendría más libertad de movimientos y en cierto modo le podría ser de gran ayuda. Se inclinó sobre el escritorio que los separaba y habló en voz baja.

-Ese hombre, sabemos que se trataba de un mercenario que trabajaba para la mafia, hemos sabido que ha estado en nómina de un tal Li Jintao. Un pez gordo al que nunca logramos echar el guante. Estamos al tanto de algunas de sus actividades pero cuenta con poderosas tapaderas que lo encubren, además de poderosos contactos. Aún no se ha podido demostrar nada.

-¿Dónde vive?- indagó Tao.

-En una ciudad de la costa a kilómetros de Beijing, es en la provincia de Shandong, se llama Qingdao. Posee una mansión de estilo occidental, es bastante conocido como un honesto comerciante- reveló Tsei, mientras escribía algo en un papel que le tendió a Tao con disimulo.

-Una última cosa- dijo Tao- ¿Qué sabe del topo de Beijing Technology?- preguntó sin pestañear. Tsei no dejaba de sorprenderse por la determinación de Tao.

-Pudo ser Roland o, quizás le utilizaron y luego se deshicieron de él, sobre eso aún no hay nada claro- respondió Tsei con franqueza. Tao asintió y le tendió la mano, se la estrecharon con fuerza.

-Estaremos en contacto- afirmó Tao. Se levantó y salió del despacho con paso ligero.

23

Beijing

Hospital de Wan Jie

La noche hacía acto de presencia cuando Tao regresó al hospital. Encontró a Chloé de pie observando a su hermano con la frente apoyada en el cristal. Se acercó a ella y le cogió los hombros con las manos para besar su cuello. Véronique dormía en una de las butacas tapada por una manta. Tao observó que Thibaud seguía con el respirador en la boca sobre el pecho descubierto fijaron varios electrodos que controlaban sus constantes. Al permanecer sedado no era consciente de nada de lo que ocurría a su alrededor. Hubiese parecido que no sufría, si no hubiese sido por las contracciones de su musculatura, la expresión seria de su rostro o su frente y su cuerpo sudoroso que denotaban que seguía luchando por su vida.

-¿Cómo se encuentra?- preguntó preocupado Tao.

-Por el momento está aguantando- aseguró ella.

-Ya verás como sale adelante, es un hombre fuerte y lo conseguirá- afirmó Tao procurando alentarla.

Chloé se giró y se refugió en los brazos de Tao, sollozó desconsolada mientras él la abrazaba tratando de reconfortarla, la estrechaba con fuerza entre sus brazos y eso le infundía valor, en ese momento el miedo era su peor enemigo. Terminaron sentándose en las butacas junto a Véronique y aunque no durmieron muy bien, al menos descansaron. Al despuntar el sol, Tao fue el primero en levantarse y observar a su nuevo amigo. Sin ser médico, pudo constatar que presentaba mejor aspecto, la expresión más relajada, el latido regular del corazón que mostraba el monitor... ya no sudaba y aparentemente respiraba algo mejor. Ellas, seguían dormidas y no las despertó, salió en busca de un médico que le confirmase su impresión, encontró a uno en la sala de descanso de los médicos. Dormía en una butaca y Tao no tuvo compasión.

-¡Eh! Doctor- le dijo sacudiéndole por el hombro. El pobre médico, se sobresaltó con tal energía que Tao tuvo que sonreír- no se preocupe, no pasa nada, tan sólo quiero que me informe de cuál es el estado de Alain Jourdan- el joven médico lo miró con cara de sorpresa.

-No pasamos visita hasta las nueve, a esa hora le informaremos- dijo con seriedad mirando su reloj.

Tao lo miró igual de serio... *respuesta inaceptable*. Chloé está demasiado preocupada ...acercó la cara a la del médico y lo miró fijamente.

-Quiero que lo vea, ahora- empleo un tono bajo, no alzó la voz, fue la mirada, su tono glacial, la ira contenida. El médico titubeó, de todas formas ya se había despertado y en realidad le daba igual ir a ver al paciente. Cambió de opinión, ese tipo no era de los que aceptaban una negativa.

-Bueno.... está bien, de todos modos ya me ha despertado- declaró levantándose un tanto nervioso.

El médico le observó las constantes, la saturación en sangre, la fiebre, le auscultó el pecho. Estuvo junto a él unos diez minutos y salió de la habitación. Tao le esperaba.

-Está mejor- le dijo de inmediato- parece que ha pasado lo peor, aunque, todavía no está fuera de peligro. Si sigue así, disminuyendo el líquido de los pulmones, seguramente mañana le podemos retirar el respirador. Lo bueno es que la fiebre ha bajado, lo que significa que está respondiendo al tratamiento. Ahora, hay que darle tiempo- declaró confiando en que acertaba en su diagnóstico.

Esperó a que despertasen ellas solas para contarles las novedades.

Véronique fue la primera.

-Hola Tao- declaró sonriendo al verle en pie y observándolas. Tao le devolvió la sonrisa.

-Thibaud, está mejor- le anunció. Acto seguido le explicó todo lo que dijo el médico, hablaba en voz baja para no despertar a Chloé. Véronique, radiante al saber que Thibaud mejoraría tenía ganas de saltar y llorar de felicidad. Se contuvo. Pero le dio un cariñoso abrazo a Tao.

-Gracias- le dijo- te debemos tanto....

-No me debéis nada- afirmó el sonriendo- quisiera que le contases a Chloé todo lo que te he dicho en cuanto despierte ¿Lo harás? - preguntó Tao.

-Naturalmente- respondió ella extrañada- pero... ¿Por qué? ¿No se lo vas a explicar tú?

-Voy a estar fuera unos días, no quiero que Chloé se preocupe pero, si no estoy de vuelta en cinco días, en cuanto podáis mover a Thibaud, recurrid a la embajada ¿De acuerdo?- pidió Tao.

-Descuida, haremos lo necesario- Tao le dio un beso en la frente y se levantó para marcharse. En un rincón de la habitación guardaban el petate que preparó Shaoqi, lo recogió en el instante en que Véronique puso de nuevo los ojos sobre Thibaud. Ella no vio como se lo llevaba.

Oeste de Beijing

Inmediaciones del monasterio de Tangzhe

Aterrizaron en el pequeño aeródromo. En avión, Qingdao-Beijing, suponía un trayecto de una hora y media. Los seis hombres subieron a un potente todoterreno que les esperaba, armados hasta los dientes. El plan consistía en acceder al monasterio después de hacerse con un helicóptero. Tendrían que secuestrar uno de los helicópteros de rescate que trabajaban en la zona, el propósito era sencillo pero si algo salía mal, se verían en serios problemas. Poner en marcha ese plan, no había sido posible hasta el momento debido al viento. Ahora, apenas hacía unas horas que los helicópteros trabajaban en la zona que les interesaba y por lo que sabían quedaban pocos en el monasterio. Según uno de los hombres que estuvo vigilándolos traslados, ya solamente permanecían los monjes que, en principio no pretendían abandonar el lugar. Por otra parte, ningún extranjero había sido evacuado.

Lo que habitualmente constituían pistas de atletismo y polideportivos se encontraba ahora lleno de tiendas de campaña para alojar a los evacuados. Las más grandes, como sendos hospitales de campaña, las más afectadas de personal. Había tanta gente en la zona, trabajando y víctimas de la riada que nadie reparó en el grupo de hombres cargados con bolsas.

Jintao fue explícito, no iba a admitir ningún fracaso, de modo que su hombre lo tenía claro, o se jugaba el tipo o de todos modos, su cabeza no valdría un yuan.

Se aproximaron al helicóptero situado en una zona despejada, el mecánico acababa de dar por concluidas las revisiones y el piloto, sentado en su puesto hacia algunas comprobaciones. El hombre de Jintao ordenó a sus hombres que subiesen al aparato mientras él se sentaba en el puesto de copiloto. El piloto no tuvo tiempo de reaccionar, cuando quiso darse cuenta de lo que ocurría un arma automática apuntaba directamente al costado de su cuerpo.

-¿Qué quieren?- acertó a decir con nerviosismo.

-Despegue y no hable por radio, se lo contaré por el camino- ordenó con calma.

Naturalmente, el resto del equipo de tierra del helicóptero se extrañó al detectar el inesperado despegue de la aeronave. No tuvieron tiempo de hacer nada, hicieron gestos desde el suelo, intentaron hablar por radio pero, encontraron el canal cerrado. No tardaron en dar cuenta a las autoridades, aunque para cuándo intentaron controlar hacia dónde se dirigía el helicóptero ya estaba lejos y volaba bajo para evitar cualquier radar.

Ordenaron al piloto que volara hacia Tangzhe, se extrañó por el destino pero, no dijo nada, realmente asustado, constató que esos locos parecían dispuestos a todo. Se encomendó a su dios, rezando para que cuando terminase el transporte lo dejaran ir. A pesar de que ya no soplaban tanto viento, el valle seguía siendo estrecho y no fue fácil que el helicóptero tomase tierra. Con todo, el piloto ya lo hizo muchas veces a lo largo del día y aterrizó sin demasiadas incidencias.

Wen Shaoqi, se percató enseguida de algo anormal. Ya no esperaban volver a

escuchar el sonido del rotor, nadie precisaba traslado y algo le decía que el regreso de la nave no era fortuito. El aparato tomó tierra fuera del monasterio en la única zona despejada que lo permitía. Shaoqi se aproximó a la puerta principal para ver quienes bajaban del helicóptero, al ver a un hombre fuertemente armado apeándose de un salto, no esperó más. Con otro de los monjes que lo acompañaba, cerraron de inmediato la puerta principal del monasterio.

El hombre de Jintao, vio la maniobra de los monjes y se sonrió al saltar a tierra, ordenó a uno de sus hombres que inmovilizara al piloto.

-Nos hará falta para el regreso- le dijo contundente. Lo dejaron inmovilizado dentro del helicóptero y todos prepararon sus armas. Exceptuando el hombre de Jintao que se aferraba a un arma automática, todos los hombres estaban equipados con espadas *Miao Dao*, algo más largas que la *Katana* japonesa y antecesora de esta, disponían de la misma curvatura. Además se armaron con estrellas dentadas y lanzas que manejaban de un modo letal.

Shaoqi, alertó a todos los monjes para que estuviesen preparados. Se centraron en cerrar puertas y ventanas lo más rápido que pudieron.

Los seis hombres lanzaron cuerdas con ganchos para saltar el muro principal, era alto pero lograron franquearlo sin demasiada dificultad. Shaoqi escuchó como los asaltantes saltaban el muro y caminaban por los tejados. Los monjes sabían defenderse aunque eran absolutamente contrarios a la violencia y hubiesen preferido no tener que luchar por sus vidas.

Shaoqi dedujo que ese grupo venía en busca de Thibaud y se alegró de que hubiesen logrado marcharse, de otro modo no estaba seguro de que hubiesen podido sobrevivir a ese ataque.

Los seis hombres saltaron al patio principal y el hombre de Jintao se aproximó a la puerta para llamar. Golpeó con saña la aldaba hasta que la voz de Shaoqi resonó al otro lado.

-¿Qué queréis?- preguntó Shaoqi.

-Sabemos que el extranjero está aquí, lo queremos a él. Si nos lo entregáis no habrá derramamiento de sangre- afirmó el hombre.

-El extranjero no está- afirmó Shaoqi- marcha os y nadie resultara herido. El hombre de Jintao, sonrió a sus hombres. Siempre supusieron que no querían entregarlo con facilidad.

-Tú lo has querido- gritó irritado. Ordenó a sus hombres que se retiraran y lanzó la granada de mano que tenía preparada. La explosión reventó el portón dejando paso libre al interior de las dependencias del monasterio.

Cuando los seis hombres se disponían a entrar, un grupo de doce monjes salió a su encuentro. Armados con el *Dao*, el sable chino, o con el *Gun*, bastones que en manos de cualquier monje podían ser tan letales como cualquier otra arma. Varios llevaban *Guan dao*, un tipo de lanza con una hoja afilada y ancha en uno de los extremos. Wu Shaoqi estaba en primer término y de las amplias mangas de su traje sacó los *Hu Die Dao*, unos sables cortos provistos de una guardia curva que se blandían en cada mano, los entrecruzó y agitó en un movimiento que le llevaba a la concentración para el ataque. El hombre de Jintao no dudó que todos aquellos monjes

sabían usar aquellas armas. Decidió emplear su automática, con un grito de ataque y con toda la rabia que era capaz de expresar, lanzó una primera ráfaga. Todos los monjes se movieron a una velocidad vertiginosa, con una sincronización surrealista, saltaron sobre sus atacantes. No logró alcanzar a ninguno. Los atacantes recularon y un encarnizado combate, dio comienzo en el patio del monasterio. Los hombres de Jintao se hallaban motivados por la codicia y eran muy buenos asesinos. A los monjes les movía la justicia y sus ideales, algo mucho más poderoso que todo el odio pagado que pudiese estimular a los hombres de Jintao. Los monjes no sufrieron bajas pero, los atacantes fueron cayendo muertos ante la superioridad numérica. El cabecilla, viendo que podían perder el combate decidió buscar a Thibaud en el interior. Con rapidez, logró zafarse a escondidas y penetró en el monasterio. Al advertir Shaoqi que faltaba uno, supuso que había logrado entrar y partió en su busca.

El asesino, atravesó todas las dependencias del monasterio a una velocidad asombrosa, si el francés estaba allí, lo encontraría, el templo no era tan grande. Shaoqi, lo localizó cuando accedía a la zona de aposentos, ya no quedaba rastro de los extranjeros y tranquilo al saber que el asesino no encontraría nada sospechoso, se situó por detrás del hombre.

-Debiste hacerme caso, no mentía cuando dije que ya no estaban- afirmó Shaoqi a sus espaldas. El hombre preparó su pistola con sigilo sin que Shaoqi lo viese.

-¿Cómo han podido marcharse?- preguntó el hombre intrigado. Shaoqi, no pensó que ya importase que lo supiese, sin duda estaban muy lejos y no iba a dejar que ese hombre saliese vivo de allí.

-Pudieron coger una embarcación y bajaron por el torrente- le anunció Shaoqi con tranquilidad.

El hombre de Jintao, sintió un escalofrío al reconocer la verdad en las palabras del monje.

-Pero, no tiene sentido, aquí estaban seguros ¿Por qué marcharse entonces? - adujo el hombre que permanecía de espaldas.

Shaoqi, no quiso dar más explicaciones.

-Simplemente, tuvieron que irse, eso es todo- afirmó Shaoqi.

El hombre se giró entonces apuntando a Shaoqi con la pistola.

-Bien.... - dijo asintiendo tranquilo- le creo. Ahora, dígame dónde dijeron que iban- exigió en un tono de odio contenido.

Shaoqi le miró sonriendo, lo que irritó aún más al hombre de Jintao.

-No sé dónde fueron, pero, aunque lo supiese, no se lo diría bajo ningún concepto- afirmó Shaoqi. Entonces el hombre disparó, pero Shaoqi anticipó el gesto del dedo en el gatillo de la pistola, fue raudo como el rayo.... no pudo hacer nada para esquivar los *Hu Die Dao* de Shaoqi, tan sólo sintió como su interior se desgarraba. El asesino se desplomó en el suelo agonizando. Shaoqi no se quedó a rematarlo, salió de inmediato para ayudar a los otros monjes que aún luchaban.

El asesino de Jintao supo que había perdido la batalla de su vida. Sin embargo, aún le quedaba un hálito de vida aunque por poco tiempo. Con dificultad, sacó el teléfono por satélite de uno de sus bolsillos. Sabía que para lograr comunicación

tendría que situarse a cielo abierto. Arrastrándose a duras penas logró llegar hasta una ventana de la habitación, la abrió mientras sus manos ensangrentadas temblaban y la sangre que escapaba de su cuerpo lo manchaba todo. Se apoyó en un mueble y saltó hasta dejarse caer por uno de los laterales del monasterio.

La comunicación directa con Li Jintao, memorizada en el teléfono, sólo le obligó a pulsar dos botones.

-Li Jintao- respondió la voz de su señor al instante.

-Señor- dijo su hombre con dificultad-han huido.... en una embarcación-logró decir en un suspiro. Jintao, reconoció la voz, supo que la misión había fracasado y el silencio que se hizo en la línea se cargó de tensión.

-¿Dónde han ido?- preguntó con tranquilidad contenida Jintao.

-Tuvieron... quemarse con urgencia... algo les ocurrió, pero... no he podido averiguar qué fue señor- soltó el hombre con su último aliento. Jintao guardó silencio, la voz del hombre no dejaba lugar a dudas al respecto de su situación. Pensó que de todos modos, su derrota no podía terminar de otro modo que con su muerte. Colgó la llamada pensativo. Las últimas palabras insinuaban que se marcharon con urgencia, tenía que pensar... ¿Qué circunstancias podían motivar su marcha por un método tan arriesgado?

Llamó a su segundo hombre y le explicó lo ocurrido.

-No puedes fallar Yuan Xun- le advirtió-averigua dónde han ayudado a un grupo de extranjeros con una embarcación, los equipos de rescate deben saber algo, si salieron con prisa de un lugar, en apariencia seguro para ellos, algo grave debió impulsarles, quizás alguno estuviese herido- pensó Jintao con lógica, no por nada había llegado a ocupar su posición actual era, sin lugar a dudas, un hombre inteligente-busca en los hospitales- ordenó tajante.

Bahía de Kiautschou

Qingdao

Seiscientos ochenta y seis kilómetros separaban Qingdao de Beijing. Supusieron unas nueve horas de viaje a pesar de salir temprano. Empezó la ruta en cuanto se despidió de Véronique, de modo que era la una del mediodía cuando llegó. Optó por alquilar una moto y entre las muchas opciones escogió una BMW de mil cien centímetros cúbicos, correr podía convertirse en una necesidad y un vehículo de carretera potente una máquina imprescindible. Incluso adquirió ropas de cuero y un casco para estar bien protegido.

Recordaba haber visitado, siendo pequeño y con sus padres la bahía de *Kiautschou*. Había sido una antigua colonia alemana desde 1898 hasta 1914, año en que la primera guerra mundial y tras un asedio de los ingleses y japoneses, estos se quedaron momentáneamente con la colonia. Después, el tratado de paz de Versalles, le dio la concesión de la colonia a Japón y finalmente en 1922 y después de muchas presiones de los Estados Unidos, se devolvió a China. La ciudad de Qingdao era en la actualidad una ciudad moderna, con algunos vestigios del pasado colonial pero, sin duda una urbe que no tenía nada que envidar a otras más conocidas. Los grandes rascacielos y las construcciones más actuales daban cabida a toda clase de prósperos negocios.

La dirección se situaba en la parte más antigua y averiguó que en la calle que buscaba, las casas coloniales alemanas abundaban.

El tráfico de Qingdao, un poco menos caótico que el de Beijing, resultaba denso y anárquico como el de todas las ciudades del país y cuando por fin llegó a la calle, no tardó en localizar la casa. De construcción europea, seguramente de 1900 o anterior. Muy grande, con un muro bastante alto, guardaba un importante jardín privado. Buscó por las inmediaciones un lugar en el que alojarse, en la misma calle, una casa de huéspedes ofrecía habitaciones; sin dudarlo alquiló una. Por suerte, la ventana de su dormitorio ofrecía magníficas vistas de la casa de Li Jintao.

Daban las tres de la tarde cuando Tao, después de instalarse en la pensión, dio un paseo para observar de cerca la casona. Sentado en la cafetería situada justo enfrente de la mansión vio salir el coche, fue sólo un segundo, tal vez dos, lo justo para verle la cara con claridad. Supo que no se había equivocado. En el coche viajaba un hombre que reconoció. Se trataba de uno de los hombres contra los que luchó en la plaza de Tian An Men. Concretamente, uno al que paralizó con un golpe. Recordó su mirada cargada de odio.

Nada más desaparecer el coche al final de la calle, pagó la cuenta y dio un provechoso paseo por las inmediaciones. Lo hizo durante dos días, vio entrar y salir muchos coches y muchas personas. Le llamó la atención el paseo de una niña de unos cuatro o cinco años con una señora que actuaba como una criada. La niña lo intrigó, no le cuadraba en casa de un mafioso de la talla de Li Jintao. Al final del tercer día, por fin Li Jintao salió de la casa. Tao lo esperaba preparado y lo siguió con la moto a una distancia prudencial. Jintao visitó varios locales, con seguridad suyos, discotecas, bares de copas, casas de citas, *vaya... la crème de la crème*. Con

discreción, entraba tras él y observaba sus movimientos

Lo primero que constató por la actitud de las personas que lo rodeaban fue, el miedo, les inspiraba miedo. Jintao, se paseaba entre la gente como un león dominante entre su manada, le rendían pleitesía y nadie le negaba nada. Respiraba poder por todos los poros de su piel. Tao percibía la maldad de ese hombre y sentía asco. Las mujeres, todas hermosas, lo rodeaban constantemente pavoneándose como gatas en celo a la espera de una orden. En uno de los locales, escogió a una y se la llevó a un apartado.

La cuarta noche, decidió volver a los locales aunque Jintao no estuviese. Necesitaba información y dispuesto a obtenerla procuró ajustarse al canon estético más dominante. Considerado entre los suyos como un hombre atractivo y sexi, generalmente llamaba la atención de las mujeres allá donde fuese. Era alto para ser asiático y su físico se podía considerar escultural. Pese a no ser especialmente consciente de todo aquello...no deseaba llamar la atención. Compró ropa, unos pantalones vaqueros de color negro y un cinturón ancho. Observó con detenimiento el aspecto de la gente en los locales, se trataba de no desentonar. Una camisa blanca que dejó entreabierta; dejando ver sus marcados pectorales, un colgante de plata sujeto a un cordón de cuero negro, unos botines de cuero negro y una chaqueta negra que le llegaba a la cintura bordaban su atuendo. Se miró en el espejo, no recordaba haberse vestido nunca, con tan mal gusto *¿El adjetivo más adecuado?... hortera*, hizo un mohín de rebeldía seguido de una mueca de rendición, con todo, seguía siendo la mejor opción. Decidió dejarse el pelo suelto, el día antes lo llevaba oculto bajo un gorro, si alguien se fijaba en él no debería relacionarlo con la persona del día anterior.

En el momento en el que entró en el local, sintió las miradas indiscretas de varias mujeres posarse sobre él, lejos de imaginar semejante éxito tuvo que esforzarse en seguirle la corriente a la mayoría de ellas. No tuvo ninguna dificultad en entablar conversación, se situó en la barra del bar y pidió un Martinis seco, mientras le servían la copa, una mujer se acercó.

-Vaya- soltó silbando con descaro y admirativa-tú no eres de por aquí ¿Verdad?

Tao le dedicó una estudiada sonrisa encantadora.

-Soy de Shanghái- mintió-¿Tú si eres de Qingdao?- preguntó fingiendo interés.

-Sí y conozco a muchísima gente. Si quieres divertirme, soy la persona indicada- contestó ella con un entusiasmo que no era fingido. Encontraba a Tao absolutamente irresistible y se lo hizo notar pasando la mano por su pecho desnudo con la lascivia brillando en sus ojos.

Sintió que todas las miradas no eran amistosas, más de un hombre lo observaba con mala cara, sin duda disgustados por la presencia de otro gallo en el corral. Tao sonrió para sus adentros, no solía ser su forma de actuar pero, pensó en la causa. Se trataba de interpretar a un vividor interesado en negocios turbios.

Poco a poco fue conduciendo la conversación hacia el terreno que le interesaba, la chica no supo cómo pero, terminaron hablando de Li Jintao. Cuando tuvo que mencionar a la persona más poderosa de Qingdao, no pudo referirse a otro, de ahí pasaron a su vida personal y sus costumbres, tema que más interesaba a Tao. Debían ser las dos de la madrugada cuando decidió marcharse, ya sabía suficiente y dudaba poder averiguar nada más entre esa gente. Al ver que Tao se levantaba, la chica no estuvo de acuerdo.

-Espera- le dijo- ¿No querrás marcharte tan temprano?- arguyó cogiendo su mano y tratando de retenerle.

-Lo siento- dijo Tao tranquilo- pero he quedado con unos amigos en otro local- argumentó mintiendo.

La cara de la chica era un poema de decepción. No podía ocultar su desengaño y aunque podía resultar divertido, Tao tampoco acostumbraba a romper corazones a conciencia. Por un instante se arrepintió, esa mujer no tenía la culpa de que él necesitase información y lo cierto era que la había utilizado. En apariencia joven, rondaría los veinticinco, se la podía considerar guapa, no demasiado alta eso sí pero, bien formada. Su amor propio se sentía dañado por el rechazo.

-¿Quieres que te lleve a algún sitio? - le ofreció Tao finalmente. La sonrisa de ella irradió felicidad, pensó haber logrado su objetivo.

-Pues, si ya te marchas y no te importa acercarme a casa, te lo agradezco, no está muy lejos de aquí- aseguró levantándose a su vez.

Tao sintió las miradas a su espalda en el momento en que se movieron, al salir a la calle, se percató de que un grupo de hombres los seguía. *No es buena señal*.

La intuición de Tao no le falló, la calle por la que caminaban estaba desierta a esas horas, se dirigían hacia la moto. Cogida de su brazo, hablaba sin parar pero, él no la escuchaba. Contó cuatro hombres... se separaron, dos los seguían de cerca y los otros dos cruzaron la acera para bruscamente avanzar más rápido y cortarles el paso.

Pasaban junto a un pequeño callejón y Tao empujó a su acompañante en esa dirección.

-¡Hey! ¿Qué haces?- exclamó ella atónita por el empujón de Tao. En cuánto giró la cabeza y vio los cuatro hombres se calló y no volvió a abrir la boca.

-¡Hola guaperas!- exclamó uno de los hombres- te estaba observando y parece que no tienes problemas de pasta, hemos decidido aligerar el peso que puedes llevar.

-Suelta todo lo que tengas- dijo otro.

-No tengo nada- respondió con un tono de voz sospechosamente tranquilo

Uno de los hombres, de pronto inquieto blandió una barra de hierro.

-Yo no creo eso, creo más bien, que eres un mentiroso- afirmó el que le había llamado guaperas.

Tao se interponía entre los cuatro hombres y la mujer. No esperó a que alargasen el discurso, sus intenciones eran más que obvias y él no tenía tiempo que perder, más bien se le acumulaban las tareas. Antes de que los cuatro pudiesen reaccionar saltó sobre ellos. Se apoyó directamente en la barra de hierro que uno agarraba con fuerza para situarse a la horizontal del suelo mientras sus pies golpeaban a dos de ellos en la cabeza. Lo siguiente que hizo fue apoderarse de la barra, se la arrancó de las manos al hombre que la sostenía. Una vez la tuvo en sus manos, los otros ya habían perdido. Segundos después, yacían en el suelo inconscientes. La chica ahogó un grito en la garganta. Tao soltó la barra, le cogió la mano y la arrastró hasta la moto. Fue un corto recorrido y al llegar a la puerta de su casa, paró el motor para despedirse.

-Ha sido un placer- le dijo él amablemente.

Ella lo miró con un deseo no disimulado en la retina.

-¿Estás seguro de que no quieres quedarte?- declaró sugerente introduciendo la mano con audacia entre la chaqueta y la camisa, muy cerca de la cintura, sintió con deleite las curvas de los abdominales. Tao le cogió la mano y le besó los dedos. Sin mediar media palabra más, se volvió a colocar el casco, arrancó la moto y desapareció.

Ahora, tocaba entrar en la casa de Li Jintao. Simplemente, regresó a su habitación y se cambió; necesitaba ropa cómoda. Se vistió de negro y subió al tejado de la casa donde se alojaba. El cielo cubierto y la luna jugando al escondite tras las nubes espesas, facilitaban un escenario aceptable. Exceptuando las farolas de la calle que no colaboraban por la luz que proyectaban a la zona, decidió arriesgarse, la oscuridad fuera del pobre radio de acción de las luminarias ayudarían lo suficiente. Ya había comprobado que el tendido eléctrico le sería de utilidad, usó el cable que cruzaba la calle como una tirolina, aterrizando directamente y de forma discreta en el tejado de Jintao. Tenía una idea en mente, no se trataba de tener una charla con el mafioso y pedirle que devolviese los datos robados, más bien, todo lo contrario. Por lo que pudo averiguar, el ego y la prepotencia de Jintao lo convertían en un candidato perfecto al descuido. Pondría la mano en el fuego a que no escondía muy lejos la información robada. La casa se hallaba protegida por unos guardas y en la mente de Jintao eso era más que suficiente, nadie se atrevía a desafiarle y por supuesto consideraba innecesaria cualquier clase de alarma conectada. Encontró una pequeña ventana abierta y la aprovechó para deslizarse con sigilo al interior de un pequeño aseo.

El suelo de moqueta ayudaba a silenciar sus pasos y lo aprovechó para moverse más rápido. Salió a un pasillo. Con un simple golpe de vista en dirección a la escalera y las distintas puertas, imaginó cual sería la distribución de la casa. Dormitorios en la planta en la que se encontraba, salón y despacho en la entreplanta cocina y office en la planta baja. No se equivocó. Empezó a descender, la única puerta abierta era la de un gran salón comedor. Le llamó la atención otra un poco diferente, se fue directo a ella. La cerradura carecía de cerrojo. Tal y como supuso, se trataba de un despacho. El despacho de Li Jintao.... imaginó que si lo sorprendían en aquel lugar harían todo lo posible para borrarlo del mapa.

Comenzó a registrarlo todo, abrió cajones y puertas, revolvió con sigilo estantes y armarios. Al principio, nada extraño. Durante un instante se sentó en la butaca frente al escritorio, paseó sus ojos por la estancia. En su opinión la decoración dejaba mucho que desear, de escaso gusto, le parecía ostentosa y recargada. Una pantalla de ordenador sobre el escritorio le sugirió buscar la CPU, la encontró en uno de los laterales del escritorio, cerca del suelo. Iba a ser arriesgado encenderla, la luz podría llamar la atención de algún vigilante del exterior pero, por otro lado, la información bien podía estar ahí.

Arrancó el ordenador. En el silencio de la noche, los ruidos de la CPU al ponerse en marcha, le parecieron terribles. Desde luego ese Jintao, no temía a nada ni nadie, ni tan siquiera encontró una clave de acceso al ordenador. Rebuscó con paciencia durante un rato en el disco duro, encontró mucha información comprometida que seguramente interesaría a Tsei. *Esta ocasión sólo se presentará una vez, después de esto, con seguridad Jintao se encargará de blindar su casa, por tanto.... ahora o nunca.* Tenía que encontrar un soporte para grabar el máximo de información. Buscaba un DVD o CD virgen, cuándo observó una pequeña caja en un rincón de la mesa. Al abrirla, le llamó la atención que sólo hubiese un pen drive rodeado de corcho protector.

Con cierto nerviosismo, se apresuró a conectarlo a la CPU.

Se abrió una ventana en el escritorio, el nombre que leyó "BeijingThecnology" le provocó un escalofrío.... lo tenía, era el proyecto robado, quiso confirmarlo y abrió los archivos. No existía ninguna posibilidad de duda, todos los estudios, todas las pruebas, todo sobre el material revolucionario. La nano ciencia le interesaba a pesar de que no disponía de mucha información al respecto, sin embargo había estudiado física y supo entender grosso modo lo que el proyecto implicaba. El nuevo material, era revolucionario porque se auto reparaba, las moléculas que lo formaban se ordenaban de un modo determinado y si algo las alteraba, al poco se recomponían ellas solas de nuevo. Por un momento imaginó las posibles aplicaciones, para la industria del automóvil, por ejemplo, podría suponer disponer de carrocerías que al recibir un golpe retornaran a su posición original. El descubrimiento podía suponer otra era de la industria... de toda la industria. Hasta ese momento desconocía hasta qué punto podía ser importante el trabajo de Thibaud, ahora, el asunto tomaba un cariz diferente y con una relevancia fuera de toda discusión. Peligraba la vida de todos y ese Jintao sólo podía ser un apiezamás en un enorme puzzle. *Por fuerza alguien más importante está detrás de todo, sin duda, la clave debe estar en el comprador del producto.... quizás se trate de un gobierno.*

Retiró el pen drive de la CPU y en uno de los cajones encontró otro pen drive que utilizó para copiar los archivos que le parecieron más comprometedores del disco duro. Se guardó las dos memorias en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta.

Terminaba de apagar el ordenador, cuando un ruido en el pasillo llamó su atención. Tao suspiró, había sido demasiado fácil.

Uno de los hombres de Jintao realizaba su ronda establecida de la madrugada, encargado de recorrer una a una todas las habitaciones de la casa, terminaba su recorrido en la planta baja cuándo al abrir la puerta del despacho se sorprendió por un inusual murmullo. El ordenador terminaba de apagarse y el vigilante lo escuchó. Tao escondido tras la puerta, aguantó la respiración deseando que el hombre se marchase sin más. No tuvo tanta suerte. El guarda, lejos de ser un lumbreras, conocía bien su trabajo y después de dos años vagando por esa casa conocía cada uno de los ruidos habituales y ese no era uno de ellos. Pulsó el interruptor encendiendo la luz del despacho.

Se vio obligado a reaccionar con rapidez, levantó la pierna a la altura de la cabeza del hombre para golpear con fuerza el cuello. El tipo cayó al suelo pero, se puso en pie de inmediato. Tao contaba con su habilidad, su contrincante con una Glock que no pestañeó a la hora de poner en uso, con una sorprendente velocidad, apuntó a Tao y disparó. Tao reaccionó por los pelos, volteó su cuerpo hacia atrás a tiempo de esquivar la bala. Lanzándose al pasillo con una voltereta que volvió a dejarlo en pie y después ala carrera, subió las escaleras. Mientras corría dos disparos más estuvieron a punto de alcanzarle.

Aquellos disparos pusieron a toda la casa en alerta de inmediato y el tipo que lo seguía de cerca cometió el error de esperar a sus compañeros pensando que el ladrón se hallaba acorralado en la planta alta. Por suerte, Tao fue más rápido que todos. Cuando por fin, a medio vestir, llegaron a la planta superior fueron incapaces de encontrarle. Él volvió a cruzar al otro lado de la calle sin que nadie lo viese y saltando de un tejado a otro llegó sin incidencias al de la casa de huéspedes. Accedió al dormitorio por la ventana que dejó entornada y con el ceño fruncido observó como todas las luces de la casona se encendían. Por desgracia, levantó más expectación de

la deseada y un auténtico ejército muy cabreado se movilizaba al otro lado de la calle.

Asomado a la ventana y bien escondido tras la cortina no perdió detalle de todo lo que ocurría desde una prudencial distancia.

Beijing

Hospital de Wan Jie

Trasladado a planta y fuera de la unidad de cuidados intensivos, Chloé se sorprendió al tiempo que respiraba aliviada por la evolución de su hermano. El asunto le dio qué pensar. La costumbre del sistema sanitario chino de aplicar la medicina occidental junto con la medicina tradicional china casi seguro tenía algo que ver. Tuvo los pulmones libres de líquido a los tres días y al cuarto día lo sacaron de la UCI para llevarlo a una habitación. Le daban unas infusiones con plantas medicinales y le aplicaban agujas de acupuntura. Con un intervalo estudiado, le aplicaban ventosas de vacío en el pecho y en la espalda. Se trataba de alejar la humedad de la capa externa de la musculatura y fue un tratamiento eficaz. Visto como un complemento a los antibióticos y otros medicamentos occidentales Chloé pudo constatar que la combinación resultaba espectacular, no se podía negar que Thibaud mejoraba en un tiempo récord. Aliviado por Thibaud, la desaparición de Tao se convirtió en su nuevo motivo de preocupación. Véronique relató lo que él le dijo al irse, pero eso, lejos de tranquilizarla puso en un estado de nervios tal, que no lograba concentrarse en nada. Al menos, la situación cambió un poco a mejor, cuando dejaron que se quedasen en la habitación junto a Thibaud las veinticuatro horas. Existía la creencia en china de que el cuidado de los familiares resultaba esencial para la recuperación de cualquier paciente. Estimaban insuficiente cualquier asistencia de auxiliares, enfermeras o médicos y por ello la familia gozaba de un libre acceso al hospital. Thibaud dejó de estar sólo y lo instalaron en una habitación en compañía de otro enfermo. La esposa de este, muy amable y risueña chapurreaba el inglés, lo que le sirvió para entenderse con Chloé y Véronique.

Thibaud abrió los ojos al poco de haberle retirado la sedación y el respirador, no podía creer que estuviese vivo, jamás se había sentido tan enfermo. Ellas percatándose de que por fin despertaba se sentaron en la cama junto a él. Pestañeo varias veces y el primer rostro que enfocó fue el de Véronique, a continuación el de su hermana.

-Hola chicas- susurró.

Véronique, negándose a reprimir sus emociones lo abrazó con efusividad. Ahora que lo sabía fuera de peligro, por fin respiraba tranquila. Le besó la frente y le cogió una mano. Él se encontraba débil y no se veía capaz de ningún esfuerzo. Con todo, notó la ausencia de Tao.

-¿Qué ha sido de Tao?- preguntó Thibaud con una renovada energía en la voz.

-Hace cuatro días que se marchó, nos hizo prometer que al quinto día recurriríamos a la embajada en el caso de que faltase a la cita- contestó Chloé. Thibaud la miró horrorizado, no sabía lo que se había propuesto Tao pero, seguramente nada bueno.

-¿No sabéis lo que pensaba hacer?- quiso saber Thibaud. Las dos negaron con la cabeza. Thibaud, se puso nervioso.

-Hay que encontrarle- trató de incorporarse. Tuvieron el mismo gesto, cada una

puso una mano sobre un hombro de Thibaud.

-De eso nada- afirmó Chloé tajante- por el momento le daremos los cinco días que pidió, si mañana no aparece, tomaremos una decisión- argumentó en un tono que no admitía réplica. Véronique asintió - De todos modos, tú no vas a hacer nada, con qué, no se te ocurra moverte ¿Estamos?- añadió con el ceño fruncido y desafiando con la mirada al cabezota de su hermano. Él, asintió divertido. Sobre todo, siendo realista y asumiendo su estado, no creía ser siquiera capaz de levantarse de la cama.

Qingdao

04:15 a.m.

No tardaron demasiado en sospechar de la pensión. Parecían tener estudiadas y vigiladas todas las posibles salidas. Después de peinar varias manzanas, llegaron a la conclusión de que el intruso tuvo que quedarse en las inmediaciones. Al ver como seis hombres corrían en dirección a la casa de huéspedes, supo que el tiempo de espera tocaba a su fin, recogió a toda prisa las escasas pertenencias al tiempo que se enfundaba los pantalones de cuero negro y la chaqueta compañera, las botas reforzadas y el casco. Mientras, dos hombres forzaron la entrada de la casa y a toda prisa comenzaron a recorrer las habitaciones una a una, uno de ellos tuvo claro de inmediato cuál era la que interesaba, echó la puerta abajo sin miramientos y Tao saltó por la ventana hasta la calle, viéndose obligado a dejar el petate que contenía las armas sólo tuvo tiempo de coger la daga con cadena. Cuatro hombres lo vieron aterrizar a escasos cinco metros de ellos. No se lo pensaron y saltaron sobre él. Uno, lanzó a Tao por los aires haciéndolo caer con fuerza en el centro de la calle. Tao, se giró y como un resorte proyectó su cuerpo desde el suelo hasta ponerse en pie. Los hombres lo rodearon de inmediato, Tao sacó la cadena de uno de sus bolsillos, los demás blandieron espadas que llevaban ocultas en fundas adheridas a la espalda.

Tao, consciente de estar en inferioridad de condiciones, desconocía el tiempo que tardarían en dispararle con algún arma de fuego. Su única opción consistía en huir y se centró en la moto. Aparcada a unos diez metros de su posición se encontraba en un buen lugar de salida, no sería necesaria ninguna maniobra, sólo alcanzarla y arrancar. Debía ser muy rápido.

Un barullo de voces los distrajo a todos, Li Jintao salió a la calle y se acercó al grupo de hombres.

-Devuelve lo que te has llevado y te dejaremos marchar- afirmó Jintao.

Tao no contestó, ese hombre mentía lo mismo que respiraba. A pesar de llevar el casco puesto fue capaz de percibir cada uno de los gestos y movimientos de todos aquellos que lo rodeaban. Tomó la iniciativa, veloz como la luz, saltó desplegando una energía que sorprendió a todos los presentes, no creían que un hombre pudiese saltar de esa manera. Jintao, supo que se trataba de un maestro y tomó conciencia de lo que aquello suponía. Tao voló literalmente por encima de las cabezas de sus atacantes, saltó de coche en coche hasta caer sobre su moto, los segundos que tardó en arrancar fueron los que los otros tardaron en reaccionar. Las espadas y las estrellas dentadas volaron hacia él. Esquivó como pudo la lluvia de armas, una de las estrellas se fijó con fuerza en su muslo izquierdo, sin embargo, no la sacó, aceleró a fondo para tratar de perderse.

Jintao dio orden de que lo siguieran.

-¡Quiero su cabeza!, no lo perdáis o rodarán las vuestras- advirtió gritando fuera de sí.

Tao emprendió una carrera por su vida, sus perseguidores se situaban a corta distancia a pesar de que circulando en moto, maniobraba con más agilidad que los

otros en coche. Al principio se mantuvieron bastante igualados, el vehículo deportivo que lo perseguía calculó que tendría unos doscientos caballos como poco, su moto contaba con la mitad, con qué, o los perdía en Qingdao o en la autopista las pocas posibilidades de éxito se reducirían a la mitad.

Una cosa le podía ayudar, él tuvo la precaución de llenar el depósito, si los hombres de Jintao no lo hicieron, cabía la posibilidad de que agotasen su reserva antes que él. Pensaba en todo ello mientras daba gas aprovechando una recta. De pronto un silbido inconfundible rozó su casco, le disparaban. Comenzó a zigzaguear, la densidad de tráfico todavía escasa no le ayudaba, con más circulación hubiese tenido más posibilidades de escapar perdiéndose entre los coches. Buscó la salida de la autopista a Beijing, debía regresar junto a Chloé... otra bala rozó su traje. Volvió a moverse de un lado a otro de la calle, la siguiente, le alcanzó. Se desequilibró y a punto estuvo de caer, un dolor agudo y difícil de soportar le nubló la vista, la bala penetró por su espalda a la altura del omóplato derecho y provocó un orificio de salida por el pecho. Con todo, aceleró aún más, llegaban a un peaje y Tao, logró esquivar las barreras colándose entre dos coches. Eso le dio un poco de tiempo, los otros no tuvieron más remedio que frenar. Las dos únicas entradas, una obstruida por un camión y otra por dos coches, bloquearon su acceso.

No perdió tiempo y puso la moto a su máxima potencia, el pecho y la pierna dolían pero ahora, flaquear quedaba descartado o todo saldría mal. Rozaba los doscientos treinta kilómetros por hora, pilotaba con una seguridad adquirida después de muchos años de práctica con los vehículos de dos ruedas. A pesar de que retirar la estrella de la pierna agudizaría la hemorragia no podía tardar mucho más en quitársela. Sabía que en cuanto lo hiciese la sangre comenzaría a brotar, igual que fluía la de su hombro derecho, sentía como le empapaba la espalda y el pecho. Apagó las luces de la moto para que fuese más difícil que lo localizaran y en cuanto una curva de la autopista se lo permitió, se escabulló por una salida, salió de la calzada y se ocultó tras unos arbustos. Transcurrió tan sólo un minuto, iban pisándole los talones, el deportivo circulaba a toda máquina por la autopista. En cuanto lo vio pasar, se quitó la estrella dentada del muslo, estaba muy profunda y no pudo reprimir un grito de dolor. Volvió a arrancar la moto y optó por continuar por la carretera secundaria y buscar así otra ruta alternativa a Beijing.

Hubo un instante en que pensó que moriría en el intento por llegar. En algún momento del viaje, se practicó una suerte de tapón presionando sobre la herida de la pierna y envolvió su hombro con la camisa comprada el día anterior. Las nueve horas que tardó en llegar a Qingdao el primer día, se convirtieron en catorce para el regreso. Una vez que perdió de vista a sus perseguidores, se concentró en mantener el equilibrio. Pasadas unas horas tuvo que detenerse a echar gasolina y al bajar de la moto, aturdido, a punto estuvo de darse de bruces con el suelo. Entró en el baño y se mojó la cabeza lo que le reanimó un tanto. Retomó la carretera de inmediato, descartando la posibilidad de descansar y llegar tarde. No estaba seguro de que fuese una buena idea su sugerencia de acudir a la embajada y prefería estar con ellos. Pasó todo el quinto día conduciendo y daban las siete de la tarde cuando llegó a Beijing. Agotado y mareado por momentos se le nublaba la vista. Cuando sucedía, sacudía la cabeza tratando de recobrarla, rechazaba con más fuerza de voluntad que otra cosa el terrible impulso de cerrar los ojos. Perseveró y siguió conduciendo hasta que llegó al hospital.

Beijing

Hospital de Wan Jie

19:30 p.m.

Yuan Xun, estuvo investigando en toda la zona devastada, habló con todos los equipos de rescate y sobre todo, después de llegar a la conclusión de que el único modo descabellado de haber escapado del monasterio fue con alguna embarcación, imaginó a qué lugares les pudo conducir la corriente. Siguió todo el recorrido del río, lo bordeó durante kilómetros y cuando veía a un grupo de personas trabajando se detenía para preguntar por los que llegaron en una embarcación, después de tres días infructuosos, por fin se topó con la cuadrilla que rescató la barca neumática. Aún los hombres hablaban de ello. Se hizo pasar por un hombre que buscaba a sus amigos y no tuvo ningún problema en que le explicaran todos los detalles. Así, supo que el extranjero de pelo rubio estaba enfermo y que lo acompañaba un nativo de pelo largo y dos mujeres extranjeras bellísimas, según los hombres.

Xun, sonrió, le hacía gracia el modo en que los obreros se expresaban. A él le iba a dar igual que fuesen o no bellas, pensaba matarlas de todos modos. Fue mucho más complicado encontrar el hospital al que llevaron a Thibaud, llegó a la conclusión de que se tenía que haber registrado con un falso nombre...*muy listo*, pensó. La ambulancia fue imposible de encontrar, de modo que no le quedó otro remedio, que ir hospital por hospital preguntando por un extranjero enfermo acompañado por dos mujeres y un chino de pelo largo.

Se encontraba en el mostrador de admisión del hospital de Wan Jie haciendo justamente esa pregunta cuándo Tao, algo inestable detrás de él, pensó en derrumbarse al interpretar que ese tipo los estaba buscando. Con intención de preguntar si Thibaud seguía en cuidados intensivos escuchó la respuesta de la chica a la atención de Xun. Tao observó que bajola chaqueta, ese hombre camuflaba una Katana. La mujer le dijo; tercera planta, habitación trescientos seis. El hombre se marchó de inmediato pero, la chica se quedó con la palabra en la boca. Tao preguntó cuál era el acceso más rápido a esa planta.

-Eso le iba a decir justamente a ese hombre- sonrió la mujer- llegaría antes si cogiese ese ascensor, para justo a la altura de la habitación que le interesa.

Tao, no respondió, se lanzó a la carrera para coger el ascensor que en ese preciso instante se disponía a cerrar sus puertas.

Mientras subía, trató de recuperar una respiración y un grado de concentración que le ayudase a mantenerse alerta, despejó la mente obviando el dolor y el sufrimiento de su cuerpo que clamaba piedad. Entró como una tromba en la habitación de Thibaud. Chloé saltó de su asiento al verle pero, al observar su cara desencajada, enseguida cambió la expresión.

-¿Qué ocurre?- soltó Chloé alarmada.

-Me acabo de cruzar con un tipo en recepción que preguntaba por Thibaud, lleva una espada, creo que viene por él. Rápido hay que salir de aquí, tenemos dos minutos-

declaró Tao mientras, espabilaba a Thibaud que hasta ese momento dormía plácidamente.

-¿Qué... pasa?- se sorprendió

-Después te lo explicaré- dijo Tao- corre, hay que marcharse. Tenían pocas pertenencias, no esperaron a que Thibaud se vistiese, lo sentaron en la silla de ruedas aparcada junto a su cama y salieron.

Tao quiso coger el mismo ascensor, sabía que se hallaba muy cerca de la salida. De pronto, localizó al hombre, andaba por el pasillo mirando los números de las habitaciones. Chloé y Véronique también lo vieron y agacharon la cabeza de forma instintiva para no hacerse notar. La puerta del ascensor se abrió y entraron las primeras. Xun tuvo tiempo de entrever la rubia cabellera de Thibaud entrando en el ascensor. Tao, captó la mirada de Xun, asumiendo que sólo él podría frenar a ese asesino, empujó la silla de Thibaud y soltó la bolsa que llevaba en su regazo. Chloé lo miró con cara de horror.

-Llamad un taxi y esperadme en la puerta- declaró Tao con tranquilidad. En ese momento la Katana de Xun silbó en el aire, Tao la esquivó a tiempo. A pesar de estar muy debilitado por sus heridas, aún le quedaban fuerzas para luchar contra un sólo hombre. Los sanitarios llamaron inmediatamente a la seguridad del hospital pero poco podían hacer mientras llegaban.

Xun se lanzó con rabia sobre Tao y comenzó una lucha encarnizada. Tao saltó hasta una puerta de salida de emergencia y Xun lo siguió. Se vieron en un hueco de escalera ancho en el que por suerte, ninguna persona tuvo la mala suerte de asomarse. Tao sacó la cadena. Comenzó a girarla como un rotor a toda velocidad alrededor de su cuerpo. Xun buscaba el punto por el que penetrar la defensa.

El agotamiento de Tao, le pasó factura, se sintió desfallecer en el momento en que la Katana caía sobre él. No pudo esquivarla a tiempo y sintió penetrar el acero en un costado de su cuerpo. El grito de dolor que no pudo reprimir reverberó en el hueco de escalera. Con todo, sacando fuerzas de la férrea voluntad que lo sostenía se negó a dejarse vencer de ese modo, giró hacia su oponente, al tiempo que la hoja salía de su costado y concentrando toda la potencia en el puño izquierdo golpeó el pecho de Xun con tal fuerza que lo alzó del suelo. Justo a su espalda, se hallaban las escaleras, de modo que bajó los quince escalones con un vuelo incierto que le hizo aterrizar de espalda. Xun se quedó sin respiración por el choque. Tao no perdió la oportunidad y volvió a saltar sobre él, en esta ocasión, una certera patada terminó por dejarlo inconsciente. Lanzándose escaleras abajo, ahora tocaba huir, no sabía lo que tardarían en aparecer los guardias, la lucha duró pocos minutos y toda la gente se mantuvo alejada del lugar a la espera de la llegada de la policía.

Llegó a la primera planta, nadie le retuvo. Con suerte la primera reacción de los guardias sería acceder al tercer piso por medio del ascensor o quizás otras escaleras, él salió por la puerta de emergencia y cerca de la recepción todo el personal parecía ajeno a lo sucedido unos pisos más arriba. Localizó la puerta principal. Ahora, todo transcurría a cámara lenta, no escuchaba nada de lo que sucedía a su alrededor, una sensación extraña que no quiso analizar. Pasó la puerta acristalada como un autómatas conducido por otro. Unas escaleras... se concentró en los escalones. Al final de los escalones, el taxi, casi no veía nada, la vista borrosa... sacudió la cabeza, esta vez no funcionó. Avanzó su brazo... ella estaba ahí, Chloé. Lo cogió a tiempo de evitar que cayera y lo introdujo en el coche.

Algo no iba bien, lo supo al ver la forma en que caminaba. Prácticamente cayó ensus brazos. Vestido enteramente de cuero negro, le costó trabajo localizar las heridas. Thibaud se terminó de vestir mientras bajaban en el ascensor, llamaron al taxi de inmediato y ahora miraba a su amigo con cara de preocupación. Le resultaba insoportable la idea de que muriese por su culpa.

Lo tumbaron en la banqueta trasera del taxi y el conductor, un hombre de aspecto poco aseado y con gafas, se las ajustó con un gesto que traicionaba su inquietud.

-¿No será mejor que se queden en el hospital si su amigo está enfermo?- preguntó amablemente.

-No- contestó Thibaud- llévenos a una empresa de alquiler de coches- no sabía dónde irían pero tenía claro que necesitaban un coche.

Chloé bajó la cremallera de la chaqueta. Él no estaba aún inconsciente pero, no por mucho tiempo. Observó la herida del pecho oculta bajo un tapón de ropa, *una bala*. Continuó el examen, el costado derecho del cuerpo tenía una herida profunda, deslizó su mano bajo la espalda. *¡Dios mío! lo han atravesado con una espada*, pensó sin poder contener su miedo. Con rapidez, buscó una prenda en su bolsa y la utilizó para presionar la herida. Tao le cogió la mano.

-Podrás coserlo- afirmó tranquilo. Chloé no estaba tan segura, procurarse lo necesario podía ser complicado. Sin duda tendría que hacerlo ella, la opción de otro hospital debían descartarla de momento si no querían volver a tener un encuentro desagradable.

Se detuvieron junto a un edificio. Un local con rótulos en chino e inglés anunciaba una conocida empresa de alquiler de coches. A pocos metros del lugar, localizaron un pequeño parque y entre todos ayudaron a Tao a sentarse en uno de los bancos.

-Necesito que vengas conmigo- le pidió Thibaud a su hermana- eres la única junto con Tao en tener documentación y es imprescindible para alquilar un coche- argumentó.

-Ve- dijo Tao en un soplo- estoy bien- mintió.

-No voy a tardar- se justificó Chloé. Tao asintió con la cabeza. Véronique se sentó junto a él y pudo constatar como poco a poco iba perdiendo el control sobre sí mismo, no lograba sostener su cabeza.

-Ven, tumbate Tao - le susurro con suavidad tirando de su hombro hacia ella para que dejase caer la cabeza sobre sus piernas.

Tao sin argumentos para negarse a algo así, con su cuerpo pidiéndole un respiro a gritos, se dejó caer con mucho esfuerzo. El dolor implacable, convertía cada movimiento en un esfuerzo de voluntad descomunal.

-Véronique- dijo llamándola con un hilo de voz.

-Dime Tao- inclinó la cabeza para poder escucharle, observó como la ropa que Chloé colocó sobre la herida se teñía de de sangre y con su mano, mantuvo la presión.

-He... recuperado... el proyecto robado- dijo en un soplo- tengo un barco en

Shangháí, tenemos que ir allí, el barco está en el puerto deportivo. Es un velero de dieciocho metros de eslora. Se llama...*La perla azul*, las llaves las encontrareis en la capitanía, en una consigna- señaló uno de los bolsillos de su pecho- aquí está la llave de la taquilla- Véronique con los ojos puestos en la mano llena de sangre, se la cogió a tiempo. Quedó inerte entre sus brazos.

Thibaud llegó en ese momento, alquilaron el coche más grande que pudieron ofrecerles. Un todoterreno de marca china de ocho plazas. Chloé se bajó del coche a toda prisa.

-Se ha desmayado- declaró Véronique mientras sostenía la mano y la cabeza de Tao en su regazo.

Thibaud, a pesar de sentirse algo flojo, hizo un esfuerzo y subió a Tao al coche con la ayuda de las chicas.

-La próxima parada es una farmacia- declaró Chloé. Tenían mucho que comprar, Thibaud debía seguir tomando medicación y para Tao le haría falta un verdadero arsenal.

Escogieron un coche muy ancho que además contaba con tres filas de asientos modulables, con toda la intención. Tumbaron a Tao en la última fila de asientos que resultó ser lo bastante amplia como para extenderlo sin tener que doblarle las piernas. Los asientos centrales se giraron en dirección a Tao y de esas tres butacas, la central se dobló para que hiciese función de mesa.

Buscaban una farmacia cuando Tao despertó.

-Chloé - llamó con voz queda- no... no sé... si saldré....-comenzó a toser. Chloé se acercó de inmediato a él y le puso una mano sobre la frente.

-Tranquilo, no debes hablar- cogió un pañuelo y le secó la frente húmeda de sudor.

-Si- negó con la cabeza- quiero... que sepas... no he dejado de pensar en ti desde que te conocí- a Chloé se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Yo he sentido lo mismo desde el principio Tao- le apretó con fuerza su mano- resiste cariño. Tao la miró, deseaba conservar su recuerdo en la retina, sentía como la vida se le escapaba sin poder hacer nada por evitarlo. De nuevo, todo se volvió negro.

Thibaud dio por fin con la farmacia que andaba buscando, era la más grande que conocía y por lo que sabía suministraba incluso a los hospitales. Disponía de una parte dedicada a la medicina occidental y otro departamento de medicina tradicional china. Mientras Véro seguía junto a Tao presionando sus heridas, él junto con Chloé compraron todo lo que podrían necesitar, incluido el instrumental básico para operar. En total, más de cinco cajas completas. No tuvieron demasiadas dificultades para que les dieran todo, Chloé mostró su acreditación de médico sin fronteras y fue suficiente. Ella pensó que en realidad le hicieron un favor, dudaba que su acreditación como médico fuese bastante para algunas de las cosas que se llevaron, sin embargo, luego de observar con atención la acreditación y después de escudriñar su rostro, accedieron. Cargaron todo en el maletero. A continuación, Thibaud se detuvo en una ferretería para comprar dos linternas conectables a la batería del coche en caso de agotarse las pilas. También se hicieron con un calentador de gas y una olla. Terminaron las compras en un bazar donde localizaron cuatro mantas.

Véronique explicó el plan de Tao. Thibaud, tuvo dificultades para creerlo, eso aclaraba la ausencia de Tao y lo situaba en un peligroso escenario en el que logró hacerse con la información robada, no había otra explicación, de ahí sus heridas. Harían lo dicho por Taoper, lo primero era salvarle la vida. Perdieron una hora. A pesar de alquilar el coche y hacer las compras en un tiempo record, esa hora podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte. La vida de Tao pendía de un hilo y el tiempo se convirtió en un elemento valioso que corría en su contra. Salieron de la ciudad y buscaron un sitio apartado en el campo para parar el coche. Entonces, Chloé preparó una mesa de operaciones. Entre ella y Véronique desnudaron a Tao. Hasta ese momento llevaba puesto el traje de cuero y desconocían el verdadero alcance de sus heridas, la importante pérdida de sangre resultaba innegable, el interior del traje apareció empapado. La herida de la pierna tuvo que sangrar mucho aunque, ahora lo hacía menos.

-Va a necesitar una transfusión- anunció Chloé mientras le colocaba una vía para empezar con suero- Hay que lograr que despierte y preguntarle su grupo sanguíneo, no tengo medios para analizar la sangre.

-¡Tao!- le llamó insistente Chloé- ¡Tao!, necesito saber cuál es tu grupo sanguíneo- después de muchos esfuerzos, abrió los ojos con dificultad. Sus ojos vidriosos trataban de enfocar y a duras penas lograba entender lo que le decían.

-Soy cero.... negativo- contestó en un susurro.

-Gracias cariño, ahora descansa- le dijo Chloé dándole un beso.

-Yo también- anunció Véronique- yo le daré sangre.

-Bien. Necesito dos unidades- pidió Chloé.

-No hay problema ¿Tenemos con qué sacarla? - preguntó ella. Thibaud asintió.

-Tenemos de todo. Yo lo haré- dijo Thibaud- Chloé, tú céntrate en Tao.

En cuanto lo tuvo todo listo, Tao quedó rodeado por tela de quirófano, exceptuando las partes afectadas. Chloé se lavó las manos con el agua caliente que preparó Thibaud y el jabón adquirido en la farmacia. Iba a operar de rodillas desde el suelo del coche. Mientras Tao continuaba tumbado en la banqueta, comenzó a respirar de forma acelerada, con una palidez evidente, la piel fría y el sudor asomando a su frente, los síntomas alarmaron a Chloé.

-Puede tener un choque hipovolémico- anunció Chloé- rápido hay que hacer la transfusión, el corazón necesita más volumen de sangre, ha perdido demasiada- explicó con un creciente tono de urgencia.

Thibaud llenó el coche de luz y le pasó la sangre de Véronique.

Chloé le cogió una vía a Tao y comenzó la transfusión. Le administró Diacepam para evitarle las alucinaciones que podía provocar la Ketamina, este último fue el anestésico que Chloé escogió por considerarlo más seguro. Igualmente, le inyectó cinco millones de unidades de bencilpenicilina, además de quinientas unidades de inmunoglobulina antitetánica por vía intramuscular. Se ocupó en primer lugar de la herida del pecho, la bala penetró por la espalda provocando una herida de más de dos centímetros de diámetro y salió por el tórax, produciendo otra de unos tres centímetros. La pleura resultó afectada, aunque sólo por el borde. Con todo se hacía imprescindible cerrar la fisura de la pleura de inmediato para prevenir un neumotórax abierto y permitir

la expansión de los pulmones. Ante todo, la prioridad de Chloé consistía en limpiar la herida minuciosamente para eliminar cualquier tejido dañado o muerto y cualquier resto de tejido o suciedad que hubiese podido penetrar en la herida. Si quedaba cualquier cuerpo extraño, las probabilidades de infección serían muy altas, incluso muy probables dado el tiempo que parecía haber pasado desde que le hirieron. Después de lavar la herida con una solución salina, se dedicó a retirar todas las partes afectadas y tejidos muertos de la herida. Incluso, encontró algunos restos de tejido de su traje de cuero. No cerró la herida del todo, suturó el interior con hilo reabsorbible y después dejó la piel abierta, en unos días haría el cierre diferido. Ahora era preferible que quedase así. Colocó los apósitos estériles formando una cubierta transpirable muy abultada. Después procedió a operar la herida del abdomen, siendo la más grande de todas, le inyectó gentamicina y metronidazol. Debido a la perforación del peritoneo que observó, le pareció lo más adecuado. Pudo limpiar la herida con esmero y tuvo que cerrarla, era lo recomendable cuando el peritoneo se veía afectado. La herida de la pierna resultó ser la más superficial de todas, la lavó adecuadamente y suturó limpiamente dejando una cicatriz prácticamente imperceptible.

Chloé dejó caer su cabeza junto al cuerpo de Tao, le dolían las rodillas por la postura incómoda. Véronique y Thibaud la ayudaron todo cuanto pudieron. Ahora, sólo quedaba esperar.

-Toma tu medicación- le recordó Chloé a su hermano. Thibaud obedeció sin chistar.

Cansados para continuar el camino hacia Shanghái, decidieron dormir en el coche acomodándose como pudieron y cubriéndose con las mantas. Chloé escogió el suelo junto a la banqueta de Tao. Véronique utilizó la banqueta central después de alinear de nuevo todas las butacas y Thibaud, reclinó el asiento del conductor todo lo que pudo, en cuanto alcanzó la posición horizontal se quedó dormido al instante.

El amanecer los encontró a todos profundamente dormidos. Los acontecimientos hicieron mella en sus cuerpos, además de encontrarse bastante afectados por la presión de saberse perseguidos.

Véronique fue la primera en abrir los ojos. Disfrutó del amanecer mientras pudo pero, a los pocos minutos su estómago comenzó a protestar. Puso los ojos en Tao con preocupación pero se relajó de inmediato, parecía dormir plácidamente. Su pecho desnudo, subía y bajaba de forma acompasada y tranquila *eso debe ser bueno*.

Al moverse Véronique, Chloé se despertó y al poco también Thibaud.

-Creo que ya es hora de moverse- anunció Thibaud- hay casi mil trescientos kilómetros entre Beijing y Shanghái, pueden ser unas quince horas de viaje y siempre que hagamos las paradas justas- arrancó el coche y se pusieron en marcha.

Beijing

Comisaría central del Distrito Chengfu

Cuando informaron a Tsei de lo ocurrido en Qingdao y poco después supo de lo sucedido en el hospital, no tardó demasiado en atar cabos. Supuso que tanto una cosa como la otra fue obra de Tao. Envío a varios hombres para investigar lo ocurrido exactamente con Li Jintao, al averiguar que alguien pudo entrar en su propio domicilio e incluso llegar a robarle, le deseó a Tao una pronta desaparición del mapa de China, por su seguridad. Ese hombre no pararía hasta dar con él.

Por otra parte, a Tsei le interesaba averiguar qué fue lo que Tao logró sustraerle a Jintao. No era absurdo suponer que debía tratarse del proyecto robado, si fuese el caso, le tocaba recuperarlo. Se trataba de un asunto de interés nacional y llegaba el momento de volver a ponerse en contacto con las altas esferas. Su país, debía tener interés en recuperar lo que la empresa Beijing Thecnology no logró preservar.

Desde la visita de Tao, Tsei no se había quedado de brazos cruzados y prosiguió con la investigación.

Uno de sus hombres entró en el despacho con un entusiasmo mal disimulado.

-Señor, hemos podido descubrir más cosas sobre Tao Pasteur- se sentó frente a su escritorio y puso sobre la mesa una serie de documentos.

Así supo que Tao contaba con una familia con posesiones en China, averiguó que sus padres adoptivos disponían de un piso en Shanghái y él mismo pagaba las cuotas de un punto de amarre en el puerto deportivo. Le preocupaba la facilidad con la que lo habían averiguado, para Li Jintao no iba a ser mucho más difícil descubrirlo. Dadas las circunstancias se podía suponer que el próximo destino de Tao y sus amigos sería Shanghái.

Otro de sus hombres entró en el despacho.

-Señor, ayer alquilaron un coche a nombre de Chloé Carnot y la moto que encontramos en el aparcamiento, es la que alquiló Tao Pasteur- afirmó el hombre con excitación.

Todo su equipo se hallaba muy involucrado con el asunto, resultaba imposible reprochárselo. Pocas veces se daban sucesos de ese calibre y muchos contaban con amigos que murieron o resultaron heridos en la comisaría que sufrió el asalto.

De hecho, hacía años que se sospechaba de Li Jintao sin que aún hubiesen logrado hallar las pruebas que lo inculpasen. Tsei, en cierto modo, depositó su confianza en Tao. Sabía que un ingeniero naval no tenía por qué implicarse en una trama mafiosa, pero.... algo le decía que Tao, sí podía.

Varias fotografías del cuerpo de Roland se hallaban dispuestas sobre la mesa de Tsei, ahora sabían que él fue el infiltrado. Lo eliminaron en cuanto dejó de ser útil. Se podía decir a favor de Roland que no lo hizo de forma voluntaria, encontraron el modo de coaccionarle y supieron asustarle lo suficiente como para que negarse a colaborar le plantease serios problemas. Tsei intuyó que iba a ser difícil para Thibaud aceptar que

su propio amigo le ocultaba el chantaje al que lo sometían. Quizás ahora pudiese, al menos, confiar en él.

30

Qingdao

Domicilio de Li Jintao

Jintao se indignó por la incompetencia de sus acólitos. Ese hombre estuvo en su propia casa, entró en su despacho, le robó... ¡A él!, con la posición de poder que ostentaba, jamás hubiese creído que alguien se atrevería con algo parecido. Saltaba a la vista que ese inconsciente desconocía con quien se la estaba jugando. Incluso Yuan Xun fracasó, tuvo la oportunidad de recuperar el botín y no lo logró.

Jintao tomó la decisión de actuar de otro modo, consideraba imperativo averiguar todo lo que fuese posible de ese hombre, por Yuan Xun, supo que se trataba de un nativo, lo cual no le extrañó lo más mínimo después de verle en acción a las puertas de su casa. Se dijo que en cierto modo era una lástima no tenerlo en plantilla, los hombres tan eficaces escaseaban.

Ordenó a Yuan Xun pasar por su despacho. Se mostraría dispuesto a darle otra oportunidad pero, en esta ocasión lo planificarían mejor.

-Te dije que no quería fallos- siseó nada más verle.

Xun, hincó una rodilla en el suelo y agachó la cabeza. Dedujo que no podía esperar piedad pero mantenía la esperanza de que su señor le diese la oportunidad de redimirse.

-Lo lamentó señor- por un instante se hizo el silencio- los encontraré, se lo juro, herí al nativo. No han podido ir muy lejos, seguramente han tenido que buscar de nuevo atención médica- aseguró Xun.

-¿Cómo le heriste? ¿Es posible que muera?- quiso saber Jintao.

-Lo atravesé con mi espada en un costado del cuerpo- afirmó Xun.

-Otros aseguran que le alcanzaron con las balas, creéis que soy estúpido, si fuese así no podría seguir vivo, ¡Alguien miente! - gritó irritado.

-Señor, cuando empezamos a luchar pude ver sus ropas ensangrentadas, no estaba herido de muerte pero creo que sus hombres no le han engañado- soltó Xun.

Jintao guardó silencio. Obviamente se enfrentaba a un hombre excepcional. No tendrá tanta suerte siempre, pensó Jintao para sus adentros.

-Xun, siempre has sido camaleónico, quiero que te infiltres en la policía, es necesario averiguar quién es ese hombre, quienes son las mujeres.... todo. Necesitamos averiguar dónde han ido y lo quiero ya. ¿Queda claro?- atravesó a Xun con la mirada, esta vez no habría segundas oportunidades.

Shanghái

Puerto deportivo

Thibaud condujo por turnos con Véronique y Chloé, de modo que llegaron a Shanghái más frescos de lo esperado. Encontraron el puerto deportivo sin dificultades y localizar *La perla azul* resultó un juego de niños, destacaba entre los otros por su diseño y dimensiones. El velero les pareció a todos impresionante. La coca de color azul marino, lucía su nombre en la banda de estribor y en la popa. Se trataba de una embarcación de importantes dimensiones -con un mástil enorme-, pensó Véronique. Apta para navegar por todos los mares y un auténtico velero de lujo.

Véronique se encargó de entrar en la capitania para abrir la consigna y coger las llaves del barco. Abundaban los extranjeros en esa zona del puerto y a nadie le extrañó que una explosiva pelirroja entrase a abrir una de las consignas.

Después de todo lo ocurrido, Véronique se dijo que lo mejor que podían hacer era perderse en el pacífico. Chloé pensó en las provisiones, tendrían que comprar todo lo necesario, sin dejarse nada, lo justo para estar tranquilos. Aparcaron muy cerca del embarcadero con la intención de llevar a Tao al barco en primer lugar, después, lo mejor sería dividirse. Véronique regresó con las llaves en la mano y una sonrisa de oreja a oreja. Thibaud se la devolvió.

-Aquí todo el mundo habla inglés- exclamó contenta.

-Este es un puerto muy internacional y la exposición universal ayudó mucho a pararlo a conocer - afirmó Thibaud- Ayúdame, vamos a llevar a Tao hasta el barco.

Tao no despertó en todo el día. Los demás no quisieron molestarlo conscientes de que necesitaba ese descanso. Chloé controló las constantes cada cierto tiempo, satisfecha con su evolución, el grado de ansiedad que llegó a alcanzar temiendo por su vida volvía a situarse en niveles normales. Seguía teniendo una vía puesta y Véronique se encargó de sostener el gotero mientras Thibaud se encargaba de levantar a Tao. Evitando lastimarlo lo cogió en brazos, a pulso, era el modo más duro de transportarlo pero el más seguro. Chloé corrió hasta el velero para preparar el acceso, colocó la pasarela y abrió la puerta de entrada. Unos cien metros los separaban del barco, por suerte, nadie se hallaba en las inmediaciones de los barcos y el velo nocturno camuflaba el entorno. Tao no reaccionó en ningún momento, sus brazos caían inertes al igual que su cabeza mientras Thibaud lo transportaba. Lo subió a bordo y antes de entrar con él tuvo que dejarse ayudar por Chloé, ella le cogió los pies y él bajo los brazos, procuraron con mucho tiento, cuidarse de no tocar las heridas. Véronique no soltó el gotero en ningún momento. Lo llevaron al camarote de proa donde una gran cama lo esperaba y lo depositaron con mucha suavidad, todo estaba impecable, la decoración era moderna y acogedora, además de funcional. La madera de teca revestía el interior del barco al igual que la cubierta, tan sólo en los muebles se emplearon materiales modernos. Disponían de espacio de sobra para cuatro tripulantes. Después de todo lo que habían pasado por fin tuvieron la sensación de pisar un territorio hostil y se sintieron un poco, en casa.

Era una sensación de descanso especial, sabían que Francia quedaba muy lejos pero, el derecho marítimo internacional transformaba a ese barco de bandera francesa en un pedacito de su tierra en territorio extranjero. Lo sería totalmente, en cuanto estuviesen en aguas internacionales.

Thibaud y Véronique hicieron las compras necesarias para una travesía de tres meses, incluso compraron ropa para todos, ropa de abrigo y ropa para estar a bordo. El último trámite fue devolver el coche a la agencia de alquiler. No sabían el tiempo que duraría la travesía en alta mar. Aún no tenían claro por qué ruta se harían a la mar y tampoco cómo lo harían pero, tanto Thibaud como Chloé podían gobernar ese barco y para ellos, eso era lo principal. Huir y poner distancia entre ellos y sus perseguidores ocupaba buena parte de sus pensamientos. Thibaud pensó que ya arreglaría por medio de abogados o terceros, la devolución a su empresa o a China de los datos del proyecto. De planificar una cita, no sería hasta estar todos a salvo. Ya habían sufrido bastante. El navío contaba con un equipamiento excepcional, radio, radar, sonar, navegador, conexión por satélite.... una grata sorpresa que pensaba aprovechar. Era una embarcación pensada para cuatro personas aunque podían alojar a muchas más. Disponía del camarote de proa que, de inmediato dedujeron, debía ser el de Tao y otro en popa donde se alojarían Thibaud y Véronique. Entre los dos camarotes, equipados cada uno con su cuarto de baño completo, el salón comedor y la cocina del barco formaban un espacio de reunión. En el centro de la cubierta y en un piso superior, hallaron la cabina equipada con toda la tecnología para el gobierno de la nave, esta se situaba a su vez en contacto con la bañera en donde dos ruedas de timón dominaban el espacio.

-Podemos salir al amanecer, no será muy difícil, este barco lo tiene prácticamente todo automatizado- declaró Thibaud.

-Tao lo habrá arreglado así a propósito, ha navegado mucho en solitario. Justamente, yo lo conocí mientras navegaba por el adriático- les contó Chloé.

Cenaron por primera vez en mucho tiempo con tranquilidad, algo más relajados por la expectativa de zarpar de madrugada. Véronique cocinó arroz con pollo y Chloé decidió intentar que Tao comiese algo.

-Le voy a llevar un poco de arroz- anunció levantándose.

Sólo le pusieron un pantalón corto de pijama, Chloé necesitaba acceder a los vendajes con facilidad. *La decoración del camarote... fijo que es obra de Tao*, pensó mientras se sentaba junto a él. A modo de cabecero se disponían varias Katanas y otras paredes mostraban otros tipos de armas que ella no conocía.

Le tomó el pulso, lo encontró regular, respiraba con normalidad. Volvió a cambiarle el suero y le puso la medicación.

-Tao- le llamó con dulzura, le tocó el pecho, para zarandearlo ligeramente- Tao, tienes que comer algo- susurró.

Sentía sed, mucha sed, tragó saliva pero le costó trabajo deglutir. Reconoció la voz de Chloé sin embargo, no lograba abrir los ojos, llevó sus manos a la cara y Chloé le sujetó la que llevaba puesta la vía.

-Todo ha salido bien- le informó- la operación resultó bien, saldrás de esta Tao. Él parpadeó intentando acomodar la vista. Se sentía totalmente agotado y le dolían muchas partes del cuerpo. Reconoció el camarote de su barco, debía llevar mucho

tiempo inconsciente si ya estaba allí.

-Agua....por favor- susurró con dificultad.

Chloé le puso un vaso de agua en los labios y le sostuvo la cabeza para que pudiese beber.

-Lo último....que recuerdo, es.... subí a un taxi. ¿Estáis todos bien?- preguntó de pronto.

-Sí, no te preocupes, me inquieta más bien, cómo estás tú- respondió ella.

Tao, trató de incorporarse.

-Espera, despacio, no hagas movimientos bruscos- le colocó unos cuantos cojines por detrás de la espalda- ¿Quieres comer un poco?

No tenía ningunas ganas de comer pero, viendo la cara de Chloé por su mueca negativa, decidió hacer un esfuerzo y dejó que ella le diese el arroz con un tenedor.

-Tienes un barco precioso ¿Por qué lo dejáis amarrado tan lejos de Francia?- quiso saber.

-No soy el único que navega en la familia, últimamente, mis padres vienen mucho por aquí. Consideramos preferible tener un barco para recorrer distancias cortas antes que tener que dar la vuelta al planeta cada vez que quieres navegar por esta zona- explicó.

-Tao... -necesitaba conocer su opinión-vamos a zarpar de madrugada, pero aún no tenemos clara la ruta ¿Qué opinas?

De pronto, todo volvió a tener otra dimensión. Tao recordó lo que le había llevado a estar en una cama inmóvil. Ese Jintao era un sanguinario y no pararía. Si Tsei averiguó tan rápido tantas cosas de él y su familia... y el sicario de Jintao les localizó tan rápido en el hospital... podía ser cuestión de horas que diesen con ellos en ese barco.

-¿Cuánto hace que salimos del hospital?- preguntó un poco alterado.

-Eso fue ayer por la tarde- contestó Chloé

-Hay que zarpar ya, no podemos esperar ¿Habéis hecho acopio de provisiones?- inquirió.

-Tenemos para tres meses- aseguró ella.

Por un momento se quedó pensativo, sabía que sería suficiente para cualquier puerto que se propusiesen alcanzar, incluso podían atravesar el pacífico.... de hecho, lo consideró la mejor opción. Por el mar de China meridional y Singapur, podía ser más arriesgado para un navío privado por la presencia de piratas en la zona.

-Voto por el pacífico, haciendo escala en Hawái- apuntó Tao.

-Bien, me parece una buena elección.

Thibaud entró en el camarote, seguía preocupado por Tao.

-Me alegro de ver que ya estás despierto, tenía dudas, lo cierto es que estabas

muy hecho polvo- bromeó sonriendo. Tao le devolvió la sonrisa- ¿Se puede saber qué hiciste para que te dejaran en ese estado?- quiso saber, volviéndola un semblante más serio.

Tao, explicó con detalle todo lo ocurrido, debía informarle sobre todo lo relacionado con el proyecto. Thibaud se puso nervioso en cuanto Tao explicó lo averiguado, estuvo de acuerdo con él en que lo mejor era poner pies en polvorosa y ver después el modo de restituir toda la información recuperada. Hawái, les pareció a todos, un buen destino.

-Los depósitos de carburante están llenos- aseguró Tao- de modo que podemos zarpar enseguida si queréis ¿Cómo estás tú?- inquirió interesándose por él.

-Estoy bien, ayer estaba más flojo, pero hoy ya estoy mucho mejor- aseguró- ahora te toca a ti reponerte- Tao asintió.

-Te conviene revisar las cartas de navegación, hay varias del pacífico norte, creo recordar que están junto al GPS- aseguró con una voz un poco más firme.

-Eso haremos- afirmó Thibaud levantándose- será mejor que me ayudes Chloé.

Le dejaron solo y Tao quiso probar hasta qué punto su cuerpo aguantaba, movió los brazos, el dolor en su hombro derecho, le advirtió que mejor sería dejarlo estar. Palpó su pierna, la cicatriz de la espalda era la que menos le molestaba. Al intentar girarse su abdomen le lanzó un doloroso aviso, se encogió de dolor contrayendo todos los músculos. *No voy a poder echar una mano por el momento*, pensó recostándose de nuevo.

Entre los tres soltaron amarras y se hicieron a la mar. Thibaud se familiarizaba con los instrumentos de navegación, tuvo ocasión durante muchos años de gobernar diferentes tipos de veleros e incluso catamaranes, para Chloé también sería coser y cantar. Véronique, un poco más perdida supo sin embargo, hacer todo lo que le pidieron poniendo muy buena voluntad. Era noche cerrada y contaban con que las luces del puerto les ayudarían en las primeras millas, Thibaud puso rumbo noreste, pasarían cerca de Japón hacia el pacífico norte.

-Haremos turnos entre los dos- dijo Thibaud dirigiéndose a Chloé- me encargo de las cuatro primeras horas, ve a dormir, después vendrás a relevarme ¿Te parece?

Chloé se acercó a su hermano para darle un fuerte abrazo y un beso en la mejilla. Thibaud se sorprendió pero le devolvió el abrazo con el mismo cariño.

-No sabes cuánto me alegro de que estemos todos bien, pasé tanto miedo cuándo estabas tan mal- Thibaud le acarició el pelo.

-Ahora, todo ha terminado, me alegro de que hayas venido a sacarle las castañas del fuego a tu hermanito, siempre he sabido que podía contar contigo- declaró con un leve tono burlón.

Chloé volvió a besar la mejilla de su hermano y se reunió con Tao. Volvía a dormir y aprovechó para observar que los apósitos del pecho exudaban suero, lo consideró normal. Descartó levantar las gasas para observar la herida de cerca, sería doloroso e innecesario. Controlando el estado de la piel alrededor, su aspecto general y el olor de la herida, bastaría. Ya tendría tiempo de verla de cerca cuando hiciese el cierre definitivo en tres o cuatro días. Se tumbó junto a él, lo veía, tan guapo.... le dio un beso, Tao reaccionó moviéndose un poco pero, no despertó.

Transcurrieron cuatro días, soplaban poco viento de modo que avanzaban despacio. Pasaban cerca de la costa japonesa cuando Tao decidió moverse. Los escuchaba a todos en cubierta, sintió un leve mareo, llevaba muchos días acostado sin moverse y con las extremidades entumecidas tardó un poco en mantener el equilibrio. Chloé ya le había retirado el gotero y ahora tomaba la medicación en pastillas, él también lo prefería así. Logró ponerse una camiseta y un pantalón de chándal de algodón gris suave. Subir a la cubierta supuso otro esfuerzo, las escaleras de la escotilla eran muy empinadas y a cada escalón un dolor lacerante le recordaba la opinión de su cuerpo al respecto de la iniciativa unilateral de ponerlo en movimiento. La recompensa valía la pena, la suave brisa que ondeó su pelo recompensó el esfuerzo, llenó los pulmones de aire- *Nada como la mar*, pensó, gozando del instante.

-¿No es un poco pronto para que te levantes? - inquirió Thibaud apenas vio aparecer su cabeza.

-Necesitaba tomar el aire- Chloé y Véronique se acercaron a él. Véronique le dio un beso en la mejilla.

-Me alegra que estés mejor- dijo Véro.

-Gracias ¿Cómo vamos?

-Todo va bien- contestó Chloé- estamos rumbo a Hawái. Ven, te vendrá bien tumbarte un poco al sol, hay que aprovecharlo, no sé lo que durará hoy- alegó mirando al cielo. Tao se apoyó en el hombro de Chloé y se dejó conducir a la proa del barco, ahí unas colchonetas encajadas en la cubierta de teca le permitieron tumbarse. Fue un esfuerzo importante considerando su estado, de modo que apenas estuvo en posición horizontal se relajó y volvió a quedarse dormido. Esa misma tarde, Chloé decidió terminar de cerrar la herida del pecho de Tao.

-Seguramente te dolerá que retire los apósitos- le advirtió ella.

-Adelante, no te preocupes- contestó él.

Le dolió mucho, tanto que estuvo a punto de perder el sentido, cerró los ojos haciendo pasar el dolor por su cuerpo, se concentró al máximo y no profirió ni una sola queja. Después Chloé le inyectó un anestésico y cerró la herida del todo, sanaba a muy buen ritmo y con muy buen aspecto. Aprovechó para retirar los puntos de la espalda, la herida más antigua quedó totalmente cicatrizada. Aún tenía el ungüento que le proporcionó Shaoqi de modo que volvió a utilizarlo. Dejó todas las heridas al descubierto y después de repasar todos los puntos y aplicar el producto, volvió a poner un simple apósito para protegerlas un poco más.

Océano Pacífico Norte

25°05'08.18" N 145°31'14.35" E

07:00 p.m.

Jintao no se había equivocado, de nuevo su intuición le guiaba con acierto. Tardaron poco en averiguarlo todo sobre Tao Pasteur, resultó algo más difícil organizar la operación de búsqueda, con todo, ayudó mucho conocer las dimensiones del barco. Los veleros de dieciocho metros de eslora no eran tan frecuentes y después de investigar todos los radares de la costa china averiguaron que su rumbo inicial era noreste, dedujeron por tanto que tenían intención de cruzar el pacífico.

Para Jintao suponía un problema, a medias, quería atraparlos rápidamente de modo que organizó la búsqueda por aire, la inversión merecía la pena y ya tendría ocasión de cobrarse intereses.

Empezaban a tomárselo como unas vacaciones. Thibaud se encontraba totalmente recuperado, cada día que pasaba se movía con más agilidad por la cubierta del barco. Transcurrieron siete días. Desde que salieron de Shanghái, establecieron rutinas que ayudaban a recomponer las cosas... intentar volver a una situación de normalidad formaba parte del proceso de recuperación y todos lo necesitaban. Pensaban hallarse fuera de peligro, ya nadie les encontraría en medio del océano. El escaso viento les obligó a arriar todo el velamen y tan sólo avanzaban con los potentes motores infra bodega de la embarcación. Sabían que la situación de calma no iba a durar mucho pero preferían seguir avanzando antes que detenerse. En cuanto se levantase un poco de brisa volverían a desplegar las velas. El cielo gris plomizo, anunciaba lluvia y al poco el pronóstico se convirtió en realidad, una lluvia fina les obligó a ponerse los chubasqueros.

Escuchó un zumbido y abrió los ojos bruscamente. Tao descansaba en la cama cuando el sonido lo despertó. El motor debía ser de un avión y no de un reactor de pasajeros... era diferente.

Se trataba de un salto peligroso pero, Yuan Xun acumulaba muchas horas. Para él no suponía ningún problema, incluso hacerlo sobre una superficie móvil suponía un reto a su alcance. Esa especialidad entrañaba una particular dificultad pero, el día se prestaba, escaseando el viento, el clima se posicionaba a su favor. La idea consistía en neutralizar a los cuatro tripulantes, Xun sabía que Tao no estaría en condiciones de luchar con él y los otros tampoco los consideraba como rivales. Les haría virar el barco antes de matarlos para llevar el velero de vuelta. El reencuentro con Jintao para la entrega de los datos sería en Qingdao.

Se lanzó desde una altura de tres mil pies, necesitaba unos metros para calcular el salto y no podía fallar. Cuando alcanzó los dos mil pies, abrió el paracaídas.

Véronique fue la primera en verlo, había escuchado al igual que Tao el ruido del motor y alzó la vista a tiempo de ver como un paracaidista descendía en picado hacia ellos.

-¡Un paracaidista!- gritó- alguien va a saltar sobre nosotros. Thibaud y Chloé corrieron junto a ella para observar el descenso, iba directo hacia ellos.

Tao se levantó bruscamente. Al escuchar la voz de Véronique entendió enseguida qué ocurría y no lo pensó dos veces, empuñó las dos *katanas* que decoraban la pared del camarote y después de arrancarse todos los apósitos que le estorbaban, subió a la cubierta colándose por la claraboya del techo de su camarote. La cerró con suavidad y se situó en la cubierta de proa. Levantó la vista al cielo, los demás se hallaban en popa.

-¡Corred!- gritó- encerraos abajo y no abráis nada bajo ningún concepto- les advirtió.

Chloé dilató las pupilas al verle, no lo podía creer, allí estaba, en pie, una espada en cada mano, las armas se cruzaban ante él. Únicamente llevaba un pantalón de chándal, estaba descalzo y tenía el pecho descubierto. El cabello le caía sobre pecho y espalda... las gotas de lluvia resbalando por su piel, de nuevo, el tiempo parecía haberse detenido, no quería, no podía volver a suceder. Chloé se sintió desfallecer, un grito ahogado salió de su garganta mientras Thibaud tiraba de ella junto con Véronique y la metían a la fuerza en el interior del barco.

Xun se desprendió del paracaídas al pasar por encima de la cubierta, su salto fue perfecto, sin velamen, disfrutó de una vista perfecta de todo el barco. Pudo observar mientras bajaba como todos se ocultaban bajo la escotilla de popa. Supuso una sorpresa reconocer a Tao en la proa y armado, ese hombre empezaba a sacarle de sus casillas, entendió que primero debería enfrentarse a él. Tocó la cubierta y se giró para observar a su oponente con detenimiento. Parecía ensimismado... la cabeza ligeramente agachada sobre el pecho.

Tao respiraba con lentitud, al cabo de sus fuerzas, apeló a todas las enseñanzas recibidas para despertar al dragón que aletargado en su interior pugnaba por salir. Dejó crecer y fluir la energía hacia sus extremidades, aferró con fuerza las empuñaduras al tiempo que toda la musculatura de su cuerpo se tensaba, pronta para el ataque.

Xun, desprendiéndose de todo lo que le estorbaba, blandió a su vez las dos espadas que llevaba ocultas a la espalda. Tao no tuvo dudas al respecto, sabía que sería el mismo hombre con el que se enfrentó en el hospital, también supo que sería la clase de tipo que no se enfrentaría con armas de fuego. Apenas comenzó a moverse en dirección a Tao, este reaccionó. Comenzó a voltear las armas al unísono, las giraba de forma vertiginosa al tiempo que flexionaba los brazos, alrededor de su espalda, el lateral de su cuerpo y sobre su cabeza. Cambiaba de posición moviéndose hacia Xun, levantó la cabeza y buscó los ojos de Xun.

Por un momento, se observaron y evaluaron mutuamente con detenimiento. Xun observó las marcas del cuerpo de Tao, no entendía que hacía ese hombre en pie. Le atravesó con su espada y debería estar muerto pero, claramente una bala también hirió su pecho. Tao flexionaba las rodillas y avanzaba en perfecto equilibrio con la espalda totalmente erguida. El primero en atacar fue Xun motivado por la prisa por reducirlos a todos. Entretenerse en fatuas observaciones no formaba parte de su plan y desde luego consideraba preferible enfrentarse con ellos, uno a uno. Saltó sobre Tao y las

espadas entrechocaron.

Thibaud, escuchó el choque y se negó a quedarse de brazos cruzados, corrió al camarote de Tao y cogió una de las lanzas fijadas a la pared. Las dos se abalanzaron sobre él.

-No Thibaud, no tienes nada que hacer contra ese hombre, no sabrías defenderte- argumentó Chloé.

-Si consigo desarmarle, podré enfrentarme a él con los puños, no es la primera vez que peleo en mi vida ¡Joder!- exclamó irritado.

-Sé razonable, te destripará en cuanto asomes la cabeza- afirmó Véronique muerta de miedo.

-No veis que no puedo dejar que mate a Tao, no está en estado, no podrá defenderse- alegó nervioso tratando de zafarse de ellas.

El ruido del choque de espadas redobló en la cubierta. Sin duda Tao no estaba en forma pero, poco le importaba, algo le movía y era más fuerte que todo. Pensaba que si decaía, Chloé moriría y eso resultaba inaceptable. Ella importaba más que su propia seguridad, que su propia vida, ahora entendía lo que sería capaz de dar por ella y lo que no estaba dispuesto a permitir. La lucha encarnizada, movía a Tao como un demonio y Xun se halló con serios problemas para lograr mantener el equilibrio. Por el momento no había podido alcanzar a Tao y eso lo desquiciaba cada vez más, tuvo que admitir que el hombre era bueno... *de todos modos no tiene posibilidades, en algún momento flaqueará*. No se equivocaba, Tao se hallaba al borde de la extenuación, la herida del costado comenzó a sangrar sometida a una tensión difícil de soportar. Sucedió lo mismo con la herida del pecho, un hilo de sangre comenzó a deslizarse por su piel.

Xun detectó el momento de debilidad. Decidió aprovecharlo y apoyándose en el techo de la cabina con un salto, se alzó para caer con todo su peso sobre él. La espada de Tao le frenó, sin embargo, tuvo que ceder... como un junco doblándose al viento y aprovechando la inercia de su oponente, lo envió rodando varios metros por detrás de él. Xun se revolvió con rabia pero, esta vez, Tao sacó fuerzas de dónde nadie pensó que hubiera, lanzó un grito de lo más hondo de su ser y en un rebote imposible saltó a su vez sobre Xun. La sorpresa de su adversario llegó tarde, la espada de Tao lo atravesó con demasiada rapidez para que pudiese hacer nada por evitarlo. Tao remató el golpe. Con una espada atravesó el pecho de Xun, con la otra, de un tajo seco.... lo decapitó. Antes de que el cuerpo cayera del todo, lo empujó por la borda y el cadáver se hundió de inmediato en las profundidades del mar. Trataba de recuperar el aliento, cuando de nuevo, el sonido inconfundible de un avión volando a baja altura le obligó a girarse. Venía por estribor, lo tenía literalmente encima, apenas escuchó el sonido de la ráfaga saltó al otro lado de la cabina de babor. El impacto de los proyectiles comenzó en el agua y barrió buena parte de la cubierta.

Tao se incorporó a duras penas y estuvo a punto de caer por la borda. De pronto, un movimiento a babor del barco llamó su atención, se formaba un extraño remolino en el agua. Corrió como pudo al puesto de gobierno y trató de virar para alejar la embarcación del torbellino de agua que no entendía. Iba a virar a estribor cuando algo emergió de las aguas. Se quedó con la boca abierta y paró los motores.

Un periscopio y la inconfundible torre de gobierno de un submarino, apareció de repente.

-¡Vaya!- exclamó al ver la insignia china pintada en la torre- los americanos no son los únicos que tienen caballería- suspiró aliviado, no pensaba tener humor para ninguna ocurrencia graciosa pero, fue lo primero que le pasó por la cabeza al reconocer la embarcación.

Tao no se equivocaba, ese submarino sabía lo que hacía, apenas emergió, un grupo de hombres saltó a la cubierta del buque con armas de asalto. El avión volvía apenas hubo descendido para lanzar un nuevo ataque, los ocupantes del navío lo esperaban.

Los que iban a bordo de la pequeña avioneta, no tuvieron tiempo de reaccionar. Por poco y mientras viraban, no vieron emerger el submarino a tiempo de rehuir la defensa. Cuando se situaron de nuevo en posición de tiro, se dieron de bruces con él. Los marinos, apenas tuvieron la avioneta a tiro, comenzaron a disparar. Tardaron unos minutos en derribarla. Todo sucedió muy rápido.

El mareo aumentó, osciló en precario equilibrio le dolía todo el cuerpo. Vio con dificultad y no con mucha claridad, como la cabeza de Tsei asomaba de la torre del submarino. Varios marinos saltaron sobre *La perla azul* y se encargaron de amarrar con jarcias y cabos una embarcación a la otra, sin abrir la boca, ni un saludo, simplemente ejecutaban las órdenes. Largaron las defensas para evitarle roces al velero y aprovecharon la pasarela de *La perla azul* para tenderla entre ambos navíos.

Una vez estuvo colocada, Tsei y otros dos hombres saltaron a bordo. Thibaud y las chicas subieron a la cubierta en ese momento. Tao sentía que de un momento a otro, las piernas le fallarían, comenzó a verlo todo borroso, escuchó a lo lejos las voces de Tsei y Thibaud.

Thibaud fue el primero en reaccionar, percibió el momento en que Tao se iba al suelo, corrió a tiempo de sujetar su cuerpo y evitar que chocase de cabeza contra la cubierta. Tuvieron que explicar lo ocurrido justo antes de que emergiera el submarino, la sangre en la cubierta de estribor quedaba como silencioso testimonio de la presencia de Xun. Tsei no se extrañó de nada. Colocaron a Tao en una de las banquetas de la enorme bañera de popa.

-No tenía que haber luchado- murmuraba Chloé mientras volvía a ocuparse de las heridas de Tao- no estaba bien.

Uno de los hombres de Tsei le tradujo lo que los demás decían.

-Por lo que ha ocurrido hasta la fecha, si no lo hubiese hecho, no estarían ustedes vivos en este momento- afirmó Tsei.

-Le debemos mucho a este hombre- afirmó Thibaud- para empezar ha recuperado todo lo que robó Jintao y además ha podido conseguir información sobre las actividades de Jintao que ayudaran a encerrarle- aseguró Thibaud.

Tsei lanzó una mirada admirativa al extenuado cuerpo de Tao. Desde luego, había sido un orgullo para su país, poder contar con un hombre así. Se acercó a Tao.

-Llaman al médico de abordaje- ordenó Tsei- que se ponga a disposición de la doctora Carnot. Uno de los marinos corrió de inmediato al submarino y a los pocos minutos regresó con un hombre que cargaba con su maletín. Entre él y Chloé se centraron en Tao. Véronique se quedó junto a ellos.

-Venga conmigo- le pidió Thibaud a Tsei- tengo algo que darle.

Bajaron los dos al salón comedor del barco. Uno de los muebles escondía un ordenador, Thibaud lo encendió y conectó los pen drive para mostrar el contenido a Tsei.

Había lo necesario para condenar por muchos años a Li Jintao, Tsei se quedó admirado por el material.

-Sabe.... he hablado con los responsables de su empresa, ya ha quedado todo aclarado.

-¿Quién fue el topo?

Asumió que no le gustaría la respuesta pero, no había más que la verdad.

-Hemos encontrado pruebas que confirman que extorsionaron a Roland... lo hizo contra su voluntad-explicó Tsei para disculpar, en cierto modo, al que fue su amigo.

Thibaud ensombreció la mirada, era duro saber que Roland no confió en él, pudo haberle pedido ayuda y sin embargo, no quiso hacerlo. Ahora ya era tarde para lamentarse, Roland había perdido la vida y nada podía justificar esa pérdida.

-En su empresa quieren que usted vuelva- aseguró Tsei.

-No lo dudo, pero yo no voy a regresar de momento- desconectó los pen drive y los puso en las manos de Tsei- tengo en alta estima mi vida y la de los míos, no estoy dispuesto a correr más riesgos- afirmó tajante.

-Contodo lo que el señor Pasteur nos ha facilitado, tenga por seguro que hay material suficiente para no tener que volver a preocuparse de Jintao- aseguró Tsei.

Thibaud lo miró escéptico, para él no estaba tan claro, aunque ese hombre estuviese en la cárcel nada le podría impedir enviar asesinos a sueldo si le movía la venganza. Tsei se levantó de su asiento y le tendió la mano a Thibaud. Se la estrecharon con fuerza.

-Muchas gracias por su intervención- declaró Thibaud- La avioneta nos habría hundido con total seguridad.

-Agradézcaselo a usted mismo- declaró Tsei- si lo que llevaba, no hubiese tenido tanta importancia, movilizar al ejército hubiese resultado impensable.

Tsei se giró y subió con agilidad por la escalera y una vez arriba preguntó de nuevo por el estado de Tao.

-Necesita descansar- aseguró el médico del submarino- y sobre todo, no moverse en una temporada.

Tsei sonrió, ahora eso le iba a resultar más fácil, se despidió en inglés de Chloé y Véronique. Ordenó a todos los hombres que abandonaran el barco. Thibaud, subió de nuevo a la cubierta y ayudó a soltar los cabos que mantuvieron los barcos unidos. En cuanto pudo, arrancó de nuevo los motores del velero y viró a estribor para alejarse del submarino, este se puso en movimiento y pocos minutos después se sumergía para desaparecer.

-Bueno, creo que ahora podemos estar algo más tranquilos-soltó Véronique.

-Tenemos que bajar a Tao al camarote Thibaud- declaró Chloé.

-Por supuesto, no te preocupes yo lo cogeré- Thibaud levantó a Tao y con la ayuda de Chloé y Véronique volvieron a ponerlo en su cama. En cuanto Chloé le pasó un paño fresco por la frente, Tao reaccionó. Parpadeó varias veces y su respiración se hizo más agitada.

-Había.... un barco- dijo en un susurro.

-Un submarino- le aclaró Thibaud- era Tsei, vino a echar una mano y de paso a llevarse las pruebas contra Jintao y el material.

-¿Seguimos rumbo a Hawái?- preguntó Tao.

-Ahora más que nunca- declaró Chloé- creo que ya sí podemos estar tranquilos.

-Bien.... necesito.... dormir- murmuró Tao con voz queda. Chloé le tapó con el edredón mientras él cerraba los ojos, su respiración se volvía lenta y regular. Le dejaron solo.

Hawái

Wainaku . Verano

Llevaban quince días en Hawái, un mes había transcurrido desde el ataque a bordo de *La perla azul*. Supieron por Tsei de la detención de Li Jintao. Logró ponerse en contacto con ellos para informar que la operación fue todo un éxito, Jintao permanecería entre rejas por mucho tiempo. Tao se hallaba prácticamente recuperado al igual que Thibaud aunque tuvieron que prolongar la estancia en Hawái; no por ellos, sino porque uno de los proyectiles que dispararon contra el velero afectó a una zona peligrosa de la quilla. Por suerte, al estar durante el trayecto hacia las islas se prestó a una navegación tranquila de lo contrario la posibilidad de sufrir una seria avería hubiese sido mayor.

Nada más llegar a Wainaku dejaron la embarcación en manos de un taller que lo reparó dejándolo como nuevo, arreglando incluso, las partes de teca que resultaron dañadas por las balas. Se alojaban en un hotel cerca del puerto, los días en tierra ayudaban mucho a la recuperación mental y física del grupo. Para Tao y Chloé, un regalo... necesitaban... anhelaban, seguir conociéndose mejor, sin presiones en su entorno. Aprovecharon la felicidad de disfrutar la estancia el uno junto al otro, centrándose en ellos, ya habría tiempo de regresar y organizar sus vidas. Véronique y Thibaud, en una situación parecida, optaron por hacer turismo descubriendo las islas.

Cenaban los cuatro juntos en un restaurante con vistas al mar cuando Thibaud decidió abordar el tema del regreso.

-No deberíamos tardar mucho en hacernos a la mar, estamos ahora en plena época de tifones y si hay un momento de calma creo que hay que aprovecharlo.

-Estoy contigo- afirmó Tao- mañana podemos preparar el barco con todo lo que necesitamos y podríamos salir pasado mañana al amanecer ¿Qué opináis?

-No tengo nada que objetar- asintió Véro- de hecho, para mí volver es una prioridad, trabajo para una universidad y mis alumnos me deben estar echando de menos- explicó.

-Tengo más o menos los mismos problemas- aseguró Chloé- seguramente se pregunten si tengo intenciones de volver, hace mucho que debería estar en España- argumentó ella con buen humor.

-Entonces decidido, mañana haremos las compras- ratificó Tao.

Se trataba de una travesía importante, tomaron la decisión de alcanzar la costa norteamericana para después bordear el continente hasta el canal de Panamá. Lo consideraron la opción más rápida a la par que la más segura, se ahorraban unos siete mil kilómetros y aunque el peaje del canal para un velero de las dimensiones de *La perla azul*, no era precisamente barato, merecía la pena. Ganarían mucho tiempo, porque después todavía quedaba la travesía del Océano Atlántico. Tanto Chloé como Tao no hubiesen tenido inconveniente en doblar el Cabo de Hornos, sin embargo quedaría en la lista de escapadas pendientes, para más adelante.

El día previsto, largaron las velas con entusiasmo y se hicieron a la mar. La conexión por satélite les facilitaba los partes meteorológicos que necesitaban, sabían en qué lugar se situaban las tormentas y que opción era la más adecuada, podían decidir atravesarlas o tratar de esquivarlas. Se acercaban a San Francisco cuando de hecho, tuvieron que atravesar una.

-Me temo que la única opción es pasar- advirtió Tao- va a ser duro pero, podemos hacerlo, manténeos en todo momento amarrados a los cables de seguridad.

-¿Seguro que dejarla de lado está descartado?- pidió Véronique poco segura de querer pasar por el centro de una tormenta que pintaba mal- por lo que se ve tengo pie marino pero, para ser sincera, me da mucho miedo, me aterra imaginar que podríamos zozobrar.

-Eso no va a pasar- le aseguró Thibaud tranquilizándola- no es un tifón y nos vamos a mover sin dudas sin embargo, no te tienes que preocupar, capearemos el temporal.

-No tenemos otra opción- certificó Tao con las lecturas del radar en la mano- avanza muy rápido. Aunque quisiésemos no nos podríamos desviar.

Chloé asintió para reforzar la confianza en Tao y su hermano. Arriaron la mayor y dejaron el tormentín. Lo consideraron más que suficiente teniendo en cuenta la fuerza del viento que rondaba los treinta y cinco nudos. La temperatura, sin ser del todo fría auguraba empeorar y prefirieron mantenerse abrigados con los chubasqueros amarillos y los gorros, una lluvia intensa comenzó a golpear la cubierta.

Las olas le parecieron a Véronique de un tamaño descomunal, cada vez que una de ellas barría la cubierta sentía que se hundirían. Thibaud y Tao lucharon como leones, las bombas de achique de la bañera del barco funcionaron a plena potencia a pesar de que los imbornales sacaban la mayor parte del agua de forma eficaz. Navegaban muy escocados y en el fondo, todos, a excepción de Véronique, lo estaban pasando en grande. Chloé se movía por la cubierta sin dificultades al igual que Tao disfrutaba con el combate contra los elementos.

Chloé se encontraba en la banda de estribor y ninguno se percató de que la botavara se aflojaba. Esa percha horizontal permitía mantener cazado y orientado el pujamen de la vela. Ahora, con la mayor arriada, la botavara no debía moverse, por ello estaba sujeta en un punto de la popa con una parte del aparejo. No se percataron de que una de las piezas se estaba soltando al estar mal amarrada. Thibaud sostenía el timón y Tao se hallaba cerca de Chloé en la banda de estribor.

El ruido era ensordecedor y Chloé se situaba de espaldas a Tao. Lo normal hubiese sido no escucharla caer, de hecho no la escuchó... la sintió. Sintió el movimiento anormal a su espalda. Todo sucedió muy rápido, un golpe de mar, la botavara se soltó, Chloé se levantó, la percha la golpeó a la altura del hombro y desequilibrada, su cuerpo pasó por la borda.

Por suerte, respetaron las normas de seguridad y el cable aguantó. Tao se lanzó a la zaga de Chloé para pescarla. Thibaud y Véronique volvieron a sujetar la botavara y esta vez Thibaud se encargó de fijarla a conciencia.

Elano llegó a tragar agua, no era la primera vez que le ocurría algo parecido y en cuánto vio la mano de Tao se sujetó con todas sus fuerzas. Tiró de ella y la izó de nuevo a la cubierta.

-¿Cómo estás?- indagó inquieto buscando sus ojos.

-Estoy bien, tendré un cardenal en el hombro, pero nada más- confirmó sonriendo.

Tao decidió mantenerse más cerca de ella, no dejaría que volviese a caer. Se situó detrás de ella y con un brazo, tuvo cogida su cintura hasta que el viento amainó.

Tardaron ocho horas en atravesar la tormentay cuando por fin divisaron tierra, Véronique satisfecha consigo misma por haber superado la prueba, se alegró más que ninguno por haberlo logrado. En San Francisco hicieron un nuevo alto para reaprovisionarse y llenar de nuevo el depósito de combustible. Con todo, querían retrasarse lo menos posible y continuaron su ruta hacia el canal de Panamá.

Cruzar el canal fue todo un periplo, no necesitaron de un práctico que les guiara pero, situarse tan cerca de buques enormes que cruzaron a la par que ellos les hacía sentirse como hormiguitas indefensas. A medida que fueron pasando las esclusas, veían como se acercaba el final del canal. Tardaron nueve horas en transitarlo y cuando por fin salieron el tiempo cambió. Un viento favorable les impulsaba. Largaron todo el velamen, con viento en popa y ni una sombra de nubes en el cielo, Tao desplegó el spinaker, la vela se infló de inmediato como un globo. Eran las condiciones idóneas y hasta Véronique disfrutó, alcanzaron una velocidad de planeo de trece nudos. Unos delfines aparecieron por la amura de estribor y comenzaron a jugar con la embarcación, pasaban por debajo y saltaban realmente cerca, los cuatro se entusiasmaron con el espectáculo.

El único trastorno del viaje fue una avería en las comunicaciones, sin saber muy bien por qué se quedaron sin radio y sin conexión por satélite. Ninguno la pudo reparar, por la falta de piezas esenciales. Lo consideraron un serio problema pero, no podían hacer nada, lo mejor sería llegar a puerto lo antes posible.

Tardaron diecisiete días en cruzar el Atlántico y quince estuvieron sin radio. Su singladura fue de prácticamente doscientas millas por cada veinticuatro horas. Una media realmente buena. El día que divisaron tierra, el cielo se mostraba de nuevo encapotado, la luz del sol volvía a ser especial como aquella ocasión en el adriático. Sentado en el balcón de proa, Tao dejaba que el viento le azotase el pelo cuando Chloé vino a sentarse junto a él.

-Es la costa bretona ¿Verdad?- preguntó Chloé. En realidad, sabía que sí lo era, navegaron sin desviarse de ese rumbo. Tao la miró con una intensidad especial.

-En unas horas estaremos en Saint-Malo- le confirmó, con un tono tranquilo.

Los dos estaban tensos, sabían que el final de su aventura se acercaba. En todos esos meses juntos, no habían querido hablar de lo que harían. Tao no quería pensar en ello y Chloé tampoco. Sin embargo, ahora ya no podrían evitar el tema.

-¿Tus padres no vivían en Saint-Malo?- preguntó Chloé.

-Así es, se llevarán una sorpresa, no les he podido llamar para advertirles de mi llegada- sonrió Tao imaginando la cara que pondrían.

-Me gustará conocerles- afirmó Chloé.

-Seguro que ellos también estarán encantados de conocerte, eres el tipo de persona que querrían para mí- aseguró él.

-¿Vendrás conmigo?- quiso saber de pronto Chloé lanzándose al abismo. Tao aferró con más fuerza la barandilla metálica.

-Verás.... mis padres empiezan a tener problemas de salud - declaró de pronto- son mayores y sólo me tienen a mí, no puedo alejarme más tiempo, me necesitan- soltó como una losa.

-No me habías dicho nada- argumentó Chloé; *De qué te extrañas? hay mucho que tú tampoco le has contado.*

-Lo sé- declaró con tono lacónico- Ha sido un error pero... no quería ver la situación de frente. Sé que tú tienes tu trabajo y forma parte de tu vida, tanto como el mío forma parte de la mía.

-Tao.... yo.... no quiero que nos separemos pero... no sé cómo arreglarlo. Mi trabajo consiste en cambiar de país cada pocos meses... no sé si sabría hacer otra cosa....- trató de explicar. *No tengo muy claro qué cosas sería capaz de dejar por ti, no sé hasta dónde.... En realidad.... ¿Cuánto te quiero?* Chloé no se había formulado esa pregunta hasta este momento, amaba a Tao, su corazón se lo decía pero por otra parte, todo fue tan rápido, desconocía si el amor era fruto de las experiencias vividas juntos o si por el contrario se trataba de un amor genuino. La bloqueaban las dudas.

Tao imaginaba los pensamientos que desfilaban por la mente de Chloé, seguramente serían los mismos que pasaban por la suya. La observaba; se formaba una arruguita encantadora en su frente cuando fruncía el ceño. Le parecía la mujer más deliciosa de la tierra, no sabía, no creía que fuese capaz de vivir sin ella. Se negaba a pensar en ello. Véronique y Thibaud, se hallaban en popa controlando la navegación y aún faltaban unas pocas horas para arribar a puerto. Vislumbró la escotilla abierta de su camarote. Le cogió la mano y tiró de ella, se deslizaron los dos por la escotilla y se dejaron caer sobre la cama. Quedaron por un instante de rodillas el uno frente al otro. Se miraban sin ocultar el significado de lo que expresaban sus ojos, encontraron deseo, amor, pasión, lujuria.... bajo la cubierta, la cálida temperatura invitaba al relax y tardaron poco en sentirse a gusto. La desnudó con ternura, retiró sus prendas una a una, lentamente. Ella lo desnudó con la misma parsimonia, recreándose en cada uno de los pliegues de su musculatura y él en cada una de sus adorables curvas. Tao la tumbó sobre la cama, recorrió con sus manos el cuerpo de Chloé buscando los puntos que sabía la harían estremecerse. Cogió sus pechos hermosos y turgentes entre sus manos, ella respondió apretando las nalgas de él y lanzando su boca a explorar con ternura sus pectorales.

La erección de Tao la tenía en ascuas, se sentía al borde de la explosión y sin embargo, él retrasaba el momento, gozaba y la hacía gozar hasta un punto que no pensaba poder soportar. Finalmente la penetró y ella se abrazó con toda su energía contenida, lo recibió al borde del éxtasis. Él la llevó con dulzura hasta el clímax, se movió primero pausado y finalmente liberó la fiera contenida por su increíble físico embistiéndola hasta lograr que ella gritase de placer. Al poco, Tao aceptó con deleite el orgasmo que sobrevino acompañado de dulces espasmos difíciles de olvidar, se dejó caer en los brazos de Chloé.

Se quedaron en brazos el uno del otro hasta que el sueño reclamó sus cuerpos.

Transcurrieron dos horas hasta que finalmente despertaron y decidieron vestirse para unirse a los demás encubierta. En todo el tiempo no pronunciaron palabra del asunto que atenazaba su corazón. Tao la miró y con dulzura cogió el hermoso

rostroentre sus manos.

-No te preocupes- la tranquilizó-lo mejor será que volvamos a nuestras vidas. Creo que necesitamos tiempo ¿Te parece?- sonrió mientras la besaba. Chloé respiró aliviada, prefería no tener que tomar una decisión tan rápido.

-Estoy de acuerdo, creo que será lo mejor- declaró sintiendo con una tímida sonrisa.

-¡Por fin! Saint-Malo- exclamó Véronique desde el puesto de gobierno. Se abrazó a Thibaud con alegría- Chicos - exclamó dirigiéndose a todos a voz en grito- a pesar de que me perdí La Ciudad Prohibida ha sido un placer conocerlos y.... la experiencia, a pesar de lo dura que ha sido, ha merecido la pena.

-Me alegro de que te lo tomes así, cariño- exclamó Thibaud besándola- ¡Esa es mi chica!- exclamó divertido.

Se prepararon para la maniobra, arriaron las velas y arrancaron los motores del barco.

Beijing

Central de policía

Corría casi sin aliento y sin embargo, mantuvo la carrera por los pasillos de la central. La noticia se clasificaba entre las "muy importantes" y el comisario Wu Tsei debía enterarse enseguida. Entró en el despacho de Tsei, como una tromba, la puerta se abrió con tal fuerza que a punto estuvo de volcar el perchero que se hallaba a un paso con la masa de aire que desplazó.

-Señor- dijo, casi sin aliento-...Li Jintao. Tsei levantó la vista de su escritorio y miró a su hombre enarcando una ceja.

-¿Qué?- inquirió Tsei expectante.

-Le han ayudado a escapar- soltó de pronto.

-¿Cuándo?- inquirió levantándose y casi tirando su escritorio al suelo del empellón que le dio.

-Ha sido esta mañana pero nadie se ha dado cuenta hasta ahora- declaró.

Tsei miró su reloj, eran las cinco de la tarde. Un sudor fríde recorrió la espalda, ese hombre suelto no podía ser nada bueno, después de todo lo ocurrido, él sería uno de sus objetivos, pero sobre todo, tenía la certeza de que iría por Tao. Las fronteras no existían para un hombre de su calaña e incluso había la posibilidad de que ya estuviese fuera del país.

-Quiero a todos los hombres trabajando en esto - exigió golpeando la mesa. Le tocaba hacer varias llamadas, la situación se iba a poner difícil.

Lo primero que intentó fue averiguar cómo ponerse en contacto con un barco en alta mar. Entrañaba una cierta dificultad pero no era imposible, las comunicaciones por vía satélite se hallaban a la orden del día. Averiguó la información necesaria y trató de comunicar con el barco. Suponía que aún permanecían embarcados porque se tardaba un mínimo de tiempo en cruzar dos océanos. Pudo averiguar en qué momento salieron de Hawái e hizo sus cálculos...*si no se han detenido, pueden estar en el Océano Atlántico.*

Fue imposible, sin duda existía un problema con sus comunicaciones porque no encontró la manera de ponerse en contacto con el barco. *Es imperativo buscar la forma de avisarles* . Aunque no tenía ni idea de cuál podía ser su destino final, por descarte, hizo sus cálculos.

Ayudaron a Jintao para que subiera al coche, con una sonrisa de oreja a oreja expresaba su satisfacción por la eficacia y pagado de sí mismo, no sabía de nadie capaz de reaccionar como él, con un ejército a su servicio se sentía invencible. Sus hombres actuaron de un modo impecable conforme al plan. Detuvieron el transporte de forma discreta y con la misma discreción eliminaron a todos excepto a él. Se alegraba por la decisión de haber invertido en ello. Tiempo atrás descubrió que las finanzas en los

paraísos fiscales le podrían sacar de más de un apuro. Ser precavido y listo lo llevó muy lejos y no se arrepentía de nada. Le vinieron a la mente los momentos de amargo dolor sufrido, lograron dañarle, aunque no lo suficiente. Iban a necesitar mucho más que eso para hacerlo desaparecer. Jintao pensaba en ello mientras lo llevaban al aeródromo en donde su jet privado lo sacaría del país. Alcanzar la posición, el prestigio, el poder... le costó mucho trabajo si uno pensaba poder arrebatárselo todo, se equivocaba. No estaba dispuesto a permitirlo y sin más remedio tendría que hacérselo pagar. Sabía que por un tiempo sería imposible volver a poner un pie en China pero, eso no le preocupaba, la tierra era muy grande y podía operar desde muchos otros países. Ahora se inquietaba más por su reputación. En su círculo social, nadie entendería que no hiciera pagar caro a sus enemigos un ataque tan directo. Todo fue culpa de ese Tao Pasteur. Desde luego, había firmado su sentencia de muerte. Nada impediría que lo eliminara, poco importaba dónde estuviera, iría en su busca y lo eliminaría a él ya todo lo que él quería. Deseaba hacerle sentir dolor aún más del que le provocara él. Había perdido a su hijo y eso era un asunto que aún le quedaba por resolver, sus hombres trabajaban para localizar a la pequeña pero el sistema era hermético y la información difícil de encontrar. Le retiraron la custodia y la pusieron a buen recaudo. En eso, el gobierno chino podía ser muy eficaz.

Todo el tiempo que estuviera alejado de ella, se lo haría pagar con creces. Le pasaron una carpeta. Conteníala toda la información solicitada. La dirección de Tao, de sus familiares en Francia, su dirección de trabajo, una lista de sus posesiones... sería suficiente, ahora sólo faltaba organizarse.

Tal y como estaba previsto el avión esperaba en el aeródromo. En pocos minutos estuvo a bordo y despegaban. Li Jintao se relajó por fin, sabía que ya no lo encontrarían y una sonrisa sádica iluminó su rostro.

Francia

Saint- Malo -verano

Disponía de un punto de amarreen el puertodeportivo que situabaaLa perla azul enelmejor lugardel embarcadero. Tao saltó con agilidad sobre el muelle y amarró los cabos. Una vez que el velero quedó bien sujeto Thibaud le pasó la pasarela y entre los dosla dejaron bien colocada para unacceso cómodo al muelle. Se hallabanen una de las zonas más visitadas de Francia durante el periodo estival y se notaba, el puertoabarrotado de visitantes y turistas, motivó a muchos curiosos para acercarse a observarel velerorecién arribadoque llamaba la atención por sus dimensiones y estética.

-¿Ahora quévais a hacer?- le preguntó Tao a Thibaud y Véronique. Thibaud se rascó la cabeza y se quedó callado un momento mientras terminaba de ajustar unas partes del aparejo.

-Alquilaremosun coche e iremos al aeropuerto más cercano - declaró Thibaud.

-¿No queréis quedaros unos días en Saint-Malo?- indagó Tao- tengo donde alojaros si queréis.

-Te lo agradezco Tao, pero tengo que hacer muchas cosas, para empezar, buscar trabajo- declarósonriendo- además Véronique también quiere regresar, creo que necesita volver a casa- explicó mientras la miraba. Ella lo miró con dulzura asintiendo. Ese hombre entendía perfectamente sus sentimientos, ahora se sentía feliz y albergaba la esperanza de que encontrase un trabajo cerca de ella.

Entre todos ordenaron la cubierta, dejándolo todo despejado y bien guardado en el interior del barco. Thibaud y Véronique recogieron sus pertenencias, tan sólo una pequeña bolsa cada uno. Thibaud pensaba que tendría que solicitara su antigua empresa que le enviasen el contenido de su casa en Beijing, después de lo ocurridoera de suponer que no pondríanpegas.

-Deduzco que tú no vienes ¿Verdad hermanita?- quiso confirmar Thibaud. Chloé le miró con cariño.

-Deduces bien, quiero pasar unos días con Tao, aún no tengo claro cuando me voy a incorporar y mientras que se confirma el destino me quedaré aquí. Además cuando me marché con Tao dejé algunas de mis cosas en su casa delMont Saint-Michelytendré que ir a recuperarlas- aclaró justificándose. Thibaud sonrió, no necesitaba explicaciones, sabía cuáles eran los sentimientos de su hermana y también percibíasu lucha interior.Él no quería interferiren su decisión. Ellos dos eran los únicos que debían decidirlo que les convenía.

-Bien hermanita, entonces, te deseo lo mejor. Ya me contarás dónde terminas poniendo el nido- ella enarcó una ceja, ¿Qué quiere decir con eso de un nido? él soltóuna carcajada y la cogió en volandas para abrazarla con fuerza.

Thibaud se acercó a Tao, cruzaron la mirada por un instante en silencio...se dñeron sin decir las muchas cosas y finalmente se abrazaron. Ambos sentían que una

amistad irrompibleles uniría para siempre. Tao abrazó con mucho cariño a Véronique.

-No cambies nunca- le dijo- y cuídate- le soltó un beso en cada mejilla, ella se los devolvió con el mismo afecto.

Véronique y Chloé se abrazaron efusivamente.

-Pronto nos volveremos a ver y charlaremos sobre todo lo ocurrido cómo la aventura de nuestras vidas- bromeó Véronique. Chloé y los demás tuvieron que reírse.

En el mismo puerto encontraron una oficina de alquiler de coches, era cerca del mediodía cuando Thibaud y Véronique partieron en dirección a *Rennes* .

-Voy a ir a ver a mis padres- anunció Tao en cuanto se marcharon- ¿Vienes conmigo?- sugirió él.

De pronto Chloé se puso nerviosa, aún no estaba preparada, quería tiempo, conocer a los padres de Tao lo consideraba un paso importante y necesitaba sentirse segura de sí misma, una ducha, arreglarse, vestirse del modo más correcto...

-Necesito dos o tres horas- soltó ella un poco agobiada. Tao sonrió, lo entendió y asintió. Lo último que quería era que se sintiese atosigada.

-Tranquila, no hace falta que vengas ahora. Iré a verles y vendré dentro de unas horas a buscarte. A mi madre también tengo que ponerla sobre aviso, lo más seguro es que nos invite a cenar. Hasta entonces... puedes relajarte - la cogió por la cintura y la envolvió con sus brazos. Besó su cuello y apretó con fuerza todo su cuerpo, en realidad hubiese querido no tener que soltarla. Chloé, por su parte, no deseaba que la soltase. Por fin se separó de ella y saltó al muelle- No tardaré demasiado, no te preocupes- Chloé asintió mientras miraba cómo Tao se alejaba entre la gente, resultaba fácil distinguirle con su larga cabellera negra.

Relajado, por fin estaba en casa y con muchas ganas de verlos, hacía casi tres meses que no se veían, habló con ellos por teléfono cuando regresó del adriático pero nada más. Ahora, cogió un taxi y le facilitó la dirección al chofer. La casa de sus padres en *Saint-Malo* se situaba a las afueras. Disfrutaban de una casa enorme rodeada de campo y bosque. Antiguamente había sido una granja y ellos la reformaron con mucho cariño y empeño. Joséphine amaba la vida cerca de la naturaleza, por ello Tao disfrutó de una infancia muy feliz, en la que corría por el campo descalzo con plena libertad, aún recordaba los olores de la tierra húmeda y la hierba fresca. Contaba con dos edificios, la casa de dos pisos donde vivían y el antiguo granero, un edificio de piedra en donde se almacenaba el heno y la paja. Tenían dos caballos que la mayoría del tiempo pastaban sueltos en los prados pero, cuando necesitaba guarecerse lo hacían en el granero. Adoraba la estética de la típica casa bretona de paredes de piedra blanca y los tejados recubiertos de brezo, el contraste resultaba más que atractivo. Lo que más apreciaba de la Bretaña francesa, desde el punto de vista arquitectónico, era que la mayoría de construcciones conservaban el estilo propio de la región que se respetaba incluso en las nuevas construcciones. En cuanto vislumbró el tejado tras los árboles, su corazón dio un vuelco en su pecho, apenas podía contener las ganas de abrazarles, había tanto que contar. El coche se detuvo al principio de un sendero. La gran verja se hallaba cerrada y Tao no contaba con las llaves. La casa resultaba invisible desde cualquier punto de fuera de la propiedad, el bosque y la vegetación lo impedía, únicamente veía una parte del tejado. La vivienda se situaba a unos setecientos metros de la carretera y Tao sabía que tampoco se escuchaba ningún coche desde la casa. Pagó la carrera y decidió que les daría una sorpresa. El taxi

desaparecía de su vista cuando decidió saltar el muro que rodeaba la propiedad, para él no suponían ningún reto, lo había hecho cientos de veces.

Una vez en el sendero, caminó con tranquilidad, disfrutando del paseo. En los prados pastaban los caballos, Tao se fijó en sus prominentes barrigas. *Estos animales necesitan más ejercicio*, se dijo. Su padre pensaba que eran unas estupendas segadoras de césped pero, él no tenía tan claro que fuese sano para ellos comer tanta hierba.

Las contraventanas de madera pintada de blanco estaban abiertas. Al no escuchar ni un ruido, pensó que su madre Joséphine, estaría leyendo en algún rincón del jardín aprovechando el sol y Charles, sin duda inventando algo en su taller de bricolaje para algún arreglo de la casa. La temperatura de finales de julio, siendo muy agradable, provocaba en las horas centrales momentos de auténtico calor. Se asomó por la ventana de la cocina, no vio nada. Pensó dar la vuelta al edificio, llegaba a la altura de la puerta acristalada del salón cuando unos cristales en el suelo llamaron su atención.

Tenían que ser los cristales de la habitación del piso superior sin embargo desde abajo no pudo ver nada. Siguió avanzando y al ver que la cerradura de la puerta acristalada estaba rota, se alarmó. Un nuevo vuelco del corazón le hizo llevarse la mano al pecho, algo no iba bien. No abrió la boca, con sigilo se introdujo en la vivienda, el silencio sepulcral le erizó el vello de la nuca. Recorrió la planta baja sin encontrar nada anormal exceptuando la puerta rota, con todo, siguió avanzando en silencio, sus pasos sobre la madera eran absolutamente inaudibles. Tao si escuchaba... su corazón, latía desahogado en su pecho, incontrolable, sentía que algo grave había ocurrido. No buscó en todas las habitaciones, abrió directamente la puerta del dormitorio de sus padres.

El cuerpo de Joséphine yacía inerte sobre la cama, de no ser por la sábana teñida de rojo a la altura del pecho, hubiese podido parecer que simplemente dormía. Charles, después de golpear duramente con su cabeza el cristal de la ventana, quedó sentado contra la pared y al pie de la ventana, otra enorme mancha de sangre manchaba su pijama. Sintió un dolor tan profundo que cayó de rodillas al suelo, se dobló en dos y tuvo que apoyar su frente contra la tarima. Un grito profundo que nacía de lo más hondo de su ser buscaba el modo de pronunciarse, cuando surgió de su garganta, Tao no pensó que pudiese ser suyo, lo desgarraba, su cuerpo convulsionaba de dolor y llanto. No podía ser cierto, ya no estaban, ya no podría hablar con ellos, ya no recibiría sus abrazos y sus besos cariñosos. Ellos lo habían sido todo, toda la ternura que necesitaba en la vida, todo el amor, lo había recibido de ellos y ya no podría hacer nada, de pronto, se dijo que no les había dicho suficientes veces, cuánto les quería.

No supo el tiempo que estuvo hecho un ovillo en el suelo, sin poder acercarse, su mundo acababa de precipitarse a un profundo vacío y nada tenía importancia. Poco a poco, su mente comenzó a despejarse, las preguntas comenzaron a agolparse en su cerebro *¿Quién? ¿Por qué? ¿Cuándo?* finalmente, tuvo que levantarse. Volvió a mirarlos, las lágrimas no cesaban de caer por su rostro. Se acercó a Joséphine, con suma dulzura tocó su mano, el hacerlo fue un shock, habitualmente un mano tan cálida y ahora fría, tan fría... no pudo evitarlo, la cogió en sus brazos, la abrazó con todo el cariño que hubiese querido demostrarle en vida, besó su rostro sereno. No pudo evitar darse cuenta de que aún no había rigidez en el cuerpo. Abrió el camisón de Joséphine y al ver la herida que había provocado su muerte, su corazón estuvo a punto de detenerse. Se trataba de un arma blanca, el objeto que le atravesó certeramente el corazón era una espada. Sabía exactamente, qué tipo de espada. Volvió a depositar el cuerpo de su madre con suavidad sobre la cama, una nueva ansiedad se apoderó de él.

Saltó sobre el cuerpo de su padre, el mismo tipo de herida confirmó lo que sospechaba. Fueron asesinados con espadas.

Corrió a su dormitorio. Las suyas se hallaban en su habitación, nada ni nadie las movió de la pared. El asesino o asesinos disponían de sus propias armas. Tao intentó concentrarse, le resultaba muy difícil con los cuerpos de sus padres en la habitación contigua. Vinieron exclusivamente a matarles, en apariencia sin ningún otro motivo, no habían robado nada, no habían roto nada....

El objetivo era asesinarles y el motivo...hacerle daño a él. Inmediatamente la imagen de Li Jintao se hizo presente. *¿Es posible que haya ordenado un asesinato para vengarse ...a tanta distancia?* no daba crédito.

Ha sido ahora - se dijo - no han pasado muchas horas, aún tienen que estar aquí. La imagen de Chloésola en el barco vino a imponerse. Sintió de pronto mucho calor, le hervía la sangre, se agolpaban sentimientos de odio y miedo, recordó las palabras de Lee; *"La mejor manera de vencer el miedo es abrazarse a él"*. Cogió las llaves que encontró encima de su escritorio, abrió la ventana de su dormitorio y saltó, los segundos que duró el vuelo hasta que tocó el suelo le sirvieron para imaginar lo que pudo suceder. Corrió con todas sus fuerzas hacia su motocicleta, aparcada en un lateral del granero la destapó con rabia de la lona que la protegía y saltó sobre ella arrancándola a toda prisa. Tuvo que abrir la cancela de la casa con la llave unida a las de su moto y no se molestó en volver a cerrarla. Derrapó con la moto de trail y salió a toda máquina de vuelta al puerto.

Saint-Malo

Le port

Chloé se duchaba con total tranquilidad ajena a los ruidos que llegaban del concurrido puerto, aún menos prestó atención al pequeño chasquido de la escotilla de acceso al abrirse, los hombres accedieron sin que ella se percatase de nada. No existía motivo para cerrar la puerta, asumió que un puerto con tanta gente alrededor debía ser un lugar seguro y no consideró necesario, cerrar la puerta. Le gustaba cantar bajo la ducha y siempre lo hacía desgañitándose, sin ningún complejo. Los hombres la escuchaban mientras se situaban a un lado y otro de la puerta del baño. Dejaron que terminase de ducharse e incluso esperaron mientras Chloé hidrató su cuerpo con crema y se vistió con un vestido fresco de tirantes de color chocolate que acompañó con unas confortables sandalias de cuero. Llevaba unatoalla envuelta alrededor de la cabeza cuando salió del baño. Uno de los hombres le puso un mano sobre la boca veloz como el rayo al tiempo que con el otro brazo aprisionaba su cuerpo. El otro hombre le cogió las piernas y entre los dos la tumbaron sobre la cama mientras ella se debatía histérica y aterrada. Tenían con qué amarrarla y lo hicieron de tal modo que en pocos minutos totalmente inmóvil encontraba dificultad para respirar libremente. Le introdujeron un trapo de tela en la boca y por encima un pañuelo, incapaz de proferir ningún sonido, la invadió un sentimiento de absoluta impotencia. Intentó prestar atención en sus atacantes, al ver los ojos rasgados supo que se trataba de venganza y el miedo se hizo aún mayor. Eran cinco hombres. Los dos que la ataron la levantaron en volandas para arrastrarla hasta el salón, allí un hombre muy alto y grueso se sentaba a sus anchas en uno de los sofás. Los otros dos permanecían cerca de la escalera que daba acceso a la cubierta.

-Se preguntará qué quiero- le soltó el hombre sentado en un inglés mediocre. Ella asintió con la cabeza. El hombre sonrió.

-Mi nombre es Li Jintao- Para Chloé fue un shocky sus pupilas se dilataron por el miedo- *no puede ser cierto, se supone que está en una prisión de China y se suponía que no saldría nunca*, no entendía nada- le debo algo al señor Pasteur- añadió- y he venido a dárselo- siseo con odio contenido.

Un ruido en cubierta puso a todos los hombres sobre aviso. Chloé entendió que se trataba de Tao, las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro, incapaz de hacer nada, *nos vana matar a los dos*, se dijo totalmente bloqueada por el miedo.

Tao entró como una tromba, ninguna señal en el exterior le hizo sospechar que podían estar dentro. Cuando vio a Jintao sentado en el sofá era tarde para retroceder. Jintao le hizo ademán de acercarse y vio como dos hombres sujetaban a Chloé, uno de ellos sostenía una navaja a la altura de la vena que palpitaba en su cuello. Toda la musculatura de Tao se tensó, sin embargo, no le dieron tiempo a pensar. Uno de los hombres que quedaba a su espalda le sacudió un golpe en la cabeza con la culata de una pistola, Tao se desplomó inconsciente ante los ojos aterrorizados de Chloé y la sonrisa vengativa de Jintao.

Jintao sacó una jeringuilla de su bolsillo y le puso a Tao una inyección, acto seguido le puso otra a Chloé, inmediatamente, ella también perdió el sentido.

-Esperaremos a la noche para trasladarlos, habrá que sacar el barco a una de las ensenadas de la ría y con discreción llevarlos a la casa- declaró Jintao excitado por su éxito. No estaba dispuesto a matarles sin antes hacerlos sufrir, gozaba imaginando lo que les haría.

París

Aeropuerto de París Charles de Gaulle

Para ser la primera vez de su vida que Wu Tsei salía del país, escogió el más oscuro de los motivos, también era la primera vez que un delincuente de la talla de Jintao huía. En ese momento, consideraban a Tsei el hombre que más información podía ofrecer sobre Jintao en todo el mundo y toda esa información apuntaba a que había logrado entrar en Francia y Tsei sabía cuáles podían ser sus objetivos. Fue difícil que Francia aceptase su intervención como asesor en el asunto pero, finalmente, tuvieron que admitir que carecían de datos sobre Li Jintao y lejos de imaginar aquello a lo que se enfrentaban Tsei decidió informarles de todo.

Recibido por el comisario Jeannot Mariveaux que lo esperaba al pie de la escalinata del avión fue conducido de inmediato hasta un vehículo oficial y escoltado por sendos motoristas, tardaron muy poco en llegar a la central de policía. Mariveaux fue muy amable y Tsei se sintió cómodo. El nivel de inglés de Wu Tsei no era demasiado bueno pero, lo acompañaba uno de sus hombres que hablaba francés perfectamente y le serviría de intérprete. Entraron a una sala de reuniones, un proyector conectado a un ordenador permitiría a Tsei hacer una presentación adecuada de lo que le traía a Francia.

Un equipo de ocho hombres y cuatro mujeres, tomó asiento alrededor de la mesa ovalada. Tsei no quiso demorarse en exponer el asunto. Conectó su pen drive al ordenador y la imagen de Li Jintao apareció en la pantalla.

-Este hombre es el capo de la mafia más importante de Asia- comenzó Tsei, su hombre traducía de forma simultánea, aún se escuchaba el murmullo de algunos - y pensamos que ha logrado entrar en suelo francés- logró captar la atención de todos los presentes, el silencio se prolongó unos segundos. Tsei comenzó exponiendo a qué tipo de hombre se enfrentaban, qué cosas había hecho y de qué recursos disponía. A medida que avanzaba la exposición de Tsei, los agentes, realmente intrigados con el asunto comenzaron a interesarse.

-Pero... ¿Por qué motivo quería venir a nuestro país?- inquirió uno de ellos interrumpiendo la exposición de Tsei.

-Ahora tiene uno muy poderoso- declaró Tsei- la venganza- un murmullo generalizado se instaló entre los presentes. Wu Tsei levantó las manos intentando calmarlos a todos.

-Déjenme explicarles cuáles son los motivos que le llevan a la represalia- de nuevo se hizo el silencio. Tsei empezó hablando entonces de Thibaud Carnot y su trabajo. No profundizó mucho en qué tipo de material era el que Carnot desarrolló pero, todos se hicieron una idea cuando él explicó todo lo sucedido.

La exposición duró prácticamente dos horas, a continuación lo bombardearon con preguntas y el siguiente paso fue plantear una estrategia. Acordaron que lo primero sería localizar a Thibaud y a Tao. Se organizaron dos equipos.

Costa Azul

Niza

Caía la noche cuando llegaron por fin a la casa de Véronique. Cansados pero, por otro lado contentos de regresar a casa. Aunque la casa familiar de Thibaud también se encontraba cerca de Niza, sólo le apetecía estar con Véronique. Un taxi les dejó en la misma puerta de la casa, se apearon cada uno con su bolsa de viaje. El barrio de Véronique era de esos con encanto en el centro de la ciudad. Su casa, un piso de cerca de doscientos metros cuadrados con techos enormes, Véronique siempre lo calificaba de enorme para ella sola pero, por otro lado, nunca pudo resistirse a su luminosidad y encanto.

Al entrar, lo primero que hizo fue descalzarse, adoraba el tacto de la madera de su tarima.

-¡Por fin!- exclamó tirándose en el sofá del salón- no tienes idea de cuánto necesitaba estar en un lugar que no se moviese. Si lo piensas, desde Hawái, apenas hemos tocado tierra- afirmó sonriente.

-Es cierto- admitió Thibaud- aunque... ahora mismo, siento como si siguiese flotando- declaró de pronto, insinuándose. Véronique respondió a su cumplido rodeando su cuello con los brazos y besándole con pasión.

-Te enseñaré mi casa....- declaró Véronique alejándose de Thibaud- y voy a empezar por mi dormitorio, es la parte de la casa que más me gusta.

A Thibaud le parecía que no había sobre la tierra nada ni nadie tan sensual como Véronique, en ese momento le parecía una gata, sus movimientos felinos lo hipnotizaban, la siguió con una mirada llena de lascivia. Apenas entraron en el dormitorio, Thibaud dejó a un lado toda su cortesía y caballerosidad para lanzarse sobre ella.

El sexo funcionaba entre ellos de maravilla, siempre se deseaban el uno al otro, existía entre ellos la convicción, de que no podrían cansarse. Thibaud se centraba en recorrer con la boca los pliegues de la piel de Véronique cuando sonó el teléfono. Por un momento, los dos observaron el indiscreto aparato, después se miraron, quedó claro que no era el momento de coger ninguna llamada. Thibaud regresó al asunto que lo ocupaba, en ese instante no había nada más importante en el mundo que la piel de Véronique.

Por un instante, ella dedicó un pensamiento al que llamaba, se dijo que sólo podían ser Tao o Chloé, eran los únicos que tenían conocimiento de su regreso. Estaba segura de que podían esperar para quedar tranquilos de que habían llegado a buen puerto.

Saint-Malo

Le Manoir

Después de sacar el velero del puerto, lo hicieron fondear en una ensenada profunda y tranquila de la ría. Tocaban las tres de la madrugada cuando los sacaron del barco. Cargaron con ellos para llevarlos con la barca anexa del navío hasta la costa. Una vez en la playa los echaron sin mirar a los maleteros de un coche. Poco después descargaron sus cuerpos y los llevaron hasta el interior del granero de la casa de los padres de Tao.

Su cabeza colgaba inerte sobre su pecho mientras los brazos dolorosamente separados y amarrados por cuerdas se fijaron a una de las vigas del techo del granero. Practicaron un agujero en el suelo y después de colocar una argolla también amarraron los pies de Tao. Con el cuerpo totalmente en tensión, no podría moverse. Con Chloé hicieron lo mismo, exceptuando que no fijaron sus pies al suelo, se limitaron a atarle los pies, la pusieron en otra viga frente a Tao, Jintao quería que viesen lo que iban a hacer con uno y otro. En el instante en que los tuvo bien sujetos se ocupó de preparar sus instrumentos de tortura. A Jintao no le importaba reconocerlo, le encantaba ver sufrir a los demás, su propia mujer fue una de sus víctimas, recordó como en una ocasión se le fue la mano y ella murió. Esta vez sería más precavido, para gozar con aquél necesitaba que durase el máximo posible. Preparó una batería de coche, con los cables para el arranque, unas esponjas un poco de agua...

La descarga sacudió el cuerpo de Tao, el dolor de cabeza era bestial y con la sacudida se mordió la lengua, un hilo de sangre se escapó de entre sus labios.

-Veo que ya despiertas- susurró Jintao a su oído- bien.... quiero que estés despierto, quiero que lo observes todo- mientras hablaba se acercaba a Chloé, por el momento ella seguía inconsciente. Jintao paseó sus manos por los pechos de Chloé. Tao se revolvió entre las cuerdas, estaban tan apretadas que únicamente logró que la piel de sus muñecas se cortase, la sangre comenzó a deslizarse por sus antebrazos.

-Suéltala- siseo mirando a Jintao con furia- y no la toques o te mataré- advirtió Tao.

-¿Me amenazas? ¿Me estás amenazando...a mí?- Jintao sonreía- has cometido un error desde el principio-le dijo- no sabías a quién te enfrentabas pero ahora lo vas a saber. No ha servido de nada todo lo que te llevaste, únicamente para enfadarme, nadie me roba nada- afirmó. Cogió un cubo de agua y lo tiró a la cara de Chloé, ella reaccionó despertando.

Por un momento Chloé pensó que sufría una pesadilla. Tomó consciencia de hallarse totalmente inmovilizada, sus brazos le dolían mucho, le costaba trabajo respirar por la tensión que suponía tener los brazos en alto y en extensión. Al alzar la cabeza, pudo ver a Tao en una situación similar a la suya. Una vieja bombilla era la única iluminación del granero y colgaba de la misma viga de la que lo hacía Tao.

-No te preocupes- le anunció él con una increíble tranquilidad saldremos de aquí- afirmó

Uno de los hombres tradujo a Jintao sus palabras. Se irritó aún más con Tao y le lanzó un puñetazo directo al abdomen, Tao contrajo todo lo que pudo para encajar pero, no pudo evitar soltar un quejido. Jintao arrancó con rabia toda la camiseta de Tao dejando su torso al descubierto.

-Siento desilusionarte, pero no saldrás de aquí- A continuación descargó toda su rabia sobre Tao, lo utilizó como si fuese un saco de boxeo, llovíanlos puñetazos. Tao se concentraba tratando de aguantar, sin embargo, consciente de que no podría resistir mucho más se centró en Chloé, ella se debatía rebelándose y queriendo gritar al tiempo que lloraba de impotencia. Cuando Jintao se cansó de usar los puños, descubrió una fusta colgada de una de las paredes del granero. Se la tendió a uno de sus hombres y este con una mirada asesina de gozo, comenzó a azotar a Tao con todas sus fuerzas. Al poco, la sangre comenzó a brotar del pecho y espalda de Tao. Los primeros cortes le hicieron gritar, al final, quedó sin fuerzas para gritar, después dejó de moverse, el cuerpo quedó totalmente flácido.

Transcurrieron muchas horas desde que empezaron a torturarlo, Jintao se sorprendía del aguante que ofrecía su víctima. Cogió su cabeza por los pelos y se la levantó, el cuerpo de Tao, bañado en sudor, brillaba con la poca luz de la bombilla. Buscó alguna clase de reacción y no viendo alguna volvió a soltar la cabeza de Tao que cayó de inmediato sobre su pecho. Se giró hacia Chloé.

-Ahora me ocuparé de ti, seguramente tus gritos despierten a tu novio- dijo riéndose, aunque sabía que ella no entendía nada.

Tao no se había desmayado, estaba al borde, eso seguro pero, se negaba a ello, no lo podía permitir. Debía aprovechar el momento en que se centraban en Chloé para actuar. Mientras lo golpeaban, pudo darse cuenta de que no ataron bien sus pies, la cuerda la fijaron sobre las botas y estas llevaban los cordones flojos supo que podría soltarse. Lo hizo sin que se dieran cuenta, se descalzó las botas moviendo los tobillos en movimientos circulares imperceptibles. Entonces, todo fue muy rápido, se apoyó en las cuerdas que lo sostenían para levantar sus piernas hasta la viga, resultó especialmente difícil dada la fatiga que anquilosaba su cuerpo pero, si existía un instante en que la mente de un hombre era capaz de hacer que su cuerpo hiciera cosas increíbles, ese era el momento. Abrazó la viga con sus piernas, tardó un segundo, en otra fracción de segundo, reventó la bombilla y utilizando el casquillo para cortar las ataduras de las muñecas, se liberó. Cuando quisieron darse cuenta, Tao había desaparecido. No lo vieron saltar de viga en viga hasta que se escabulló por una pequeña ventana en lo alto del granero. Dio un salto de más de siete metros descalzo hasta que rodó por el suelo para correr en dirección a la casa. Los hombres de Jintao se agitaron buscando por todo el granero al hombre que daban por muerto. Jintao parecía estar más tranquilo, sabía que volvería, no dejaría que su novia quedase en sus manos. Decidió que provocando los gritos de la chica seguramente regresaría más rápido. Cogió el cable de batería y después de arrancarle la mordaza se lo puso sobre el pecho.

El alarido de Chloé llegó a oídos de Tao. Se hizo con sus armas y regresó a la carrera, no tenía intención de huir, ese hombre agotó toda la paciencia que era capaz de reunir. Ya no procuraría detenerlo para que lo llevaran de nuevo a prisión, entendió que lo único que lo detendría sería la muerte. Él se la daría.

Entró al granero por el mismo sitio por el que salió. Chloé seguía siendo su prioridad después, eliminó a todos. Había cruzado dos katanas a su espalda, por delante de su pecho se cruzaban las tiras de cuero que las sostenían en su funda y en

su mano blandíala cadena que terminaba en el afilado puñal curvo. Jintao se encontraba solo junto a Chloé mientras sus hombres salieron en su busca, tardaron un rato en entender que había corrido en dirección a la casa.

Jintao presintió que Tao se hallaba cerca, cogió un puñal y lo puso bajo el cuello de Chloé.

-Si te acercas la mataré- soltó con odio. No tuvo tiempo de decir nada más, el cuchillo de Tao se clavó en la mano que sostenía el puñal como una garra, el otro extremo se enrolló a la misma viga en la que Tao estuvo colgado, alejando así la mano de Jintao del cuello de Chloé. Con la mano atravesada y con el brazo en alto, Jintao comenzó a aullar de dolor.

Tao liberó a Chloé cortando las cuerdas y desde la viga en la que ella estaba atada, la izó junto a él. La acompañó hasta un lugar apartado en donde la ayudó a subir a una parte del forjado aún más alejada del suelo. Los hombres de Jintao ya estaban liberándolos cuando Tao se giró para ir por él. Chloé lo retuvo por el brazo.

-Por favor- dijo con voz queda- no vayas.

-No lo puedo dejar vivo- afirmó Tao en un susurro- de otro modo, esto no acabará jamás- Chloé miró sus ojos y comprendió que tenía razón. Asintió con la cabeza. Tao volvió a saltar de viga en viga. Eran cinco hombres. Uno de ellos sacaba a Jintao fuera del edificio los otros tres armados con espadas, esperaban a Tao.

Saltó ante ellos, dando varios mortales en el aire y aterrizando con una rodilla en el suelo. Blandía una espada en cada mano. De nuevo, su cabello negro era lo único que vestía su torso esculpido por la rabia. Cada uno de sus músculos se hallaba contraído por la ira acumulada, el odio por lo sufrido, lo padecido por sus padres y por Chloé. Comenzó a rotar las espadas sobre su cuerpo, los tres hombres se lanzaron a la vez sobre él. Tao, esquivó, atacó, golpeó, atravesó el cuerpo de uno, este se desplomó como una muñeca rota y Tao siguió atacando. Su espada sesgó la pierna de uno de los que quedaba, después clavó de nuevo la espada en ese cuerpo, con el empuje de una patada que le dio el que tenía detrás. Ya sólo quedaba uno, intentó atravesar a Tao, pero lo esquivó a tiempo de cortar la mano que sostenía la espada. El hombre se sorprendió pero antes de que comprendiera que había llegado el fin, Tao giró y con su otra espada lo decapitó.

No se detuvo y salió en busca de Jintao.

Jintao pretendía huir y logró llegar hasta su coche, el hombre que lo acompañaba arrancó conduciéndole hacia la cancela de la calle.

Al ver que lo podía perder. Tao aceleró la carrera. Tenía que alcanzarle. El coche ganaba velocidad. La única opción de Tao sería saltar el muro y caer sobre el coche en cuanto pasase por ese tramo de la carretera. Uno de los árboles de la propiedad lo ayudó, escaló tan rápido que al saltar al otro lado del muro, la inercia lo hizo aterrizar directamente en el asfalto.

Jintao vio con los ojos dilatados por la sorpresa como Tao caía a unos cincuenta metros delante de ellos y no lo pensó.

-Acelera- le gritó a su hombre- ¡Atropéllalo!- ladró con rabia.

Tao tuvo el tiempo justo de aprovechar la fuerza del coche para lanzarse sobre el capó, clavó una de sus espadas en el techo del coche y usándola como un elemento

de anclaje, se sujetó a la espada para introducirse por la ventanilla y golpear con sus piernas al conductor. El coche comenzó a hacer eses de forma peligrosa. Tao procuró ser muy rápido, cogió del cuello al conductor y lanzó su cuerpo con tal fuerza hacía adelante que atravesó la cristalera. Sin embargo, no pudo evitar el giro extraño que hizo el volante al no tener conductor ya pasar las ruedas sobre el cuerpo del hombre. El coche cambió bruscamente de dirección ya estar en precario equilibrio con medio cuerpo por fuera de la ventanilla del coche, un fuerte golpe lo envió con fuerza contra el asfalto, su cuerpo giró y giró, varias veces hasta quedar inerte en medio de la calzada. Jintao trató de tomar el mando del volante sin embargo, al agarrarse volvió a provocar otro giro inesperado y el coche se desestabilizó...comenzó a dar vueltas de campana.

Se detuvo con los cuatro neumáticos mirando al cielo. Por unos minutos el silencio fue total.

Chloé escuchó el accidente, se obligó a bajar, ya no podía quedarse esperando a que Tao volviese, haciendo equilibrio sobre las gruesas vigas, caminó hasta llegar a la altura del pajar y después de calcular como podría caer, se arrojó sobre la paja. No fue un salto demasiado malo, al menos, no se rompió nada. Después se acercó a los cuerpos que yacían cerca de donde Jintao les había torturado. Cuando vio la cabeza decapitada, no pudo evitar una arcada, giró la cabeza para evitar esa visión. Su pie pisó una de las espadas. La observó atentamente, sabía que no sabría utilizarla pero, mejor un arma que ninguna, desconocía si todavía quedaba alguno vivo. Recogió el arma y salió corriendo en dirección a la carretera.

40

Costa Azul

Niza

Aún no dormían la segunda vez que sonó el teléfono y al final Véronique optó por evitarle preocupaciones al que llamaba, debían querer saber si llegaron bien. Levantó el auricular.

-Allô- respondió Véronique con un tono condescendiente con la seguridad de que la voz de Chloé o de Taos respondería, sus palabras a continuación serían... *estamos bien* .

Respondió la voz de un hombre que no conocía.

-¿Señorita Arignac?- preguntó la voz en un tono muy serio.

-Sí, soy yo- contestó Véro algo sorprendida, dada la hora dudaba que fuese una llamada para una oferta promocional y no podía ser nadie que conociese- ¿Quién es?- quiso saber.

-Le llamó de la central de policía de París es en relación a lo ocurrido durante su estancia en China- explicó el hombre.

-Ya he arreglado los papeles, ya explique qué fue lo que ocurrió y por qué la documentación se quedó allí- se adelantó ella suponiendo de qué se trataba- de todos modos, perdone usted, pero no son horas para llamar a un domicilio y tratar estos temas ¿No cree?- estaba un poco molesta. Thibaud la miró con cara de sorpresa y le hizo un gesto que quiso decir *¿Quién diablos es?*

Véro poniendo la mano sobre el auricular le contestó.

-Dicen que es de la central de policía- le contestó poniendo cara de que no entendía el motivo de la llamada.

-Señorita Arignac, el motivo por el que llamo es para comunicarle que el inspector Wu Tsei se encuentra en Francia debido a que Li Jintao ha escapado de China y se piensa que puede estar aquí- soltó el hombre. Véro perdió de pronto todo el riego que subía a su cabeza, tuvo la sensación de que toda la sangre de su organismo se quedaba en la parte baja de su cuerpo y se puso muy pálida.... Tanto, que Thibaud se asustó y le cogió el teléfono de las manos.

-¿Qué diablos le ha dicho a mi novia?- exclamó con voz de pocos amigos.

-¿Es usted Thibaud Carnot?- preguntó la voz al otro lado de la línea.

-Sí, ¿Qué quiere?- preguntó Thibaud intrigado. El hombre volvió a decir lo mismo que le había dicho a Véronique. Thibaud entendió de pronto la palidez de Véronique.

-Y ¿Creen que puede querer hacernos daño?- quiso saber Thibaud.

-Es posible que ustedes sean uno en sus objetivos pero, el principal candidato es Tao Pasteur ¿Saben dónde lo podríamos encontrar?

-Oiga ¿Cómo sé que me está diciendo la verdad? Alguien que quisiese averiguar el paradero de Tao y le quisiese hacer daño, podría actuar de la misma forma y llamar por teléfono para pedir información- al otro lado de la línea se hizo el silencio por un momento.

-Tiene razón -contestó el hombre- puede usted dudar y entiendo que se haga preguntas, sin embargo, su amigo puede no tener tiempo, le pido que se dirija inmediatamente a la comisaría más cercana y pida que le pongan en contacto con la comisaría central de París, ¿Lo hará?- pidió el hombre.

-Está bien me acercaré para hacer la llamada ¿Por quién tengo que preguntar?- indagó Thibaud.

-Mi nombre es Jeannot Mariveaux.

Thibaud colgó realmente preocupado. Todo tenía pinta de ser cierto y si lo era, estaban en peligro, sobretodo Tao y Chloé. Se puso en pie y se vistió a toda prisa.

-Le has creído ¿Verdad?- preguntó Véro, con angustia en su voz. La cara de Thibaud lo decía todo.

Véro también se vistió a toda prisa y salieron los dos corriendo de la casa. La posibilidad existía y ante la duda no querían correr riesgos, Thibaud estaba dispuesto a volver a coger un avión con destino a Rennes si hacía falta.

Entraron en la comisaría a toda prisa y en cuánto explicaron lo ocurrido les pusieron en comunicación con el comisario Mariveaux.

-Gracias por no haber tardado demasiado- dijo Mariveaux nada más contestar.

-¿Han intentado llamar por teléfono a la casa de los padres de Tao en Saint-Malo?- preguntó Thibaud.

-Sí. Ha sido lo primero que hemos hecho. Pero no hemos logrado contactar con nadie, queríamos saber si nos pueden decir en qué lugar dejaron el barco amarrado- trató de averiguar Mariveaux.

-Es extraño que no contesten los padres de Tao- apuntó Thibaud- creo que tenían intención de visitarlos esta misma noche, si no contestan deberían ustedes enviar una patrulla. No creo que tengan dificultad para encontrar la dirección- afirmó.

-Naturalmente, los buscaremos en el barco y después haremos lo que dice- le confirmó Mariveaux.

Cuándo colgaron Thibaud ya había decidido que regresaba a Saint-Malo, Véronique no se extrañó de nada.

-Voy contigo- anunció simplemente.

Saint-Malo

Le Manoir

Jintao fue el primero en moverse, tardó un instante en darse cuenta que se hallaba sobre el techo de su todo terreno de alquiler, el coche volcó y él sobrevivió. Algo aturdido, logró zafarse como pudo y salió fuera del vehículo a rastras. La carretera desierta le planteó dudas acerca de lo ocurrido un poco antes, él recordaba estar acompañado. Hizo memoria... averiguaron que esa carretera sólo conducía a la casa de los Pasteur, por tanto no tenía más tráfico que el de los coches que iban a visitar a la familia. Le vinieron a la mente los acontecimientos previos y buscó con la mirada algún superviviente; observó que ya sólo quedaba él, al final, el trabajo bien hecho terminaba haciéndolo él.

El cuerpo de su lacayo yacía destrozado a unos metros del coche y un poco más adelante se encontraba el de Tao, a ese, quería verle de cerca. Se acercó para observarlo bien. Estaba boca abajo, con que, con un pie, lo volteó para verle la cara.

-¿Creías que podías vencerme?- le preguntaba sabiendo que no respondería era inútil enfrentarse a mí pobre necio- se agachó, comenzaba a amanecer y la luz iba cobrando más intensidad. Observó con detenimiento el pecho de Tao.

-¡Mierda!- exclamó irritado- aún estás vivo, tienes más vidas que un gato, pero... no te inquietes, no te servirá de mucho- con cierta dificultad, se levantó y caminó hacia el coche.

Tao pudo escuchar las últimas palabras de Jintao, con dificultad, porque los oídos parecían cubiertos de alguna clase de tapón. Los sonidos llegaban con muy baja intensidad. Intentó moverse, no pudo. Algo le atenazaba los músculos, quiso mover una mano... fue incapaz. Escuchaba los pasos de Jintao, volvía hacia él.

Llevaba una espada en la mano y le iba a dar el golpe de gracia, necesitaba rematarlo ya estaba harto de ese hombre. Se situó junto a Tao y blandió la espada en alto dispuesto a asestarle el golpe. Bruscamente, un alarido desvió la atención de Jintao.

-¡Noooooo!- gritó Chloé al verle - no se lo pensó dos veces y como si la espada que sostenía fuese una cerbatana, la lanzó contra Jintao. Lo cierto es que fue muy arriesgado, podía haber clavado la espada directamente en el pecho de Tao si erraba el tiro, por suerte algo guió la mano de Chloé. La espada penetró la pierna derecha de Jintao.

Jintao lanzó un grito de dolor del que se sobrepuso enseguida. Chloé cayó rendida de rodillas después de lanzar la espada, no podía creerlo- ¡Acerté! La satisfacción por su éxito le duró poco, la alegría y el miedo se apoderaron de ella al mismo tiempo. Jintao se sacó con fuerza la espada de la pierna y la dejó caer al suelo, sin soltar la otra espada, comenzó a caminar con paso firme en su dirección.

-Has cometido un error- le decía en su pésimo inglés- ahora tendré que matarte a ti también- le soltó.

Chloé aterrada, fue incapaz de moverse ya pesar de que él estaba herido, la alcanzó enseguida y la cogió por los pelos. Chloé chilló alocada.

-¡Suélteme! ¡Cerdo!- gritó desgañitándose. Jintao no entendía nada pero se imaginaba lo que estaría diciendo. Levantó su brazo, la espada iba a caer sobre Chloé cuando de súbito, la cara de Jintao se transformó, Chloé miraba sus ojos y al ver lo que decían, bajó la vista. Del centro del pecho de Jintao surgía la punta de una espada. Cuando el cuerpo de Jintao cayó, Chloé pudo ver el de Tao. Se había levantado para lanzar la espada, ahora, sus rodillas fallaron y se desplomó. Chloé corrió junto a él.

-Tao, Tao- le llamó insistente- por favor ¡Tao!- cogió su cabeza, él tenía los ojos abiertos. Seguía sin oír bien, todo era dolor, no podía moverse. Chloé comenzó a llorar- por favor, Tao, no me dejes, te quiero, no quiero marcharme, no me iré, me quedaré contigo trabajaré dónde tú estés- Trató de incorporarlo, quería tenerlo en sus brazos, hacerle sentir que no estaba sólo. Estaba ensangrentado y a ella no le importó mancharse. Tampoco quería que, desnudo como estaba de cintura para arriba, estuviese en contacto directo con el asfalto. Retiró con cuidado las fundas de las *Katanas* que se cruzaban por delante de su pecho y que dedujo debían estorbarle.

Tao levantó a duras penas una mano. Chloé la cogió entre las suyas.

-A mí me vale- declaró en un susurro.

Chloé sonrió y le besó con ternura, lo mecía entre sus brazos cuando las aspas de dos helicópteros empezaron a provocar una enorme ventolera a su alrededor. En cuanto se posaron Wu Tsei fue el primero en correr hacia ellos, lo seguían de cerca Thibaud y Véronique.

Todos se arrodillaron junto a Tao. Wu Tsei observó el cuerpo de Jintao.

-Ahora, todo ha terminado- aseguró.

Tao lo miró y asintió levemente con la cabeza.

Epílogo

Saint- Malo

Bretagne . Verano

La muerte de Charles y Joséphine fue el episodio más triste jamás vivido por Tao hasta la fecha. Tuvo una terrible sensación de haberse quedado solo en el mundo, lo fueron todo para él y la despedida resultó muy dura. Pese a todo, no estuvo solo. De hecho, pronto se sintió arropado por los que consideraba ahora su familia. Chloé y Lee, sostenían cada una de sus manos, Thibaud y Véronique, también a su lado, le hicieron sentirse querido y supo que siempre estarían allí con él.

Se despidió de ellos ante su tumba, hablándoles de todo lo que aún le quedaba por hacer en la vida y que hubiese querido compartir con ellos.

Tao sentía que no podía regresar a la casa de sus padres, lo ocurrido allí, necesitaba situarlo en otro lugar de su cerebro y dejarlo relegado, tenerlo presente dolía demasiado. Lee entendía que su pupilo quedó profundamente dañado por la antinatural muerte de sus padres. Decidió que debía contribuir a su sanación y conocía el camino.

Caminaban hacia la salida del cementerio.

-Joven Tao- le dijo con tranquilidad- he de decirte que ya estoy muy mayor- Tao lo miró escéptico- las humedades del *Mont Saint Michelya* no son buenas para mis huesos y he decidido mudarme.

Por un momento, Tao ensombreció su mirada, Lee era el ancla de su vida, no podía dejar que también se alejase de él.

-Necesito el sol del sur, he pensado en la Costa Azul- sus ojos sonreían y cuando Tao lo miró de nuevo dejó que se diese cuenta de lo que pretendía. Sabía que Tao no querría alejarse de él. Pero él, estaba dispuesto a moverse y cambiar de residencia si hacía falta para acercarse a la vida de Tao. Sabía que Chloé tenía su residencia en la Costa Azul al igual que Thibaud y Véronique. Según Lee, a Tao le convenía acercarse a ellos, a pesar de guardar buenos recuerdos de su infancia en el norte de Francia, la experiencia vivida requería un tiempo de alejamiento, necesitaba sanar y mejor sería cambiar de aires un tiempo. Ya tendría ocasión de volver más adelante, además, lo de sus huesos era cierto. Tao sonreía de nuevo. Lee lo miró con esa sabia mirada- "Una alegría dispersa cien pesares" le recordó.

Chloé, lo abrazó con fuerza, Tao no pudo por menos que sentirse reconfortado, los argumentos de Lee eran de peso. Él y su empresa podían trasladarse al sur, partirían en *La perla azul*, buscaría dónde instalarse y se quedaría cerca de Chloé.

Para Chloé, demostrarle la certeza de su acierto corría de su cuenta, haría lo posible para ayudarlo a superar la pérdida y lo amaría, lo amaría con locura. Muchos años de trabajo alejada de casa... intentado llenar el hueco de su corazón. Ahora lo sabía, sabía que ese hueco de amor, ya estaba lleno y ya no necesitaba alejarse, todo estaría bien mientras estuviese con él.

El viaje, lo hicieron de nuevo los cuatro en *La perla azul*. Lee precisaba de más tiempo para ordenar sus asuntos y les había encargado que buscaran una nueva

residencia para él, algo que aceptaron con gusto.

Para Tao, fue el comienzo de la recuperación. La mar lo serenaba. El horizonte, allí donde el cielo tocaba la tierra, era tan hermoso como sentía que podía ser su futuro.

Fin

NOTA DE LA AUTORA

Estimado lector/a, si esta novela ha sido de tu agrado, si he conseguido hacerte pasar un buen rato o al menos, te he ayudado a entretenerte, evadirte y perderte por lugares recónditos... sin duda he logrado mi objetivo y me siento plenamente satisfecha y profundamente agradecida. Espero seguir progresando para poder continuar por la senda que me he marcado. Contar con tu apoyo y tus opiniones es esencial para mí, por ello, si pudieses dedicar unos minutos a comentar o valorar la obra en amazon.es o en amazon.com ayudarás a otros lectores. Así, otros se servirán de dichas opiniones para decidir si aventurarse a leerla. Yo agradezco el esfuerzo de todo corazón. Si tienes interés en ver un repertorio de imágenes que sirvieron para inspirar la novela puedes verlas en Pinterest También puedes encontrarme en: Facebook Twitter
<http://www.stephaniehamel.com>